

BIBLIOTHECA  
IBERO-AMERICANA

VERVUERT

*Dieter Janik (ed.)*

# ***La literatura en la formación de los Estados hispanoamericanos (1800-1860)***

BIBLIOTECA AMERICANA

o

Miscelánea de Literatura,  
Artes y Ciencias

por

*Una Sociedad de Americanos  
Londres, 1823*

## **PROSPECTO.**

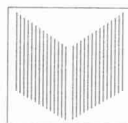
La política española tuvo cerradas las puertas de la América por espacio de tres siglos a los demas pueblos del globo; i no satisfecha con privarla de toda comunicacion benéfica con ellos, la impidió tambien que se conociese a sí misma. La voz del tiempo dió al fin la señal para que se cumpliesen los destinos del nuevo mundo; pero la urgente necesidad en que este se vió de libelarse a sus opresores, absorbió toda su atencion; i combinándose aquella necesidad con el poco hábito que tenia de pensar, no pudo dedicarse la América a labrar la rica mina de los productos del pensamiento humano.





Dieter Janik (ed.)

**La literatura en la formación de los  
Estados hispanoamericanos (1800-1860)**



# BIBLIOTHECA IBERO-AMERICANA

Publicaciones del Instituto Ibero-Americano

Fundación Patrimonio Cultural Prusiano

Editado por Dietrich Briesemeister

Vol. 67

BIBLIOTHECA IBERO-AMERICANA

Dieter Janik (ed.)

**La literatura en la formación de  
los Estados hispanoamericanos  
(1800-1860)**

VERVUERT · IBEROAMERICANA · 1998

Die Deutsche Bibliothek - CIP-Einheitsaufnahme

**La literatura en la formación de los Estados**

**hispanoamericanos** : (1800-1860) / Dieter Janik (ed.). -

Frankfurt am Main : Vervuert ; Madrid : Iberoamericana, 1998

(Bibliotheca Ibero-Americana ; Vol. 67)

ISSN 0067-8015

ISBN 3-89354-567-0 (Vervuert)

ISBN 84-88906-49-8 (Iberoamericana)

© Vervuert Verlag, Frankfurt am Main 1998

© Iberoamericana, Madrid 1998

Reservados todos los derechos

Diseño de la portada: Michael Ackermann

Ilustración: Portada y primer párrafo del "Prospecto" (Londres, 1823)

de la *Biblioteca Americana*, editada por Andrés Bello y Juan García del Río

Este libro está impreso íntegramente

en papel ecológico blanqueado sin cloro.

Impreso en Alemania

## ÍNDICE

<b>Prefacio</b> .....	7
-----------------------	---

### **Hans-Joachim König**

Los movimientos de Independencia hispanoamericanos.

Actores y programas .....	9
---------------------------	---

### **Karl Hölz**

Institución literaria y despertar nacional. La literatura mexicana entre el movimiento de Independencia y la Guerra de la Reforma

(1810-1858).....	35
------------------	----

### **Frank Leinen**

*El Iris* como proyecto de «civilización de los semibárbaros mexicanos». Sobre el programa cultural y político de la primera

revista literaria ilustrada de México después de la Independencia .....	53
---	----

### **Ottmar Ette**

Fernández de Lizardi: *El Periquillo Sarniento* o escritura dialogada entre Europa y Latinoamérica .....

83

### **Christoph Strosetzki**

José María Luis Mora entre la Ilustración y el Liberalismo.....	123
---	-----

### **Vittoria Borsò**

Barroco, *criollismo* y la formación de la conciencia nacional.

Reflexiones sobre el Perú y México .....	143
--	-----

### **Frauke Gewecke**

La vía dominicana hacia la Independencia. Tres momentos de un proceso iterativo: 1821 – 1844 – 1865 .....

179

### **Dieter Janik**

Desde la *literatura* hasta las *bellas letras*. Los principios de una literatura nacional en Nueva Granada (Colombia) al final de la época colonial y en el primer período de la Independencia,

reflejados en los periódicos (1791-1859) .....	197
--	-----

**Inke Gunia, Klaus Meyer-Minnemann**

José Joaquín de Olmedo: «La Victoria de Junín. Canto a Bolívar» (1825). Legitimación política y legitimidad poética ..... 219

**Thomas M. Scheerer**

«...nuestro mal discurso...»: José Victorino Lastarria y su «Discurso de Incorporación a la ‘Sociedad literaria’» (3 de mayo de 1842) ..... 237

**Christine Bolk**

Concepciones de Juan María Gutiérrez y Juan Bautista Alberdi para la formación de una identidad literaria argentina ..... 253

**Colaboradores** ..... 267

## PREFACIO

El presente volumen reúne las ponencias leídas durante el Simposio *Die Literatur im Prozeß der Unabhängigkeit und der Nationbildung in Spanischamerika (1800-1860)*, celebrado en la Universidad Johannes Gutenberg de Mainz del 17 al 19 de octubre de 1996, con el apoyo financiero de la *Deutsche Forschungsgemeinschaft*.

La expresión literaria de aquella época fundacional requiere una perspectiva apropiada para entenderla en su función ancilar dentro de un contexto político y social de características novedosas. Manifestación de la voluntad independentista más allá de la Independencia y reflejo de proyectos culturales nacionales, esta literatura se nutre durante largo tiempo del pensamiento ilustrado amoldándolo preferentemente al estilo neoclásico. Muchos textos nacieron de la conciencia imperativa de que cada sociedad nacional necesitaba de una literatura como patrimonio espiritual. La reflexión sobre las características y la función de las obras por crear acompañan las iniciativas literarias de aquellos años, trasluciendo al mismo tiempo el afán generalizado de fundar instituciones capaces de aunar los esfuerzos individuales (periódicos, sociedades literarias, etc.).

La elección del tema del Simposio se explica por el deseo de compensar el menguado interés que tal problemática ha despertado hasta hoy entre los historiadores y críticos literarios, sobre todo entre los investigadores europeos; en todos los países hispanoamericanos existen en cambio admirables conocedores de la cuestión. Debemos mucho a sus investigaciones y esperamos, mediante nuestros aportes, entrar en un diálogo más intenso con ellos. Fue por ello que, concluido el Simposio, surgió la idea unánimemente aceptada de publicar las comunicaciones, leídas en su mayor parte en alemán, en traducción española.

Agradezco a todas y todos los colegas que han acudido al Simposio de Mainz trayendo sus enriquecedoras contribuciones. Igualmente quisiera recordar aquí los nombres de aquellas y aquellos que han animado los debates con sus eruditas y juiciosas observaciones: Karlheinrich Biermann, Münster; Thomas Bremer, Halle; Wilfried Floeck, Gießen; Karsten Gar-

scha, Frankfurt; Karl Kohut, Eichstätt; Monika Walter, Berlin; Christian Wentzlaff-Eggebert, Köln.

Como en tantas ocasiones previas agradezco a mi secretaria Irmtraud Vogel su valiosa colaboración en la preparación del libro; la perfección técnica –si es que la logramos– se debe enteramente a mi asistente, Sabine Lang.

Finalmente, en nombre de todos los colaboradores del libro, quisiera expresar mi gratitud al Dr. Dietrich Briesemeister por haber acogido el volumen entre las publicaciones patrocinadas por el *Ibero-Amerikanisches Institut* de Berlín, que él dirige.

Dieter Janik



**Hans-Joachim König**

## LOS MOVIMIENTOS DE INDEPENDENCIA HISPANOAMERICANOS

### ACTORES Y PROGRAMAS

Ante todo un comentario a modo de introducción: cuando a continuación hablo de los movimientos de Independencia hispanoamericanos o de América Hispana o de América Latina, no intitulo con ello una unidad u homogeneidad pretendida o existente. Esto significaría simplificar en forma impropia. Porque este espacio tiene distintas estructuras políticas, sociales y económicas, tiene diferentes condiciones y medios geográficos naturales, difiere mucho la densidad de su población, y los grupos y mezclas de sus habitantes son muy variados. Sin embargo, a pesar de esta diversidad, existen rasgos y líneas de desarrollo comunes, que en el caso de un resumen, permiten hablar de este espacio y de esta época como un conjunto, sin duda alguna un conjunto bien complejo.

En lo que se refiere al marco temporal, me dedicaré fundamentalmente a la época de la formación de estado y nación desde fines del siglo XVIII hasta la mitad del siglo XIX. Vale decir que retrocedo al período antes de 1810/1826 —comienzo y fin de las guerras de la Independencia— para poder incluir las causas, los motivos y los programas de los movimientos de independencia y de sus actores. Al mismo tiempo me extiendo más allá del momento en que de facto había terminado el desprendimiento y/o separación de las colonias españolas de la madre patria España, para así poder evaluar las consecuencias de esos movimientos emancipadores en sus dimensiones políticas, sociales y económicas. Esto permite también determinar de qué manera influyó la época de la Independencia en el proceso histórico, en la formación de estado y nación en el espacio hispanoamericano. ¡Vale decir que no se trata de un relato de conflictos bélicos!

I

LA POLÍTICA *MERCANTIL* DE LOS BORBONES EN LAS COLONIAS – REACCIONES  
DE LOS CRIOLLOS ESPAÑOLES

A pesar de que los territorios americanos conquistados por el imperio español eran, *de jure*, reinos iguales ante la ley, *de facto*, por sus limitaciones económicas, eran colonias dependientes aunque nunca fueron calificadas como tales. Esta dependencia se observaba también en las sociedades de las colonias. A pesar de diferencias políticas, los altos funcionarios coloniales, los propietarios de minas y de haciendas así como los comerciantes formaban una pequeña minoría blanca que vivía en las ciudades y se distinguía de aquellos que ejercían oficios artesanales. La gran masa de la población rural, indígena, era considerada mero potencial de mano de obra y pertenecía, por lo tanto, a la clase baja. Debajo de ellos sólo estaban los esclavos y sus descendientes así como los mestizos sin derechos. La sociedad colonial se caracterizaba por diferencias socioeconómicas y étnicas. A menudo, esto suscitaba protestas de los indígenas y sublevaciones de los esclavos sin que se hubieran logrado mejoras o cambios en las relaciones entre la madre patria y las colonias. Estos recién ocurrieron cuando la parte americana de la clase alta colonial empezó a protestar, es decir que se sintió afectada. Los desencadenantes de estas protestas fueron las llamadas «reformas borbónicas».

¿De qué se trataba? Luego de la decadencia política y económica del imperio español bajo Carlos II, el último de los Habsburgos, la nueva dinastía de los Borbones, que empezó con Felipe V (1701-1746), siguiendo con Fernando VI (1746-1759) y principalmente bajo el absolutismo ilustrado de Carlos III (1759-1788), llevó a cabo un extenso programa de reformas, que tenía como metas transformar política, económica y culturalmente a España, y restablecer su hegemonía en Europa, así como defender en América su importancia como primera potencia. Según la concepción de los pensadores y estadistas españoles del siglo XVIII, el fortalecimiento de España iba a lograrse ante todo mediante la reactivación económica, que se aseguraría con una administración estatal más efectiva.

Los esfuerzos de los Borbones por restablecer la posición de España en Europa no sólo se referían a la madre patria, sino que incluyeron los terri-

torios americanos asignándoles un papel especial, pues los ingresos de España debían incrementarse por medio de la explotación económica más intensa y efectiva de América.<sup>1</sup> Esta idea significaba en concreto, que las posesiones de ultramar adquirirían el verdadero sentido de *colonias*, es decir: abastecedoras de materias primas agrícolas y mineras y compradoras de productos manufacturados en España. De esta manera, no sólo no iban a poder competir con la economía española, especialmente su industria, sino que se harían más dependientes de ella. Para el funcionamiento del principio neomercantilista se requería una serie de modificaciones políticas y económicas: las reformas administrativas y comerciales emprendidas luego de un minucioso examen previo de las condiciones en el mismo lugar (las visitas generales), el mejoramiento de las comunicaciones, la organización del sistema de intendencias para robustecer la administración financiera y la recaudación de impuestos, la creación de lucrativos monopolios fiscales del estado y el permiso para el libre comercio entre las fronteras del imperio español.<sup>2</sup> En suma, se trataba de un restablecimiento y una ampliación de la autoridad real y de un mayor control sobre el extenso territorio colonial y las instituciones coloniales mismas.

Con estas medidas tendentes al logro de la unificación y del control de la organización interna del imperio español, que culminaron con la introducción del sistema intendencial, pero también con medidas como la abolición progresiva del monopolio comercial, entre 1765 y 1778, y el relajamiento de las restricciones al tráfico comercial entre las colonias,<sup>3</sup> no se

---

1 Los rasgos fundamentales de esta concepción se encuentran contenidos en el famoso tratado del Ministro español de Guerra y Finanzas, José del Campillo y Cossío: *Nuevo sistema de gobierno económico para la América* (1743), documento que con certeza circuló únicamente como manuscrito y sólo en 1762 reapareció con algunas modificaciones en el tratado de Bernardo Ward *Proyecto económico*, antes que en 1789 fuera objeto de publicación propia. Véase del Campillo y Cossío, José (1789): *Nuevo sistema de gobierno económico para la América*, Madrid. Compárese también Artola, Miguel (1952): «Campillo y las reformas de Carlos III», en: *Revista de Indias* 50, pp. 685-714. — Ward, Bernardo (1779): *Proyecto económico, en que se proponen varias providencias dirigidas a promover los intereses de España, con los medios y fondos necesarios para su implantación, escrito en el año 1762*, Madrid.

2 Pietschmann, Horst (1972): *Die Einführung des Intendantensystems in Neu-Spanien im Rahmen der allgemeinen Verwaltungsreform der spanischen Monarchie im 18. Jahrhundert*, Köln/Wien, ha llamado la atención sobre las intenciones económicas y políticas similares durante los siglos XVI y XVII. Ante la profusión de bibliografía sobre la política reformista, cabe mencionar como ejemplo: Navarro García, Luis (1975): *Hispanoamérica en el siglo XVIII*, Sevilla; Góngora, Mario (1975): *Studies in Colonial History of Spanish America*, Cambridge, en especial el capítulo 5; Brading, David A. (1971): *Miners and Merchants in Bourbon Mexico, 1763-1820*, Cambridge, en especial el capítulo introductorio.

3 En 1765 se abrió el comercio de puertos de España con puertos españoles en el Caribe, lo cual se extendió en 1768 a Louisiana, en 1770 a Campeche y Yucatán, en 1776-1777 a Santa Marta y Río de

pretendía únicamente impulsar la formación de un espacio económico amplio y productivo, sino también fundir las partes del imperio español en una nación, en un solo cuerpo de nación.<sup>4</sup> Los resultados de esta política no respondieron a las expectativas: como es sabido, los criollos no desarrollaron ningún sentimiento de lealtad y de identidad con respecto al estado español.

La política reformista borbónica, a raíz de la cual las provincias americanas fueron consideradas y tratadas como colonias dependientes, en forma más manifiesta que antes, hacía cada vez más difícil a los españoles americanos (llamados «criollos») y pertenecientes a la clase social y económicamente alta identificarse con la madre patria España y continuar siendo leales al estado español. No sólo la explotación más intensa de los recursos económicos de América para beneficio de España, las nuevas medidas fiscales y una contribución tributaria más efectiva, sino ante todo la nueva forma de nombrar preferentemente españoles de Europa para altos cargos y no tener en cuenta a españoles americanos, como todavía había sido el caso en la primera mitad del siglo XVIII, provocó entre estos crecientes discusiones sobre la legitimación del gobierno español. Esta desventaja en la ocupación de altos cargos, considerada una discriminación por parte de los americanos, restringidos principalmente a los cargos políticos a nivel de los cabildos, condujo, por un lado, a un distanciamiento y rivalidad entre los españoles-europeos y los españoles-americanos, como lo constataron numerosos científicos europeos, por ejemplo los exploradores españoles Jorge Juan y Antonio Ulloa alrededor de la mitad del siglo XVIII y Alexander von Humboldt a comienzo del siglo XIX, y fomentó, por el otro, un compromiso cada vez mayor con la propia región, es decir América.

---

La Hacha, en la Nueva Granada. En 1774 fueron abolidas las restricciones que pesaban sobre el comercio colonial entre la Nueva España, el Perú, Guatemala y la Nueva Granada. En 1778 se expandió el comercio entre España y América a todos los territorios españoles, con excepción de Veracruz y La Guaira (Venezuela), los cuales serían favorecidos en 1789. En todo caso, los americanos no emprendieron sino a partir de 1796 el comercio intercontinental que hasta entonces estaba reservado a los españoles. Véase al respecto Ots Capdequí, José M. (1946): *Nuevos aspectos del siglo XVIII español en América*, Bogotá; Walker, Geoffrey J. (1979): *Spanish Politics and Imperial Trade, 1707-1789*, London; Fisher, John (1985): *Commercial Relations between Spain and Spanish America in the Era of Free Trade, 1778-1796*, Liverpool.

- 4 Se emplea este término en las recomendaciones que se formularon en 1768 para la política americana. Recomendaciones formuladas en una sesión del Consejo Extraordinario que tuvo lugar el 5 de marzo de 1768, citadas en Konetzke, Richard (1950): «La condición legal de los criollos y las causas de la Independencia», en: *Estudios Americanos* II/5, p. 46. Versión al inglés de Humphreys, Robert A. / Lynch, John (1965): *The Origins of Latin American Revolutions, 1808-1826*, New York, p. 257.

Existen numerosos documentos sobre la forma en que los españoles-americanos sentían la supuesta discriminación.<sup>5</sup> En general, el tenor fundamental es el siguiente: los criollos basaban su argumentación en la igualdad de derechos entre ellos y los españoles europeos por tener un mismo rey, es decir que también los americanos tenían derecho a participar en el poder político y ser tenidos en cuenta en la repartición de cargos. Al mismo tiempo, los criollos reducían la validez del principio de igualdad con respecto a los españoles; resaltaban, por el contrario, la superioridad de los *nacionales de esta América* subrayando al mismo tiempo la incapacidad de los españoles europeos para adelantar en América una política conforme a las necesidades de los americanos.

En principio, esta argumentación de los criollos se basó en el convencimiento de una divergencia insuperable de intereses entre los españoles americanos y españoles europeos. En última instancia esto significó, por un lado, que los americanos ya no eran solamente españoles (por lo menos no en el sentido del estado único borbónico) y por otro, los españoles-europeos eran extranjeros en América, no tenían, por lo tanto, ninguna relación personal y profunda con ella y al gobernar no tenían en cuenta sus intereses. El argumento sobre la divergencia de intereses así como la falta de apego de los españoles a la tierra americana, continuó siendo una constante en las quejas criollas sobre la discriminación política y en la fase más candente de la separación de la madre patria, encontró defensores vehementes, que consideraron este estatus inferior como estatus colonial.

Es lógico que el énfasis en ser diferente —en la otredad— implica también el énfasis en lo propio, de modo que las demandas políticas y sus fundamentos sin duda alguna reflejan la conciencia madura de una identidad

---

5 Véanse sobre todo la «Representación del Cabildo de la ciudad de México a Carlos III» con fecha del 2 de mayo de 1771, editada en: Hernández y Dávalos, Juan (ed.) (1877): *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México*, vol. 1, México, pp. 427-455. Literatura al respecto: Miranda, José (1952): *Las ideas y las instituciones políticas mexicanas: 1ª parte 1521-1820*, México, pp. 178-180; Brading, David A. (1973): *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México; Meißner, Jochen (1993): *Eine Elite im Umbruch: Der Stadtrat von Mexiko zwischen kolonialer Ordnung und unabhängigem Staat*, Stuttgart, pp. 206-214. Véanse también las «Capitulaciones de Zipaquirá» como resultado de la Rebelión de los Comuneros en el Nuevo Reino de Granada de 1781. Entre la voluminosa bibliografía cabe destacar Cárdenas Acosta, Pablo E. (1960): *El movimiento comunal de 1781 en el Nuevo Reino de Granada*, 2 vols., Bogotá; Phelan, John L. (1978): *The People and the King: The Comunero Revolution in Colombia, 1781*, Madison, así como König, Hans-Joachim (1994): *En el camino hacia la Nación: nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la Nación de la Nueva Granada, 1750-1856*, Bogotá, pp. 126-147, (edición alemana, Stuttgart 1988).

americana; una identidad que a largo plazo sólo podía satisfacerse con la autodeterminación política en un territorio propio. En cuanto a la salvaguardia de los intereses americanos, los criollos, siendo hijos del país, se sentían superiores a los españoles y de allí derivaban su exigencia de autodeterminación para América. Sin embargo, el criterio de ser americano sólo alcanzó una dimensión continental en este frente común contra España porque, en general, América no era vista como una unidad estatal-política o cultural dada. Es verdad que, en oposición a los españoles europeos, los criollos se consideraban americanos, pero también se consideraban habitantes de una patria propiamente dicha. Aunque siempre se habló de América y los americanos como una delimitación general frente a España y los españoles, y aunque se tuvo conciencia de intereses comunes americanos, la identificación siempre se refería al territorio conocido de las respectivas audiencias. De facto, el imperio colonial español en América nunca representó una unidad en el sentido político y económico. América estaba dividida en audiencias, que eran áreas político-jurisdiccionales y, a su vez, las últimas instancias de apelación para sus habitantes. Justamente dentro de las fronteras de las audiencias, la élite de los criollos había desarrollado una conciencia de su particularidad regional y de la pertenencia a su región y su sociedad. En la medida en que los criollos adoptaban ideas de la época de la Ilustración y comenzaron a explorar sus regiones con los recursos naturales existentes, también aumentó la conciencia de sí mismos. De esta manera, el frente se produjo en dos niveles: por un lado contra la madre patria y por el otro, contra las otras regiones.

Una importante participación en el desarrollo de una conciencia americana también tuvieron las ideas de la Ilustración europea con su fe en la razón y su confianza optimista en las ciencias, sobre todo en las naturales y experimentales, como factor del progreso humano.<sup>6</sup> Estas ideas se iniciaron con la renuncia a los contenidos educativos tradicionales de la escolástica española y la puesta en marcha de una reforma cultural que apuntaba a la ciencia moderna y a sus métodos de investigación. Esta reforma se convirtió en un importante elemento de todo el programa reformista de los Borbones. Las nuevas ciencias puestas al servicio de la exploración de las ri-

---

6 Véase Whitaker, Arthur P. (ed.) (1961): *Latin America and the Enlightenment*, Ithaca, así como Aldridge, A. Owen (1971): *The Ibero-American Enlightenment*, Urbana; id. (1988): *La América española en la época de las luces: tradición, innovación, representaciones*, Madrid.

quezas naturales de España y sus colonias parecieron ser el instrumento adecuado para restablecer la supremacía económica y política de España.<sup>7</sup> Esta Ilustración española práctico-pragmática y utilitaria, que se destacaba de la Ilustración más teórico-especulativa de procedencia francesa, pronto también llegó a las colonias.

De acuerdo a los objetivos político-económicos del imperio español de mejorar el bienestar de las colonias mediante un aprovechamiento racional de sus riquezas naturales y sacar beneficio propio con mayores ingresos fiscales y la ampliación del comercio, la Corona española, sus ministros y los altos funcionarios coloniales también fomentaban el interés en las ciencias naturales y cuestiones económicas, que comenzaba a despertarse en las colonias. Para hacer un inventario de las riquezas de América, la Corona española organizó numerosas expediciones: en 1777, una Expedición Botánica partió al Perú y Chile, con los botánicos Hipólito Ruiz, José Pavón y el francés J. Dombey (1777-1788); a partir de 1783, una expedición botánica de la Corona, bajo la conducción del científico español José Celestino Mutis, investigó la flora y fauna del Virreinato de Nueva Granada. Una expedición botánica bajo el mando de Martín de Sesse permaneció 14 años en Nueva España (1788-1802). En la expedición dirigida por el italiano A. Malaspina, que abarcó regiones en América y Circum-Pacífico (1789-1794), participaron numerosos científicos y naturalistas españoles.<sup>8</sup> En la minería, los hermanos Fausto y Juan José D'Elhuyar, que habían perfeccionado sus conocimientos en las ciencias naturales con expertos europeos, llevaron a cabo expediciones en México, el Perú y Nueva Granada, para volver a impulsar la explotación de metales preciosos.<sup>9</sup>

Es importante destacar que en estas expediciones también participaron criollos como investigadores, dibujantes o pintores, que adquirieron así conocimientos sobre sus países y descubrieron las riquezas y las posibilidades que ofrecían sus propios territorios. Muchas veces se convirtieron en multiplicadores de las nuevas ciencias y las nuevas ideologías y en sus propios estudios pasaban a sus compatriotas sus conocimientos sobre las

---

7 Acerca de la correspondencia entre Ilustración y regeneración económica, véase Palacio Atard, Vicente (1964): *Los españoles de la ilustración*, Madrid.

8 Para más información, véase el catálogo publicado por el Instituto de Cooperación Iberoamericana (1982): *La corona y las expediciones científicas españolas a América en el siglo XVIII*, Cádiz; Pérez Arbeláez, Enrique (1954): *La Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada*, Madrid.

9 Véase Whitaker, Arthur P. (1951): «The Elhuyar Mining Mission and the Enlightenment», en: *Hispanic American Historical Review* 32, pp. 557-585.

condiciones y posibilidades de desarrollo de las distintas regiones americanas. Los medios e instrumentos de esta difusión y formación de opiniones fueron los círculos literarios o las llamadas «Sociedades Económicas de Amigos del País» que desde 1781 se habían formado siguiendo el ejemplo de Francia y España; eran sociedades de patriotas para el fomento de la economía (por ejemplo en Guatemala 1794-1800, La Habana 1794-1823, Santiago de Chile, Quito, Lima y Mompos en Nueva Granada) y se dedicaban a la literatura, cuestiones científicas, nuevas técnicas, etc., pero también a cuestiones de acontecimientos actuales.<sup>10</sup> Sin la ayuda de los diarios, que justamente habían sido fundadas en la época en que se propagó la modernización (1791 *El Mercurio Peruano* en Lima; 1792 *Primicias de la Cultura* de Quito; 1801 *El Telégrafo Mercantil* en Buenos Aires; *Diario de México* 1805-1817), estas tertulias o sociedades no hubieran sido más que clubes esotéricos y los resultados de las reuniones no hubieran tenido mayores efectos. Pero los diarios crearon las condiciones necesarias, porque no fueron tanto órganos de información sobre las actualidades políticas sino más bien órganos de formación cultural y participaron en la divulgación de las ideas de la época de la Ilustración. Al mismo tiempo despertaron y fortalecieron el patriotismo y fomentaron, en general, un optimismo nacional, importante para el proceso de emancipación.

El inventario hecho por España, que, a decir verdad, debía impulsar un mayor desarrollo económico de las colonias, puede ser considerado el punto de partida de la separación de la madre patria. En la medida en que los criollos se daban cuenta de las posibilidades y riquezas de sus respectivas regiones, rechazaron cada vez más el concepto de que había que impulsar el desarrollo económico de las colonias para bien de España. Por lo tanto, el proceso de desarrollo planeado por España fue aplicado al propio país, que en forma creciente se convertía en el centro de las consideraciones económicas y políticas así como de las ocupaciones literarias.

---

10 Para la iniciativa de sociedades, véase Campomanes, Pedro R. (1972 / 1774): *Discurso sobre el Fomento de la Industria Popular*, edición a cargo de John Reeder, Madrid. Sobre las sociedades económicas en España y América en general, véase Sarrailh, Jean (1954): *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII<sup>e</sup> siècle*, Paris, especialmente la segunda parte, capítulos 4 y 5; Shafer, Robert (1958): *The Economic Societies in the Spanish World (1783-1821)*, Syracuse; Luque Alcaide, E. (1962): *Las Sociedades Económicas de Amigos del País de Guatemala*, Sevilla; Castellano, José L. (1984): *Luces y reformismo: las Sociedades Económicas de Amigos del País del Reino de Granada en el siglo XVIII*, Granada.



Paralelamente a la orientación geográfica y al inventario de los recursos naturales y en estrecha interrelación con ellos se llevó a cabo un examen de las posibilidades económicas y la estructura básica de cada región. Desde la recepción de las ciencias útiles propagadas por las ideas españolas de la época de la Ilustración, funcionarios administrativos españoles pero también criollos empezaron a analizar críticamente la situación económica de las distintas grandes regiones y a proponer mejoras en estudios más o menos voluminosos.<sup>11</sup>

Los estudios económicos eran más que una simple descripción de los recursos naturales y de las ventajas geográficas y climáticas, en tanto que mostraban las condiciones políticas, o bien también económico-políticas, en cuyo marco se podía efectuar el desarrollo económico o, por lo menos, ya no sería obstaculizado. Para este proceso de desarrollo fue necesario crear condiciones más favorables que en el pasado. Por eso, los economistas americanos mostraban la discrepancia entre la situación económica existente y el desarrollo económico de sus regiones que se podía esperar, según su opinión, de una explotación más efectiva de los recursos naturales y del empleo oportuno de las técnicas modernas. Para ellos, la economía del país aparecía como atrasada, poco desarrollada y descuidada, y desde los días de la conquista no se habían obtenido progresos dignos de mención. En un análisis optimista de las posibilidades de desarrollo, los críticos economistas hasta consideraban a las distintas regiones como el centro del nuevo mundo.

Las propuestas para su mejoramiento abarcaban todas las áreas de la vida económica. Además del comercio interno, el interés se centraba en el comercio externo, un comercio sin restricciones, que realmente mereciera el nombre «comercio libre», que era considerado la base para la riqueza y el bienestar, el motor para el comercio y la agricultura. La agricultura con sus productos para la exportación desempeñaba un rol importante, de acuerdo a las ideas fisiocráticas existentes en aquella época. El análisis de la situación económica de las colonias americanas, por un lado, y por el otro el conocimiento creciente de las reflexiones teóricas acerca del desarrollo y los progresos técnicos en países europeos, especialmente Inglaterra, topó inevitablemente con los límites impuestos al desarrollo por el

---

11 Véase la antología de textos recogida en: Chiaramonte, José C. (ed.) (1979): *Pensamiento de la Ilustración: economía y sociedad iberoamericana en el siglo XVIII*, Caracas (Biblioteca Ayacucho; 51).

sistema económico español. Esto debió producir entre los mismos economistas y entre sus lectores una actitud de resistencia frente a España, como la causante de tales limitaciones, y al mismo tiempo conducir a una creciente identificación con el propio país, que a diferencia de España fue considerado capaz de desarrollarse.

Las propuestas para intensificar agricultura, comercio e industrias muestran cómo los economistas comprendían sus respectivas regiones, a causa de sus particularidades y diversidades económicas, como unidades capaces de subsistir. Estas propuestas siempre contenían ciertas ideas sobre la autonomía del propio país, es decir que los economistas no sólo levantaban un frente contra España sino, al mismo tiempo, contra las demás regiones americanas. Así, estas regiones que se habían conformado sobre la base de las viejas audiencias en cuanto a cuestiones administrativas, económicas, financieras y jurídicas, recibieron además nuevos contornos.

Enfatizo una vez más, que los motivos causantes del proceso de separación de España, resultaron de los intereses políticos y económicos de los criollos y sus correspondientes exigencias y no de las rebeliones y protestas de indios o la población mestiza. Recién cuando se produjo una situación favorable, las exigencias de los criollos, presentadas desde tiempo atrás, tuvieron perspectivas de éxito.

## II

### LA CRISIS EN LA MADRE PATRIA ESPAÑA – MOTIVOS DE LA SEPARACIÓN

En la primera década del siglo XIX se modificaron las condiciones externas en favor de las demandas políticas de los criollos. Con el ocaso del poder español, la decadencia de la dinastía borbónica, la abdicación del legítimo Rey español y de su sucesor, forzadas por Napoleón, así como la proclamación de José Bonaparte como Rey español, se creó un vacío de poder en la América española que los criollos aprovecharon para fortalecer su posición ante España y sus autoridades coloniales.

Como España estaba involucrada en la guerra contra Inglaterra, mediante una alianza con Francia a través del Tratado de Ildefonso en 1796, las relaciones comerciales con sus colonias se interrumpieron a menudo. Por ello, España no pudo garantizar un aprovisionamiento suficiente de bienes europeos, así como tampoco fomentar la venta de productos agrarios lati-

noamericanos, que numerosos economistas consideraron un mercado especialmente provechoso para las colonias.

Con la destrucción de la flota española en la batalla marítima de Trafalgar en 1805, la función española de proteger militarmente a América fue afectada notoriamente. A la decadencia del poder militar de España se añadió la situación precaria de la dinastía borbónica. Desde 1788, la Corona Española estaba en manos de Carlos IV quien por su avanzada edad se mostraba cada vez más incapaz. Los conflictos internos entre Carlos IV y su hijo Fernando VII en marzo de 1808, en cuyo transcurso Carlos IV tuvo que abdicar en favor de su hijo, sirvieron de pretexto a Napoleón no sólo para ocupar a Portugal sino también inmiscuirse en la situación española. Madrid, y pronto toda España, fueron ocupados por tropas francesas. En el encuentro realizado en Bayona, del 20 de abril hasta el 5 de mayo de 1808, Napoleón obligó a Fernando VII, en quien el pueblo español abrigaba grandes esperanzas de una renovación general, a devolver la corona a su padre, quien a su vez dimitió a favor de Napoleón. Mientras este último designaba a su hermano como «Rey de España e Indias», los Borbones españoles eran detenidos en Francia. Sin embargo, los españoles no aceptaron la nueva dinastía napoleónica. El 2 de mayo de 1808 ya había estallado en Madrid un levantamiento popular que abarcó rápidamente amplias regiones de España. Se convirtió en una resistencia militar y política general en toda la nación que perduró varios años en contra de la ocupación francesa. Esta resistencia fue organizada primero por las juntas autónomas regionales; después, el 20 de febrero de 1808, con la Junta Central Suprema y desde principios de 1810 con su institución sucesora, el Consejo de Regencia, se crearon gobiernos provisionales con la intención de establecer un gobierno central en nombre de Fernando VII.<sup>12</sup>

En vista de la crisis de la monarquía española y los sucesos militares y políticos en Europa, que no le permitían a España una intervención activa en sus colonias, la población americana, es decir los criollos, vieron la posibilidad –y en cierto sentido también la obligación– de decidir su futuro. En muchos lugares, sobre todo en las ciudades capitales, que eran las cabezas de sus reinos o provincias, se formaron Juntas con el fin de reasumir la

---

12 Véase Anna, Timothy E. (1983): *Spain and the Loss of America*, London; Guerra, François-Xavier (1993): *Modernidad e Independencias: ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México; Lynch, John (ed.) (1994): *Latin American Revolutions, 1808-1826: Old and New World Origins*, Norman.

soberanía y actuar por el derecho de los pueblos colmando así el vacío de poder originado por la situación en España. La Junta Central y el Consejo de Regencia creyeron brindarles una ayuda positiva en la decisión de las colonias, cuando en varias proclamaciones y decretos como el del 22 de enero de 1809 o el del 24 de febrero de 1810, invitaron a las regiones de ultramar a enviar delegados ante la Junta Central y participar en las Cortes convocadas. Con ello reconocían el principio representativo reclamado también por las colonias y les otorgaban un nuevo estatus libre; declararon nulo el anterior estatus colonial, es decir que concedían autonomía a las regiones americanas.

Con todo, en vez de fortalecer el lazo entre ambos hemisferios, entre los españoles de Europa y los de América, estos ofrecimientos de igualdad fueron contraproducentes y brindaron a los criollos argumentos adicionales para reemplazar las autoridades coloniales españolas por gobiernos propios y para exigir una autonomía cada vez mayor. Los ofrecimientos españoles significaron la confirmación de la crítica al sistema colonial español expuesta anteriormente y representaron, al mismo tiempo, el criterio respecto a la futura realización de la nueva política española.<sup>13</sup>

El vacío de poder en la América española desde 1808, el ejemplo de las Juntas Autónomas en España y la nueva política de los gobiernos interinos españoles que enfatizaba la igualdad, fueron, sin duda, factores que influyeron para que los criollos presentaran sus demandas políticas a partir de 1808. Sin embargo, no fueron estos sucesos los que provocaron dichas reclamaciones. Son, más bien, el claro resultado de un proceso de creciente desunión frente al gobierno colonial español motivado por la discriminación política y económica y simultáneamente un proceso de identificación con las propias regiones mejor conocidas.

De esta manera se formaron los nuevos estados dentro de las fronteras de las audiencias. Es decir que el proceso de separación fue, al mismo tiempo, un proceso de desintegración.

---

13 Timothy E. Anna ha llamado la atención sobre el hecho de que las propuestas de reforma de la Junta Central, de la Regencia y, luego de 1810, de las Cortes de Cádiz también, no representaban un medio eficaz para prevenir los intentos separatistas hispanoamericanos; igualmente el autor mencionado hace referencia a cuán difícil resultaba para España cumplir la tan requerida igualdad en el ámbito político y, ante todo, en las esferas económicas. Véase Anna, Timothy E. (1982): «Spain and the Breakdown of the Imperial Ethos: The Problem of Equality», en: *Hispanic American Historical Review* 62/2, pp. 254-272.

En la mayoría de las colonias hispano-americanas comenzaron entonces las guerras de la Independencia; tuvo lugar un proceso de liberación que de ninguna manera se desarrolló en línea recta.<sup>14</sup> Con mayor o menor éxito, los distintos círculos patrióticos se esforzaron por obtener una base más amplia para el movimiento nacional y convencer a los criollos aún leales a la Corona de la legitimidad de los movimientos separatistas. Entre los objetivos y las promesas programáticas figuraban la reforma del sistema político, un mayor derecho a intervención y autodeterminación para beneficio del propio país, libertad e igualdad y el desarrollo económico. En numerosas publicaciones, documentos oficiales, poemas, cantos patrióticos —muchas veces publicados en los diarios oficiales de los gobiernos— las clases dirigentes políticas definían a los nuevos estados como repúblicas de ciudadanos libres con igualdad de derechos.<sup>15</sup> De acuerdo a la idea de la libertad política, las clases políticas dirigentes definieron los derechos ciudadanos como principal criterio para la pertenencia a la nación, que debía formarse dentro de las fronteras de la patria percibida como unidad. De esta manera, el nuevo estado no sólo se diferenciaba positivamente del anterior imperio colonial sino que también fue posible demostrar que las diferencias étnicas y culturales no creaban una desigualdad sino que el rasgo característico del nuevo estado era la igualdad política, la ciudadanía, la que reunía los miembros de este estado en una nación. Teniendo en cuenta la heterogeneidad étnica, el criterio de ciudadanía se mostró extraordinariamente conveniente, puesto que no sólo contenía metas e intenciones políticas, sino que por medio de la igualdad jurídica de los ciudadanos también prometía superar las tensiones resultantes de esta heterogeneidad étnica.<sup>16</sup>

La movilización no fue uniforme. Después de la declaración de la Independencia, los partidarios de España lograron imponerse en algunos casos (México, Nueva Granada, Venezuela, el Perú) y sobre todo después de

14 Una descripción bien detallada da Lynch, John (1976): *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*, Barcelona (edición inglesa de 1973).

15 Véase la antología de textos recogida en: Romero, José L. / Romero, Luis A. (eds.) (1977): *Pensamiento de la Emancipación*, 2 vols., Caracas (Biblioteca Ayacucho; 23-24).

16 Sobre todo el prócer de la Independencia venezolana y grancolombiana Simón Bolívar llamaba la atención sobre la problemática heterogeneidad étnica en sus escritos y discursos sobre el problema de la formación del Estado. Sus ideas sobre la heterogeneidad étnica, así como su convicción de que se requerían otros criterios de identidad en vista de la ausencia de una identidad étnica, se revelan con suma claridad en el «Discurso de Angostura» del 15 de febrero de 1819, publicado en: Presidencia de la República (ed.) (1962): *Documentos que hicieron historia*, vol. 1, Caracas, pp. 210-240.

1814, es decir con el regreso de Fernando VII al trono español, apoderarse de nuevo de América. Justamente la violencia y el castigo riguroso ejercidos por España para con los patriotas fomentaron los movimientos separatistas dentro de los círculos criollos. Alrededor de 1825, todas las regiones hispano-americanas se habían liberado de la dominación española, sólo Cuba y Puerto Rico seguían siendo españoles. Así y todo fue necesaria una sangrienta guerra de 15 años de duración que no sólo destruyó vidas humanas sino que también arruinó la economía. El futuro de los nuevos estados se presentaba poco propicio. Rápidamente desapareció el optimismo que había prevalecido en la época anterior a la Independencia.

### III

#### LOS PROBLEMAS DE LA FORMACIÓN DE ESTADOS – CENTRALISMO O FEDERALISMO, MONARQUÍA O REPÚBLICA

La ruptura con España, vale decir la formación de estados a partir de 1810, requirió de los criollos enormes decisiones acerca del desarrollo futuro del estado. ¿Convenía que las distintas regiones se fusionaran en una unidad mayor? ¿Cómo debían constituirse las nuevas formaciones, de manera centralista o más bien federalista? Numerosos patriotas sudamericanos quisieron tomar como modelo a la Constitución norteamericana, que podía servir de ejemplo, puesto que las 13 colonias anteriormente inglesas se habían liberado del poder colonial de Inglaterra en una similar lucha por la independencia. Este modelo debía regir sólo para la organización interna de cada nuevo estado, pero no para un estado federativo que abarcara todo el antiguo imperio colonial español. Sin embargo, los defensores de este principio federativo no tuvieron en cuenta las diferencias que existían entre las colonias inglesas y las hispano-americanas en la fase de la formación del estado en cuanto a su desarrollo histórico, su estructura y sus experiencias políticas así como su composición demográfica. Tanto las diferentes dimensiones –las 13 colonias inglesas tenían tamaños mucho menores– como también las siguientes condiciones específicamente hispanoamericanas hablaban en contra de la implementación del federalismo: una forma de gobierno colonial donde la población tenía poca experiencia política ya que no le fue permitido participar en las decisiones políticas; educación y formación intelectual insuficiente entre la población y con ello también

una inmadurez política generalizada del pueblo; grandes diferencias sociales y económicas que provocaban tensiones y egoísmos de determinados grupos; una heterogeneidad étnica y con ello distintas valoraciones culturales, que no habían podido ser conciliados o armonizados mediante la política española de segregación racial. Es cierto que los pueblos hispanoamericanos no tenían la madurez política requerida por un sistema tan complicado como el federalismo.<sup>17</sup>

En la mayoría de los países, a partir de la fundación del estado, se produjeron enfrentamientos sangrientos para definir las responsabilidades entre el gobierno y las provincias. Por lo general, los intentos federalistas se basaban más en diversos intereses regionales o grupales que en teorías políticas del estado. En aquellas provincias con rivalidades políticas y económicas como las había, por ejemplo, entre las ciudades de Cumaná y Caracas en Venezuela, Buenos Aires y Montevideo en el Río de La Plata, Cartagena de Indias, Santa Marta y Bogotá en Nueva Granada (Colombia) o Guayaquil y Quito en Ecuador, el recuerdo de su autonomía tradicional durante la administración colonial generó desconfianza en cuanto a los intentos de centralización y las pretensiones de liderazgo de las antiguas capitales, es decir las sedes de las audiencias o de los virreyes. Por este motivo, en el Río de la Plata, la provincia Paraguay (1813) y la Banda Oriental (la actual Uruguay, con Montevideo) (1814) se retiraron del control ejercido por Buenos Aires. Además, el sistema del federalismo servía para satisfacer las aspiraciones personales de poder de determinados líderes políticos o militares locales, puesto que les permitía libertad frente a la autoridad del estado. En estos enfrentamientos a favor de federalismo o centralismo, los patriotas derrocharon innecesariamente sus fuerzas, favoreciendo así reconquistas temporales por parte de los españoles, como ocurrió en la región norteandina. Debilitaron, de esta manera, un movimiento estable para favorecer un sistema político propio. Estos enfrentamientos deben considerarse tanto como la expresión de una conciencia de estado no desarrollada, como una falta de consenso político, el que hubiera podido dar un marco institucional a los intereses grupales o regionales existentes. De esta manera, la inestabilidad política permitió el ejercicio del poder perso-

---

17 Véase al respecto la opinión de Simón Bolívar, por ejemplo en el «Discurso de Angostura». Compárese Carmagnani, Marcello (coord.) (1993): *Federalismos latinoamericanos: México, Brasil, Argentina*, México.

nal y el surgimiento de los caudillos latinoamericanos. A pesar de estos enfrentamientos, los criollos –fueran federalistas o centralistas– propusieron un cambio de sistema de gobierno. Ni en las dinastías, ni en la gracia divina del absolutismo veían ya una fuente de legitimidad para la soberanía del estado, sino en el principio de la soberanía del pueblo. No sólo defendían este nuevo principio en el periodismo político sino que también lo cimentaron en las constituciones. De esta manera, pese a los enfrentamientos por el centralismo o el federalismo, existía una base común para lograr la unidad del estado. No obstante, sería un error querer explicar el cambio del sistema monárquico al republicano, es decir la *transformación política*, como el fruto de un amplio proceso de democratización o como manifestación de una clara voluntad democrática. No puede ignorarse que la aceptación del principio de la soberanía popular fue una maniobra táctica por la cual quedaba fundamentado legalmente el derecho de autodeterminación e independencia frente al poder colonial. A esto se agrega que el hecho de la separación no permitió que la clase dirigente de los nuevos estados –de-seosa de legitimar su gobierno– recurriera al principio de legitimidad vigente hasta entonces. Este gobierno se puede caracterizar como gobierno tradicional según la tipología propuesta por Max Weber; tradicional en cuanto que la autoridad se basa en la creencia del carácter sagrado de los ordenamientos y poderes consuetudinarios y en cuanto se obedece a un Señor consagrado por la tradición, en cuyas manos descansa el poder soberano, pero quien por su parte está obligado a preservar los derechos y las costumbres del territorio.<sup>18</sup> La dominación colonial española estaba estructurada sobre esta convicción y consecuentemente había ejercido un régimen de autoridad recibiendo la obediencia de los súbditos.<sup>19</sup>

18 Weber, Max (<sup>4</sup>1968): «Die drei reinen Typen der legitimen Herrschaft», en: id.: *Soziologie, weltgeschichtliche Analysen, Politik*, editado y comentado por Johannes Winckelmann, Stuttgart, pp. 151-166, aquí las pp. 154ss.

19 En la caracterización de la dominación colonial española en Latinoamérica se ponen de relieve en particular las cualidades patrimoniales o bien patriarcales. Véase Morse, Richard R. (1964): «The Heritage of Latin America», en: Hartz, Lewis (ed.): *The Founding of New Societies*, New York, pp. 123-177, en especial las pp. 157ss.; Phelan, John L. (1967): *The Kingdom of Quito in the Seventeenth Century: Bureaucratic Politics in the Spanish Empire*, Madison/Milwaukee/London. El trabajo de Phelan se basa especialmente en la tipología de Max Weber. En cambio, Shmuel N. Eisenstadt considera el reino colonial español como un «imperio histórico-burocrático centralizado», véase Eisenstadt, Shmuel N. (1963): *The Political Systems of Empires*, New York. Acerca de la problemática de la legitimidad política en América Latina, véase también Smith, Peter H. (1974): «Political Legitimacy in Spanish America», en: Graham, Richard / Smith, Peter H. (eds.): *New Approaches to Latin American History*, Austin/London, pp. 225-255, en especial las pp. 229ss.



Una nueva política en un nuevo sistema que había roto sus relaciones con España, demandaba también nuevas justificaciones del poder político. Los líderes del movimiento de Independencia en las diferentes regiones cumplieron con este requisito al indicar como el fundamento del gobierno político la soberanía del pueblo y ponerla en práctica por medio del derecho positivo con un sistema de normas estipuladas, con referencia ante todo a la división de los poderes y a sus representantes, esto es, los portadores de la nueva fuente de legitimidad. Las numerosas constituciones son clara expresión de esta justificación. El gobierno legítimo podría caracterizarse, otra vez según Max Weber, como «gobierno legal»,<sup>20</sup> en tanto que el gobierno estaba legitimizado por normas del derecho político, sin que debiera necesariamente ser democrático.<sup>21</sup>

Consecuencias importantes del cambio de sistema de gobierno y de la nueva legitimación del poder son la relación de los particulares con el nuevo sistema político. Si el sistema tradicional había exigido y fomentado la relación personal con el monarca, la lealtad al Rey como persona que ejercía el poder y representaba la autoridad, ahora el nuevo sistema reclamaba la lealtad a una concepción abstracta del estado. En el desarrollo posterior puede observarse lo difícil que fue tomar al estado, la nación o al pueblo como nuevo punto de referencia de lealtad personal, puesto que también en las décadas siguientes en los nuevos estados el principio de lealtad continuó basándose en relaciones hacia personas. En lugar del monarca fueron apareciendo personalidades surgidas de las guerras de Independencia, líderes militares, caudillos, que basándose en su poder político y sus recursos económicos se convirtieron en el objeto de la lealtad y fueron más obedecidos que el estado abstracto. La orientación hacia la autoridad y el pensamiento en estructuras jerárquicas continuaron siendo un problema para los nuevos estados. La desaparición de la autoridad centrada en la persona del rey dejó un vacío. Los enfrentamientos entre los distintos grupos y regiones en los nuevos estados se pueden caracterizar como el intento de llenar este vacío.

---

20 Weber, «Die drei Typen», pp. 151-152.

21 Glen Dealy ha sostenido en una interesante investigación, documentada en las primeras constituciones latinoamericanas, que en la mayoría de los Estados recientemente constituidos el poder político recaía en el Estado y no en el pueblo. Véase Dealy, Glen (1968): «Prologomena on the Spanish American Political Tradition», en: *Hispanic American Review* 48, pp. 37-58.

IV

ESTADOS PERO NO NACIONES

LA FORMACIÓN DE ESTADOS – UNA REVOLUCIÓN INCONCLUSA

Los actores del movimiento de Independencia se consideraban revolucionarios y estaban convencidos de que hacían una revolución. Cabe preguntarse, sin embargo, ¿qué clase de revolución tuvo lugar en América Latina entre 1810 y 1830?

Las revoluciones de Independencia se distinguen esencialmente de la Revolución Francesa de 1789 en que en lugar de haber efectuado una reorganización fundamental de la sociedad colonial, su resultado particular consistió únicamente en haber conseguido romper el dominio del imperio español. Mientras en el curso de la revolución europea se dió un cambio fundamental, al hacer de lado a la clase privilegiada y dominante, y al instituirse nuevas estructuras sociales con nuevos sistemas de gobierno, las revoluciones latinoamericanas de la Independencia solamente produjeron nuevos estados soberanos e independientes. En la mayoría de los casos no se introdujeron cambios radicales en la estructura social jerárquica y en la distribución de tierras (latifundios). Sin embargo, no hay que pasar por alto el hecho de que, como fenómeno resultante de las guerras, dadas las posibilidades de ascenso en el ejército, las barreras etnosociales entre las distintas clases se hicieron menos rígidas y se produjo cierta movilidad social con repercusiones socioeconómicas, sobre todo en el comercio exterior. Pero en general no hubo ningún cambio de estructura, sólo tuvieron lugar los principios de un cambio fundamental, como fue la liberación de los esclavos, la prohibición de la trata de esclavos, la emancipación de los indios, negros y otra gente de color. Sin embargo, el cambio iniciado no se impuso o no alcanzó para mejorar las condiciones de los afectados –a pesar de los esfuerzos innegables de reforma social y humanitaria de muchos dirigentes según la tradición de la Ilustración dieciochesca, como fue el caso de Bolívar en la Gran Colombia, San Martín en el Río de la Plata, Santander en Colombia, O'Higgins en Chile y Rivadavia en Argentina.

La liberación política no fue acompañada de un cambio radical de la estructura socioeconómica, conservándose la estructura colonial en lo económico y lo social. Esto se debe al hecho de que la Independencia tuvo su origen en una rebelión de las élites criollas dominantes contra la madre

patria España y sus representantes, y no en un levantamiento de los indígenas o de los grupos mestizos de la población contra los colonialistas, es decir, contra la capa superior criolla y blanca. Las ambiciones políticas de los criollos tenían por meta obtener la autonomía, la igualdad y los mismos derechos de los españoles –para ellos, los criollos– para los españoles americanos, y no para los indios, los negros o la población mestiza, quienes juntos sumaban cuatro quintos de la población total.<sup>22</sup>

Es verdad que los criollos utilizaron a los indios en su argumentación en pro de los movimientos de la Independencia de España. Durante una década habían llamado a reflexionar sobre la historia precolonial, la Conquista y sus consecuencias para los indios y hasta habían enaltecido la población autóctona en textos e ilustraciones. Sin embargo, la forma en que los criollos se incluyeron en la represión de los indios durante trescientos años y construyeron una historia *común* de conquistados y oprimidos, deja ver claramente que los criollos utilizaban la existencia de los indios únicamente para fines de propaganda y para legitimizar sus propias pretensiones de dominio –como americanos– frente a España y para poder declarar la eliminación de la falta de libertad como objetivo del movimiento. La mención de la historia india no significaba la adopción de contenidos indios en la proyectada formación de un estado y tampoco una reparación de lo sufrido por los indios.<sup>23</sup> Una revolución así motivada no se prestaba para la emancipación de América Latina y de la sociedad en conjunto, ni para la descolonización interna.

Así como no conviene hablar de movimientos democráticos, tampoco se les puede calificar de «grandes movimientos populares» como se ha venido haciendo hasta ahora.<sup>24</sup> Las revoluciones de motivación política y aun económica concernían sólo a la madre patria y a los criollos, quienes se aprovechaban de la situación de una España debilitada por las guerras na-

22 Rosenblat, Ángel (1954): *La población indígena y el mestizaje en América Latina*, 2 vols., Buenos Aires.

23 Véanse mis reflexiones acerca de esta instrumentalización en: König, Hans-Joachim (1992): «La mitificación de la 'Conquista y del Indio' en el inicio de la formación de estados y naciones en Hispanoamérica», en: Kohut, Karl (ed.): *De conquistadores y conquistados: realidad, justificación, representación*, Frankfurt am Main, pp. 343-357. Véanse también Ripodas Ardanaz, Daisy (1993): «Pasado incaico y pensamiento político rioplatense», en: *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas* 30, pp. 227-258.

24 Véanse Zavala, Silvio (1953): *The Political Philosophy of the Conquest of America*, México, p. 15. También el historiador marxista Manfred Kossok habla de movimientos populares. Véase Kossok, Manfred (1971): «Der Iberische Revolutionszyklus 1789-1830», en: id. (ed.): *Studien über die Revolution*, Berlin, pp. 226-227.

poleónicas. Los campesinos indios, sujetos al tributo, los esclavos negros, sin derechos, los mestizos y mulatos oprimidos, cuyas protestas sociales en el siglo XVIII habían fallado, entre otras cosas, por la falta de apoyo de parte de los criollos, se mantuvieron en general apartados de las luchas o sólo participaban si eran reclutados a la fuerza.

En esencia, las revoluciones hispanoamericanas fueron luchas de una minoría contra otra minoría. Sólo en algunos casos excepcionales, los indígenas o la gente de color se hicieron cargo de los levantamientos y las luchas adoptaron rasgos de marcado enfrentamiento social por diferencias de clase o de raza. Entre ellos se cuentan Venezuela y México, en cuyos movimientos independendistas pudo comprobarse una profundización social en sus distintas fases.<sup>25</sup> Los privilegios de los criollos, de los terratenientes, permanecieron intactos, mientras que los indios, la población campesina y mestiza no pudieron sacar provecho alguno de la liberación política de España.

Las revoluciones de principios del siglo XIX en América Latina eran sólo revoluciones políticas y —si se incluye la subsiguiente formación de estados— *nacionales* originados por la posición anticolonialista frente a la madre patria España. Faltó el componente social en su totalidad, pero si se dió éste fue sólo en forma rudimentaria, lo que pronto se vió superado por los intereses políticos de los criollos. Sin embargo, los símbolos nacionales y las constituciones auguraban valores generales como libertad, autodeterminación, igualdad de derechos y libertad económica. Estos valores comprometían tanto a la política interior como exterior.

Si en la política interior se hubieran aplicado consecuentemente estos valores, hubieran producido no sólo un cambio político del estatus colonial sino también profundos cambios sociales, como por ejemplo la eliminación de mano de obra barata. Pero su aplicación en la esfera social no estaba prevista por las clases dirigentes de ese entonces. Persistió sólo como retórica política. Durante la lucha por la Independencia, que duró casi veinte años, la mayor preocupación fue la formación y el mantenimiento del esta-

---

25 En Venezuela se trata de las acciones de los llaneros bajo Boves contra los hacendados; véase Carrera Damas, Germán (1968): *Boves: aspectos socioeconómicos de su acción histórica*, Caracas. En México es la primera fase de la Independencia bajo Hidalgo cuando comunidades indígenas querían recuperar sus tierras; véase Hamill, Hugh H. (1966): *The Hidalgo Revolt: Prelude to Mexican Independence*, Gainesville; así como Hamnett, Brian R. (1980): «The Economic and Social Dimensions of the Revolution of Independence in Mexico, 1800-1824», en: *Ibero-Amerikanisches Archiv* 6, pp. 1-27.

do hacia afuera. Los objetivos políticos tenían primacía sobre las aspiraciones sociales. Además, a raíz de los violentos sucesos durante las protestas sociales al final del siglo XVIII (Tupac Amaru, Comuneros, Coro) así como las manifestaciones sangrientas de la Revolución Francesa en su fase jacobina después de 1793, los criollos habían adoptado una actitud de defensa frente a cambios sociales precipitados por miedo a desarrollos no controlables. Vale decir que la separación de la madre patria se llevó a cabo mediante *revoluciones* cuyo resultado fue únicamente la independencia política mientras que se hizo poco o nada para acompañarlas de los necesarios cambios sociales. La formación de estados políticamente independientes fue sólo el comienzo de un penoso proceso de desarrollo hasta lograr efectivamente la emancipación social de toda la población.

Al obtener la Independencia después de 20 años de sangrientas luchas, con nefastas consecuencias para la economía, se habían formado estados soberanos en el anterior imperio colonial español. Para ellos, las clases dirigentes criollas habían concebido como principal criterio para las nuevas naciones la idea de la libertad política y la autodeterminación, que de manera muy particular reflejaba el antiguo estatus colonial. Todos los habitantes iban a ser ciudadanos con iguales derechos y obligaciones. Sin embargo, el hecho de que los criollos formaban sus estados como repúblicas, basadas sobre el principio de igualdad de los ciudadanos ante la ley, no significaba que realmente se hubieran formado naciones de ciudadanos. El poder político estaba en manos de las élites criollas, compuestas por hacendados, comerciantes, funcionarios y la nueva clase militar, teniendo en cuenta que el ejercicio de los derechos cívicos como, por ejemplo, el derecho de sufragio activo o pasivo requería determinadas condiciones sociales y económicas. Indios, negros y mestizos seguían excluidos de una participación política o socioeconómica. Además, estos nuevos estados entraron a formar parte del conjunto internacional de estados con grave déficit, dado que en el proyecto de nación, fundamentado en primer lugar en razones políticas, no se habían formulado características o criterios étnicos o culturales que tuvieran en cuenta la situación social y la estructura étnica heterogénea. Un grupo económicamente privilegiado, es decir los criollos, había formulado lo que no quería ser –depender de un poder colonial– pero no lo que quería ser en el futuro. No quedó aclarado cómo iban a estructurarse las sociedades, cómo se iba a superar la desigualdad social existente y cómo

mo se iba a respetar la heterogeneidad étnica. Además, los nuevos estados carecían de una comprensión mutua a nivel de toda la sociedad, es decir el consenso de la población no privilegiada. Las fundaciones de estados en América Latina no fueron, como en Europa, la consumación o el resultado de movimientos nacionales sino más bien recién el comienzo de tales movimientos y desarrollos. Desde el punto de vista cronológico, en América Latina los *Estados* precedieron a las *Naciones*. Si se considera integración como el criterio indispensable para la existencia de una nación,<sup>26</sup> se puede deducir que en las formaciones de los nuevos estados no había tenido lugar la integración nacional, ni en el sentido político ni en el social.

Todavía había que desarrollar o fomentar esta integración política y social; en el sentido político, porque dentro de las fronteras del estado persistían intereses locales motivados por la topografía adversa y en el sentido social porque persistía la estructura jerárquica de la sociedad que se caracterizaba por una distribución desigual e injusta de la riqueza sobre todo en lo referido a la disponibilidad de las tierras. Después de la formación de estados, las sociedades latinoamericanas emprendieron el difícil camino de transformarse en naciones. Había que construir naciones.

## Bibliografía

### Textos

- Bolívar, Simón (1962 / <sup>1</sup>1819): «Discurso de Angostura», en: Presidencia de la República (ed.): *Documentos que hicieron historia*, vol. 1, Caracas, pp. 210-240.
- Campomanes, Pedro R. (1972 / <sup>1</sup>1774): *Discurso sobre el Fomento de la Industria Popular*, edición a cargo de John Reeder, Madrid.
- Del Campillo y Cossío, José (1789 / <sup>1</sup>1743): *Nuevo sistema de gobierno económico para la América*, Madrid.
- Hernández y Dávalos, Juan (ed.) (1877): *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México*, vol. 1, México.
- Presidencia de la República (ed.) (1962): *Documentos que hicieron historia*, vol. 1, Caracas.

---

26 Así opina la investigación moderna sobre nacionalismo y naciones: Rokkan, Stein (1975): «Dimensions of State Formation and Nation-Building: A Possible Paradigm for Research on Variations within Europe», en: Tilly, Charles (ed.): *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton, pp. 562-600; Gellner, Ernest (1988): *Naciones y nacionalismo*, Madrid (edición inglesa de 1983); Hobsbawm, Eric J. (1990): *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality*, Cambridge.

Ward, Bernardo (1779): *Proyecto económico, en que se proponen varias providencias dirigidas a promover los intereses de España, con los medios y fondos necesarios para su implantación, escrito en el año 1762*, Madrid.

### Estudios

- Aldridge, A. Owen (1971): *The Ibero-American Enlightenment*, Urbana.
- Aldridge, A. Owen (1988): *La América española en la época de las luces: tradición, innovación, representaciones*, Madrid.
- Anna, Timothy E. (1982): «Spain and the Breakdown of the Imperial Ethos: The Problem of Equality», en: *Hispanic American Historical Review* 62/2, pp. 254-272.
- Anna, Timothy E. (1983): *Spain and the Loss of America*, London.
- Artola, Miguel (1952): «Campillo y las reformas de Carlos III», en: *Revista de Indias* 50, pp. 685-714.
- Brading, David A. (1971): *Miners und Merchants in Bourbon Mexico, 1763-1820*, Cambridge.
- Brading, David A. (1973): *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México.
- Cárdenas Acosta, Pablo E. (1960): *El movimiento comunal de 1781 en el Nuevo Reino de Granada*, 2 vols., Bogotá.
- Carmagnani, Marcello (coord.) (1993): *Federalismos latinoamericanos: México, Brasil, Argentina*, México.
- Carrera Damas, Germán (1968): *Boves: aspectos socioeconómicos de su acción histórica*, Caracas.
- Castellano, José L. (1984): *Luces y reformismo: las Sociedades Económicas de Amigos del País del Reino de Granada en el siglo XVIII*, Granada.
- Chiaromonte, José C. (ed.) (1979): *Pensamiento de la Ilustración: economía y sociedad iberoamericana en el siglo XVIII*, Caracas (Biblioteca Ayacucho; 51).
- Dealy, Glen (1968): «Prologomena on the Spanish American Political Tradition», en: *Hispanic American Review* 48, pp. 37-58.
- Eisenstadt, Shmuel N. (1963): *The Political Systems of Empires*, New York.
- Fisher, John (1985): *Commercial Relations between Spain and Spanish America in the Era of Free Trade, 1778-1796*, Liverpool.
- Gellner, Ernest (1988): *Naciones y nacionalismo*, Madrid (edición inglesa de 1983).
- Góngora, Mario (1975): *Studies in Colonial History of Spanish America*, Cambridge.
- Guerra, François-Xavier (1993): *Modernidad e Independencias: ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México.
- Hamill, Hugh H. (1966): *The Hidalgo Revolt: Prelude to Mexican Independence*, Gainesville.
- Hamnett, Brian R. (1980): «The Economic and Social Dimensions of the Revolution of Independence in Mexico, 1800-1824», en: *Ibero-Amerikanisches Archiv* 6, pp. 1-27.
- Hartz, Lewis (ed.) (1964): *The Founding of New Societies*, New York.
- Hobsbawm, Eric J. (1990): *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality*, Cambridge.
- Humphreys, Robert A. / Lynch, John (1965): *The Origins of Latin American Revolutions, 1808-1826*, New York.
- Instituto de Cooperación Iberoamericana (1982): *La corona y las expediciones científicas españolas a América en el siglo XVIII*, Cádiz.
- König, Hans-Joachim (1992): «La mitificación de la 'Conquista y del Indio' en el inicio de la formación de estados y naciones en Hispanoamérica», en: Kohut, Karl (ed.):

- De conquistadores y conquistados: realidad, justificación, representación*, Frankfurt am Main, pp. 343-357.
- König, Hans-Joachim (1994): *En el camino hacia la Nación: nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la Nación de la Nueva Granada, 1750-1856*, Bogotá (edición alemana, Stuttgart 1988).
- Kohut, Karl (ed.) (1992): *De conquistadores y conquistados: realidad, justificación, representación*, Frankfurt am Main.
- Konetzke, Richard (1950): «La condición legal de los criollos y las causas de la independencia», en: *Estudios Americanos* II/5.
- Kossok, Manfred (<sup>2</sup>1971): «Der Iberische Revolutionszyklus 1789-1830», en: id. (ed.): *Studien über die Revolution*, Berlin.
- Kossok, Manfred (ed.) (<sup>2</sup>1971): *Studien über die Revolution*, Berlin.
- Luque Alcaide, E. (1962): *Las Sociedades Económicas de Amigos del País de Guatemala*, Sevilla.
- Lynch, John (1976): *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*, Barcelona (edición inglesa de 1973).
- Lynch, John (ed.) (1994): *Latin American Revolutions, 1808-1826: Old and New World Origins*, Norman.
- Meißner, Jochen (1993): *Eine Elite im Umbruch: Der Stadtrat von Mexiko zwischen kolonialer Ordnung und unabhängigem Staat*, Stuttgart.
- Miranda, José (1952): *Las ideas y las instituciones políticas mexicanas: 1ª parte 1521-1820*, México.
- Morse, Richard R. (1964): «The Heritage of Latin America», en: Hartz, Lewis (ed.): *The Founding of New Societies*, New York, pp. 123-177.
- Navarro García, Luis (1975): *Hispanoamérica en el siglo XVIII*, Sevilla.
- Ots Capdequí, José M. (1946): *Nuevos aspectos del siglo XVIII español en América*, Bogotá.
- Palacio Atard, Vicente (1964): *Los españoles de la ilustración*, Madrid.
- Pérez Arbeláez, Enrique (1954): *La Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada*, Madrid.
- Phelan, John Leddy (1967): *The Kingdom of Quito in the Seventeenth Century: Bureaucratic Politics in the Spanish Empire*, Madison/Milwaukee/London.
- Phelan, John Leddy (1978): *The People and the King: The Comunero Revolution in Colombia, 1781*, Madison.
- Pietschmann, Horst (1972): *Die Einführung des Intendantensystems in Neu-Spanien im Rahmen der allgemeinen Verwaltungsreform der spanischen Monarchie im 18. Jahrhundert*, Köln/Wien.
- Ripodas Ardanaz, Daisy (1993): «Pasado incaico y pensamiento político rioplatense», en: *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas* 30, pp. 227-258.
- Rokkan, Stein (1975): «Dimensions of State Formation and Nation-Building: A Possible Paradigm for Research on Variations within Europe», en: Tilly, Charles (ed.): *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton, pp. 562-600.
- Romero, José L. / Romero, Luis A. (eds.) (1977): *Pensamiento de la Emancipación*, 2 vols., Caracas (Biblioteca Ayacucho; 23-24).
- Rosenblat, Ángel (1954): *La población indígena y el mestizaje en América Latina*, 2 vols., Buenos Aires.
- Sarrailh, Jean (1954): *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII<sup>e</sup> siècle*, Paris.



- Shafer, Robert (1958): *The Economic Societies in the Spanish World (1783-1821)*, Syracuse.
- Smith, Peter H. (1974): «Political Legitimacy in Spanish America», en: Graham, Richard / Smith, Peter H. (eds.): *New Approaches to Latin American History*, Austin/London, pp. 225-255.
- Tilly, Charles (ed.) (1975): *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton.
- Walker, Geoffrey J. (1979): *Spanish Politics and Imperial Trade, 1707-1789*, London.
- Weber, Max (<sup>4</sup>1968): «Die drei reinen Typen der legitimen Herrschaft», en: id.: *Soziologie, weltgeschichtliche Analysen, Politik*, editado y comentado por Johannes Winckelmann, Stuttgart, pp. 151-166.
- Weber, Max (<sup>4</sup>1968): *Soziologie, weltgeschichtliche Analysen, Politik*, editado y comentado por Johannes Winckelmann, Stuttgart.
- Whitaker, Arthur P. (1951): «The Elhuyar Mining Mission and the Enlightenment», en: *Hispanic American Historical Review* 32, pp. 557-585.
- Whitaker, Arthur P. (ed.) (1961): *Latin America and the Enlightenment*, Ithaca.
- Zavala, Silvio (1953): *The Political Philosophy of the Conquest of America*, México.



Karl Hölz

## INSTITUCIÓN LITERARIA Y DESPERTAR NACIONAL

### LA LITERATURA MEXICANA ENTRE EL MOVIMIENTO DE INDEPENDENCIA Y LA GUERRA DE LA REFORMA (1810-1858)\*

#### I

#### LA TRADICIÓN EUROPEA

Es indudable que la fundación de sociedades literarias en Latinoamérica, y en especial en México, se origina en modelos europeos. Aunque quizás la Inquisición haya impedido en el período colonial el florecimiento de una *literatura nacional*, con todo es precisamente gracias a los círculos literarios, importados de Europa a Latinoamérica, que se cultiva y mantiene vivo el «gusto de las Bellas Letras». Las formas de organización son múltiples y siguen el ejemplo propuesto por Italia, Francia y sobre todo España. Es innegable que las academias tienen un papel destacado en la vida cultural latinoamericana. Así en México, por ejemplo, la *Academia Interior de Buen Gusto y Bellas Artes* (1650-1801), la *Academia de Ciencias Morales* de San Joaquín (1801-1820) o la *Academia de Humanidades y Bellas Letras* de San Ildefonso (1801- aprox. 1820) recurren concientemente a la tradición educativa europea.<sup>1</sup> Aún hoy es poco lo que sabemos sobre las actividades específicas de tales asociaciones, pero el ejemplo de la *Academia de la Arcadia Mexicana* nos muestra hasta qué punto eran estrechos los vínculos con Europa. La asociación fundada en 1808 intenta el contacto con círculos arcádicos europeos, y con tal fin busca apoyo sobre todo en la *Accademia dell'Arcadia italiana* (fundada en 1690). Aparte de los autores italianos y españoles del siglo XVIII y principios del XIX, también son ya socios de ella poetas mexicanos como Ignacio Montes de Oca y Obre-

---

\* La traducción ha sido realizada por la Dra. Irene M. Weiss (Universidad de Mainz). La versión alemana de este artículo fue publicada originalmente con el título «Literarische Institution und nationaler Aufbruch» en: Garber, Klaus / Wismann, Heinz (eds.) (1996): *Europäische Sozietätsbewegung und demokratische Tradition*, 2 vols., Tübingen, vol. I, pp. 623-638.

1 Perales Ojeda, Alicia (1957): *Asociaciones literarias mexicanas: siglo XIX*, México, pp. 31-32, 217-218, ofrece una lista informativa y una breve presentación de las sociedades literarias.

gón, Joaquín Arcadio Pagaza o Juan B. Delgado. Los lazos personales con Europa tuvieron sin duda influencia en la configuración interna de las instituciones sucesoras en Latinoamérica. El periódico *Diario de México* da cuenta de la voluntad de los autores de ajustar su lírica al canon temático de la bucólica arraigada en la tradición literaria europea y de su afán de dedicarse mutuamente sus producciones poéticas, de acuerdo a la costumbre de los árcades italianos, españoles o franceses.<sup>2</sup> Surge así una lírica de grupo cuya coherencia interna se manifiesta en la adopción de otro uso muy extendido. Tal como los árcades europeos, que se adornan con los nombres de personajes pastoriles ficticios, también los autores de la *Arcadia Mexicana* se llaman «Delio», «Damón», «Batilo», «Anfiso» o «Aminta». De esta forma logran que la idealidad literaria se convierta en un distintivo personal del juego de identidades ficticias promovido por la institución.<sup>3</sup>

La tradición de las academias halla en las *tertulias*, *salones*, *liceos*, *ateneos*, *círculos* o *veladas* una gran diversidad de formas de organización. Así como en Europa los *salons*, *ruelles*, *réduits*, *alcôves* o *cénacles* acompañan el desenvolvimiento literario hasta muy entrado el siglo XIX, también en Latinoamérica los autores buscan en los círculos literarios, públicos y semipúblicos, un foro interesado en sus obras. Florecen aquí los certámenes, originarios de España y que se celebran en ocasión de festejos políticos o religiosos. No sólo el acceso al trono de los reyes españoles, la llegada de los virreyes, sino también la canonización de santos o la entronización de obispos eran solemnemente acompañados de lecturas poéticas, que tenían lugar en la universidad, la catedral o en el palacio del virrey. Cuando en 1585 se reúnen los obispos en México en ocasión del concilio, más de 300 poetas ponen un marco al acontecimiento con un *certamen*, del que resulta vencedor Bernardo de Balbuena, natural de España y autor del famoso poema laudatorio *Grandeza mexicana*. Gracias a Carlos de Sigüenza y Góngora, uno de los más conspicuos representantes del Barroco latinoamericano, sabemos de aquellos concursos literarios, organizados entre otros también por la *Pontifical y Regia Academia Mexicana* en los años 1682 y 1683.<sup>4</sup> Aún en el siglo XIX subsiste la tradición de los *certámenes*.

2 *Diario de México* (1808), 16 de abril.

3 Véase los datos en Perales Ojeda, *Asociaciones*, p. 33.

4 Una abundante documentación sobre los *certámenes* se encuentra en Sánchez, José (1945): «Círculos literarios de Iberoamérica», en: *Revista Iberoamericana* 18, pp. 297-323, e id. (1951): *Academias y sociedades literarias de México*, México.

La recién mencionada *Arcadia Mexicana* celebra en 1809 al rey español Fernando VII con un *certamen*, en el que otorga el premio a quien era entonces su presidente, el *mayoral* José Manuel M. de Navarrete, poeta clasicista. El escritor catalán P. Urgell vuelve una vez más a la larga tradición de los *certámenes* en 1877, cuando funda el círculo *Gustavo Adolfo Bécquer*. Buscando llamar la atención del público hacia su círculo, organiza un *certamen* centrado en el tema *Dios, Patria y Amor*.<sup>5</sup>

## II

### CONCIENCIA AMERICANA Y PURISMO CLASICISTA

Si bien la adopción de formas de organización literaria es signo de que la herencia cultural europea había estado en continuo crecimiento durante el período colonial e inclusive después de alcanzada la independencia política, con todo sólo a lo largo del siglo XIX se delinean las crecientes tendencias nacionales en el movimiento de sociedades literarias. El vínculo institucional con círculos tradicionales europeos no debe hacer olvidar que se está configurando una conciencia patriótica y que la literatura se coloca bajo el postulado de una *emancipación cultural*.<sup>6</sup> Este nuevo comienzo no implica en absoluto una ruptura del diálogo con Europa. Así como por ejemplo el crítico y autor mexicano Ignacio Altamirano desarrolla su concepto de *literatura nacional* en constante discusión, recepción, pero también deslinde respecto de los autores europeos a los que se refiere,<sup>7</sup> del mismo modo tampoco las sociedades literarias permiten que se rompa por completo el contacto con Europa. Es significativo que la *Academia de la Lengua*, fundada en México en 1835, crea oportuno reaccionar contra el antiespañolismo político-cultural que se iba imponiendo. La gaceta *El*

---

5 Véase Perales Ojeda, *Asociaciones*, p. 151.

6 Los aspectos teóricos y temáticos de la independencia cultural han sido expuestos por Luis Martínez, véase id. (1950): «La emancipación literaria de Hispanoamérica», en: *Cuadernos Americanos* 5, pp. 184-200; *Cuadernos Americanos* 6, pp. 191-209, e id. (1951), en: *Cuadernos Americanos* 2, pp. 190-210. Sobre México, véase en especial el estudio de Martínez (1955): *La emancipación literaria de México*, México.

7 Las relaciones de intercambio literario que Altamirano elabora en su *doctrina nacional* han sido expuestas por Hölzl, Karl (1984), en: «Liebe auf mexikanisch: Patriotisches Denken und romantischer Sentimentalismus im Werk von Ignacio M. Altamirano», en: *Iberoamericana* 22/23, pp. 1-29; véase además id. (1985): «'Ancianos y modernos' in Mexiko: Ein post-romantischer Konflikt und seine nationalliterarischen Folgen», en: *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte: Cahiers d'Histoire des Littératures Romanes* 3/4, pp. 415-442.

*Diario Oficial* exige por decreto del 22 de marzo de 1835 que la *Academia de la Lengua* ponga fin al estado de «incomunicación [con] España». El objetivo es por un lado inventariar y promover el propio desarrollo literario y lingüístico —es decir, fomentar ediciones, elaborar un diccionario, un atlas de las diferentes lenguas de México y una gramática—, por el otro se mantiene el respeto a la norma española con la expresa voluntad «de restituir toda la pureza y esplendor a la lengua que heredamos de nuestros mayores y que es por consiguiente la nuestra [...]».<sup>8</sup> La mayoría de los miembros de la *Academia de la Lengua* así como el director Gómez de la Cortina pertenecen al campo clasicista. Por ello no es de extrañar que se vinculen, gracias a su preceptiva clasicista, con la *Académie Française* o más aún con la *Real Academia Española*. Es sabido que esta última había colocado su labor bajo el lema: «Limpiar, fijar y dar esplendor a la lengua castellana.» Es ésta precisamente la función rectora que adopta de ahora en más en México la *Academia de la Lengua*. Todavía a mediados del siglo pasado se manifiesta vehementemente en contra de ciertas tendencias «anárquicas» de la ortografía<sup>9</sup> y se inmiscuye en la polémica lingüística que enfrenta en Sudamérica a Bello y Sarmiento, en México a Pimentel y Altamirano y que lleva en general a los literatos clasicistas a oponerse a los liberales y románticos. La discusión sobre la lengua habrá de continuar ocupando más adelante a la *Academia Mexicana correspondiente de la Española*, fundada en el año 1875 y aún hoy existente. La piedra de toque siguen siendo los «barbarismos» e «incorrecciones» de la lengua, establecidos en contraste con las «más puras formas castellanas».<sup>10</sup>

Cierto es que las fuerzas restauradoras del purismo lingüístico no tienen por finalidad estorbar el surgimiento de una *literatura nacional*. Consecuentemente, no se les podrá negar a los autores clasicistas un pensar patriótico. Tendrá entonces razón Guillermo Prieto cuando pone de manifiesto la «tendencia decidida a mexicanizar la literatura» en el grupo particularmente moderado de la *Academia de San Juan de Letrán* (1836 - aprox. 1856).<sup>11</sup> A más tardar desde que se establece, con el *Despertador Americano* (1810), un órgano periodístico del movimiento independentista, forma parte de los ejercicios literarios obligatorios, inclusive entre los

8 El pasaje del *Diario Oficial* está tomado de Perales Ojeda, *Asociaciones*, p. 45.

9 Véase la revista *La Verdad* (1854), vol. 1/3, p. 188.

10 Citado por Perales Ojeda, *Asociaciones*, pp. 136-137.

11 Prieto, Guillermo (1985): *Memorias de mis tiempos*, México (póstumo), p. 96.

clasicistas, el abrirse a un canon de temas patrióticos. Quien quizás pone de manifiesto este hecho del modo más significativo es el venezolano Andrés Bello al demostrar en su obra que la síntesis de purismo académico y entusiasmo nacional se ajusta por completo a la *conciencia americana*. En su conocida *Alocución a la Poesía* toma enfáticamente partido en favor de la «grande escena del mundo de Colón» y en otro lugar previene a la juventud sobre los peligros de la «servilidad excesiva a la ciencia de la civilizada Europa». <sup>12</sup> En México, Quintana Roo, Navarrete o Sánchez de Tagle –todos ellos representantes del purismo clasicista y miembros directivos de la *Arcadia Mexicana*, de la *Academia de la Lengua* y de la *Academia de Letrán*– muestran cómo es posible armonizar partidismo patriótico y tradicionalismo clasicista. Quintana Roo funda el *Semanario Patriótico* siendo presidente de la *Academia de Letrán*, y escribe, por ejemplo, poemas encomiásticos en honor de los héroes de la Independencia Hidalgo y Morelos. <sup>13</sup> Francisco Ortega, poeta bucólico y activo colaborador de la *Academia de la Lengua*, dirige en sus idilios pastoriles, al igual que Bello, enfáticos llamamientos a los mexicanos para que afirmen su autonomía política y espiritual frente al antiguo poderío colonial. <sup>14</sup> En particular su melodrama heroico *México libre* no pierde de vista la idea del despertar político-nacional, a pesar del recurso a la técnica de sublimación mitificadora del *auto alegórico* español y a pesar del control normativo en la dicción. Sánchez de Tagle –*mayoral* de la *Arcadia Mexicana* al igual que José M. Navarrete– configura el contraste entre academicismo clasicista y pensamiento patriótico en una especie de *translatio* mitológica. Sigue conservando las antiguas divinidades como decoración escénica, pero los héroes olímpicos actúan ahora en el continente mexicano apoyando a quienes luchan por la Independencia. Es inevitable entonces que la voluntad vencedora, elevada a alturas mitológicas, ponga al final a los representantes del Viejo Mundo frente a hechos sorprendentes:

Las naciones del viejo continente,  
despertando del sueño del olvido,  
ven el coloso erguido

12 La poesía está citada en Martínez, «La emancipación literaria», p. 33. La cita que sigue es de un discurso que Bello sostuviera como Rector de la Universidad. Véase Bello, Andrés (1976): «Modo de estudiar la historia», en: id.: *Antología de discursos y escritos*, Madrid, pp. 194-201, aquí p. 200.

13 Véase la antología de Valdés, Octaviano (1978): *Poesía neoclásica y académica*, México, p. 21.

14 Véase por ejemplo el poema reproducido en la *Antología del Centenario* (1985), vols. 1 y 2, México, en especial vol. 2, p. 144.

que majestuosamente  
acá, en el Nuevo Mundo, se levanta,  
y asombradas admiran obra tanta.<sup>15</sup>

### III

#### RENOVACIÓN NACIONAL E INSPIRACIÓN ROMÁNTICO-LIBERAL

Si ya entre los poetas respetuosos de la norma clasicista es de rigor el tema nacional, tanto más entre los autores liberales y románticos, para quienes el patriotismo adquiere perfil literario. Uno de sus principales postulados es la creación de una *literatura nacional*, a la que corresponde el movimiento de las sociedades literarias honrando con su nombre y en sus actividades a las personalidades literarias nacionales. Se podría decir que los círculos literarios, que a lo largo del siglo XIX desempeñarían su tarea bajo los nombres de Juan Díaz Covarrubias, Manuel Acuña, Florencia M. del Castillo, Manuel M. Flores, Ignacio Rodríguez Galván o Fernando Calderón,<sup>16</sup> dieron en este sentido vida al programa de la *literatura nacional*. La mayoría de las sociedades literarias aquí mencionadas expresan esta intención explícitamente. Esto no vale sólo para México. En Chile José Victoriano Lastarria funda en 1842 la *Sociedad literaria* y anuncia concretamente su pretensión de lograr una «regeneración literaria».<sup>17</sup> En Buenos Aires se establece, ya en 1822, la *Sociedad literaria*. Publica una antología de poemas patrióticos, documentando así los primeros comienzos de una literatura en vías de desprenderse del tradicionalismo europeo.<sup>18</sup> «Servilismo» e «imitación» son los esperpentos estéticos una y otra vez estigmatizados; se los presenta como el origen del *atraso cultural*, superado sólo tardíamente. Es en este contexto que la revista mexicana *El Iris* del año 1826 vuelve a hacer suya en un artículo la frase programática: la «regeneración mexicana».<sup>19</sup> Todos los autores están llamados a colaborar con ella. Aunque con ello, como expresamente precisa el periódico en una noticia posterior, no se deje definitivamente aparte al continente europeo, las informaciones y

---

15 Véase el poema «Al primer Jefe del Ejército Trigarante», citado por Valdés, *Poesía neoclásica*, pp. 12ss.

16 Las citadas agrupaciones están elencadas en Perales Ojeda, *Asociaciones*, p. 13.

17 Véase Sánchez, «Círculos literarios de Iberoamérica», p. 314.

18 Ibid., pp. 316-317.

19 *El Iris: Periódico crítico y literario* (1986 / 1826), vols. 1 y 2, México, aquí vol. 1, pp. 82ss.



actividades literarias habrán de tocar sobre todo a los autores latinoamericanos.<sup>20</sup>

El programa del periódico *El Iris* refleja acertadamente la opinión de las academias y sociedades en los primeros decenios de la Independencia. Informa, por ejemplo, sobre el Instituto Nacional, que orienta sus esfuerzos a «analizar el estado actual de las luces europeas y los motivos poderosos que deben realizarlas en América».<sup>21</sup> Una actitud autoconsciente concentrada en el americanismo se apodera de los autores. Cuando en una conferencia dada en el *Ateneo Mexicano* en 1844 sobre el tema *Carácter y objeto de la literatura*, José María Lafragua defiende la tesis, familiar gracias a los manifiestos románticos, de que la literatura tiene que ocuparse siempre de la «expresión moral del pensamiento de la sociedad», no hace más que articular un importante axioma de la *literatura nacional*.<sup>22</sup> Luis de la Rosa confirma esto. Sus aclaraciones sobre el tema *Utilidad de la literatura en México* —también pronunciadas en el *Ateneo Mexicano*— rompen abiertamente con el principio eurocéntrico del primado de la cultura. Rebasándolo, presenta un concepto de la literatura cuyo valor estético se mide sólo por su orientación nacional:

¿Qué otra literatura habrá en el mundo ni más elevada, ni más amena, ni más espléndida que la de nuestro país, cuyos poetas y cuyos escritores, no irán a otros pueblos a mendigar la inspiración, ni adornarán sus composiciones con las galas de otra nación, con las bellezas extranjeras?<sup>23</sup>

Corresponde al tema de la *dignidad mexicana* el que Lafragua, en un poema dedicatorio para la *Academia de Letrán*, haga suyo el llamamiento literario a la presentación de la propia cultura. En su himno aboga por el abandono de las «divinidades extranjeras» y por el vínculo en cambio, tal como lo expresara de la Rosa, del acto poético a un nuevo canon temático americano.

¿A qué buscar en extranjero suelo  
Févida inspiración si en tus hogares  
la recibes do quier?<sup>24</sup>

---

20 Ibid., vol. 2, p. 10.

21 *El Iris* (8 y 15 de abril de 1826), núms. 10 y 11, pp. 97 y 117.

22 *El Ateneo Mexicano* (1844), vol. 1, p. 8.

23 Ibid., pp. 205-206.

24 Ibid., pp. 86-87.

La presentación de la propia realidad, estéticamente legitimada, configura el programa indiscutible de los círculos literarios. Los postulados expuestos en este aspecto se asemejan tanto en los términos y los objetivos que se puede hablar, sin más, de una corriente ya establecida de la poética emancipatoria en la primera mitad del siglo XIX. Es verdad que en algunos puntos las luchas por el rumbo político o literario pudieron dividir a los autores, lo que llevó a Prieto, en tiempos de la *Academia de Letrán*, a quejarse aún de una práctica literaria «sin plan y sin premeditación».<sup>25</sup> Pero precisamente era esta falta de orientación la que las distintas asociaciones querían contrarrestar con sus programas. En algunos casos, en el balance del desarrollo literario en México llama la atención la forma intencionalmente satírica y polémica. Francisco Zarco, en 1851 temporariamente presidente del *Liceo Hidalgo*, es uno de los que evidencia en sus escritos periodísticos y costumbristas de mediados de siglo, en manera desilusionante, la falta de conciencia nacional.<sup>26</sup> Con tanta más vehemencia lucha entonces por la misión de la literatura «de reanimar [las] esperanzas en el porvenir». Así reza uno de los propósitos asumidos por la *Ilustración Mexicana*, el órgano editorial del *Liceo Hidalgo*.<sup>27</sup> El anuncio de que la *Ilustración Mexicana* ha de tener un «carácter muy nacional» acompaña al artículo inaugural y se repite casi como un *leitmotiv* en otras colaboraciones y declaraciones programáticas del periódico.<sup>28</sup> A despecho de los obstáculos políticos y sociales, las academias habrán de preparar el camino para un «adelanto literario». La *Ilustración Mexicana* legitima sus publicaciones partiendo de esta intención,<sup>29</sup> y Guillermo Prieto ve en ello confirmado el impulso que se había iniciado en la *Academia de Letrán* con los trabajos costumbristas, históricos e indianistas de Pacheco, Ortega, Galván, Calderón o Pesado.<sup>30</sup>

25 Prieto, *Memorias*, p. 96.

26 Para mayor información sobre la posición idealista e irónico-satírica del pensador reformista y liberal, véase Hölz, Karl (1988): «Gesellschaftliche Entfremdung und ästhetische Kommunikation: Der mexikanische Reformdenker Francisco Zarco (1829-1869) und der ideengeschichtliche Kontext der europäisch-französischen Sozialthematik», en: id. (ed.): *Literarische Vermittlungen: Geschichte und Identität in der mexikanischen Literatur*, Tübingen, pp. 1-25.

27 *La Ilustración Mexicana* (1851), p. 10.

28 Bejarano, Pedro (1851): «La literatura en sus relaciones con la época y con México», en: *La Ilustración Mexicana*, vol. 1, p. 285; Zarco, Francisco (1853): «Estado de literatura en México», *ibid.*, vol. 3, p. 5; Carriedo, Juan B. (1853): «La literatura antigua mexicana», *ibid.*, p. 375; véase además las diversas introducciones, *ibid.*, vol. 1, p. 10; vol. 2, p. 10; vol. 3, pp. 5 y 10.

29 Véase la «Introducción» del vol. 5.

30 Prieto, *Memorias*, p. 96.

IV

LITERATURA Y CONTEXTO POLÍTICO

La necesidad de renovación patriótica y sobre todo el postulado básico de cultivar la literatura en estrecha relación con los cambios sociales contemporáneos son causa de que las asociaciones literarias y sus representantes no permanezcan insensibles a los acontecimientos políticos y a los temas conflictivos. Los países latinoamericanos se caracterizan precisamente por estrechar los vínculos entre política y literatura. Alejo Carpentier ha reconocido en la conciencia política una condición indispensable de la creación literaria en Latinoamérica, poniéndola en relación con la voluntad liberadora de «mejorar lo que es».<sup>31</sup> Tratándose del siglo XIX es sin más obvio que todos los autores y representantes de sociedades literarias ocupen cargos políticos de responsabilidad. Política y oficio literario se complementan por ejemplo para Quintana Roo, quien además de la dirección de la *Academia de Letrán* habrá de ejercer la presidencia de la Asamblea Nacional Constituyente. También Francisco Ortega y Sánchez de Tagle ocupan junto a sus cargos académicos puestos en el Congreso Nacional y en la Junta Suprema Provisional Gubernativa. Por ello no es tampoco de extrañar que un autor como Francisco Zarco haga uso de su condición de presidente del *Liceo Hidalgo* para llevar a la práctica literaria los ideales liberales que persigue como funcionario de los Ministerios de Interior y Exterior. Aún menos ha de sorprender que los representantes de la literatura queden expuestos a la hostilidad política y que tengan —como en el caso de Zarco— que soportar persecución política y prisión. Como portavoz de la reforma política liberal en el campamento del futuro presidente Benito Juárez,<sup>32</sup> Zarco atrajo hacia sí repetidamente primero la cólera del presidente conservador Mariano Arista, poco amigo de la cultura, y más tarde la del presidente Santa Ana. El periódico político-satírico *Las Cosquillas*, fundado por él en 1852, le cuesta al comprometido literato diversas multas, prohibición de publicar y arresto. Si bien en 1853 Zarco, aparentemente resignado, renuncia en su artículo «Profesión de Fe» al periodismo político, las colaboraciones que publica en el órgano de difusión del *Liceo Hidalgo*

31 Carpentier, Alejo (1969): *Literatura y conciencia política en América Latina*, Madrid, pp. 119-120.

32 Raymond C. Wheat ha expuesto las ideas políticas de Zarco, véase id. (1957): *Francisco Zarco: el portavoz liberal de la Reforma*, México.

denuncian la autoría de un escritor reformista y de participación muy activa en la vida política.<sup>33</sup>

En general las vicisitudes de las academias y asociaciones evidencian hasta qué punto los movimientos literarios están metidos en política. No pocas veces ocurre que el oponerse políticamente obliga a las sociedades a pasar a la clandestinidad. La agrupación argentina *Asociación de Mayo*, fundada en 1837 y una de las más conocidas entre las surgidas después de la Independencia, tiene que emprender este camino. Gracias al pensador revolucionario Esteban Echeverría se transforma muy rápidamente en una sociedad secreta contra la dictadura del presidente Juan Manuel de Rosas. Algo semejante ocurre en México, de forma tal que muchas veces o no tenemos informaciones sobre el destino exacto de las asociaciones o las que poseemos son dudosas. Un medio muy difundido para evitar la censura política es la renuncia expresa de los responsables a inmiscuirse en la política cotidiana. Ya el *Periódico crítico y literario El Iris* procura apaciguar de este modo los ánimos.<sup>34</sup> También el *Ateneo Mexicano* ha de fijar en su estatuto de 1840 que, aunque lo guíe el interés patriótico de una conciencia americana, no concederá espacio, ni en sus lecturas ni en sus publicaciones, a la política cotidiana.<sup>35</sup> Para algunos miembros, como para el periodista y político conservador Lucas Alamán, afiliado a la sección lengua del *Ateneo Mexicano*, quizás haya sido el tabú temático un medio oportuno para su posición antihidalguista.<sup>36</sup> Ni la posición teórica ni la biografía de la mayoría de los colaboradores, ya se trate de Lafragua, Navarrete o Quintana Roo, podrían llevar a atribuirles abstinencia política en el proceso del despertar cultural. Zarco es una vez más quien demuestra cómo el silencio político puede convertirse en arma democrática. En 1852 protesta decididamente en el órgano de prensa liberal *El Siglo XIX* contra la censura periodística aplicada por Arista. En sendas ediciones del 22 y 23 de septiembre, la columna editorial exhibe espacios en blanco, en consecuencia

33 El autor de este artículo analiza las implicaciones políticas y estéticas de la indiferencia puesta irónicamente en evidencia en su artículo sobre Zarco. Véase Hölz, «Gesellschaftliche Entfremdung und ästhetische Kommunikation».

34 *El Iris* (1986 / 1826), pp. 3-4.

35 *El Ateneo Mexicano* (1844), p. 144.

36 Alamán pertenece a los «Detractores del movimiento de la independencia», contra los que polemiza Altamirano, véase id. (1959): *Obras literarias completas*, México, pp. 640 y 642. Sobre la posición política de Alamán en general, véase Arnáiz y Freg, Arturo (1953): «Alamán en la historia y política», en: *Historia Mexicana* 3, pp. 241-260.

de lo cual tres semanas más tarde se deja nuevamente sin efecto la ley de prensa.

Las circunstancias políticas, especialmente en México, no permiten que la literatura se desenvuelva libremente y sin trabas. Tanto la inestabilidad del sistema político como, mucho más aún, las controversias ideológicas que se desatan entre liberales y conservadores, federalistas y centralistas, hispanófilos y pensadores americanos, hacen que se origine un clima polémico del que no pueden sustraerse ni los literatos, ni los periódicos, ni las asociaciones literarias. Prieto deja testimonio en sus *Memorias* de cómo fueron surgiendo desavenencias entre los miembros de la *Academia de Letras* hasta que las disensiones en materia política terminaron por favorecer la disolución de la sociedad.<sup>37</sup>

A mediados de siglo se agudiza el enfrentamiento político entre los partidarios de una restauración monárquica y las fuerzas democráticas progresistas. La creación del *Liceo Hidalgo* se explica en parte gracias a este trasfondo político. El 16 de septiembre de 1849 la gaceta monárquica *El Universal* coronó su campaña contra el movimiento emancipatorio con una acusación programática contra Hidalgo. El aniversario del Grito de Dolores debía, según argumentaban, ingresar a la historia como «día de lamentaciones y de sombras», pues con él se ponía en peligro la supremacía política y social de la clase alta criolla. Los representantes liberales, sobre todo Altamirano, Zarco y Covarrubias, se enfrentan en muchos artículos y discursos a la difamación del movimiento independentista desencadenada por historiógrafos y hombres de prensa.<sup>38</sup> Es gracias al esfuerzo de aquellos que nace, bajo el nombre altamente simbólico de Hidalgo, una institución que se propone enriquecer el legado político de la Independencia con ideas reformistas liberales, y llevarlo a una realización literaria. La guerra civil iniciada poco tiempo después (1858-1861) habría de aniquilar estos planes. En algún momento, en los años cincuenta, se disuelve el *Liceo Hidalgo* bajo la presión del crítico momento. Sólo habrá de reanudar su actividad una vez concluidas las luchas intestinas y después de la intervención francesa. En una retrospectiva, los redactores del *Liceo Hidalgo* publican una decla-

---

37 Prieto, *Memorias*, p. 156.

38 Para el tema del litigio en torno a las figuras simbólicas de los héroes de la independencia, véase Fernández Luna, Juan (1954): *Imágenes históricas de Hidalgo, desde la época de la Independencia hasta nuestros días*, México.

ración que echa una luz significativa sobre aquella literatura desgastada en la política cotidiana:

La época de agitaciones y turbulencias por que acaba de pasar la nación, no era a propósito para publicaciones literarias; preocupados los espíritus con las peripecias y el éxito de la revolución, interesaban más las proclamas y los manifiestos [...] tanto más cuanto que en México casi todos los que cultivan las letras, descienden a la liza periodística a sostener estos o aquellos principios políticos.<sup>39</sup>

## V

### LOS NUEVOS CONTENIDOS EDUCATIVOS DE LA *HUMANITAS*

Las intenciones nacionales y políticas declaradas por las instituciones literarias fracasan, o al menos quedan dificultadas, porque la posibilidad de que los portadores de opinión lleguen a un consenso se manifiesta ilusoria. De allí que sea el último objetivo de este trabajo comprender la intención moral y educativa en los diferentes círculos literarios. «Instruir», «fomentar humanidades», «animar los progresos intelectuales», «mejorar la moral», «perfeccionarse en el saber», este y otros postulados semejantes son por cierto bordones generales y casi estereotipados con los que las asociaciones circunscriben el objetivo de su tarea.<sup>40</sup> Claro que la intención didáctica no prescinde de ocasiones y reglamentaciones concretas, relacionadas con la época. Si bien la elevación moral por medio de las *bellas letras* ha surgido de la reminiscencia del ideal educativo humanístico, simultáneamente se ve confrontada con las necesidades de la realidad latinoamericana. En ello insiste sobre todo Francisco Zarco en los discursos programáticos leídos en el *Liceo Hidalgo*. Cuando asume la presidencia, el 1º de junio de 1851, lee una exposición de principios sobre «El objeto de la literatura». Al principio no se advierten aún los elementos concretos del pensamiento educativo referidos a la realidad mexicana. A pesar de que al inicio Zarco se cree obligado, en una especie de *captatio benevolentiae*, a disculpar su deficiente formación literaria, sus explicaciones pertenecen

---

39 Citado en la introducción de René Avilés (1980) a: Zarco, Francisco: *Escritos literarios*, México, p. XVI.

40 Véase los programas correspondientes en los siguientes órganos editoriales: *El Iris*, vol. 1, pp. 1ss.; *El Liceo Mexicano* (1844), pp. 3ss.; *La Ilustración Mexicana* (1851), vol. 1, p. 10, y vol. 2, p. 10; *El Año Nuevo* (1865), vol. 1, p. 3.

por completo a la tradición académica erudita. Citas, excursos históricos, alusiones eruditas, pero sobre todo un concepto de literatura casi clasicista, que identifica lo bello, lo bueno y lo verdadero, podrían hacer presumir que quien está exponiendo es un literato respetuoso de las reglas, alejado de la preocupación sobre el destino nacional y político de México. Para Zarco, la literatura se define como un «medio de civilización», cuyo más alto designio es el «de generalizar la verdad y la moral». <sup>41</sup> Al purismo estético no corresponde ya por cierto, en la concepción literaria de Zarco, ningún canon temático restrictivo. Por el contrario, extiende de manera decisiva el campo de acción de los literatos. También incluye entre los escritores a los filósofos, a los estudiosos de la naturaleza, a los periodistas, economistas y hasta a los políticos. Denominador común de su quehacer es el hecho de que todos ellos siguen las implicaciones de la *convenientia* literaria. Zarco expone esto mediante el ejemplo del político:

No se mire con desdén la política, ni se crea que es un terreno árido, sin flores ni perfumes. No, también en ella hay belleza, también en ella hay nobles sentimientos, también en ella es menester disipar errores, desarraigar funestas preocupaciones, generalizar interesantes verdades [...]. <sup>42</sup>

El esteticismo literario se revela para Zarco en una dimensión pragmática y se transforma en factor de orden al que compete, precisamente en el escenario político, la función de un correctivo:

Se ve, pues, que la política, no es un terreno extraño a la literatura; y si bien el escritor huye las más de las veces de los puestos públicos, debe con su pluma dilucidar las cuestiones más graves, los puntos de que depende la suerte y la existencia de los pueblos. <sup>43</sup>

Al final del discurso Zarco expresa la esperanza de que los literatos contribuyan con sus obras a superar el «desorden moral y político». <sup>44</sup> A este concreto *desiderátum* civilizador vincula él la tarea que deben proponerse los escritores con sus asociaciones. Sus destinatarios son el *pueblo*, pero también los representantes de la clase media baja y media alta. <sup>45</sup> El pueblo y la burguesía han de verse obligados a cumplir con los ideales humanos de la literatura «de relevancia social», aunque en proporciones dis-

41 El discurso está impreso en Zarco, *Escritos literarios*, p. 228.

42 Ibid., p. 231.

43 Ibid.

44 Ibid., p. 233.

tintas en lo que hace al concepto didáctico. Hay que sacar al *pueblo* de su ignorancia, y en esto el presidente del *Liceo Hidalgo* está de acuerdo con otros literatos como Altamirano, Covarrubias o Pimentel. Debe aprender sobre todo a concebirse como sujeto político. En contra del pensamiento jerárquico de la poderosa aristocracia, quiere Zarco –en concordancia nuevamente con sus correligionarios liberales y adhiriendo a la doctrina social de los modelos franceses<sup>46</sup>– iniciar desde abajo un proceso de democratización. Su instrumental es la concientización por medio de la literatura, cuyo resultado presenta Zarco en una profecía teñida de idealismos:

El pueblo será grande, imperecedero, indivisible y feliz, el día que se unan todos los que trabajan, y todos los que discurren; los que desean el bien de todos sin querer el mal de uno solo. El pueblo entonces no será engañado, ni vendido: el pueblo será fuerte y justo, y se gobernará a sí mismo, sin trabajar para tiranos audaces, sin sacrificarse por locas ambiciones.<sup>47</sup>

En cuanto a la clase media alta, hay que combatir su «frivolidad y superficialidad». El escritor y crítico Zarco desenmascara la decadencia espiritual, exteriorizada en la predilección por la prosa amena de los folletines, las columnas de chisme periodístico o las ilustraciones de las revistas de modas. Con la descripción de la *tramitología* le erige un monumento crítico-satírico a la actividad egoísta propia de la filosofía burguesa de la prosperidad, dirigida solo a satisfacer las propias necesidades:

La tramitología, que es ciencia humana y social, no se ocupa de deseos que tengan por objeto cosas sobrenaturales como la paz perpetua, la moralidad de los gobiernos, la prosperidad de todo un pueblo, la fidelidad de una mujer. Todas estas cuestiones son reputadas por los tramitologistas de la misma manera que las academias sabias consideran la cuadratura del círculo, el movimiento perpetuo, la dirección de los globos, y la piedra filosofal.<sup>48</sup>

La literatura ha de ofrecer a la sociedad caracterizada por la *tramitología* y la *ignorancia popular* convincentes modelos de existencia personal y social. Zarco no se cansa de poner en evidencia el «conjunto informe y

---

45 Así también Zarco en otro discurso: «De la protección a la literatura», en: id., *Escritos literarios*, p. 243.

46 Zarco cita a E. Sue, Saint-Simon y Proudhon. Véase al respecto las explicaciones del autor sobre Zarco, en: Hölz, «Gesellschaftliche Entfremdung und ästhetische Kommunikation», pp. 11-12.

47 Citado en el artículo «El pueblo», publicado en: *La Ilustración Mexicana*, vol. 1, pp. 341-348, reimpresso últimamente en: Zarco, Francisco (1968): *Castillos en el aire y otros textos mordaces*, México, pp. 104-107, aquí p. 107.

48 Citado en: *La Ilustración Mexicana*, vol. 2, pp. 187-204. Impreso en: Zarco, *Castillos*, pp. 20-47, aquí p. 27.



confuso» de la sociedad, relacionándolo con las actitudes vacías del «siglo positivo y material». <sup>49</sup> Aquello que él, bajo la pretensión de *humanidad, civilización* o *progreso intelectual*, opone al derrumbe de la cultura espiritual y social, está en conformidad con los objetivos articulados una y otra vez en los círculos literarios como tarea propia de la vida cultural. Las asociaciones se entienden en este sentido como importantes iniciadores, que crean las condiciones externas para la misión educadora. Animan a los literatos a cooperar en la renovación moral de la sociedad precisamente en la medida en que, gracias a las posibilidades abiertas por los círculos literarios, crean un foro institucional de difusión. Éste había sido justamente uno de los motivos de que se fundara la *Arcadia Mexicana*, <sup>50</sup> y esto condiciona sobre todo el «impulso al movimiento literario» <sup>51</sup> con el que las instituciones justifican una y otra vez su trabajo. Junto a los literatos tienen también los críticos la tarea de transmitir al lector la idea de una literatura de compromiso social. También aquí demuestran las sociedades con sus círculos de discusión y sus debates teóricos hasta qué punto toman en serio su acción pública. Zarco asumió en este punto una posición decidida en una segunda conferencia bajo el título, una vez más programático, «De la misión de la crítica literaria»:

En esas épocas de decadencia [...] en que se opacan los ánimos y las letras languidecen o se pervierten, produciendo apenas obras frívolas o inmorales, sólo la voz de la crítica, sólo sus esfuerzos pueden restaurar el buen gusto y salvar acaso a la sociedad de la degradación que sigue a la frivolidad e indolencia de los espíritus. <sup>52</sup>

Finalmente hay que mencionar las condiciones elementales en que se difundía la literatura. Los literatos se quejan, no sin razón, de que apenas disponen de posibilidades de publicar. Pimentel, todavía en la segunda mitad del siglo XIX, informa que el mercado literario en México no tiene casi desarrollo. Las causas alegadas son limitaciones históricas —censura y aislamiento durante el período colonial— pero también factores económicos: el alto precio de la producción del papel y la inexperiencia en técnicas edi-

49 Ibid., pp. 22 y 20.

50 Véase el *Diario de México* del 16 de abril de 1808.

51 *La Ilustración Mexicana*, vol. 2, p. 10.

52 Publicado en: *La Ilustración Mexicana*, vol. 5, pp. 84-85; véase Zarco, *Escritos literarios*, pp. 234-241, aquí p. 240.

toriales.<sup>53</sup> Altamirano traza un cuadro semejante. Esboza una triste perspectiva para el literato. O entra al servicio de un editor que hace valer la presión económica que dictan las circunstancias para influir en el contenido de la obra literaria, o caso contrario el escritor publica por cuenta propia y se arruina financieramente.<sup>54</sup> Las instituciones literarias ofrecen un remedio a este dilema. Son ellas las que promueven la difusión ofreciendo en sus revistas las condiciones materiales para la publicación. Y así no es casualidad que la mayor parte de los autores aquí mencionados hayan sido conocidos inicialmente por medio de los órganos de publicación de las instituciones literarias. Importantes testimonios literarios encontramos entre otros en *El Diario de México*, *La Linterna Mágica*, *El Año Nuevo*, *El Ateneo Mexicano*, *La Ilustración Mexicana*, *La Verdad*.<sup>55</sup> Convendría no olvidar en este contexto el hecho de que no sólo la unión personal de académico y político arroja una luz significativa sobre el desarrollo de la literatura en el siglo XIX, sino también la de académico y periodista. Personalidades como Fernández de Lizardi, Quintana Roo y Francisco Zarco no sólo han puesto significativos acentos literarios en el despertar nacional; también como periodistas han hecho justicia a su responsabilidad en favor del bien común intelectual y político.<sup>56</sup>

## VI

### LA SOCIEDAD LITERARIA Y LA CULTURA DEL DIÁLOGO POLÍTICO

Seguramente sería impensable el surgimiento de una literatura propia en Latinoamérica y México sin la cooperación de los círculos literarios y de las academias. Bastan como testimonio de la difusión y vitalidad de las asociaciones académicas y artísticas las más de doscientas sociedades establecidas en el curso del siglo XIX en la ciudad de México.<sup>57</sup> Aunque su acción se extienda a veces sólo unos pocos años o meses, la forma de organi-

53 Pimentel, Francisco (1885): *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México*, México, pp. 712-713.

54 Altamirano, Ignacio (1959): «Honra y provecho de un autor de libros en México», en: id.: *Obras completas*, México, pp. 903ss.

55 Las revistas pertenecen, en el orden citado, a los siguientes círculos literarios: *Arcadia Mexicana*, *La Bohemia Literaria*, *La Academia de Letrán*, *El Ateneo Mexicano*, *El Liceo Hidalgo*, *La Sociedad literaria*.

56 Una lista con más nombres se encuentra en: Perales Ojeda, *Asociaciones*, p. 22.

57 Véase el índice cronológico, ibid., p. 217.

zación colectiva acompaña continuamente el quehacer literario y le da un marco ideal en consonancia con los objetivos expuestos más arriba. Probablemente no ha existido autor que no haya entrado en contacto con alguna de las sociedades literarias. Ellas configuran el eje ideológico de las diversas corrientes literarias en la medida en que procuran dirigir las divergencias estéticas hacia objetivos literarios, nacionales y políticos comunes. La idea de que la literatura tiene una misión ilustradora no implica sin embargo una limitación de los intereses. La pluralidad de opiniones puede continuar desarrollándose, pero debe orientarse, sin polémicas ni dogmatismos, hacia los intereses públicos nacionales. Zarco expone esta idea en la gaceta del *Liceo Hidalgo* en un momento en que las controversias hacen presentir ya la cercana guerra civil. Había que redescubrir la cultura del diálogo político. Es aquí donde los críticos, en sus sesiones de trabajo en las sociedades, pueden sentar las normas para la regeneración política. Únicamente si se mantiene alejada de invectivas y sarcasmos puede la disputa académica cumplir la función ejemplar a la que aspira la literatura por su contenido y sus objetivos didácticos, lo que se hará quizás realidad tan sólo después de la intervención (1867), con el nuevo comienzo de *El Renacimiento*: «[L]a crítica [...] nunca debe degenerar en ataque animoso, o apasionado; pues más bien debe encerrarse en el límite que el adelanto de nuestra época pone a las discusiones políticas.»<sup>58</sup>

## Bibliografía

### Textos

- Alamán, Lucas (1959): *Obras literarias completas*, México.  
Altamirano, Ignacio (1959): «Honra y provecho de un autor de libros en México», en: id.: *Obras completas*, México, pp. 903-911.  
*Antología del Centenario* (1985), vols. 1 y 2, México.  
[El] *Año Nuevo* (1865), vol. 1, México.  
[El] *Ateneo Mexicano* (1844), vol. 1, México.  
Bejarano, Pedro (1851): «La literatura en sus relaciones con la época y con México», en: *La Ilustración Mexicana*, vol. 1, México, pp. 285-287.  
Bello, Andrés (1976): «Modo de estudiar la historia», en: id.: *Antología de discursos y escritos*, Madrid, pp. 194-201.

---

58 Zarco, «De la misión de la crítica literaria», en: id., *Escritos literarios*, p. 234; véase también la nota 52, más arriba.

- Carriedo, Juan B. (1853): «La literatura antigua mexicana», en: *La Ilustración Mexicana*, vol. 3, México, pp. 375-376.
- [El] *Diario de México* (1808), el 16 de abril, México.
- [La] *Ilustración Mexicana* (1851 / 1852 / 1853 / 1855), vols. 1, 2, 3 y 5, México.
- [El] *Iris: Periódico crítico y literario* (1886 / <sup>1</sup>1826), vols. 1 y 2, México.
- [El] *Liceo Mexicano* (1844), México.
- [La] *Verdad* (1854), vol. 1/3, México.
- Zarco, Francisco (1968): *Castillos en el aire y otros mordaces*, México.
- Zarco, Francisco (<sup>2</sup>1980): «De la misión de la crítica literaria», en: id.: *Escritos literarios*, ed. por René Avilés, México, pp. 234-241.
- Zarco, Francisco (<sup>2</sup>1980): *Escritos literarios*, ed. por René Avilés, México.

### Estudios

- Arnáiz y Freg, Arturo (1953): «Alamán en la historia y política», en: *Historia Mexicana* 3, pp. 241-260.
- Carpentier, Alejo (1969): *Literatura y conciencia política en América Latina*, Madrid.
- Fernández Luna, Juan (1954): *Imágenes históricas de Hidalgo, desde la época de la Independencia hasta nuestros días*, México.
- Hölz, Karl (1984): «Liebe auf mexikanisch: Patriotisches Denken und romantischer Sentimentalismus im Werk von Ignacio M. Altamirano», en: *Iberoamericana* 22/23, pp. 1-29.
- Hölz, Karl (1985): «‘Ancianos y modernos’ in Mexiko: Ein post-romantischer Konflikt und seine nationalliterarischen Folgen», en: *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte: Cahiers d'Histoire des littératures Romanes* 3/4, pp. 415-442.
- Hölz, Karl (1988): «Gesellschaftliche Entfremdung und ästhetische Kommunikation: Der mexikanische Reformdenker Francisco Zarco (1829-1869) und der ideengeschichtliche Kontext der europäisch-französischen Sozialthematik», en: id. (ed.): *Literarische Vermittlungen: Geschichte und Identität in der mexikanischen Literatur*, Tübingen, pp. 1-25.
- Martínez, Luis (1950): «La emancipación literaria de Hispanoamérica», en: *Cuadernos Americanos* 5, pp. 184-200.
- Martínez, Luis (1951): «La emancipación literaria de Hispanoamérica», en: *Cuadernos Americanos* 2, pp. 190-210.
- Martínez, Luis (1955): *La emancipación literaria de México*, México.
- Perales Ojeda, Alicia (1957): *Asociaciones literarias mexicanas: siglo XIX*, México.
- Pimentel, Francisco (1885): *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México*, México.
- Prieto, Guillermo (1985): *Memorias de mis tiempos*, México (póstumo).
- Sánchez, José (1945): «Círculos literarios de Iberoamérica», en: *Revista Iberoamericana* 18, pp. 297-323.
- Sánchez, José (1951): *Academias y sociedades literarias de México*, México.
- Valdés, Octaviano (ed.) (1978): *Poesía neoclásica y académica*, México.
- Wheat, Raymond C. (1957): *Francisco Zarco: el portavoz liberal de la Reforma*, México.

Frank Leinen

*EL IRIS* COMO PROYECTO DE  
«CIVILIZACIÓN DE LOS SEMIBÁRBAROS MEXICANOS»

SOBRE EL PROGRAMA CULTURAL Y POLÍTICO DE LA PRIMERA REVISTA  
LITERARIA ILUSTRADA DE MÉXICO DESPUÉS DE LA INDEPENDENCIA

I

EL PERIODISMO MEXICANO DEL SIGLO XIX: UN GÉNERO (CASI) OLVIDADO

Ya en los años cincuenta José Luis Martínez apuntaba que:

la mitad de la literatura mexicana está, más que contenida, olvidada en periódicos y revistas cuyo volumen es impresionante y cuyo contenido es la expresión más justa de nuestra vida literaria.<sup>1</sup>

Este juicio no ha perdido nada de su actualidad, como lo prueba el examen de las últimas publicaciones sobre literatura mexicana. A pesar de un número creciente de reediciones de periódicos mexicanos, la crítica literaria ha prestado hasta ahora poca atención a este medio híbrido de comunicación.<sup>2</sup> Por eso la mayoría de las revistas mexicanas —a excepción de periódicos prominentes como el *Diario de México*, el *Pensador Mexicano* de Lizardi y *El Renacimiento* de Altamirano— todavía está esperando su descubrimiento científico. Sin embargo, las meras cifras prueban ya la importancia creciente del periodismo como factor de influencia cultural y política después de la proclamación de la libertad de prensa (desde octubre hasta diciembre de 1812 y desde mayo de 1819): entre 1810 y 1821 ya aparecieron 40 periódicos, a los que se asocia una cantidad inmensa de folletos,

---

1 Martínez, José L. (1955): *La expresión nacional: letras mexicanas del siglo XIX*, México, p. 82.

2 Véase la sinopsis de las últimas investigaciones en: Mora, Pablo (1995): «Revistas científicas y literarias (1826-1856): notas y revisión de fuentes», en: *Literatura mexicana* 6/1, pp. 57-82, aquí pp. 63ss. Para una lectura introductoria todavía resultan útiles Carter, Boyd G. (1968): *Historia de la literatura hispanoamericana a través de sus revistas*, México, y Ochoa Campo, Moises (1968): *Reseña histórica del periodismo mexicano*, México.

anónimos en general.<sup>3</sup> En total se editaron durante el siglo XIX en todo el país aproximadamente 200 revistas literarias.<sup>4</sup>

En el análisis del desarrollo histórico de las ideas directrices de la identidad mexicana se debe atribuir una importancia primordial al periodismo mexicano por su influencia en la opinión pública, su meta de contribuir a la constitución de una conciencia nacional y por su estructura textual cerrada.<sup>5</sup> Esto es tanto más válido por el hecho de que la mayor parte de los escritores del siglo XIX tenía una actitud extremadamente abierta hacia el medio popular.<sup>6</sup> Por consiguiente, los debates sobre una literatura nacional neoclasicista o romántica así como sobre los modelos conservadores o liberales de la sociedad influían en las producciones periodísticas de autores prestigiosos como Navarrete, Lizardi, Quintana Roo, Galván, Mora, Heredia, Altamirano, Zarco y Prieto. Sus actividades en los diarios y las revistas mexicanos dan una prueba ejemplar de la búsqueda contemporánea de una síntesis compuesta por el deseo de elaborar una conciencia nacional, el compromiso político y el trabajo literario en el México Independiente.<sup>7</sup>

Los periódicos mexicanos favorecieron además el crecimiento y, en el sentido de la Ilustración, la información y la formación de un público de lectores críticos. Esto contribuyó decisivamente al hecho de que la literatura popularizada por los periódicos e inspirada por la política haya podido imponerse en su función de elemento constitutivo para el establecimiento del orden social y político, tal y como la presentó Francisco Zarco ante el

---

3 Para el año de 1820 Carlos González Peña cuenta más de 500 folletos. Véase id. (1990): *Historia de la literatura mexicana: desde los orígenes hasta nuestros días*, México, p. 116. *El Despertador Americano*, el primer portavoz del movimiento de la Independencia, ya apareció con una tirada de aproximadamente 2000 ejemplares. Véase Reed Torres, Luis (1974): «La prensa y la Guerra de Independencia», en: Ruiz Castañeda, María del Carmen / Reed Torres, Luis / Cordero y Torres, Enrique (eds.): *El periodismo en México: 450 años de historia*, México, pp. 95-113, aquí p. 96.

4 Véase Martínez, *Expresión nacional*, p. 82, y Henríquez Ureña, Pedro (1980): «Historia de la cultura en la América hispánica», en: id.: *Obras completas*, vol. 10, Santo Domingo: Universidad Nacional, pp. 325-448, aquí p. 372.

5 Estas ideas son según Gustav Siebenmann la concepción del centro y del sur del continente como proyecto utópico, la latinidad, la hispanidad, el nacionalismo, la raza, la rivalidad cultural y la rivalidad política. Véase id. (1986): «Modelos de identidad y nueva novela», en: Yurkievich, Sául (ed.): *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura*, Madrid, pp. 28-35, aquí pp. 29-33.

6 Sólo en el *Diario de México*, según Alfonso Reyes «el centro literario de la época», participaron cerca de 120 poetas y la misma cantidad de prosistas. Véase id. (1955): «Un recuerdo del 'Diario de México'», en: id.: *Obras completas*, vol. 1, México: F.C.E., pp. 343-346, aquí p. 345. Véase también González Peña, *Historia*, p. 113.

7 Véase sobre este asunto Dorra, Raúl (1986): «Identidad y literatura: notas para un examen crítico», en: Yurkievich, *Identidad*, pp. 47-55, y Portuondo, José A. (1974): «Literatura y sociedad», en: Fernández Moreno, César (ed.): *América Latina en su literatura*, México, pp. 391-405.

*Liceo Hidalgo* en 1851.<sup>8</sup> Sin duda sería interesante averiguar de qué estrategias discursivas se valieron los periódicos del siglo XIX, como parte de la práctica cultural y cívica de la clase media, para influir tanto en las esferas del poder dentro de la sociedad como en la formación de un discurso patriótico.

Puesto que un examen tan extenso de las revistas y de los diarios mexicanos no cabe en el marco de esta contribución, quiero dedicarme a *El Iris*,<sup>9</sup> publicado en 1826 como primera revista literaria ilustrada de México después de la Independencia. En lo que sigue tengo la intención de realizar un análisis históricamente contextualizado del programa cultural y político del periódico. Por eso parece oportuno indicar en primer lugar algunos de los conceptos de la teoría de la identidad que podrán servir como base para la discusión de la contribución de *El Iris* a la búsqueda de identidad de los mexicanos.

## II

### ASPECTOS FUNDAMENTALES DE LA TEORÍA DE LA IDENTIDAD PARA LA DISCUSIÓN DEL DISCURSO PATRIÓTICO

Después de haberse considerado durante mucho tiempo el tema de la identidad como parte del dominio de la filosofía, Claude Lévi-Strauss pudo resumir que actualmente este tema toca prácticamente a todas las disciplinas.<sup>10</sup> En efecto se reconoce en nuestros días que aparte de las dimensiones filosóficas del fenómeno es necesario tomar en cuenta sus dimensiones históricas, políticas, psicológicas, sociológicas, etnológicas y culturales. Si se resumen los estudios más importantes, queda claro que, como lo sugiere la metáfora, el «‘elephant’ called ‘identity’»,<sup>11</sup> tiene cuatro patas. Se puede

---

8 «Se ve, pues, que la política no es un terreno extraño a la literatura [...]. No se mire con desdén la política, ni se crea que es un terreno árido, sin flores ni perfumes. No, también en ella hay belleza, también en ella es menester disipar errores [...]». en: Zarco. Francisco (21980 / 11851): «Discurso sobre el objeto de la literatura», en: id.: *Escritos literarios*, México: Editorial Porrúa, pp. 225-234, aquí p. 231.

9 *El Iris: Periódico crítico y literario*, por Linati, Galli y Heredia, 2 vols., introducción por María del Carmen Ruiz Castañeda; «‘El Iris’: primera revista literaria del México Independiente» e índice por Luis Mario Schneider, México: UNAM 1986. Las citas se reproducen en la ortografía de 1826.

10 Lévi-Strauss, Claude (1980): «Vorwort», en: Benoist, Jean-Marie (ed.): *Identität: Ein interdisziplinäres Seminar unter Leitung von Claude Lévi-Strauss*, Stuttgart, pp. 7-9, aquí p. 7.

11 Jacobson-Widding, Anita (1983): «Introduction», en: id. (ed.): *Identity: Personal and Socio-Cultural. A Symposium*, Uppsala, pp. 13-32, aquí p. 13.

distinguir 1º el aspecto del sujeto, 2º el del grupo y de sus condicionantes hacia sus miembros y los analistas, 3º el tema de la (in-)variabilidad y de la función de la identidad, así como 4º la cuestión de las relaciones entre los puntos 1 a 3.<sup>12</sup> Como el análisis de *El Iris* se apoya particularmente en las dimensiones específicas de la identidad del individuo y del grupo, éstas serán a continuación el objeto de un breve excursus teórico. Los aspectos indicados en los números 3 y 4 entran en las reflexiones que siguen.

Veamos en primer lugar el problema de la identidad personal. Ya desde la constatación de Heráclito sabemos que nadie puede bañarse dos veces en el mismo río, es decir que con el paso del tiempo cambian no sólo las cosas sino también los seres.<sup>13</sup> A la vez el aspecto de la continuidad del Yo no puede ser negado ante la experiencia individual de su propia historia y memoria.<sup>14</sup> Por eso Kurt Lewin creó en 1922 el concepto de la «biologischen Genidentität»<sup>15</sup> para explicar la paradoja ontológica del conjunto del cambio y de la continuidad. También la psicología social e individual hace hincapié en la existencia sincrónica de estos dos aspectos. Pero salta a la vista que existen en las investigaciones recientes dos tendencias que poseen sin embargo puntos de contacto: los representantes de la tesis de la continuidad pueden referirse a Erik H. Erikson, quién creó como uno de los fundadores de la teoría de la identidad personal y del Yo<sup>16</sup> la expresión de la *selfsameness* como «persistant sameness within oneself».<sup>17</sup>

Esta óptica tiene su complemento necesario en un concepto de la identidad personal que tiene relaciones con la enunciación del no-idéntico por Adorno.<sup>18</sup> Refiriéndose además a las teorías estructuralistas y al decon-

12 Véase Benoist, Jean-Marie (1980): «Facetten der Identität», en: id. (ed.): *Identität*, pp. 11-21, aquí p. 20.

13 Véase sobre esto Henrich, Dieter (1979): «'Identität': Begriffe, Probleme, Grenzen», en: Marquard, Odo / Stierle, Karlheinz (eds.): *Identität*, München (Poetik und Hermeneutik; 8), pp. 133-186, aquí p. 141-142.

14 Véase de Levita, David J. (1971): *Der Begriff der Identität*, Frankfurt am Main, p. 22.

15 Lewin, Kurt (1983 / 1922): *Der Begriff der Genese in Physik, Biologie und Entwicklungsgeschichte*, en: id.: *Werke*, vol. 2, ed. por Carl-Friedrich Graumann, Bern/Stuttgart, pp. 47-318, aquí p. 298. Véase también Kersten, Walter (1989): «Die biologische Identität des Menschen», en: Kößler, Henning (ed.): *Identität*, Erlangen, pp. 23-33.

16 Sobre estos conceptos en la teoría de Erikson y con respecto a su diferenciación de ellos del *Selbst*, véase de Levita, *Identität*, pp. 71 y 200.

17 Erikson, Erik H. (1959): «Identity and the Life Circle: Selected Papers», en: Klein, George S. (ed.): *Psychological Issues*, New York, pp. 18-171, aquí p. 102. Erikson llamaba además la atención sobre la relación recíproca entre el Yo y el Otro, necesaria para la construcción de la identidad. Véase *ibid.*, p. 23.

18 Para más detalles sobre Adorno, véase Beierwaltes, Werner (1980): *Identität und Differenz*, Frankfurt am Main, pp. 269-314.



structivismo fue posible analizar los aspectos de la heterogeneidad, de la fragmentación, de la pluralidad y de la discontinuidad del Yo.<sup>19</sup> La identidad personal, así lo sostiene una tendencia general, no puede ser definida ni dinámica ni estática o substancialmente. Como la alteridad, la identidad es ontológicamente una construcción abierta.<sup>20</sup>

La existencia de una identidad personal es inimaginable sin la identidad colectiva. Aparte de la influencia formativa de las condiciones sociales y económicas, en las que el niño ya está inmerso por la contingencia (en el sentido de Heidegger), el ambiente histórico-social determina la identidad del sujeto con sus precisiones fácticas y normativas y sus ofertas de identificación.<sup>21</sup> Así las condiciones políticas, históricas y socio-culturales son constitutivas para la formación del Yo. De un lado el Yo está influido por el Otro mediante la interacción entre el sujeto y el grupo, necesaria para la formación de la identidad. Por otro lado el individuo puede tener influencia en el desarrollo del ideario colectivo. Como base para esta actitud sirven su disposición a la autoreflexión y la capacidad de criticar. Ambos aspectos contribuyen al desarrollo potencial de un discurso individual opuesto al discurso del *ingroup*. Las identidades del individuo y de la colectividad nacen por eso de la alternancia entre la diferencia y la congruencia.

El concepto de la diferencia indica que la relación con el Otro y con lo ajeno es constitutiva para la identidad individual y social.<sup>22</sup> Desde la explicación de encuentros con el Otro como «actos relacionales de la auto-interpretación»<sup>23</sup> se puede abarcar el nexo entre la identidad del sujeto representante y la Otredad del objeto representado. Sobre todo Claude Lévi-Strauss contribuyó al desarrollo de una percepción que ya no interpreta la Otredad como oposición, polaridad o dicotomía, sino más bien en el senti-

---

19 Véase Lévi-Strauss, «Vorwort», p. 9: «[La identidad] es una función inestable y no una realidad substancial, somos al mismo tiempo sitios fugitivos y momentos del encuentro, del intercambio y del conflicto.» Traducción del autor.

20 Esto lo confirman los artículos *Identité* y *Altérité* en: Greimas, Algirdas J. / Courtès, Joseph (1979): *Sémiotique: dictionnaire raisonné de la théorie du langage*, Paris, pp. 178-179 y 13.

21 Véase Köbller, Henning (1989): «Bildung und Identität», en: id. (ed.): *Identität*, pp. 51-65, aquí p. 61. Véase también Krewer, Bernd (1992): *Kulturelle Identität und menschliche Selbsterforschung: Die Rolle von Kultur in der positiven und reflexiven Bestimmung des Menschen*, Saarbrücken/Fort Lauderdale; Maccoby, Michael (1967): «On Mexican National Character», en: Martindale, Don A. (ed.): *National Character in the Perspective of Social Sciences*, Philadelphia, pp. 63-73.

22 Véase Ohle, Karlheinz (1978): *Das Ich und das Andere*, Stuttgart, especialmente p. 44.

23 Schütz, Alfred (1959 / 1932): «Grundzüge einer Theorie des Fremdverstehens», en: id.: *Der sinnhafte Aufbau der sozialen Welt*, Wien, pp. 106-155, aquí p. 123. Traducción del autor.

do de una relación competitiva, complementaria o recíproca.<sup>24</sup> El Yo se refleja en el Otro, y entre la identidad y la diferencia existe una relación tan inmediata que se puede hablar de una «identidad en la diferencia».<sup>25</sup> Este aspecto tendrá una importancia particular para el análisis de *El Iris*.

Especialmente el contacto con el «extranjero migrante» que se detiene solamente durante cierto tiempo en una sociedad de acogida y que por eso está sustraído en gran parte a la aculturación, puede provocar o intensificar tensiones. El aislamiento del extranjero o su integración de común acuerdo, la regresión del contexto relacional o su revolución son posibilidades imaginables para regularizar un conflicto.<sup>26</sup> Así la xenofobia extendida sobre todo en sociedades con una construcción de identidad frágil es una variante estratégica que evita el contacto con el extranjero para no poner en duda lo propio. El conjunto de auto- y heteroestereotipos nacionales sostiene en este caso la identidad social.<sup>27</sup> El contacto con el Otro se experimenta en colectividades etnocéntricas como amenaza, en colectividades con una orientación universalista como ampliación o provocación creadora de lo propio. La percepción de una amenaza desde afuera puede intensificar la coherencia interna, pero por otro lado puede también causar dudas en el sentimiento etnocéntrico de superioridad. Mas en los dos casos se trata de vigorizar la conciencia del ser colectivo por la creación de mitos nacionales, por ejemplo mediante la estilización de figuras simbólicas o la glorificación del pasado, del presente y del futuro nacional.<sup>28</sup> También en este caso existe la regla, como lo subraya la ciencia comparatista del imaginario, que la comparación trascendental de lo propio con lo ajeno puede re-

- 
- 24 Véase Lévi-Strauss, Claude (1961 / 1952): *Race et histoire*, Paris. Emmanuel Lévinas describe el fenómeno por la fórmula «el ser es exterioridad», en: id. (1987): *Totalität und Unendlichkeit*, Freiburg/München, pp. 418-419, traducción del autor. Así la descentralización se hace constitutiva para el *Selbst*. Véase id. (1972): *Humanisme de l'autre homme*, Montpellier, pp. 93-94.
- 25 Beierwaltes, Identität, p. 25, traducción del autor. Así lo describen también Erdheim, Mario (1988): *Psychoanalyse und Unbewußtheit in der Kultur*, Frankfurt am Main, p. 345, y Todorov, Tzvetan (1986): «Le croisement des cultures», en: *Communications* 43, pp. 5-26, aquí p. 16.
- 26 Según Singer, Kurt (1949): «The Resolution of Conflict», en: *Social Research* 16, pp. 230-245.
- 27 Véase Gerndt, Helge (1988): «Zur kulturwissenschaftlichen Stereotypforschung», en: id. (ed.): *Stereotypvorstellungen im Alltagsleben: Beiträge zum Themenkreis Fremdbilder-Selbstbilder-Identität*, München, pp. 9-12.
- 28 Según Eisenstadt, Shmuel N. (1991): «Die Konstruktion nationaler Identitäten in vergleichender Perspektive», en: Giesen, Bernhard (ed.): *Nationale und kulturelle Identität: Studien zur Entwicklung des kollektiven Bewußtseins in der Neuzeit*, Frankfurt am Main, pp. 21-38, aquí p. 21.

afirmar o poner en duda no sólo las auto- y heteroimágenes, sino también el carácter absoluto y natural del propio orden cultural.<sup>29</sup>

Esto significa que después de la Independencia los discursos patrióticos tenían que buscar por medio de una interacción con el Otro una posición en el campo de tensiones entre una diferencia máxima (separación, insistencia exclusiva en lo propio, etnocentrismo) y la diferencia mínima (adaptación de lo extraño, imitación, universalismo).

En el México políticamente independiente existía como en las otras naciones de Latinoamérica una pluralidad de variantes que incluían casi la totalidad de las posibilidades de una búsqueda de identidad por diferenciación: en primer lugar puede citarse la distanciación frente a la antigua metrópoli; después la estrategia de sobrepujamiento mediante la inversión del discurso colonial; además la asimilación crítica de elementos europeos o norteamericanos, y finalmente la adopción imitativa de estructuras culturales provenientes de estados «avanzados». De ello resulta una paradoja que complica la construcción de la identidad, es decir la intención de buscar después de un mero «cambio geocultural de las dominantes»<sup>30</sup> una fórmula de identidad propia sobre la base de un pensamiento extraño, y de unir estrategias defensivas y ofensivas en la búsqueda de un propio ser.

Otros problemas en el dominio de la identidad nacional son el padecimiento de la dominación continua de la civilización española, la persistencia de estructuras sociales coloniales<sup>31</sup> y después de las intervenciones norteamericanas y europeas la pérdida de paradigmas políticos centrales. Por consiguiente la identidad cultural y nacional de México estaba caracteri-

---

29 Véase Fischer, Manfred S. (1981): *Nationale 'Images' als Gegenstand vergleichender Literaturgeschichte: Untersuchungen zur Entstehung der komparatistischen Imagologie*, Bonn, especialmente pp. 20-21.

30 Ette, Ottmar (1994): «Lateinamerika und Europa: Ein literarischer Dialog und seine Vorgeschichte», en: Rodó, José E.: *Ariel*, edición y traducción de Ottmar Ette, Mainz, pp. 9-58, aquí p. 26, traducción del autor.

31 Véase Andrés Bello: «Arrancóse el cetro al monarca, pero no al espíritu español [...]»; la España se ha encastillado en nuestro foro [...], en: id. (1957 / 1844): «Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile», en: id.: *Obras completas*, vol. 19, Caracas, pp. 153-173, aquí p. 171. Poco antes de su muerte Lizardi criticó la tradición siempre actual de las estructuras de dominio coloniales en México: «Hoy que los mexicanos son ciudadanos, se les decretan sus memoriales con la misma aspereza y arbitrariedad que cuando eran vasallos de España», en: Fernández de Lizardi, José J.: «Testamento y despedida», citado en: Martínez, José L. (1955): *La emancipación literaria de México*, México, p. 12.

zada en el siglo XIX por un «desgarramiento interno» y una «ambivalencia externa».<sup>32</sup>

Las desavenencias entre liberales y conservadores, republicanos y legitimistas hacían imposible el establecimiento de un consenso nacional sobre el carácter de la identidad mexicana. No obstante aún las concepciones antagónicas dejan ver puntos comunes en la perspectiva de la teoría de la identidad. Así, los patriotas como también sus antagonistas prohispanos tenían la intención de

- 1° fijar patrones y reglas nacionales, dictando con esto las prescripciones necesarias para orientar las actividades y crear un conjunto de valores sociales,
- 2° acentuar la distancia entre el *in-* y el *outgroup*, y de realizar una selección cuando se quisiera integrar nuevos miembros a la colectividad,
- 3° transferir lo más pronto posible la propia ideología al pueblo, pero también a los nuevos miembros de la comunidad, mediante la educación y la formación,
- 4° fijar signos emblemáticos y ritos para estimular el desarrollo de una conciencia colectiva,
- 5° propagar el aspecto de la reflexividad que se propone como fin que cada miembro del grupo reconozca que tiene la misma conciencia colectiva que los otros miembros de la colectividad,
- 6° crear un apego afectivo del individuo a la colectividad,
- 7° derivar del pasado una orientación para el presente y el futuro.<sup>33</sup>

Teniendo en cuenta estos criterios e incluyendo el contexto histórico y literario, quiero en las páginas siguientes analizar y juzgar el programa cultural y político de *El Iris* con respecto a su contribución a la autodefinition mexicana.

---

32 Lafaye, Jacques (1986): «¿Identidad literaria o alteridad cultural?», en: Yurkievich (ed.), *Identidad*, pp. 21-27, aquí p. 24.

33 Compárese con los elementos de la constitución de la identidad en: Sorokin, Pitrim A. (1969): *Society, Culture, and Personality*, New York, pp. 380ss.

### III

#### LA CONTRIBUCIÓN DE *EL IRIS* A LA CREACIÓN DE UN PERFIL CULTURAL Y POLÍTICO PROPIO DEL MÉXICO INDEPENDIENTE

En el jardín floreciente y exuberante de los periódicos mexicanos en los lustros después de la Independencia, *El Iris* puede ser considerado como una planta exótica. Es verdad que como la mayoría de sus rivales floreció solamente poco tiempo —el primer ejemplar apareció el 4 de febrero de 1826, y la publicación cesó después de cuarenta números el 2 de agosto de 1826—, pero se destaca de los otros periódicos por ser la primera revista literaria ilustrada después de la Independencia. Además, *El Iris* es, por lo que yo sé, la única revista que hayan editado exclusivamente para lectores mexicanos extranjeros exiliados con nacionalidades diferentes: el litógrafo italiano Claudio Linati de Prevost, su compatriota Fiorenzo Galli y el poeta cubano José María Heredia.<sup>34</sup>

Sabemos de Linati —un discípulo del pintor David— que había actuado en varios países de Europa como luchador por el Liberalismo, antes de instalarse en México. Llegó ahí el 22 de septiembre de 1825, para fundar en la capital el primer taller de litografía del país con el apoyo del gobierno.<sup>35</sup>

Sobre su compatriota Galli faltan informaciones detalladas. Sabemos solamente que escribió en México un tratado sobre economía rural mexicana, que trabajó como empleado en una mina en Tlalpujahua y vivió después de su despedida en la casa de Linati.

El cubano Heredia en cambio, que vivió en México desde agosto de 1825, ya disponía de un cierto renombre en el país. Particularmente su «Oda a los habitantes de Anáhuac», dirigida contra el régimen de Iturbide, su himno «Al Popocatepetl» así como la reminiscencia histórica a los aztecas en el poema «En el Teocalli de Cholula» le conferían el prestigio de un

---

34 Menos extraordinarios son los ensayos de franceses, españoles, ingleses o alemanes de poner a la disposición de las colonias de inmigrantes periódicos en las lenguas nacionales respectivas. Sobre este tema informa Briesemeister, Dietrich (1988): «'Vorwärts': Porträt einer deutschen Auslandszeitung in Mexiko», en: Hölz, Karl (ed.): *Literarische Vermittlungen: Geschichte und Identität in der mexikanischen Literatur*, Tübingen, pp. 27-45, aquí pp. 30ss.

35 Más detalles biográficos proporcionan O'Gorman, Edmundo / Fernández, Justino (eds.) (1955): *Documentos para la historia de la litografía en México*, México, pp. 13-57, y *Memorie parmense per la storia del Risorgimento*, vol. 4: *Claudio Linati (1790-1832)*, Parma 1935, pp. 1-42 y pp. 119-242.

defensor liberal de la causa patriótica. Además, el prestigio artístico de Heredia como orientador del Romanticismo en América se había difundido rápidamente después de su poema «Niágara» (1824). El cubano exiliado fue aparte de esto el único editor de *El Iris* con experiencia en el periodismo, porque ya había editado en 1821 en La Habana la revista literaria *Biblioteca de Damas*, y porque había escrito artículos para el *Amigo del Pueblo* y el *Semanario de Matanzas*. A más de esto, Heredia era en 1823 colaborador del *Revisor Político y Literario*.<sup>36</sup>

Los tres editores de *El Iris* compartían el deseo de contribuir a la realización de la Independencia y a la búsqueda de la identidad mexicana. Conforme a eso se presenta el *Prospecto*, firmado por Linati y Galli. Después de proclamar en las primeras líneas su adhesión a la «libertad mejicana» anuncian la publicación de una revista «que tendrá por objeto la utilidad general, esparciendo las luces y la mejora de la moral». La poesía y el arte deberían servir como soporte de las «virtudes republicanas» del mexicano, para permitirle la consumación de su «noble destino».<sup>37</sup> El motivo para la edición de un periódico crítico-literario es evidente en la perspectiva de los dos italianos:

Si han servido tan bien la causa de la civilización en Europa esclava, si la *Pandora*, el *Corsario*, la *Centinela*, y la *Antología* han hecho más liberales que no tal vez el *Correo*, el *Constitucional* y el *Morning chronicle*, ¿cuáles ventajas no deben esperarse en un país en donde la verdad no debe temer las tijeras incesorables de un suspicaz despotismo?<sup>38</sup>

Podemos suponer que los italianos pospusieron en su *Prospecto* la política detrás de la literatura, porque presentían que probablemente encontrarían como «extranjeros migrantes» una actitud escéptica y no sin prejuicios de parte de sus lectores. Sin embargo, tenían la convicción de que debían obrar en el sentido de la Ilustración europea, para propagar en México la civilización «avanzada» del otro continente. En este sentido Linati anunció en una carta con el entusiasmo de su sentimiento de superioridad:

36 Sobre más detalles biográficos, véase Augier, Ángel (1990): «Prólogo», en: Heredia, José M.: *Niágara y otros textos: poesía y prosa selectas*, Caracas (Biblioteca Ayacucho; 147), pp. IX-XXIX, y Ruiz Castañeda, María del Carmen (1987): «Heredia, promotor del periodismo», en: *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* 29, pp. 23-33.

37 Todas las citas en: Schneider, «El Iris», pp. XXVII-XXVIII, nota 5.

38 Ibid., p. XXVIII.

Deciso a civilizzare questi semi-barbari sto masticando la pubblicazione d'un giornale a mio modo.<sup>39</sup>

Junto al *Prospecto*, la «Introducción» al primer número de *El Iris*, firmada únicamente por Heredia, influyó en el horizonte de expectativas del público. Si según el aviso del poeta el periódico quería presentarse sobre todo como una publicación apolítica concebida especialmente para la «distracción agradable» del «bello secso» y la lucha contra su aburrimiento,<sup>40</sup> esto significa no solamente una limitación del grupo destinatario con respecto al *Prospecto*, sino también una distanciación de los europeos deseosos de promover su misión política. Así es evidente que desde los comienzos de la revista las concepciones periodísticas del cubano, que al parecer quería reanudar con *El Iris* su *Biblioteca de Damas* poco afortunada, no armonizaban completamente con las ideas de los europeos. A pesar de esto dominan en el programa presentado por Heredia los paralelos con el *Prospecto* de Linati y de Galli. Por eso los anuncios del programa presentado por él servirán en lo siguiente como base adecuada para el análisis de los artículos publicados en *El Iris*.

### III. 1

#### LOS RETRATOS

En la lucha competidora con las otras revistas, las litografías de «héroes y sábios americanos» así como de «los semblantes venerables de los caudillos de la revolución»<sup>41</sup> debían constituir un triunfo particular de la primera revista literaria ilustrada de México. La selección de los motivos corresponde a la intención de atraer a los lectores a los principios de la Independencia. Al mismo tiempo se quería hacer patente la importancia de las «instituciones libres» mediante el recuerdo personalizado de «los esfuerzos y dolores que costó su adquisición á la patria».<sup>42</sup>

Sin embargo, los editores cumplían este anuncio solamente en parte y con la exclusión de la perspectiva americana. En muchos números de la revista faltan completamente los retratos, a tal punto que se publicaron sola-

---

39 Linati, Claudio (1935): «Carta a Antonio Panizzi (5 de enero de 1826)», en: *Memorie parmensi*, pp. 106-107, aquí p. 107.

40 *El Iris*, vol. I, p. 1.

41 *Ibid.*, p. 2.

42 *Ibid.*

mente tres litografías en blanco y negro con las imágenes del presidente Guadalupe Victoria,<sup>43</sup> de Morelos<sup>44</sup> y de Hidalgo<sup>45</sup>. A pesar de la reproducción técnicamente imperfecta de los retratos se puede percibir la insistencia del artista en una mirada decidida de los revolucionarios, para realzar su tenacidad. Además salta a la vista que Hidalgo, en contradicción con la realidad histórica y con la tradición de su representación pictórica, no está dibujado como un «viejo acomodado»,<sup>46</sup> sino en la flor de su juventud. El retrato modificado propagandísticamente debería proporcionar al observador una impresión de la idealidad y vitalidad del ideario de la Independencia. Al lado de la tenacidad heroica se insistió en una presentación simpática de los luchadores por la libertad, representándolos con labios sensuales y suaves. De esta manera su representación corresponde al aspecto emocional, indispensable para la formación de la identidad. Por eso se puede valorar la estilización litográfica de los héroes nacionales por Linati y por su discípulo José Gracida como una contribución a la formación de un mito colectivo, persiguiendo el fin de estabilizar la conciencia nacional mexicana.

Digno de mención es en este contexto una caricatura política de Linati que presenta una alegoría de la tiranía en el trono.<sup>47</sup> Como sus consejeros actúan un cura que personifica la superstición y un diablo, provisto con los atributos de un verdugo, como materialización del fanatismo. La escena une lo europeo a lo latinoamericano: así otro diablo quema periódicos europeos, americanos y mexicanos —entre ellos *El Iris*— delante de un edificio de la Inquisición, y con los cadáveres ahorcados de las víctimas internacionales del despotismo al fondo —Hidalgo es una de ellas. Mediante la indicación de los nombres de personas y lugares la litografía se refiere especialmente a la Francia napoleónica. Parece evidente que Linati, haciendo alusión a la historia del país, quiere advertir a los mexicanos, que una tradición revolucionaria puede acabar en el despotismo. Es verdad que Iturbide no está representado, probablemente por consideración a la sensibilidad del observador. Desde el punto de vista de la teoría de la identidad esto es comprensible, pero no cabe duda de que con su caricatura intenta

43 Ibid., p. 96a.

44 Ibid., p. 108a.

45 *El Iris*, vol. 2, p. 172a.

46 Cosío Villegas, Daniel et al. (2005): *Historia mínima de México*, México, p. 88.

47 *El Iris*, vol. 1, p. 120a.



luchar por la victoria de la democracia. Al mismo tiempo el italiano concibe, mediante la alusión a la situación espantosa en la época de la Colonia, en la España de entonces y en la Francia napoleónica, un antagonismo a su ideal de un México liberal. Así se sirve del mecanismo de la diferenciación del Otro negativo, para contribuir a la construcción de una identidad nacional mexicana.<sup>48</sup> El edificio de la Inquisición situado en el fondo sirve finalmente a Linati como advertencia a los mexicanos para deducir una orientación positiva para el futuro de un pasado desastroso bajo la civilización española.

### III. 2

#### LAS POESÍAS

Heredia promete en su «Introducción» agasajar al lector con la primera publicación de sus poemas futuros. Junto a las producciones líricas más recientes de otros autores deberían servir como «adorno» y «flores» al deseo del público de divertirse. Pero según la pregunta retórica de Heredia «¿Qué alma por bárbara que sea se ha sentido enteramente negada á los hechizos de las musas?»,<sup>49</sup> una misión civilizadora se unía con la intención «culinaria». Conforme a su exclamación «¡Oh! ¡Si pudiera / Encender en los pechos mexicanos / Aquesta hoguera que mi pecho abrasa de amor de Libertad!»,<sup>50</sup> la civilización poética y el patriotismo o americanismo liberal forman una unidad para el cubano exilado.

Como Linati y Galli también Heredia tenía la intención de transferir a los mexicanos su propia ideología americanista, liberal y progresista. A diferencia de los artículos combativos de los italianos él quería lograr este fin de una manera más sublime, es decir por su poesía. Conforme a eso celebra los EE.UU. en un poema con motivo del cincuenta aniversario de la proclamación de su Independencia como cuna del progreso, de la libertad y

---

48 Como otro ejemplo contemporáneo del antiespañolismo en Hispanoamérica se puede citar el «Canto a Bolívar» (1825) del autor ecuatoriano José Joaquín de Olmedo. Aquí los españoles son calificados de «estúpidos, viciosos, feroces y por fin supersticiosos». Véase Olmedo, José J. de (1960): *Poesía – Prosa*, Puebla: Cajica (Biblioteca Ecuatoriana Mínima; La Colonia y la República), pp. 103-127, aquí p. 114.

49 *El Iris*, vol. 1, p. 2.

50 Heredia, José M. (1990): «Oda a los habitantes de Anáhuac», en: id., *Niágara*, pp. 52-56, aquí p. 53. Linati igualmente soslaya la importancia de las artes para efectuar un cambio de la conciencia pública. Véase *El Iris*, vol. 1, p. 11.

de la igualdad en América.<sup>51</sup> En un tono himnico esboza la visión de una identidad panamericana basada en los ideales de *paz, igualdad, libertad, concordia, holganza, gloria, luz, seguridad, amor, anhelo generoso y esperanza*,<sup>52</sup> formando una alternativa de gran porvenir a la tiranía de la «Europa criminal».<sup>53</sup> Por esta polarización se puede considerar el poema como ejemplo amerocéntrico del revolvimiento a menudo tópico del modelo de valores colonial, muy característico del discurso patriótico.<sup>54</sup> La minimización de diferencias en el interior del *ingroup* y la acentuación de la disparidad con el *outgroup* son otros mecanismos de la formación de la identidad usados aquí por Heredia.

Puesto que México en 1826 aún no disponía de un himno de guerra, los editores de *El Iris* aprovechan la oportunidad de llenar este vacío. De esto resulta el hecho curioso de que el primer himno de guerra de México fue compuesto por un extranjero, Heredia, según la melodía de otro extranjero, Wenzel. El himno neoclasicista apela al patriotismo y a la solidaridad de los mexicanos, enlazando de una manera idealizante la voluntad combativa de los aztecas con el heroísmo de las Guerras de Independencia y la actualidad: los lectores movilizados deberían oponer resistencia a los enemigos de la patria hasta la muerte o la victoria.<sup>55</sup>

También la estilización de la naturaleza como soporte de la memoria colectiva sirve para crear una identidad con el apoyo de una historia «propia». Heredia habla en este sentido en el romance «La cifra»<sup>56</sup> de la esfera individual, y trata en «Chapultepec»<sup>57</sup> la dimensión nacional con su descripción del bosque majestuoso que guarda el recuerdo de los «reyes aztecas» sepultados allí. Heredia vuelve también en su ya mencionado «Himno de guerra» a los aspectos positivos del pasado azteca, especialmente al heroísmo de los «Hijos del Sol».<sup>58</sup> Aquí, como en su poema presentado con ocasión de la inauguración del Instituto Mexicano, celebra además la grandeza y la belleza del antiguo Anáhuac. De un modo general

51 *El Iris*, vol. 2, pp. 142-144.

52 Estos rasgos característicos se encuentran también en otro poema sin título. Véase *ibid.*, vol. 1, pp. 117-120.

53 *El Iris*, vol. 2, p. 143. El mismo tono marca la nota a un discurso de Andrés Quintana. Véase *El Iris*, vol. 1, p. 97.

54 Así también en «Himno de guerra». Véase *El Iris*, vol. 2, pp. 111-112.

55 *Ibid.*

56 *Ibid.*, vol. 1, p. 128.

57 *Ibid.*, p. 80.

58 *Ibid.*, vol. 2, pp. 111-112.

el elogio de la naturaleza americana en *El Iris* armoniza con la percepción del propio ser nacional y cultural en los albores del Romanticismo, y persigue la meta de contribuir a la creación de una autodefinición cultural en el centro y el sur del continente.<sup>59</sup> En este sentido introduce la reproducción de «Al Libertador, en su cumple años»<sup>60</sup> del colombiano José Fernández de Madrid con una referencia a los temas de su propia producción: se puede encontrar en el poema «toda la abundancia de la Poesía Americana, que debe ser bella, como las vegas de América, y grande y sublime, como sus cataratas y sus volcanes».<sup>61</sup>

Heredia atribuye una gran importancia a popularizar en México a Lord Byron, cuya sensibilidad, fantasía y orientalismo enaltece.<sup>62</sup> Está mencionado también el compromiso de Byron en la lucha de los griegos por su libertad. Sólo las licencias métricas del inglés no complacen al neoclasicista. Mas como los versos de Byron poseen en su contenido «bellezas superiores»,<sup>63</sup> no se debería hacer caso de su realización romántica. Para poder gozar de la poesía del modelo inglés en la lengua original, Heredia exhorta por fin a los mexicanos a aprender el «idioma de hombres libres».<sup>64</sup> Esta solicitud insinúa que el cubano pensaba no solamente en una nacionalización, sino también en una universalización crítica y consciente de lo propio de la civilización mexicana.

### III. 3

#### EL TEATRO

Después del ocaso del *Diario de México* en 1817, Heredia revivifica la tradición de la crítica teatral en México. El crítico subraya su misión civilizadora como servidor del «buen gusto», tratando obras con una función ca-

---

59 Véase Henríquez Ureña, Pedro (1979): «El descontento y la promesa», en: id.: *Obras completas*, vol. 6, Santo Domingo, pp. 11-27, aquí p. 12: «El romanticismo nos abriría el camino de la verdad, nos enseñaría a completarnos.»

60 *El Iris*, vol. 2, pp. 54-56.

61 Ibid., p. 53.

62 Véase ibid., vol. 1, pp. 16, 24 y 26-31. Heredia se dedica al orientalismo en «Cuentos orientales (Del frances)» (en: *El Iris*, vol. 2, pp. 92-95) que recuerdan las *Lettres persanes* de Montesquieu. Véase también el poema en prosa «Traducción de un idilio persa», en: *El Iris*, vol. 2, pp. 69-70, así como «Ilustración (Del frances)», ibid., vol. 1, pp. 12-13. Un buen ejemplo para el tratamiento moderado de la melancolía romántica dan los «Versos para poner debajo de mi retrato enviado á mi madre», en: *El Iris*, vol. 2, p. 104.

63 Ibid., vol. 1, p. 30.

64 Ibid., vol. 1, p. 27; véase también vol. 2, p. 142.

tártica en su cualidad de «espejo de la vida» y «escuela de las costumbres». <sup>65</sup> En catorce artículos que se dirigen a «los amigos de las artes, y de la ilustración y moral pública», <sup>66</sup> el cubano critica a veces irónicamente la vida de teatro, de ópera y de concierto en la capital que sufre de una «falta de distracciones». <sup>67</sup> A veces son perceptibles analogías a la práctica costumbrista, cuando Heredia describe por ejemplo cómo debe hacer cola con «el lépero mas soez y asqueroso» <sup>68</sup> para comprar su entrada, o cuando narra de una manera expresiva de qué manera la «perversa ejecución» de los actores acabó en el *Pelayo* de Quintana con «los sentimientos independientes y libres que respiran en toda la tragedia». <sup>69</sup> También critica la representación de melodramas franceses en nombre de la «razón» y del «buen gusto». <sup>70</sup> Aun cuando por falta de un drama nacional se presentasen los clásicos españoles, a veces sin relación con la realidad mexicana, <sup>71</sup> los efectos de éstos no deberían ser aniquilados por los intermedios de «un par de gitanos ó de majos» cantando «coplas insulsas» o bailando el «españolísimo Bolero». <sup>72</sup>

En las críticas teatrales de Heredia se unen el compromiso civilizador y pedagógico con el patriotismo. Deja entrever su creencia en el desarrollo positivo de la independencia cultural mexicana, sobre todo cuando compara las condiciones favorables para la producción artística en México con las de España. <sup>73</sup> La distanciación del Otro y su rebajamiento así como la compensación verbal del déficit cultural favorecen una vez más la consolidación de la conciencia nacional. En este sentido también Linati se atreve

---

65 Ibid., vol. 1, p. 2. La tarea civilizadora del arte con el fin de servir a una «progresión de luces» está también en el centro de un artículo de Linati (vol. 1, pp. 9-11, aquí p. 11). Los episodios de «El error», traducidos del francés por Heredia, sirven de lección para probar que «el error y la ignorancia pueden tal vez hacer la felicidad aislada de un hombre; pero causan necesariamente la desgracia de las naciones.» Véase *El Iris*, vol. 2, p. 16.

66 Ibid., p. 7.

67 Ibid.

68 Ibid., p. 5.

69 Ibid., pp. 3-4; véase además vol. 1, pp. 102-107, aquí p. 106.

70 Heredia fue un adversario categórico del melodrama opuesto al ideal clásico del *prodesse*: «Valgaos el diablo por melodramas y comedias lloronas, ¿cuándo nos veremos libres de esta peste?», en: *El Iris*, vol. 2, p. 38. En otro artículo el neoclasicista polemiza contra «el tedio de los melodramas», ibid., p. 71. Con ocasión de la representación del melodrama *El mandadero ilustre* expresa su desacuerdo con «las impropiedades comunes á los dramas monstruosos de su clase», ibid., p. 52.

71 Con motivo de la representación de la tragedia *Sancho Ortiz de las Roelas*, Heredia critica con vehemencia la descripción de la obediencia absoluta al tirano. Ve la conciencia patriota ofendida por versos como: «No puede engañarse el rey: / el obedecerle es ley [...]», en: *El Iris*, vol. 2, p. 63.

72 *El Iris*, vol. 1, p. 90.

73 Ibid., vol. 2, p. 29.

a proclamar con optimismo: «La fama de que gozan aun los teatros de Europa, debe decaer dentro de muy poco tiempo.»<sup>74</sup>

### III. 4

#### LA BIOGRAFÍA CONTEMPORÁNEA

Ya fue posible llamar la atención al método de la estilización referencial de personajes distinguidos como contribución a la búsqueda colectiva de identidad. Según la «Introducción», los artículos publicados en *El Iris* querían promover los «sentimientos nobles y generosos de la juventud» así como el «amor sublime de la libertad, de la virtud y de la gloria» mediante la presentación de algunos «modelos de virtud y heroísmo».<sup>75</sup> Conforme a eso y en vista del trauma nacional resultante del riesgo de una reconquista española, el periódico dedica una contribución a Robert Fulton, el constructor norteamericano del primer navío de guerra impulsado por vapor y también inventor del torpedo. Otro artículo se dedica al italiano Vecelli que dirigió la fortificación de Veracruz. En consideración a los «rumores de invasión»<sup>76</sup> el Presidente Guadalupe Victoria está ensalzado naturalmente como garante de la Independencia.<sup>77</sup> Aunque domina la idealización patriota de Francisco de Miranda, el prócer de la Independencia al mismo tiempo está tratado por Heredia como modelo muy realista para la vida cotidiana. En cambio, *El Iris* estigmatiza o ridiculiza Carlos X y al «pèrfido Fernando septimo»,<sup>78</sup> la monarquía francesa<sup>79</sup> y el despotismo inmoderado de Napoleón.<sup>80</sup>

### III. 5

#### LA LITERATURA

La revista literaria quería informar a sus lectores sobre «los progresos y la marcha de las letras en Europa y en América».<sup>81</sup> Pero en realidad toma en

---

74 Ibid., vol. 1, p. 5.

75 Ibid., p. 3.

76 Ibid., pp. 121-122.

77 Una intención patriota y mobilizante posee también «Guerra» de Galli, ibid., pp. 122-124.

78 Ibid., vol. 2, p. 28; véase además vol. 1, pp. 68 y 15.

79 Ibid., vol. 1, pp. 68-70, y vol. 2, p. 9.

80 Ibid., vol. 1, pp. 64-68.

81 Ibid., p. 3.

cuenta la literatura hispanoamericana y mexicana nada más que excepcionalmente. Por eso se encuentra en *El Iris* solamente un artículo sobre las *Lecciones de filosofía* del cubano Félix Varela<sup>82</sup> y dos críticas de la poesía del mexicano Joaquín María de Castillo y Lanzas.<sup>83</sup> En las últimas Heredia reprocha al joven autor romántico dar demasiado curso libre a sus sentimientos e imitar a los modelos franceses.

Al mismo tiempo domina también en *El Iris* la mirada hacia Europa: como paradigmas sirven sobre todo los autores ingleses y franceses del pasado reciente o de la actualidad. Heredia aprovecha su artículo sobre Thomas Campbell para alabar la institución inglesa de una pensión anual pagada al autor por el Estado.<sup>84</sup> Los lectores de *El Iris* llegan a conocer la poesía sentimental y melancólica de Ossian, escrita por Macpherson,<sup>85</sup> las descripciones inglesas de viajes,<sup>86</sup> las obras de los franceses Chenier, Ducis, Salvandry, Denis y Lebrun,<sup>87</sup> así como las fábulas del ruso Kriloff.<sup>88</sup> Además *El Iris* recomienda a su público el *Werther* de Goethe como apogeo fulguroso de la literatura nacional alemana.<sup>89</sup>

La propaganda para las *Cuatro primeras discusiones del Congreso de Panamá tales como debieran ser*,<sup>90</sup> escritas por el italiano exilado Santangelo, causó sensación en la opinión pública mexicana. Esto lo prueba no solamente un «Comunicado»,<sup>91</sup> sino también el artículo «Tributo a la justicia»,<sup>92</sup> donde la revista toma la defensa de Santangelo. El italiano, que fue recibido como colaborador de Galli y Linati después de la separación de Heredia de *El Iris*, había criticado la actitud de México durante el congreso iniciado por Bolívar. De ahí resultó que sobre todo la *Gaceta del Gobierno*<sup>93</sup> le reprochara la intromisión en asuntos internos. Naturalmente los editores de *El Iris* tomaron en su propio interés la defensa de su redactor. El hecho de ser un extranjero no debería impedir a nadie emitir una opinión

82 Ibid., vol. 2, p. 28.

83 Ibid., pp. 81-85 y 202-203.

84 Ibid., pp. 33-36, aquí p. 34.

85 Ibid., vol. 1, pp. 47-48; vol. 2, pp. 166-168.

86 Ibid., vol. 1, pp. 85-88.

87 Ibid., pp. 97-99 y 132-133.

88 Ibid., vol. 2, pp. 51-52.

89 Ibid., p. 206.

90 Ibid., pp. 10-11.

91 Ibid., pp. 160-163.

92 Ibid., pp. 151-152.

93 Ibid., p. 151.

sobre la política mexicana.<sup>94</sup> En esta declaración se manifiesta un error fatal: Linati y Galli ignoraban que después de la Independencia la opinión pública mexicana todavía estaba tan sensibilizada con el trato de problemas nacionales, y su identidad tan frágil, que tenía que valorar aun la crítica bienintencionada de un «extranjero migrante» como una agresión. En cambio, el distanciamiento del extranjero y de sus defensores podía fortalecer la conciencia nacional. En efecto Santangelo, que insistía en sus posiciones, fue desterrado,<sup>95</sup> y por cierto no es una casualidad que el último número de *El Iris* se publicara solamente un mes después de la discusión pública sobre su redactor.

### III. 6

#### ANÉCDOTAS Y ENSAYOS SOBRE VARIAS MATERIAS

Las anécdotas y ensayos publicados en *El Iris* mezclan el propósito didáctico con la intención de divertir a los lectores. La gran variedad de temas se extiende desde el problema de fijar un salario correcto para el actor Prieto<sup>96</sup> o el establecimiento de un nuevo café<sup>97</sup> hasta la discusión del juicio humano<sup>98</sup> o la narración de episodios históricos.<sup>99</sup> Son presentados además apoteogmas,<sup>100</sup> cuentos<sup>101</sup> y una fábula<sup>102</sup> con intenciones moralizantes. Como en el caso de los críticos teatrales, tenían sobre todo el mérito de haber proporcionado algunos temas de conversación a sus lectores, contribuyendo de esta manera al desarrollo de una discusión pública sobre asuntos culturales.

### III. 7

#### LAS COSTUMBRES MEXICANAS

En contra de lo que se anuncia en la «Introducción», *El Iris* no presenta una columna especializada en este aspecto, sino que actúa en gran número

---

94 Ibid.

95 Véase Schneider, «'El Iris'», p. LII.

96 *El Iris*, vol. 1, p. 53.

97 Ibid., p. 80.

98 Ibid., vol. 2, pp. 121-125.

99 Ibid., vol. 1, pp. 107-108.

100 Ibid., vol. 2, pp. 213 y 221.

101 Ibid., pp. 127-128 y 212.

102 Ibid., pp. 186-187.

de contribuciones con la intención de «civilizar» las costumbres de los mexicanos. Basándose en el modelo europeo, los editores no sólo querían aumentar el nivel cultural de los «semibárbaros», sino que también se proponían contribuir a la formación de una conciencia política. El carácter de numerosos artículos está determinado por la misión pedagógica y civilizadora sobre todo de Linati y Galli, que percibían a la «sociedad anómala»<sup>103</sup> poscolonial como un laboratorio excelente para tentar la realización de los ideales republicanos e ilustrados. Los liceos organizados según el modelo francés tendrían que servir al bien común, contribuyendo mediante la educación civil a la sociabilidad y la moralización del mexicano.<sup>104</sup> Rousseau influyó en las concepciones educativas, cuando *El Iris*, casi un siglo antes de José Vasconcelos,<sup>105</sup> hizo hincapié en la necesidad de que los niños crecieran conforme a su naturaleza y a las exigencias específicas de su sexo.<sup>106</sup>

En el tratamiento de las costumbres mexicanas cabe, en un sentido más amplio, también la discusión de problemas supuestos en la vida cotidiana del «bello seco». Así *El Iris* informa sobre el método probado de limpiar perlas manchadas, haciendo «tragar á los pollos las perlas defectuosas y matarlos después, y sacárselas del buche».<sup>107</sup> No cabe duda de que las contribuciones sobre la moda femenina actual son más notables con respecto a la intención de promover el desarrollo de la identidad. Obrando en común con litografías realizadas en colores claros, las descripciones de los figurines a veces estilizadas poéticamente tendrían que vincular el grupo destinatario femenino a la revista.<sup>108</sup> Es notable que en uno de estos artículos *El Iris* no se orienta exclusivamente hacia el paradigma francés, sino también hacia lo propio: invita a sus lectoras alabadas por su belleza a diferenciarse de las españolas, «adoptando un traje mas análogo á la franqueza republicana, amiga de la luz, de la verdad, y de lo que es bueno».<sup>109</sup> Al menos en el dominio de la moda las mexicanas políticamente discriminadas conseguían así la posibilidad de señalarse como patriotas. Pero *El Iris* no era una

---

103 Ibid., p. 32.

104 Ibid., vol. 1, pp. 49-50 y 83; vol. 2, pp. 125-126, 165-166 y 175.

105 Véase Vasconcelos, José (1958): «Campaña contra el analfabetismo», en: id.: *Obras completas*, vol. 2, México: Libreros Mexicanos Unidos, pp. 787-793, aquí pp. 790ss.

106 *El Iris*, vol. 1, pp. 75-77; vol. 2, pp. 60-62, 77-80 y 165.

107 Ibid., vol. 2, p. 47.

108 Ibid. vol. 1, pp. 8, 8a, 54-55 y 56a; vol. 2, pp. 39, 40a y 177a.

109 Ibid., vol. 2, p. 88.



revista femenina: cuando la politización del periódico iba imponiéndose, los editores no lograban atraer nuevos lectores en la medida que la clientela femenina se estaba retirando.<sup>110</sup>

### III. 8

#### PIEZAS DE MÚSICA MODERNA

En su función de servidora de las artes, *El Iris* presenta en contra del aviso introductorio solamente una *Écossaise* como composición de la condesa de Beaufort, hoy en día caída en el olvido.<sup>111</sup> De todos modos este detalle también confirma la importancia paradigmática del modelo cultural francés. La indicación de Galli, que por obra de la música la mujer «acaba por ser la delicia de un esposo»,<sup>112</sup> es en este conjunto muy significativo con respecto a la imagen de la mujer en la sociedad de la época. El autor añade en su artículo:

«La disposición y la pasión a la Música», dice un sabio moderno, «son siempre proporcionales a la propensión a los dulces sentimientos del amor.»<sup>113</sup>

Parece que Galli quiso disipar las reservas de estos maridos que tenían una actitud crítica frente a *El Iris*. Además su afirmación del comportamiento conforme a los roles de ambos sexos contribuyó a la estabilización de la sociedad mexicana.

### III. 9

#### LOS DESCUBRIMIENTOS EN LAS ARTES Y CIENCIAS

Desde las perspectivas de la teoría de la identidad y de la ciencia del imaginario se destacan en este conjunto temático especialmente las informaciones con texto e ilustraciones sobre las excavaciones arqueológicas del arquitecto italiano Vecelli.<sup>114</sup> Pero al contrario de la reconstrucción abstracta e idealizadora del pasado mexicano en la poesía de Heredia, no se

---

110 Ibid., p. 32.

111 La misma obra fue publicada en los números 2 y 4.

112 *El Iris*, vol. 1, p. 32.

113 Ibid.

114 Ibid., pp. 20-22 y 24a.

trata, a la vista de los objetos reales, de evaluar la dimensión histórica de lo propio mexicano. Más bien importa, según Linati, estudiar,

por que motivos se halla en la copa núm. 2 la figura de la quimera de los chinos, en el sello núm. 3 claramente espresado el instrumento que usaba el *Pontífice* de los romanos para mezclar la sangre de las víctimas; en la copa núm. 1, y en los vasos núm. 4 y 5 las formas y colores de los Etruscos, mientras no se sabe, ni hay datos para creer que estos pueblos, antes de la conquista puedan haber tenido relaciones y heredado conocimientos de los europeos ni de los asiáticos.<sup>115</sup>

Las reflexiones especulativas y pseudocientíficas de Linati reflejan su etnocentrismo y sus prejuicios. La sorpresa de encontrar ornamentos «europeos» en los objetos arcaicos le impide reconocer las capacidades artísticas de los aztecas, promotores de una alta civilización autóctona.

Muy ostensiblemente se presenta en cambio la profesión mexicanista y americanista de los editores en los artículos sobre la actualidad política. Galli por ejemplo califica el continente europeo con respecto a la época después de 1814 como «masa informe», incapaz de haber aprendido algo de su pasado monárquico. Por eso los «países mas hermosos de la tierra» — una formulación traidora desde el punto de vista del autoestereotipo— estarían, a excepción de Inglaterra y Holanda, en vísperas de un porvenir calificado como «horroroso desierto».<sup>116</sup> Al mismo tiempo *El Iris* no se cansa de idealizar América como la antítesis de Europa y como el continente del futuro.<sup>117</sup> La comparación de lo propio mexicano con el Otro europeo tendría que fortalecer el apego dentro de la colectividad por la creación de un sentimiento de superioridad y por la elaboración de una visión optimista del futuro.

Con el fin de contribuir al desarrollo de México en el país modelo del liberalismo, Linati y Galli también querían revelar los problemas y advertir contra los riesgos a los que, en su opinión, la sociedad mexicana estaba sujeta. Debido a la politización de *El Iris*, causada por los artículos de los italianos, Heredia finalmente se vio obligado a separarse de la revista el 21 de junio de 1826.<sup>118</sup> Teniendo presente su dictamen que falta la solidaridad panamericana,<sup>119</sup> Galli y Linati señalan repetidas veces las amenazas ex-

115 Ibid., p. 22.

116 Ibid., pp. 39-42; véase además ibid., p. 23, y vol. 2, pp. 1-2, 41 y 70-71.

117 Ibid., vol. 1, pp. 6, 24, 39-42, 82-85; vol. 2, pp. 18, 42, 43 y 65.

118 Ibid., vol. 2, p. 113.

119 Ibid., pp. 67 y 73-75.

teriores a las que América está expuesta.<sup>120</sup> Hablan sobre todo del riesgo de una invasión española<sup>121</sup> y de la política de restauración de la Santa Liga,<sup>122</sup> pero también critican la falta de prevenciones defensivas<sup>123</sup> y el desmayo del compromiso político en el país,<sup>124</sup> la existencia de comportamientos antirrepublicanos y antiamericanos<sup>125</sup> así como algunos vicios mexicanos tales como la pasión por el juego.<sup>126</sup> Además el periódico ultraliberal, cuyos editores simpatizaban con los *yorquinos* progresistas, advierte, en atención a la situación inestable de la política interior, contra el riesgo del despotismo, exigiendo con insistencia la moralización de la política.<sup>127</sup> Un gran número de artículos, como los que se dirigen contra la supresión del estado mayor en el ejército nacional<sup>128</sup> o los que propagan el desarrollo de un estado capaz de defenderse contra enemigos externos e internos,<sup>129</sup> critican sin rodeos las tendencias de política interior.

La opinión pública reaccionó de una manera extremadamente negativa a la pretensión de los «recien llegados»<sup>130</sup> de comentar asuntos internos de la política mexicana. También la defensa de dos jóvenes condenados a muerte por asesinato de un cura perjudicó la reputación de la revista.<sup>131</sup> *El Iris* reaccionó a los ataques del *Águila Mexicana*, de la *Gaceta del Gobierno* y de *El Sol* con una andanada polémica,<sup>132</sup> subrayando la existencia de la libertad de prensa en México e insistiendo en la importancia de extranjeros dotados de una veracidad peculiar, que actúan como intermediarios al servicio de la verdadera civilización:

¿Quién mejor que el extranjero que viene á América, hablo de los que tienen luces, puede en resumidas cuentas hablar sobre asuntos políticos? Su superioridad en iguales circunstancias de génio es palpable. [...] Rico de aquellas nociones viene á este continente, y muy cortos deben ser sus alcances, si en un año de residencia, y viviendo en el foco de las intrigas diplomáticas [...] no

120 Ibid., vol. 1, p. 42; vol. 2, p. 11.

121 Ibid., vol. 1, pp. 121-124; vol. 2, pp. 75-77, 81-82, 130 y 141.

122 Ibid., vol. 2, pp. 8, 11, 18.

123 Ibid., vol. 1, pp. 105-108.

124 Ibid., vol. 2, pp. 11, 58-59.

125 Ibid., pp. 58-59.

126 Ibid., vol. 1, pp. 42-45.

127 Ibid., pp. 22-23.

128 Ibid., pp. 33-39, 57-58, 73-74, 81-82, 99, 128 y 135.

129 Ibid., vol. 2, pp. 49-51, 68-69, 88-89, 97-98, 134-136.

130 *El Águila*, núm. 332, en lo que se refiere Galli a su réplica. Véase *El Iris*, vol. 1, p. 57.

131 *El Iris*, vol. 2, pp. 137-140, 153-155.

132 Una vez más *El Iris* replica de una manera ofensiva una crítica en el núm. 22 del *Águila Mexicana*: «[...] creemos que el contestar á un articulista que pasa con tanta indiferencia desde las carnicerías y tabernas al gabinete literario, no es del resorte de nuestro periódico», en: *El Iris*, vol. 2, p. 53.

llega á formarse una idea distinta y completa del pais que ha venido á habitar. Ahora, pues, [...] el extranjero ilustrado en cierto modo aventaja los del pais, en escribir sobre asuntos de interes general [...].<sup>133</sup>

El sentimiento etnocéntrico y misionario de los europeos daba lugar a un desprecio del Otro, que debía parecer a los lectores de *El Iris* como una discriminación y una tutela. Puesto que los patriotas mexicanos por su parte estaban deseosos de sostener lo propio, se produjo un conflicto de intereses entre los autores extranjeros y su público. Los mexicanos cortaron las relaciones con los extranjeros: cancelaron sus suscripciones, resolviendo así el conflicto y creando una distancia que estabilizaba su sistema cultural. Al mismo tiempo recubrían con esta actitud ambivalencias y fricciones dentro de la construcción de la identidad mexicana.

Una nota de Galli, intitulada «Quejas»,<sup>134</sup> prueba que los editores se dieron cuenta del descenso del interés del público. Reaccionaron ante esto especialmente con la presentación de algunos artículos sobre temas científicos más inofensivos.<sup>135</sup> Como Linati y Galli no obstante rehusaban cambiar de un modo general el perfil político eurocéntrico de su periódico, esta medida tampoco pudo retardar el ocaso de *El Iris*. Los artículos detallados sobre «Potencias de segundo orden» en Europa, publicados en los últimos tres números, confirman el predominio del eurocentrismo, porque permiten solamente raras veces –como en el caso de la glorificación de la lucha por la libertad del pueblo griego<sup>136</sup>– establecer una relación con la actualidad mexicana.

## IV

### CONCLUSIÓN

*EL IRIS* COMO EJEMPLO DEL ENCUENTRO PROBLEMÁTICO CON EL OTRO ASÍ  
COMO DE LAS AMBIGÜIDADES DE LA BÚSQUEDA MEXICANA DE UN SER  
PROPIO

El análisis erróneo del interés y de las emociones del público mexicano por los editores de *El Iris* es significativo por lo lento y lo penoso que se desarrolla el proceso de acercamiento intercultural. Por su permanencia

---

<sup>133</sup> *El Iris*, vol. 2, pp. 155-156.

<sup>134</sup> *Ibid.*, p. 32.

<sup>135</sup> *Ibid.*, vol. 1, pp. 101; vol. 2, pp. 19-24, 145-146, 178-179, 189-192, 209-212, 215-216.

breve, su apostolado cultural y la interacción de auto- y heteroestereotipos, Linati, Galli y en una medida más limitada también Heredia percibían a México esencialmente como un país ajeno. Desde el punto de vista de los mexicanos en cambio, sus contribuciones en *El Iris* confirmaban su estado de extranjeros en el país. La imposibilidad fundamental de comprender la esencia de lo ajeno así como los mecanismos de la búsqueda de identidad individual y colectiva impedían de ambos lados el establecimiento de un diálogo que no sólo quisiera asimilar o hacer comprensible las diferencias culturales, sino que también soportase la disparidad entre el Yo y el Otro.

Por eso el destino trágico de *El Iris* fue contribuir esencialmente a la búsqueda de una identidad nacional sirviendo de blanco a los patriotas mexicanos que estaban deseosos de distanciarse del Otro en una época de inquietudes y tensiones sociales y políticas. El trato eminentemente nacionalista y emotivo que el público mexicano dio a los extranjeros delata la fragilidad de la construcción de la identidad nacional en la época posterior a la Independencia.<sup>137</sup> En contra de la convicción de Linati, el mundo todavía no se había transformado después de la Ilustración en «una patria común». <sup>138</sup> Así no es sorprendente que la despedida de los lectores mexicanos tenga que ver con el célebre juicio de Candide «il faut cultiver notre jardin»:

Los editores del *Iris* arrastrados cada uno por su estrella, puede que dejen el hermoso Anahuac por otros climas, ó truequen tal vez la pluma por el arado, abriendo el seno virgen de tierras que desde siglos ofrecen en vano sus frutos espontáneos.<sup>139</sup>

Si *El Iris* no podía presentarse en su contenido con un carácter bien definido, dado que muchos artículos presentan una antinomia sea México- o eurocéntrica, esto tal vez no es exclusivamente la culpa de los editores. A pesar de la calidad de extranjeros sobre todo de Linati y de Galli, las ambivalencias internas de la revista también pueden ser interpretadas como reflejo de las contradicciones del contexto político y cultural, si se tiene en cuenta la existencia de una comunicación interactiva entre los «extranjeros

---

136 Ibid., vol. 2, pp. 184-186.

137 Véase la crítica de Heredia: «Reina aquí un espíritu mezquino que llamaré *nacionalismo* que repugna reconocer talento ni virtud, ni reposa confianza alguna en quien no haya nacido mexicano [...]», citado en: Ruiz Castañeda, «Heredia», p. 27.

138 *El Iris*, vol. 2, p. 78.

139 Ibid., p. 214.

migrantes» y la sociedad de acogida. Por consiguiente las ambivalencias de *El Iris* corresponden parcialmente a la autodefinición problemática de una gran parte de sus clientes criollos que acentuaban la Independencia de México, imitando los sistemas políticos de Inglaterra, Francia y los EE.UU., que exigían la autonomía cultural, orientándose hacia el modelo del Viejo Mundo, y que se sentían como mexicanos, viviendo como europeos.

## Bibliografía

### Textos

- Bello, Andrés (1957): «Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile», en: id.: *Obras completas*, vol. 19, Caracas: Ministerio de Educación, pp. 153-173.
- Henríquez Ureña, Pedro (1979): «El descontento y la promesa», en: id.: *Obras completas*, vol. 6, Santo Domingo: Universidad Nacional, pp. 11-27.
- Henríquez Ureña, Pedro (1980): «Historia de la cultura en la América hispánica», en: id.: *Obras completas*, vol. 10, Santo Domingo: Universidad Nacional, pp. 325-448.
- Heredia, José M. (1990): *Niágara y otros textos: poesía y prosa selectas*, Caracas (Biblioteca Ayacucho; 147).
- [*El Iris*: Periódico crítico y literario, por Linati, Galli y Heredia (1986 / <sup>1</sup>1826), 2 vols., introducción por María del Carmen Ruiz Castañeda; «'El Iris': primera revista literaria del México Independiente» e índice por Luis M. Schneider, México: UNAM.
- Memorie parmensi per la storia del Risorgimento*, vol. 4: Claudio Linati (1790-1832), Parma 1935.
- Olmedo, José J. de (1960): *Poesía – Prosa*, Puebla: Cajica (Biblioteca Ecuatoriana Mínima; La Colonia y la República).
- Reyes, Alfonso (1955): «Un recuerdo del 'Diario de México'», en: id.: *Obras completas*, vol. 1, México: F.C.E., pp. 343-346.
- Rodó, José E. (1994): *Ariel*, edición y traducción de Ottmar Ette, Mainz.
- Vasconcelos, José (1958): «Campaña contra el analfabetismo», en: id.: *Obras completas*, vol. 2, México: Libreros Mexicanos Unidos, pp. 787-793.
- Zarco, Francisco (<sup>2</sup>1980 / <sup>1</sup>1851): «Discurso sobre el objeto de la literatura», en: id.: *Escritos literarios*, México: Editorial Porrúa, pp. 225-234.

### Estudios

- Augier, Ángel (1990): «Prólogo», en: Heredia, José M.: *Niágara y otros textos: poesía y prosa selectas*, Caracas (Biblioteca Ayacucho; 147), pp. IX-XXIX.
- Beierwaltes, Werner (1980): *Identität und Differenz*, Frankfurt am Main.
- Benoist, Jean-Marie (1980): «Facetten der Identität», en: id. (ed.): *Identität: Ein interdisziplinäres Seminar unter Leitung von Claude Lévi-Strauss*, Stuttgart, pp. 11-21.

- Benoist, Jean-Marie (ed.) (1980): *Identität: Ein interdisziplinäres Seminar unter Leitung von Claude Lévi-Strauss*, Stuttgart.
- Briesemeister, Dietrich (1988): «'Vorwärts': Porträt einer deutschen Auslandszeitung in Mexiko», en: Hölz, Karl (ed.): *Literarische Vermittlungen: Geschichte und Identität in der mexikanischen Literatur*, Tübingen, pp. 27-45.
- Carter, Boyd G. (1968): *Historia de la literatura hispanoamericana a través de sus revistas*, México.
- Cosío Villegas, Daniel et al. (<sup>2</sup>1995): *Historia mínima de México*, México.
- De Levita, David J. (1971): *Der Begriff der Identität*, Frankfurt am Main.
- Dorra, Raúl (1986): «Identidad y literatura: notas para un examen crítico», en: Yurkievich, Sául (ed.): *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura*, Madrid, pp. 47-55.
- Eisenstadt, Shmuel M. (1991): «Die Konstruktion nationaler Identitäten in vergleichender Perspektive», en: Giesen, Bernhard (ed.): *Nationale und kulturelle Identität: Studien zur Entwicklung des kollektiven Bewußtseins in der Neuzeit*, Frankfurt am Main, pp. 21-38.
- Erdheim, Mario (1988): *Psychoanalyse und Unbewußtheit in der Kultur*, Frankfurt am Main.
- Erikson, Erik H. (1959): «Identity and the Life Circle: Selected Papers», en: Klein, George S. (ed.): *Psychological Issues*, New York, pp. 18-171.
- Ette, Ottmar (1994): «Lateinamerika und Europa: Ein literarischer Dialog und seine Vorgeschichte», en: Rodó, José E.: *Ariel*, edición y traducción de Ottmar Ette, Mainz, pp. 9-58.
- Fernández Moreno, César (ed.) (<sup>2</sup>1974): *América Latina en su literatura*, México.
- Fischer, Manfred S. (1981): *Nationale 'Images' als Gegenstand vergleichender Literaturgeschichte: Untersuchungen zur Entstehung der komparatistischen Imagologie*, Bonn.
- Gerndt, Helge (1988): «Zur kulturwissenschaftlichen Stereotypforschung», en: id. (ed.): *Stereotypvorstellungen im Alltagsleben: Beiträge zum Themenkreis Fremdbilder – Selbstbilder – Identität*, München, pp. 9-12.
- Gerndt, Helge (ed.) (1988): *Stereotypvorstellungen im Alltagsleben: Beiträge zum Themenkreis Fremdbilder – Selbstbilder – Identität*, München.
- Giesen, Bernhard (ed.) (1991): *Nationale und kulturelle Identität: Studien zur Entwicklung des kollektiven Bewußtseins in der Neuzeit*, Frankfurt am Main.
- González Peña, Carlos (<sup>16</sup>1990): *Historia de la literatura mexicana: desde los orígenes hasta nuestros días*, México.
- Greimas, Algirdas J. / Courtés, Joseph (1979): *Sémiotique: dictionnaire raisonné de la théorie du langage*, Paris.
- Henrich, Dieter (1979): «'Identität': Begriffe, Probleme, Grenzen», en: Marquard, Odo / Stierle, Karlheinz (eds.): *Identität*, München (Poetik und Hermeneutik; 8), pp. 133-186.
- Hölz, Karl (ed.) (1988): *Literarische Vermittlungen: Geschichte und Identität in der mexikanischen Literatur*, Tübingen.
- Jacobson-Widding, Anita (1983): «Introduction», en: id. (ed.): *Identity: Personal and Socio-Cultural. A Symposium*, Uppsala, pp. 13-32.
- Jacobson-Widding, Anita (ed.) (1983): *Identity: Personal and Socio-Cultural. A Symposium*, Uppsala.

- Kersten, Walter (1989): «Die biologische Identität des Menschen», en: Köbller, Henning (ed.): *Identität*, Erlangen, pp. 23-33.
- Klein, George S. (ed.) (1959): *Psychological Issues*, New York.
- Köbller, Henning (1989): «Bildung und Identität», en: id. (ed.): *Identität*, Erlangen, pp. 51-65.
- Köbller, Henning (ed.) (1989): *Identität*, Erlangen.
- Krewer, Bernd (1992): *Kulturelle Identität und menschliche Selbsterforschung: Die Rolle von Kultur in der positiven und reflexiven Bestimmung des Menschen*, Saarbrücken/Fort Lauderdale.
- Lafaye, Jacques (1986): «¿Identidad literaria o alteridad cultural?», en: Yurkievich, Sául (ed.): *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura*, Madrid, pp. 21-27.
- Lévinas, Emmanuel (1972): *Humanisme de l'autre homme*, Montpellier.
- Lévinas, Emmanuel (1987): *Totalität und Unendlichkeit*, Freiburg/München.
- Lévi-Strauss, Claude (1961 / <sup>1</sup>1952): *Race et histoire*, Paris.
- Lévi-Strauss, Claude (1980): «Vorwort», en: Benoist, Jean-Marie (ed.): *Identität: Ein interdisziplinäres Seminar unter Leitung von Claude Lévi-Strauss*, Stuttgart, pp. 7-9.
- Lewin, Kurt (1983 / <sup>1</sup>1922): *Der Begriff der Genese in Physik, Biologie und Entwicklungsgeschichte*, en: id.: *Werke*, vol. 2, ed. por Carl-Friedrich Graumann, Bern/Stuttgart, pp. 47-318.
- Maccoby, Michael (1967): «On Mexican National Character», en: Martindale, Don A. (ed.): *National Character in the Perspective of Social Sciences*, Philadelphia, pp. 63-73.
- Marquard, Odo / Stierle, Karlheinz (eds.) (1979): *Identität*, München (Poetik und Hermeneutik; 8).
- Martindale, Don A. (ed.) (1967): *National Character in the Perspective of Social Sciences*, Philadelphia.
- Martínez, José L. (1955): *La emancipación literaria de México*, México.
- Martínez, José L. (1955): *La expresión nacional: letras mexicanas del siglo XIX*, México.
- Mora, Pablo (1995): «Revistas científicas y literarias (1826-1856): notas y revisión de fuentes», en: *Literatura mexicana* 6/1, pp. 57-82.
- Ochoa Campo, Moises (1968): *Reseña histórica del periodismo mexicano*, México.
- O'Gorman, Edmundo / Fernández, Justino (eds.) (1955): *Documentos para la historia de la litografía en México*, México.
- Ohle, Karlheinz (1978): *Das Ich und das Andere*, Stuttgart.
- Portuondo, José A. (<sup>2</sup>1974): «Literatura y sociedad», en: Moreno, César Fernández (ed.): *América Latina en su literatura*, México, pp. 391-405.
- Reed Torres, Luis (1974): «La prensa y la Guerra de Independencia», en: Ruiz Castañeda, María del Carmen / Reed Torres, Luis / Cordero y Torres, Enrique (eds.): *El periodismo en México: 450 años de historia*, México, pp. 95-113.
- Ruiz Castañeda, María del Carmen (1987): «Heredia, promotor del periodismo», en: *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* 29, pp. 23-33.
- Ruiz Castañeda, María del Carmen / Reed Torres, Luis / Cordero y Torres, Enrique (eds.) (1974): *El periodismo en México: 450 años de historia*, México.
- Schneider, Luis M. (1986): «'El Iris': primera revista literaria del México Independiente», en: *[El] Iris: Periódico crítico y literario, por Linati, Galli y Heredia*, 2



- vols., introducción por María del Carmen Ruiz Castañeda e índice por Luis M. Schneider, México: UNAM.
- Schütz, Alfred (1959 / <sup>1</sup>1932): «Grundzüge einer Theorie des Fremdverstehens», en: id.: *Der sinnhafte Aufbau der sozialen Welt*, Wien, pp. 106-155.
- Siebenmann, Gustav (1986): «Modelos de identidad y nueva novela», en: Yurkievich, Sául (ed.): *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura*, Madrid, pp. 28-35.
- Singer, Kurt (1949): «The Resolution of Conflict», en: *Social Research* 16, pp. 230-245.
- Sorokin, Pitrim A. (1969): *Society, Culture, and Personality*, New York.
- Todorov, Tzvetan (1986): «Le croisement des cultures», en: *Communications* 43, pp. 5-26.
- Yurkievich, Sául (ed.) (1986): *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura*, Madrid.



FERNÁNDEZ DE LIZARDI: *EL PERIQUILLO SARNIENTO* O ESCRITURA  
DIALOGADA ENTRE EUROPA Y LATINOAMÉRICA

En su conocido ensayo sobre la formación de la novela hispanoamericana, el uruguayo crítico y teórico de la literatura Ángel Rama, ha defendido la tesis de que la novela de Fernández de Lizardi *El Periquillo Sarniento* está impregnada de una estructura «arcaica» típica de esa época:

El pícaro que inventa Lizardi no es sólo un arcaísmo temático, sino también formal. Restaura la originaria condición de la novela como arma de combate para destruir un orden establecido, apelando a la clásica argucia (única por lo demás que ese orden fue capaz de admitir) del hablar irresponsable del marginado social: el desheredado o el loco, Lázaro o Quijote.<sup>1</sup>

Con estas afirmaciones, según Rama, quedarían establecidas las coordenadas que adjudican a la novela en Latinoamérica un estatus y rango secundarios. La lírica y el ensayo son –siguiendo su argumentación– no sólo los géneros preferidos sino también las formas «penetrantes» de género que durante los dos siglos anteriores se desarrollaron en la América de habla española. Teniendo presente lo que a menudo Rama ha escrito sobre el éxito de los autores y las novelas del llamado *Boom*, esta tesis contiene elementos más confusos que aclaratorios a pesar de que viene corroborada por estudios literarios y sociológicos:

A partir de este arranque la novela latinoamericana no hará sino rehacer una historia conocida: la que cuenta las vicisitudes de la estrecha relación de un género con una clase social, que es a comienzos del XIX la burguesía mercantil y funcionarial que ha de ser arrasada por la tormenta revolucionaria y por la posterior conmoción social pero a la que ha de caber, por una serie de sucesos casi azarosos, la conducción de los nuevos países independientes y la sujeción a las normas de inmensas poblaciones heterogéneas que tardará más de medio siglo en embridar.<sup>2</sup>

El reproche de arcaísmo –aclara la argumentación del teórico de la historia y literato uruguayo– pesa de una forma especial sobre la primera novela de

---

1 Rama, Ángel (1986): «La formación de la novela latinoamericana», en: id.: *La novela en América Latina: panoramas 1920-1980*, Montevideo, p. 21.

2 Ibid.

Fernández de Lizardi, que fue publicada primeramente de forma incompleta en 1816. Como es sabido, este libro clave puede ser considerado como la primera obra literaria escrita por un latinoamericano en Latinoamérica. Así pues, la unión entre el desarrollo de la novela y el desarrollo sociopolítico de las naciones latinoamericanas es presentado por Rama como la modelación narrativa del pecado original: el culpable entramado entre la novela latinoamericana y los fines e intenciones de una única clase social, que ha aceptado, como portavoz para sus exigencias, sólo la figura del pícaro español, del desheredado o el loco. La novela y la nación parecen afectadas *ab initio* en Latinoamérica por el mismo virus: por el virus de su funcionalización a través de las normas y valores de la incipiente (y floreciente) burguesía.

Es atrayente, a partir de una probada simultaneidad relativa, conectar en el continente latinoamericano la modelación literaria con la política, e incluso equiparar la creación de la novela y la formación de la nación. Esto puede verse, por ejemplo en Rama, de una forma negativa, pero también puede suceder positivamente como con Noël Salomon, que define en un trabajo frecuentemente citado la novela de Fernández de Lizardi como «la novela de la independencia mexicana».<sup>3</sup> En ambos casos no sería contingente el relativo paralelismo de los sucesos, sino que sería epistemológicamente eficaz localizarlo en el mismo contexto en el que se genera. Si siguiéramos estas reflexiones podríamos interpretar el arcaísmo del que habla Rama, temática y formalmente, como una paradoja (al mismo tiempo aporía) para hacerla fértil en la historia evolutiva de la novela en Latinoamérica. Pues ¿qué sería más contemporáneo y más actual dentro de la sociedad de Nueva España, anacrónicamente arraigada en el sistema español colonial, que justamente esa figura del pícaro heredada de España? La novela picaresca, marcada a fuego como anacrónica –pero cuyo efecto crítico y su potencia estética siguen vivos tanto en América como en Europa–, se confirmaría así como la forma capaz de dar la respuesta literaria más convincente a la situación específica de la Nueva España al final de su larga historia colonial. Y, efectivamente, debe entenderse dentro de los nuevos contextos sociales, políticos e históricos, *El Periquillo Sarniento*, –hasta cierto punto podemos anticipar un poco lo que vamos a decir más tarde–

---

3 Salomon, Noël (1965): «La crítica del sistema colonial de la Nueva España en 'El Periquillo Sarniento'», en: *Cuadernos Americanos* 21/138, p. 179.

como una forma literaria resemantizada y refuncionalizada por la cual el Viejo y el Nuevo Mundo se enlazan en un mutuo diálogo creativo. Visto desde esta perspectiva, la relación entre *novela* y *nación* no sería ni un enredo a castigar ni una laudable liberación y emancipación prometedora. Se mostraría más bien como un elemento dinámico y dinamizador, que sin duda alguna, se podría entender como constitutivo del género, sin entender, sin embargo, los espacios diferentemente modelados de la expresión literaria y de génesis nacional como aspectos análogos estructurados del mismo proceso histórico, y sin vincular esos diferentes campos de forma directa e inmediatez. Esto nos permitiría recuperar la apertura de la construcción de la novela de Lizardi hacia el futuro y entender el género específico narrativo, tanto de la novela picaresca como de la utopía utilizadas por Lizardi, como relaciones entrelazadas de una escritura dialogada que no se debería malinterpretar como «arcaica» ni como anacrónica.

Con la ayuda de estas reflexiones podríamos liberar también nuestra lectura de un segundo reproche que está pesando hasta hoy sobre la recepción histórica de *El Periquillo Sarniento* de Fernández de Lizardi, según el cual este texto contiene una estructura monológica y dogmática. La prueba más drástica para esta crítica todavía existente tal vez nos la haya dado el crítico mexicano Carlos González Peña, que en 1910 no vaciló en calificar en el contexto intelectual del *Ateneo* —e irónicamente teniendo como telón de fondo la nueva revolución que se estaba preparando en México— la novela de Fernández de Lizardi como «el más abominable sermón de que las letras nacionales tienen memoria».<sup>4</sup> Sin duda alguna, son las numerosas y discursivas inserciones y digresiones y no tanto la figura en sí del pícaro (como Rama opinaba) las que todavía ponen trabas para una recepción adecuada. Deberíamos prevenirnos de equiparar moralización con monologuización y la compleja estructura de esta novela con la de un sermón. El siguiente análisis tratará de demostrar de qué sutil y compleja manera están entrelazadas las estructuras dialogadas en el texto de Fernández de Lizardi y hasta qué punto un estudio de los diálogos subyacentes nos posibilitará la aclaración de estas estructuraciones que ponen de relieve las significaciones históricas y estéticas de esta primera novela del escritor mexicano —

---

4 González Peña, Carlos (1910): «El 'Pensador Mexicano' y su tiempo», en: *Conferencias del Ateneo de la juventud*, México, p. 102; citado por Skirius, John (1982): «Fernández de Lizardi y Cervantes», en: *Nueva Revista de Filología Hispánica* 31/2, p. 259.

más allá de los reproches que aún pesan sobre este texto fundador. De esta manera no sólo me refiero al valor que tiene *El Periquillo Sarniento* como documento histórico social, pues sin duda esta novela es una ventana en el tiempo, una «ventana abierta hacia el pasado».<sup>5</sup> Sin embargo, no deberíamos olvidar –en el sentido de Derrida<sup>6</sup>– el elaborado marco artístico en el que se configura el espacio de esta «primera novela propiamente hispano-americana».<sup>7</sup>

## I

### EL ESPACIO PARATEXTUAL EXTERNO

El reproche de monologización en forma de sermón y su carácter demasiado moralizante han animado a los bienintencionados editores y los han estimulado a diferentes «soluciones». Un ejemplo de esto –si se prescinde de las ediciones abreviadas– es una edición mexicana de 1942, que intentaba facilitar a sus lectores una lectura rápida de *El Periquillo Sarniento* presentando en cursiva todos aquellos pasajes que se podían ordenar bajo la rúbrica de «digresión».<sup>8</sup> O todavía (más radical y pragmática) aquella edición en inglés que aparecería ese mismo año (1942) y que creía poder renunciar a tales accesorios y limitarse a la presunta «esencia».<sup>9</sup> Tal forma de proceder se da también dentro de la historia de las ediciones y traducciones de la novela picaresca europea. El propio Alain-René Lesage en su nueva traducción del *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán borró sin vacilar aquellos pasajes que consideró de moralidad superflua («moralités superflues»)<sup>10</sup>.

No mejor suerte corrieron los numerosos paratextos que Fernández de Lizardi añadió a su novela en forma de prólogos, dedicatorias, anotaciones, epígrafes, advertencias o intermedios editoriales, que fueron también dejados de lado en un gran número de ediciones por una «evidente» falta de espacio. La omisión de estos elementos textuales ocasiona un acceso total-

5 Ibid., p. 258.

6 Derrida, Jacques (1978): *La vérité en peinture*, Paris.

7 Íñigo Madrigal, Luis (1987): «José Joaquín Fernández de Lizardi», en: id. (ed.): *Historia de la literatura hispanoamericana*, vol. 2: *Del Neoclasicismo al Modernismo*, Madrid, p.143.

8 Véase Vogeley, Nancy (1987): «Defining the 'Colonial Reader': 'El Periquillo Sarniento'», en: *Publications of the Modern Language Association of America* 102/5, p. 798.

9 Véase Skirius, «Fernández de Lizardi y Cervantes», p. 258.

10 Véase también la bella introducción de Micó, José M. (1994): «Introducción», en: Alemán, Mateo: *Guzmán de Alfarache*, vol.1, Madrid: Cátedra, p. 40.

mente modificado de los lectores a la novela completa y borra las huellas de un trabajo sutil en el texto, el cual no sólo es de gran importancia para el extenso campo de la investigación de los modos de obrar literarios, conscientemente empleados por Fernández de Lizardi, sino también para la problemática aquí analizada de la relación entre *novela* y *nación* en el campo de tensión de las relaciones literarias hispanoamericanas y europeas.

La proliferación de elementos paratextuales es una característica sobresaliente de esta primera novela de Fernández de Lizardi. Esto concierne principalmente a los prólogos que están agregados de forma múltiple a nuestra novela. Se presenta este texto con un «Prólogo, dedicatoria y advertencia a los lectores», seguido de un «Prólogo de Periquillo Sarniento», y de unas «Advertencias generales a los lectores». Además, se reivindica de nuevo la demanda de atención del lector en el desarrollo de la novela con un «Prólogo en traje de cuento», así como unas adicionales «Notas del Pensador». Los lectores son directamente abordados ya al principio del primer prólogo, que se presenta en forma de carta como, «Señores míos». Una referencia que en la historia del género vincula al anónimo *Lazarillo de Tormes* con *El Periquillo Sarniento*, como lo hace también el elemento paratextual del título diminutivo (*Lazarillo* / *Periquillo*).

Las primeras señalizaciones paratextuales remiten ya, como vemos, a la tradición del género español, incluyendo sus continuidades y variaciones de escritura autobiográfica mediante el epígrafe (paratextual) de Torres Villarroel, que sirve para la obra entera. Sin embargo, la forma de dirigirse a los lectores es bastante diferente del tratamiento del *Lazarillo* dirigiéndose a «Vuestra Merced», figura enigmática que siempre ha provocado interés y curiosidad entre los investigadores del *Lazarillo de Tormes*.<sup>11</sup> Este modelo de escritura por encargo de una elevada personalidad, se transgrede ya desde (y entre) las primeras líneas de este prólogo —no en vano este breve texto reúne las funciones de «prólogo», «dedicatoria» y «advertencias»:

SEÑORES MIOS: Una de las cosas que me presentaba dificultad para dar a luz la VIDA DE PERIQUILLO SARNIENTO era elegir persona a quien dedicársela, porque yo he visto infinidad de obras, de poco y mucho mérito, adornadas con sus dedicatorias al principio.<sup>12</sup>

11 Como ejemplo de esta cuestión muy debatida, véase el estudio de Abrams, Frank (1966-67): «To Whom was the Anonymous 'Lazarillo de Tormes' dedicated?», en: *Romance Notes* 8, pp. 273-277.

12 Fernández de Lizardi, José J. (1970): *El Periquillo Sarniento*, prólogo de Jefferson R. Spell, México: Editorial Porrúa, p. 1.

Ya desde el principio del texto *El Periquillo Sarniento* diverge de las normas y evidencias del sistema literario entonces vigente. En lugar de la dedicatoria aparecen reflexiones sobre el uso de la dedicatoria. En lugar de una directa comunicación y alocución al comitente y al mecenas respectivamente, aparece a continuación una conversación con un amigo, más exactamente, un diálogo con un amigo que se sitúa *dentro* de la situación comunicativa iniciada por la fórmula de apertura escrita. De este modo, consigue Fernández de Lizardi dar al paratexto, desde el principio, una estructura que se puede describir como un entretejido de diferentes situaciones y niveles comunicativos y que se remonta tanto a las formas de expresión oral como a las de expresión escrita y lo hace utilizando el tratamiento directo, el diálogo, que desde el principio sirve para presentar una idea en su desenvolvimiento comunicativo.

No obstante, la idea de tematizar en el prólogo el difícil «parto» divergiendo de las reglas literarias establecidas, es más profunda y compleja de lo que a primera vista pudiera parecer, pues el juego de pregunta y respuesta con el amigo intercala, en el acto, la condición material del sistema literario, la situación social del escritor, los costes de imprenta y las posibilidades de distribución, y, sobre todo, la dificultad individual que afecta a las actividades literarias de todos los que escriben en América, es decir, la problemática de encontrar destinatarios para la propia obra. Ningún espacio nacional literario, ningún mecenas, ningún «Vuestra Merced» es interlocutor en este diálogo, sino que se trata de un destinatario colectivo, aquellos «Señores míos» pertenecen al espacio español colonial y no al de la metrópoli. El espacio paratextual da una expresión concreta a esta específica situación colonial (si es que no a una inminente situación poscolonial):

Sí, amigo –le dije– y ésta es una de las trabas más formidables que han tenido y tendrán los talentos americanos para no lucir, como debieran, en el teatro literario. Los grandes costos que tiene en el reino que lastarse en la impresión de las obras abultadas retraen a muchos de emprenderlas, considerando lo expuestos que están no sólo a no lograr el premio de sus fatigas, sino tal vez a perder hasta su dinero, quedándose inéditas en los estantes muchas preciosidades que darían provecho al público y honor a sus autores. Esta desgracia hace que no haya exportación de ninguna obra impresa aquí [...].<sup>13</sup>

Podemos ahorrarnos en lo que sigue de este pasaje el pormenorizado cálculo de los costes de la producción, embarque y venta de la obra. Es decir,



para el potencial comprador en España saldría el libro, en todos los casos, demasiado caro. Para el que escribe en América, el público español, el principal «teatro literario» es prácticamente inalcanzable. De esto se desprenden, como el prólogo insinúa, dos posibilidades: o bien el silencio, a causa del alto riesgo financiero, o bien la apertura a nuevos estratos de lectores en el ámbito de las (antiguas) colonias españolas. De esta forma se remite el escritor hispanoamericano a su público de América. *El Periquillo Sarniento* lleva las huellas de esa decisión y hace de ello consciente al lector: el lector virtual de la novela (y a corto plazo, único lector directamente alcanzable) vive en la América española. Quien quiera llegar a este lector debe dirigirse a él.

Un análisis de la novela pone de manifiesto que es para este lector implícito para el que se traducen muchos latinismos, pero no los numerosos mexicanismos.<sup>14</sup> Que sea éste el lector real, al que se dirige el autor real, Fernández de Lizardi con una tirada de aproximadamente 500 ejemplares, es una hipótesis que sólo podría comprobarse mediante un estudio de recepción y sociología del lector. Sin embargo, la estrategia de Fernández de Lizardi tuvo éxito, porque él, que se definía al final de su vida como «escritor público»,<sup>15</sup> puede probablemente pasar por el primer escritor profesional no solamente de Nueva España, sino de la literatura hispanoamericana en su conjunto.

Así no asombra que el tema del dinero, que suele aparecer dentro de la novela picaresca en una posición central no sólo esté introducido en el nivel de la *histoire* sino que aparezca ya en la situación del diálogo puesta en escena paratextualmente. Con la ayuda de este artificio se pone en relación la situación económica, constantemente insegura del pícaro, con la del escritor que, como el protagonista de la novela picaresca, está continuamente a la búsqueda de su puesto en la sociedad. La problemática del escritor profesional convierte así el paratexto en un componente de aquel «teatro literario», que en la América española estaba todavía por crearse. En el diálogo de los amigos se nos presenta una literatura que busca sus receptores,

13 Ibid., p. 2.

14 Véase también Cros, Edmond (1992): «Estructura testamentaria y discurso reformista en el 'Periquillo Sarniento': México, principios del siglo XIX», en: id.: *Ideosemas y Morfogénesis del Texto: literaturas española e hispanoamericana*, Frankfurt am Main, p. 124.

15 Véase con más detalles Franco, Jean (1983): «La heterogeneidad peligrosa: escritura y control social en vísperas de la Independencia mexicana», en: *Hispanérica* (Gaithersburg) 22/34-35, especialmente pp. 12ss.

su propio espacio. En este punto, la situación comunicativa interna y la situación comunicativa externa del paratexto están unidas; al mismo tiempo, la situación comunicativa interna está, en su modelación textual interna, ajustada a la situación comunicativa textual externa, «real». Un texto busca a sus lectores. Sin embargo, no se trata de cualquier texto ni de cualquier lector. Ya las dos primeras páginas de *El Periquillo Sarniento* muestran que esta primera novela, redactada por un hispanoamericano en Hispanoamérica, es un producto cultural que en el mercado de las mercancías simbólicas se dirige hacia un lector de Hispanoamérica y entra en competencia con otros productos de imprenta de diversa procedencia y con otros productos culturales y artículos de lujo.<sup>16</sup> Como publicista y editor del *Pensador Mexicano*, Fernández de Lizardi había probado previamente no sólo las posibilidades, sino también los límites de aquel espacio discursivo que por poco tiempo se había extendido también por las colonias españolas de América como consecuencia de la Constitución de Cádiz.<sup>17</sup> El haber pasado varios meses en la cárcel había mostrado a Fernández de Lizardi de qué forma se sabían defender los representantes del Estado y la Iglesia contra los ataques directos, y cómo éstos tenían que temer semejantes ataques, al haberse formado un público para las publicaciones periodísticas el cual tenía una posición abierta respecto a opiniones críticas frente a la sociedad. El paso de una escritura de forma predominantemente *diccional* a una de forma preferentemente *ficcional*, del que *El Periquillo Sarniento* es representativo, es una prueba más de las oportunidades y de la productividad del precario mercado de la producción de imprenta. La situación es paradójica: casi parecería como si una novela tuviera que crear su mismo mercado y hacer de ello tema de su propia creación.

Sin embargo, ni la novela ni el público al que se dirige son *creatio ex nihilo*. Desde finales del siglo XVIII existían publicaciones periódicas que habían creado, en distintos espacios urbanos del reino español colonial de América un círculo de lectores propio, aunque todavía reducido, que constituyó la base para la formación de un mercado literario nacional dentro de

16 En conversación con el amigo son nombrados, por ejemplo, los enormes gastos de los nobles en coches de caballos, bailes, para juegos de azar y otras distracciones. Véase Lizardi, *El Periquillo*, p. 2.

17 Véase además las reflexiones de Mora Escalante, Sonia M. (1993-94): «Le picaresque dans la construction du roman hispano-américain: le cas du 'Periquillo'», en: *Etudes littéraires* (Québec) 26/3, p. 85.

las colonias.<sup>18</sup> También en Nueva España se había configurado un espacio público, aunque precario, para publicaciones periódicas (con sus lectores), como el que después de las tempranas revistas de la segunda mitad del siglo XVIII —especialmente el *Diario de México*— se usaría y desarrollaría a mitad del siglo XIX. A este círculo de lectores Fernández de Lizardi se sabe unido. Y a él señala también mediante la mención del *Pensador Mexicano*, tanto paratextualmente como dentro de la novela. A este público que se halla delante de las puertas de la tradicional «ciudad letrada» del Virreinato,<sup>19</sup> sería al que se podría dirigir directamente.<sup>20</sup> Esto indica ya el título originario de la obra: *Vida de Periquillo Sarniento, escrita por él para sus hijos, y publicada para los que la quieran leer, por D.J.F. de L. autor del periódico titulado 'El Pensador Mexicano'*. En el mercado novohispano de productos literarios que se hallaba en forma embrionaria, sólo podía esperar llegar a un público determinado, especialmente dentro del círculo de lectores criollos, a través de la fama de su nombre como editor de *El Pensador Mexicano*, fundado después del relajamiento de las normas de censura en 1812. De forma análoga a la doble situación comunicativa del primer prólogo, también viene indicada por el título originario una comunicación a dos niveles diferentes: uno interior al texto, entre Periquillo Sarniento y sus hijos; otro exterior al texto, entre aquellos lectores anónimos que deberían leer este libro y el autor del *Pensador Mexicano* que inmediatamente pone la novela en relación con la producción periodística de Fernández de Lizardi. El objetivo del autor novohispano es, por consiguiente, convencer al mayor número posible de lectores para que lean su libro y, más todavía, para que adquieran la novela que se publicó por entregas. Este hecho constituye una función esencial de la dotación paratextual de *El Periquillo Sarniento* que no se debe pasar por alto.

Es impresionante ver cómo esta agudizada conciencia de las condiciones del propio pensar, escribir y publicar en Nueva España, integra al mismo tiempo esta escritura en el campo de tensión europeo-americano. España, inalcanzable para publicaciones de imprentas novohispanas y que monopoliza la importación de libros para el espacio colonial español, contrasta con una América hispanohablante cuyas capacidades no se pueden

18 Una estrecha interrelación de estos diferentes espacios nacionales sólo se produce hacia finales del siglo XIX, especialmente, en y a través de las revistas de los modernistas hispanoamericanos.

19 Véase Rama, Ángel (1984): *La ciudad letrada*, Hanover, p. 59.

20 Véase también Vogetley, «Defining the 'Colonial Reader'», p. 792.

desarrollar. Sin embargo, es dentro de este campo de tensión español-hispanoamericano donde tiene que moverse el escribir en América. De este modo se aclara la unidad más grande dentro de la cual actúan las figuras que aparecen en el prólogo: el yo, el amigo y el público al que se dirige la palabra, es decir, la América (hispanohablante). De esta manera, viene esbozado, dentro de esta «primera franca novela latinoamericana»,<sup>21</sup> también el espacio hispanoamericano como espacio propio de la lectura y de la escritura.

A causa de la falta de medios financieros y de un precario valor de su capital simbólico en un embrionario mercado literario para producciones propias, es decir americanas, la situación económica del escritor profesional está constantemente en peligro. Esto se pone de manifiesto en el diálogo con el amigo:

¡Ay, hermano de mi alma! Tú me has dado un desengaño, pero al mismo tiempo una gran pesadumbre. Sí, tú me has abierto los ojos estrellándome en ellos una porción de verdades que por desgracia son irrefragables; y lo peor es que todo ello para en que yo pierdo mi trabajo; pues aunque soy limitado y, por lo mismo, de mis tareas no se puede esperar ninguna cosa sublime, sino bastante humilde y trivial, créeme, esta obrita me ha costado algún trabajo, y tanto más cuanto que soy un *chambón* y la he trabajado sin herramienta.<sup>22</sup>

Aunque el narrador se retrata en este pasaje como poco docto e incapaz de realizar cosas sublimes –características estas de un autor literario, como las describe también el autorretrato al final de la novela– reclama, no obstante, una recompensa por sus esfuerzos. El valor puesto aquí en el centro, y que la sociedad tendría que retribuir, es justamente para el *chambón* (que se puede definir como un autodidacta con conocimientos limitados) y es el valor de su trabajo, ligado a la ambición por la mejora de la sociedad. El trabajo es ese valor que en el nivel de la *histoire* y en el de comentarios y digresiones está continuamente en escena. Él es en principio el que tendría que orientar una sociedad futura mejor. El trabajo del escritor reemplaza a los cumplidos y a las ovaciones dentro de una sociedad estamental que apoya al autor solamente a través del mecenazgo.

21 Rama, *La ciudad letrada*, p. 59. Para la posición de la novela en el marco de sus obras, véase Meyer-Minnemann, Klaus (1994): «Apropiaciones de realidad en las novelas de José Joaquín Fernández de Lizardi», en: Dill, Hans-Otto / Gründler, Carola / Gunia, Inke / Meyer-Minnemann, Klaus (eds.): *Apropiaciones de realidad en la novela hispanoamericana de los siglos XIX y XX*, Frankfurt am Main/Madrid, pp. 47-61.

22 Lizardi, *El Periquillo*, p. 3.

¿En qué consiste pues el trabajo del escritor? La dedicatoria de la obra a un público que no es ilustre, sino variado y abigarrado —una dedicatoria que de vez en cuando insulta al público<sup>23</sup>— nos da una primera respuesta. Este trabajo consiste ante todo en la búsqueda de un nuevo público y en el intento de conducir a ese nuevo público a la propia escritura, a la literatura, y de envolverlo en ella comprometiendo al lector y al autor mutuamente —aunque sea solamente en el nivel de la ficción.

Muy bien sé que descendéis de un ingrato, y que tenéis relaciones de parentesco con los Caínes fraticidas, con los idólatras Nabucos, con las prostitutas Dalilas, con los sacrílegos Baltasares, con los malditos canes, con los traidores Judas, con los pérfidos Sinones, con los cacos ladrones, con los herejes Arrios, y con una multitud de pícaros y pícaras que han vivido y aún viven en el mismo mundo que nosotros.

Sé que acaso seréis, algunos, plebeyos, indios, mulatos, negros, viciosos, tontos y majaderos.

Pero no me toca acordaros nada de esto, cuando trato de captar vuestra benevolencia y afición a la obra que os dedico [...].<sup>24</sup>

En el contexto de una sociedad en la cual había sólo una pequeña minoría alfabetizada, este retrato del público no debe —como evidentemente siempre ocurría— ser tomado literalmente ni identificado con el público real, al que llegó Fernández de Lizardi. Sin embargo, todos estos pillos, indios, negros y mulatos viven justamente en ese mundo en el que aparece el «nosotros», el narrador. Éste pasa de la primera persona del singular al plural y acaba firmando con «El pensador». Desde esta perspectiva podría ser que se perfile un público lector venidero; el público real o solamente virtual no representa de ninguna manera a aquellos a los que aquí está dirigida la palabra. El «nosotros» se dirige a un estrato social alfabetizado y urbano-criollo que desde finales del siglo XVIII se convierte en el portador de la Ilustración novohispana. Se trata de un nuevo público lector que se ha formado fuera de la «ciudad letrada» y cuyos mecanismos están consa-

---

23 Tanto el insulto al público como el aparato paratextual se encuentran en una relación dialogada con los extensos paratextos del *Guzmán de Alfarache*, que, según las costumbres del tiempo, no sólo incluían dedicatoria y elogio sino también un *vilipendio del vulgo*. De forma ingeniosa, Fernández de Lizardi ha unido las funciones de las dedicatorias y alocuciones a un mecenas, al pueblo bajo y al *discreto lector*, que en Mateo Alemán estaban separadas y al mismo tiempo ha reservado al pueblo bajo y al público en general tanto la dedicatoria como la orientación del lector. Esta recontextualización y resemantización de formas de escritura convencionales remiten a una escritura dialogada consciente de la necesidad de una apropiación lúdica y de una traducción intercultural.

24 Lizardi, *El Periquillo*, pp. 3-4.

grados fuera de las aulas y de los auditorios.<sup>25</sup> La diversidad de regionalismos y características idiomáticas, tanto raciales como sociales, que encontraron lugar en *El Periquillo Sarniento* no debe hacernos perder de vista que hay un nivel de lenguaje y de estilo común al autor y al lector virtual. No se trata aquí ni del lenguaje de la élite cultural (de la tradicional «ciudad letrada») ni del de aquel semimundo urbano. Así lo declara el ficticio editor «Lizardi» teniendo presente el nivel estilístico de Pedro Sarmiento:

Escribió su vida en un estilo ni rastrero ni finchado; huye de hacer del sabio, usa un estilo casero y familiar, que es el que usamos todos comúnmente y con el que nos entendemos y damos a entender con más facilidad.<sup>26</sup>

El aludido «nosotros» de este pasaje une al ficticio autor con el ficticio editor y con el lector virtual. Introduce de esta forma un colectivo lingüístico basado en una comunidad lingüística que pone su punto de mira en una comunicación y comprensión directa, y lo menos mediatizada posible. Mientras que en la variedad de los idiomas utilizados en la novela se esbozan los contornos de una nación virtual, corresponde a la comunidad lingüística de autores, editores y lectores un papel central para la comunicación (y el liderazgo) de este espacio nacional. Al mismo tiempo, este estrato social forma el núcleo de una comunidad lectora, a la que esta obra quizás no llegue, pero a la que de todos modos está dedicada. Del «gusto» de estos compradores dependen «los autores, impresores, papeleros, comerciantes, encuadernadores y demás dependientes».<sup>27</sup> Se vislumbran así los perfiles de un nuevo sistema literario con nuevas instancias de consagración. *El Periquillo Sarniento* confirma con su existencia material el nacimiento de este nuevo espacio.

## II

### EL ESPACIO PARATEXTUAL INTERNO

En el «Prólogo de Periquillo Sarniento», que sigue a este primer prólogo, pasamos del nivel paratextual *externo* al nivel paratextual *interno*. La doble situación comunicativa, anunciada ya en el título original de la novela, se cumple aquí al ser la misma figura del Periquillo Sarniento la que toma

---

25 Véase también Franco, «La heterogeneidad peligrosa», p. 13.

26 Lizardi, *El Periquillo*, p. 463.

27 Ibid., p. 4.

la palabra y la que se dirige a sus inminentes y no inminentes lectores. Esta situación comunicativa está, por otro lado, dividida en dos partes al referirse explícitamente a dos destinatarios diferentes: por un lado, la alocución directa del padre a sus hijos, por otro, el tratamiento directo de los lectores que podrían ser alcanzados, más allá de esta primera situación comunicativa, a través de la transmisión del manuscrito. Si se comprende el espacio paratextual externo como «umbral» (en sentido de Genette<sup>28</sup>) entre el ámbito textual externo y el textual interno, nos hallamos aquí ante un espacio paratextual que está inconfundiblemente en el interior del texto y que forma parte de la ficción.

Esto no significa, sin embargo, que la instancia que firma el primer prólogo («El Pensador») sea una figura real del texto exterior. Como el mismo pícaro, este personaje no es otra cosa que una figura literaria creada por el autor real Fernández de Lizardi. No obstante, aporta atributos que podemos poner en relación con el ámbito del texto exterior, los cuales convierten esta instancia del prólogo en una figura umbral –típica de los paratextos– que se halla dentro del mismo texto, oscilando entre el ámbito textual externo y el ámbito textual interno. Ni siquiera a ella debemos confundir, claro está, con el autor real.

Si diferenciamos, para aclararlo mejor, entre el pícaro, establecido en el nivel del tiempo narrado, y el narrador, cercano a la muerte, situado en el nivel del tiempo real, y si nombramos al primero Periquillo Sarmiento y al último Pedro Sarmiento<sup>29</sup> –mencionado al principio y al final de la novela– se muestra claramente que la instancia de este segundo prólogo es la figura narradora del nivel del tiempo real, que nos cuenta desde el presente la historia de la vida, típica del género. Los destinatarios directa y expresamente mencionados en el texto de esta historia de su vida (y con esto el explícito lector) son sus hijos, que de por sí no hubieran necesitado un prólogo. Sin embargo, esta *Vida* podía también caer en otras manos, lo que explica que, justamente para este círculo de lectores<sup>30</sup> de límites vagos sea necesaria

28 Genette, Gérard (1987): *Seuils*, Paris.

29 Esta separación podría compararse, en cierta manera, con la que se da entre Alonso Quijano y Don Quijote. Acerca de las relaciones entre Fernández de Lizardi y Cervantes, véase Lasarte, Pedro (1989): «Don Catrín, Don Quijote y la picaresca», en: *Revista de Estudios Hispánicos* 33/3, pp. 101-112; así como González Cruz, Luis F. (1981): «El Quijote y Fernández de Lizardi: revisión de una influencia», en: Criado de Val, Manuel (ed.): *Cervantes: su obra y su mundo; actas del I Congreso Internacional sobre Cervantes*, Madrid, pp. 927-932.

30 «[...] aun cuando todo el mundo lea mi obra», en: Lizardi, *El Periquillo*, p. 6.

una localización paratextual («una especie de ‘Prólogo’»<sup>31</sup>) del siguiente texto. El público lector conscientemente indefinido, que debe ser instruido y entretenido a través del siguiente informe, y que prolonga en sus líneas al público lector anónimo del primer prólogo de forma *intradiegética*, viene confrontado con la astuta afirmación de Pedro Sarmiento de que nada es «ficción de mi fantasía» y por lo que tampoco existe ninguna razón para dudar de «mi verdad».<sup>32</sup>

Pero con esto todavía no se da paso al lector al «propio» texto. El segundo prólogo sirve más bien de esclusa entre el paratexto externo y el interno. Dentro del espacio ficticio de la novela se presentan las «Advertencias generales a los lectores», que revelan la forma concreta del texto como resultado del trabajo de un editor que comenta, completa, borra, adapta estilísticamente y añade notas. La figura umbral del «Pensador» se ha convertido así en un editor intradieгético que Pedro Sarmiento introduce en el texto de la novela como «un tal Lizardi»,<sup>33</sup> el cual aparece inmediatamente antes de las «Notas del Pensador» que van a continuación de la historia de su vida. Por supuesto tampoco esta figura debe confundirse con el autor real del mismo nombre, algo que dentro de la investigación literaria a menudo no se ha tenido en cuenta.<sup>34</sup> En el desarrollo de este análisis llamaremos a esta figura «Lizardi».

Esta instancia está lógicamente facultada para denominar a Pedro Sarmiento como «nuestro autor»<sup>35</sup> y para problematizar, de cierto modo, las digresiones moralizantes. Declara que el permiso para todas las intervenciones en el texto se lo ha dado el propio autor, con el cual está cordialmente unido. Con esto, se aclara que en el nivel de la ficción «Lizardi» es el primer lector crítico del relato de Pedro Sarmiento cuya muerte ha presenciado como testigo intradieгético. Su trabajo y tarea consiste en ser a la vez *lector* y *escritor*. De esta forma el lector se ve confrontado con un complejo de voces que le hablan: Pedro Sarmiento, que redacta su vida, «Lizardi» editor ficticio, y «El Pensador» autor que lucha por su supervi-

31 Ibid., p. 5.

32 Ibid.

33 Ibid., p. 453.

34 Incluso en el estudio bastante diferenciado de Nancy Vogeley se encuentra la afirmación según la cual Fernández de Lizardi se hubiera introducido a sí mismo como editor en su propio texto, véase id., «Defining the ‘Colonial Reader’», p. 793. Así, pasa por alto la separación fundamental entre el ámbito textual interior y exterior, separación fundamental para el análisis de esta novela.

35 Lizardi, *El Periquillo*, p. 7.



vencia de escritor en la sociedad novohispana. Todas estas figuras son, por supuesto, obra del autor José Joaquín Fernández de Lizardi, el cual entretiene las figuras (lo mismo que a los lectores) en diálogos. Podemos constatar que la complejidad de esta construcción puede ser comparada con figuras editoriales ficticias de tanto éxito como la del *Don Quijote de Cervantes* o la de *Julie ou La Nouvelle Héloïse* de Rousseau.

No me puedo detener aquí en el hecho de que una cita del prólogo del libro *Le fruit de mes lectures* de Jamin publicado en París en 1776, obra que contiene citas de autores griegos y romanos, citados también en *El Periquillo Sarniento*, refine aún más las estructuras de comunicación y la posición del autor. Cuando analizamos el espacio paratextual sorprende constatar la polifonía, como la entiende Bajtin, de la novela de Fernández de Lizardi, sobre todo teniendo en cuenta que es su primera obra, y sin incluir el espacio intertextual específico.

Esto queda demostrado una vez más en la escenificación establecida en el plano de la figura editora, «Lizardi», cuya actividad se constata en el «Prólogo en traje de cuento» situado entre la primera y la segunda parte. En él vemos al editor trabajando solo en casa «con la pluma en la mano anotando los cuadernos de esta obrilla»,<sup>36</sup> pero también asistimos, después de invocar al «Señor lector», a la interrupción de esta situación comunicativa por la presencia de un diálogo en el cual el editor (ficticio) conversa con un amigo llamado «Conocimiento universal» sobre la acogida de *El Periquillo Sarniento* entre el público lector.<sup>37</sup> La heterogeneidad del público —«el público es todos y ninguno» pues lo forman «sabios» y «ne-cios»<sup>38</sup>— se tematiza así como las primeras reacciones, bastante diferentes, de los lectores a los capítulos de la novela, entregados y vendidos previamente. Así no sólo se manifiesta cómo las diferentes figuras se lanzan entre sí las mismas palabras claves desde los distintos niveles comunicativos, sino también cómo la autorreferencialidad de este texto constituye su modernidad. Al final de la puesta en escena de la figura de editor ésta se convierte en una figura de autor que cierra el prólogo de la segunda parte, como si fuera un cuento, con un mensaje al lector. De esta forma cambia la pluma de editor por la pluma de autor: «[Y]o tomé la pluma y escribí nues-

36 Ibid., p. 187.

37 Ibid.

38 Ibid.

tra conversación, para que usted, amigo lector, haga boca y luego siga leyendo la historieta del famoso ‘Periquillo’.»<sup>39</sup> El lector está así presente en la creación de este texto. El lector distanciado y anónimo se ha convertido en un amigo que debe continuar leyendo la historia del Periquillo: el «amigo lector» es el comprador de los siguientes capítulos convirtiéndose en la figura que realmente mantiene en marcha el juego literario. Dentro de la novela, sin embargo, es solamente una más de las muchas figuras lectoras. Pero como comprador, representa un elemento necesario de la empresa literaria esbozada en el interior del texto.

### III

#### EL ESPACIO ARCHITEXTUAL

Al final del capítulo XV de la tercera y última parte —como ya se ha mencionado—, Pedro Sarmiento que se halla cercano a la muerte, entrega el manuscrito de su biografía a las confiadas manos del periodista novohispano Lizardi, convertido en su amigo, conocido como *Pensador Mexicano*, con el ruego de trabajar en él y de hacer anotaciones. Previamente, sin embargo, encuentra tiempo para retratar a este amigo llamado «Lizardi», como un «escritor desgraciado en vuestra patria y conocido del público».<sup>40</sup> No obstante, nos debería interesar menos este autorretrato de Fernández de Lizardi que, también contiene rasgos autocríticos, y que caracteriza a la novela, que la pequeña nota que aclara la relación entre «Lizardi» y Pedro Sarmiento: «[T]anto nos hemos amado que puedo decir que soy uno mismo con el ‘Pensador’ y él conmigo.»<sup>41</sup>

Este comentario de Pedro Sarmiento transgrede la ficción de editor y se suma inmediatamente al retrato autobiográfico en sus distintos niveles. La afirmada identidad de ambas figuras novelescas en este importante pasaje queda reforzada por el hecho de que las primeras palabras de «Lizardi» están dedicadas al amigo enfermo: «Hasta aquí escribí mi buen amigo don Pedro Sarmiento, a quien amé como a mí mismo.»<sup>42</sup> De esta forma, «Lizardi» toma en sus propias manos de escritor no sólo el manuscrito, sino

---

39 Ibid., p. 189.

40 Ibid., p. 453.

41 Ibid., p. 454.

42 Ibid.

también el hilo narrador mismo, lo que asegura la continuidad del curso narrador; por otra legítima, posteriormente, el encuadre paratextual de la obra completa y, por último crea las condiciones narrativas previas para que la biografía de Pedro Sarmiento pueda ser presentada sin interrupciones desde su nacimiento hasta su muerte.

De aquí deriva una cierta transgresión del esquema básico architextual. *El Periquillo Sarmiento* se inscribe desde el principio en el género de la novela picaresca. Entre las condiciones narrativas técnicas que constituyen el género se halla la separación entre el yo narrado y el yo narrador, con lo cual la vida y aventuras del primer yo se describen en una serie más o menos cronológica desde la perspectiva de un yo que ha alcanzado la tranquilidad, «más maduro» o «convertido» y que ha encontrado su puesto en la sociedad (aunque no siempre sin contradicciones). La consecuencia lógica de este dispositivo estructural es una distancia que se acorta continuamente entre el nivel del tiempo narrativo y el del tiempo narrado, y que para *El Periquillo Sarmiento* es el período comprendido entre 1771 y 1773 (tiempo del nacimiento), y 1813 (año de la entrega del manuscrito y muerte de Don Pedro). Si se unen los dos niveles temporales, llegamos al final de la *histoire*, a aquella suma de módulos narrativos disponibles cronológicamente a través de una figura narradora, pero no hemos llegado al final de la vida de este narrador, el cual difícilmente podría informar sobre su propia muerte.<sup>43</sup> La construcción estructural del *Lazarillo de Tormes* —un texto narrativo que asimismo se presenta como *Vida*, como modelo original de variaciones técnicas narrativas más tardías— da fe de esto. La separación que hallamos en *El Periquillo Sarmiento*, entre la movilidad del yo narrado y la estática del yo narrador —una economía a la que se volverá—, se mantiene hasta la entrega del manuscrito al editor ficticio. A esta entrega le siguen paratextualmente las ya mencionadas «Notas del Pensador», el último capítulo del libro, el XVI, en el cual desde la perspectiva de «Lizardi» se presentan la muerte y el entierro de Pedro Sarmiento, acontecimientos que —así como aparece en el título del capítulo— «llevan al lector por la mano al fin de esta ciertísima historia».<sup>44</sup> Este artificio literario permite presentar en pocas páginas y dentro de la novela el acercamiento casi total (aunque no

43 Ejemplos para esto se pueden encontrar en otros géneros literarios aunque —a mi parecer— no en la novela picaresca.

44 Lizardi, *El Periquillo*, p. 460.

la fusión) del tiempo narrado y del tiempo real, del yo narrado y del yo narrador, de Periquillo Sarmiento y de Pedro Sarmiento –no en vano los dos nombres están immortalizados en la tumba. Al mismo tiempo, se amplía el esquema del género de la novela picaresca, ejemplificado en *El Lazarillo de Tormes*, recurriendo a otro género literario que no era desconocido para los lectores impregnados de catolicismo de la Nueva España de principios del siglo XIX: el género hagiográfico. Solamente éste hace factible el acceso a una vida completa, desde el nacimiento hasta la muerte. Un acceso imposible al hombre por lo que se refiere a su propia vida, ya que a la conciencia individual no le son accesibles ni el propio nacimiento ni la propia muerte. La literatura salta aquí esta zanja y pone a disposición toda la vida, desde su principio hasta su final, con lo cual el aumento de placer alcanzado a través de esta disponibilidad (y del poder de disposición) en forma de escrituras hagiográficas tiene que ser pagado ideológicamente encasillando esta vida individual dentro de contextos trascendentales y de historia de la salvación. Pedro Sarmiento frente a sus hijos hace de su vida un *exemplum*, pero éste sólo lo será si se incluye esta clasificación en un esquema trascendental, si su muerte toma plena significación y adquiere así sentido también para el lector. José Joaquín Fernández de Lizardi recurrió a este esquema de la hagiografía ejemplificante, pero modificó este esquema básico en su técnica narrativa, transmitiendo este papel no a un narrador extradiegético, sino a uno intradiegético, y lo varió también ideológicamente, desacralizando su modelo de referencia, no encuadrándolo en contextos espirituales, sino en contextos históricos. Así, se presenta una vida ejemplar para una sociedad cuya secularización y modernización se exigen y que distan mucho de todas las premisas teológicas. Sin embargo, no bastaba con una recontextualización histórica, por ejemplo, en lo que concierne a los acontecimientos revolucionarios e insurrecciones en la agitada Nueva España a los que la novela hace alusión explícitamente.<sup>45</sup> Por consiguiente, Fernández de Lizardi tuvo que enlazar otro género literario con el modelo básico de la novela picaresca.

La sustitución de ofertas espirituales y trascendentales requirió la inclusión de los modelos de desarrollo relacionados con el futuro, que, claro está, sólo en la última parte de la novela podían ser introducidos, es decir,

---

45 Tomando en serio el «Prólogo en traje de cuento», la diégesis novelesca llega hasta el año 1816, es decir, hasta la sucesiva y parcial publicación de *El Periquillo Sarmiento*.

después de que el pícaro hubiera probado las posibilidades sociales del sistema señorial y colonial español, y que las hubiera agotado sin éxito. Como modelo genérico de una crítica visión del futuro proyectada hacia el propio presente, el autor mexicano eligió la utopía en su forma «clásica». Recurrió a las ideas de Platón y Aristóteles, a *La Cour sainte* de Caussin y a *Télémaque*,<sup>46</sup> de Fénelon, pero sobre todo a la *Utopia* de Tomás Moro, y a su modelo de espacio, aunque no al modelo temporal de la *ucronía*, como lo puso en marcha Louis-Sébastien Mercier pocas décadas antes en su *L'An deux mille quatre cent quarante* en 1771 y que había impregnado sustancialmente la forma de la utopía moderna.<sup>47</sup> Poco importa esto si entendemos el siglo XVIII en Europa como la Edad de Oro de la utopía o como la época de crisis de la utopía literaria, sin embargo, resulta notable que el escritor mexicano sólo se orientara a la proyección espacial y no a la temporal y a su filiación literaria, y que al mismo tiempo conectara todos aquellos elementos en una fuerte conformidad de géneros que se extendían desde naufragios y espacios insulares, pasando por disposiciones estéticas urbanas y sociales hasta llegar a formas de trabajo y castigo estrictamente reglamentadas, poniendo en estrecha relación su propio esbozo utópico con el modelo canónico de Tomás Moro. Esto no significa que el esbozo de Fernández de Lizardi fuera una «imitación» literaria o un plagio. Por un lado, la estancia del Periquillo en la isla Sancheofú es probablemente la primera utopía literaria dentro de la historia de la literatura latinoamericana y, por ello, una innovación que hace época. Por otro lado, la proyección de la utopía desde Hispanoamérica hacia el este representa una novedad fundamental, incluso una ruptura con la tradición europea, en tanto que América deja de ser pantalla vacía para las propias proyecciones de los autores

46 Véase Hudde, Hinrich (1986): «Fernández de Lizardi: Literarische Utopie an der Schwelle der Unabhängigkeit Mexikos (mit Bemerkungen zu modernen lateinamerikanischen Utopien)», en: *Literaturwissenschaftliches Jahrbuch der Görres-Gesellschaft* 27, pp. 253-267; así como, acerca de las relaciones importantes entre el pensamiento de Lizardi y el *Télémaque*, Strosetzki, Christoph (1989): «Fénelon et Fernández de Lizardi: de l'absolutisme au libéralisme», en: *Œuvres et Critiques* 14/2, pp. 117-130.

47 Algo precipitadamente, Raymond Trousson designó a Mercier como «père de l'utopie moderne»; véase id. (1971): «Introduction», en: Mercier, Louis-Sébastien: *L'An deux mille quatre cent quarante: rêve s'il en fut jamais*, Bordeaux, p. 61. Para una visión más diferenciada y crítica del papel de Mercier, véanse los estudios de Krauss, Henning (1987): «Der Ursprung des geschichtlichen Weltbildes: Die Herausbildung der 'opinion publique' und die literarischen Uchronien», en: *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte* 11/3-4, pp. 337-352, y de Kuon, Peter (1988): «Utopie et anthropologie au siècle des lumières ou: la crise d'un genre littéraire», en: Hudde, Hinrich / Kuon, Peter (eds.): *De l'utopie à l'uchronie: formes, significations, fonctions; actes du colloque d'Erlangen 16-18 octobre 1986*, Tübingen, pp. 49-62.

europeos.<sup>48</sup> La decisión de Fernández de Lizardi de seguir una tradición específicamente utópica apartándose de la todavía reciente tradición ucrónica, que tanto histórico-literariamente como también en lo concerniente a su historización de contraproyectos políticos y sociales, correspondía a una alta potencia revolucionaria, no debe ser erróneamente interpretada, desde una perspectiva actual, como ideológicamente reaccionaria por haberse orientado a una concepción estática de la historia. Ciertamente es que no se puede negar que una visión estática de la historia, como se puede observar a menudo dentro de la tradición subsiguiente a la *Utopía* de 1516, esté también dentro del capítulo de la utopía de *El Periquillo Sarniento*. Sin embargo, no debemos interpretar esta solución, en mi opinión estéticamente convincente, como un indicio para una orientación ideológica reaccionaria del autor mexicano, sino que tenemos que entender qué potenciales de conocimiento correspondieron a la *u-topía*, referida paradójicamente al espacio dentro del proyecto social de Fernández de Lizardi. Para ello hay que captar la dimensión topográfica del espacio nacional desplegado por Fernández de Lizardi en su novela.

Previamente, sin embargo, deberíamos cerrar, dentro de la brevedad pedida, nuestro análisis del espacio architextual de *El Periquillo Sarniento*. Así nos encontramos con las formas líricas integradas en el texto, la mayoría ancladas intradiegeticamente, y que apenas han sido consideradas por la investigación sobre Lizardi. Paradigmáticas me parecen ser aquellas décimas que el Periquillo redacta inmediatamente después de un frustrado intento de suicidio. Después de su feliz regreso de la isla utópica a México, se había sentido más obligado al estilo de vida de la nobleza, y no al valor burgués del trabajo, pero ya había bajado al submundo urbano y hubiera pasado al más allá después de vivencias humillantes, si el modo de suicidio elegido por él no hubiera sido demasiado complicado y torpe. De esta forma, sin embargo, alcanza el conocimiento lírico de un «tienes que cambiar tu vida», que es una toma de conciencia que parece poder suceder solamente en forma lírica y que tiene los rasgos generales de un poema modelo.

---

48 Véase Cerutti Guldberg, Horacio (1991): «Utopía y América latina», en: id.: *Presagio y tópicos del descubrimiento*, México, pp. 21-33. No deja de asombrar que en este trabajo presentado en México no se mencione el esbozo utópico de Fernández de Lizardi.

*Aprended, hombres, de mí, / lo que va de ayer a hoy; / que ayer conde y virrey fui / y hoy ni petatero soy. // Ninguno viva engañado / creyendo que la fortuna / si es próspera, ha de ser una / sin volver su rostro airado. / Vivan todos con cuidado / cada uno mire por sí, / que es la suerte baladí, / y se muda a cada instante: / yo soy un ejemplo andante: / Aprended, hombres, de mí. // Muy bien sé que son quimeras / las fortunas fabulosas, / pero hay épocas dichosas, / y llámense como quiera. / Si yo aprovechar supiera / una de éstas, cierto estoy / que no fuera como voy; / pero desprecié la dicha, / y ahora me miro en desdicha: / ¡lo que va de ayer a hoy! // Ayer era un caballero / con un porte muy lucido; / y hoy me miro reducido / a unos calzones de cuero. / Ayer tuve hartos dineros; / y hoy sin un maravedí, / me lloro, ¡triste de mí! / sintiendo mi presunción, / que aunque de imaginación / ayer conde y virrey fui. // En este mundo voltario / fui ayer médico y soldado, / barbero, subdelegado, / sacristán y boticario. / Fui fraile, fui secretario, / y aunque ahora tan pobre estoy. / Fui comerciante en convoy, estudiante y bachiller. / Pero ¡ay de mí, esto fue ayer, / y hoy ni petatero soy!*<sup>49</sup>

En este poema escrito por el Periquillo, y no por Pedro Sarmiento, no nos interesa que se trate a nivel intertextual de una libre adaptación de versos de Góngora, a los cuales Lope de Vega ya había recurrido. Puede ser que el conocimiento architextual, de seguro significativo, posea una importancia secundaria para el cuestionamiento del trabajo completo —ya que con este párrafo se demuestra que el género novelesco es capaz de incorporar también en Hispanoamérica otros géneros, y así apropiarse de otros hilos literarios tradicionales. Más significativo me parece el hecho de que en este poema modelo —cuyo verso repetitivo *Aprended hombres de mí*, podría ser el *leitmotiv* didáctico de la novela, o sea, del relato de la vida de Don Pedro— se pongan elementos básicos de la *histoire* ante los ojos del lector y del propio escritor en presente, y que se focalicen como en un enorme espejo ustorio textual. A través de este proceso de comprensión de la forma lírica no le conduce todavía al cambio salvador, pero le remite a una conciencia más aguda del protagonista, premisa imprescindible para la conversión con la que concluye el relato de su vida. Al mismo tiempo esto marca, como también los otros poemas impresos en *El Periquillo Sarmiento*, un punto de reposo dentro de los movimientos del texto y también del lector, a cuya dimensión hermenéutica se volverá.

Otros géneros integrados en la novela, que dentro del texto completo alcanzan una amplitud de mayor importancia, son las formas de escritura y de expresión no ficcionales y no narrativas. De ellas hay que nombrar el

49 Lizardi, *El Periquillo*, p. 401.

trabajo científico, el tratado teológico, el sermón y el ensayo. Se hallan respecto al texto narrativo, en un campo de tensión extraño que ya fue tematizado en las «Advertencias generales a los lectores», lo que parece haber creado en los lectores posteriores grandes dificultades de lectura. Estas formas de escritura constituyen la mayoría de las así llamadas «digresiones» y «divagaciones moralizantes» que le fueron reprochadas una y otra vez a la novela de Fernández de Lizardi. Este campo de tensión entre partes predominantemente ficcionales y partes no ficcionales de la novela nos va a ocupar al final del presente análisis. Ya ahora, sin embargo, se puede decir que la inclusión de los distintos géneros y formas de escritura en la novela de Fernández de Lizardi, proporciona una textura bastante heterogénea incluso disparatada que pudo desarrollarse gracias a la enorme flexibilidad y capacidad de integración de la novela picaresca, la cual sirvió de modelo generativo. El espacio architextual de *El Periquillo Sarniento* ofrece una heterogeneidad tan inusual para la novela picaresca española, que sus orígenes deben buscarse en las condiciones específicas de una escritura establecida en América. No deberíamos olvidar aquí que Fernández de Lizardi consiguió, al incluir formas líricas y de ensayo, integrar en la novela aquellos géneros a los que Ángel Rama reconocía cierta prioridad epistemológica dentro de las literaturas hispanoamericanas.

#### IV

##### EL ESPACIO NACIONAL

Recurriendo a fórmulas españolas, presentes ya desde la Antigüedad, las décimas del Periquillo muestran todo el despliegue social de la sociedad del Virreinato de Nueva España. Las profesiones y los papeles sociales que tiene que desempeñar Perico dentro de esta sociedad estamental, aparentemente estática, son: noble, médico, fraile, sacristán, jornalero, ratero, mendigo, ciego, tramposo y violador. En completa conformidad con la tradición del género, el Periquillo, en su calidad de pícaro, atraviesa y recorre las distintas profesiones y los distintos estamentos sociales: desde la cabeza administrativa de la élite novohispana, pasando por el mundo de los oficiales y escribanos, de los nobles lascivos y los ciudadanos obedientes, hasta caer en el submundo de los delincuentes y prostitutas, de los socialmente marginados y miserables. También la heterogeneidad étnica de la



sociedad novohispana viene literariamente recorrida en toda su extensión, pues el Periquillo se encuentra con indios y mestizos, con negros y criollos, con «gachupines» descendientes de España, con representantes de grupos emigrados de procedencia no española, como anglosajones, franceses e incluso, casi proféticamente, con un chino que pronto va a preferir volver a su isla utópica y renunciar a una visita a Europa y a otras partes del mundo, ya que el ejemplo novohispano le muestra suficientemente lo que le puede esperar en otros lugares. Se trata de una sociedad muy heterogénea y con un alto grado de aislamiento, que solamente empieza a disolverse bajo la influencia de las naciones mercantiles no españolas. El espacio urbano se sitúa desde el primer instante en el centro del relato de Pedro Sarmiento.

Nací en México, capital de la América Septentrional, en la Nueva España. Ningunos elogios serían bastantes en mi boca para dedicarlos a mi cara patria; pero, por serlo, ningunos más sospechosos. Los que la habitan y los extranjeros que la han visto pueden hacer su panegírico más creíble, pues no tienen el estorbo de la parcialidad, cuyo lente de aumento puede a veces disfrazar los defectos, o poner en grande las ventajas de la patria, aun a los mismos naturales; y así, dejando la descripción de México para los curiosos imparciales, digo: que nací en esta rica y populosa ciudad por los años de 1771 a 73, de unos padres no opulentos, pero no constituidos en la miseria; al mismo tiempo que eran de una limpia sangre, la hacían lucir y conocer por su virtud. ¡Oh, si siempre los hijos siguieran constantemente los buenos ejemplos de sus padres!<sup>50</sup>

La ya observada pluralidad social se completa, a continuación, con una pluralidad topográfica. Dentro de México –y, desde el inicio de la novela, no hay que entender una nación o un virreinato, sino un espacio urbano definido como mi «cara patria», es decir, la capital del Virreinato– se oponen espacios que están utilizados por clases sociales diferentes y reservados a determinados grupos y que se unen sólo a través de los movimientos del pícaro. Desde este punto de vista Periquillo aparece como la única figura que une todos estos espacios estructurados de forma relativamente autónoma. A los barrios de los nobles, en los que el Periquillo vive como criado o correveidile, pero también a veces como nuevo rico y «falso» hidalgo, se oponen los muros de la cárcel, entre los cuales raras veces se encuentran los representantes de la élite social o de la burguesía. No es un milagro, pues, que si un blanco se encuentra en esta sociedad de indios, castas,

negros, lobos y mulatos, rápidamente se transforme en «blanco», en diana,<sup>51</sup> sobre todo teniendo en cuenta que él no quiere dejar de reivindicar su limpieza de sangre, heredada de familia e interiorizada, a pesar de su situación social real. Detrás de los socialmente degradados y de los delincuentes comunes se hallan los muros de la cárcel de San Juan de Ulúa, en la costa caribeña, o del Morro en la ciudad de La Habana no muy alejada. También en la ciudad de los marginados y presos se encuentran señoriales estructuras metropolitanas establecidas en el nivel topográfico. Tal vez sería posible oponer a los distintos espacios urbanos la ciudad de los presos e investigarla como forma de contra-ciudad. Incluso, desde esta perspectiva, se podría oponer a la utopía *isleña* otro espacio utópico como un espejo deformador. Sin embargo, una investigación que hiciera leíble esta contra-ciudad también como símbolo de la sociedad urbana colonial y como contra-utopía ético-social, tiene que postergarse y aplazarse para un estudio posterior.

La referencialidad a la capital de México, señalada desde el principio, lo demuestra: al espacio urbano se le opone drásticamente el espacio rural. Una relación entre ambos se origina ya que Periquillo visita y recorre con cierta predilección también los barrios periféricos, los alrededores y los pueblitos y fincas ubicados a las puertas de la capital. Con todos estos elementos el lugar geográfico que rodea la capital del Virreinato muestra también el espacio de fuga de grupos y figuras originariamente urbanos, ahora marginados de la vida ciudadana, que como ladrones, charlatanes o administradores corruptos recorren estos lugares y los hacen inseguros. Un análisis más minucioso podría mostrar que estas extensas zonas rurales aparecen como un ámbito relativamente autónomo, pero que no se comprenden como espacios culturales con valor propio, sino que están definidos como el elemento que se opone negativamente a la ciudad (y con ésta se refiere siempre al lugar de nacimiento de Periquillo). Sin embargo, la dicotomía entre ciudad y campo no está modelada en una pareja de contrarios, a la manera del *Facundo* de Sarmiento, civilización *versus* barbarie, aunque se podrían señalar también determinados paralelismos referentes a la desvalorización de espacios no urbanos. Las zonas rurales y provincias de la Nueva España forman más bien espacios relativamente autárquicos que

---

50 Ibid., p. 12.

51 Ibid., p. 174.

quieren reivindicar el poderío sobre el modelo de civilización urbana, enfrentando así la civilización occidental a otro modelo «cultural». Estas zonas perseveran en su aislamiento y están unidas a la capital, y a través de ésta, a la metrópoli. La unión se establece únicamente por medio de representantes, la mayoría de las veces corruptos, de la administración de la España colonial y de los órganos eclesiásticos.

A Periquillo nunca se le ocurriría tomar los ámbitos rurales que recorre como espacios culturales *sui generis* ni tampoco ver en ellos modelos culturales que pueden entrar en competencia con el de la capital. Como habitante de la capital, ve en las provincias unos espacios coloniales internos que sirven para el disfrute y el pillaje. Tampoco a Pedro Sarmiento, que juzga de manera más distanciada, le parece que las zonas rurales, con su soberanía cultural y las diferentes culturas indias, sean verdaderas culturas superiores ni transmisoras de civilización en el sentido occidental. Sin embargo, también en esas representaciones de los espacios no urbanos destellan elementos de una heterogeneidad y autarquía cultural, pues los indios no pagan al criollo urbano, disfrazado de médico, con dinero, sino con productos naturales, lo cual nos puede llevar a pensar en la limitación espacial de los medios de pago en dinero dentro del espacio colonial de la Nueva España. También una tercera instancia, la del editor intradiegetico, parece, a primera vista, no estar dispuesta a conceder un estatus propio a las culturas de los indios. Así leemos en una nota de «Lizardi» a pie de página:

Todavía hay pueblos donde los indios ponen a sus muertos un *itacate*, que es un envoltorio con cosas de comer y algunos realillos. En otros, a más de esto, les esconden un papel lleno de disparates para el Eterno Padre, y sus ofrendas son con igual superstición. En otro lugar diremos quiénes sostienen estos abusos.<sup>52</sup>

Los usos y costumbres indios vienen descalificados aquí como «abusos», como «disparates» y «superstición». Sin embargo, en una observación más precisa, se muestra que la percepción de la alteridad cultural es, por lo menos, ambivalente, pues esas costumbres están contextualmente conectadas con las costumbres mortuorias de la Antigüedad occidental, y ya Pedro Sarmiento había acentuado que la costumbre del aprovisionamiento también se encontraba en las grandes culturas de la Antigüedad occidental.<sup>53</sup>

---

<sup>52</sup> Ibid., p. 99.

<sup>53</sup> Ibid.

Así, en el citado pasaje, el editor tiene más bien la intención de relativizar una declaración sobre las culturas indias quizá demasiado revalorizada.

La advertencia del editor ficticio rechaza, por cierto, cualquier reconocimiento cultural de semejantes ritos indios, pero señala aquellos elementos que equiparan las costumbres indias con las costumbres mortuorias de los griegos y romanos. Así se pone de manifiesto lo sutil que puede ser el juego conjunto entre la figura narradora Pedro Sarmiento y la figura del amigo editor llamado «Lizardi». Cuando ese «Lizardi» —como se indica también al final de esta nota a pie de página— llama la atención sobre sus otros escritos y remite a propuestas parecidas ya hechas, por ejemplo, para el sistema escolar a través de su periódico *El Pensador Mexicano*,<sup>54</sup> aunque intenta una y otra vez investirse con atributos referenciables en el texto exterior para provocar una identificación con el autor real Fernández de Lizardi, deberíamos guardarnos de no confundir esta figura interior al texto con el autor real. Se trata de un sutil juego entre las diferentes perspectivas, en el que elementos de alteridad cultural que se hallan alejados del tiempo vivido (es decir, de la vivencia del Periquillo), pueden ser percibidos más claramente como tales. Aparece, por tanto, una representación de la heterogeneidad fundamental en todo el espacio colonial novohispano.

Los más o menos extensos viajes del Periquillo por los campos de la Nueva España no son simples viajes por diferentes culturas, sino viajes a través de espacios dispares, que hay que modernizar y conectar culturalmente a la capital del Virreinato. Al mismo tiempo, despliegan el espacio de una futura nación ya esbozada. Tanto la costa caribeña como la del Pacífico, tanto el norte como el sur del país, hasta las Filipinas pertenecientes al Virreinato de la Nueva España, quedan incluidas en la novela. Con ello Fernández de Lizardi consigue, ante las limitadas posibilidades de viajar de aquel tiempo, ensanchar la diégesis de la novela, ya que otras figuras de origen no urbano cuentan su historia haciendo aparecer así otras regiones de la Nueva España integrándolas en el mundo espacio-temporal de *El Periquillo Sarmiento*, siguiendo las reglas de la probabilidad. De esta forma, se va reconociendo una unidad dentro de la diversidad que apunta claro está por el momento *in nuce*, al espacio nacional de una futura nación-estado. *El Periquillo Sarmiento* se podría definir en relación con este espacio nacional en desarrollo, como una novela de transición entre espacios de po-

der<sup>55</sup> estructurados de forma hispano-colonial y estatal-nacional. Una vez más, es el pícaro la figura que mantiene unidas las diferentes partes de tendencia opuesta y las comunica entre sí. La figura del pícaro hay que comprenderla no tanto a nivel de contenido, por ejemplo, como figura simbólica de la identidad nacional,<sup>56</sup> sino más bien como premisa constructiva técnico-narrativa de la creación de un espacio prenatal. En la novela hispanoamericana un concepto nacional no se constituye a través de la apropiación de una figura simbólica formada de cualquier modo —por lo que no sería lo suficientemente adecuada la figura del pícaro, pues ésta se hallaba anclada en la tradición literaria española—, sino a través del entramado efectuado de forma técnico-narrativa y en cuanto al contenido.

## V

### EL ESPACIO INTERCULTURAL Y EL ESPACIO LITERARIO

El protagonista de Fernández de Lizardi se mueve no sólo en las tres dimensiones del espacio geográfico, sino también en aquellas del tiempo y de la sociedad que viene retratada, por lo menos tendencialmente, en toda su extensión y en sus diferentes niveles. Además, el pícaro se mueve también en las dimensiones de tradición y filiación literarias, así como en el entramado de las relaciones interculturales.

Relacionando la novela con cinco de los polos culturales que podemos diferenciar en este espacio temporal, se demuestra rápidamente que *El Periquillo Sarniento* se inscribe como modelo en el polo de la cultura ibérica, dentro del contexto de sus líneas occidentales tradicionales.<sup>57</sup> Las diversas culturas indias se intercalan en el campo de fuerzas culturales, como lo indica el «todavía» de la nota a pie de página del editor ficticio arriba citada

---

54 Véase *ibid.*, p. 112.

55 Los espacios de poder y los espacios complementarios dentro de las colonias no son, por último, más que estructuras políticas centralizadas que no han sido representadas en *El Periquillo Sarniento*.

56 Por eso me parecen erróneas aquellas tentativas de interpretación que tratan de averiguar o analizar de qué manera Periquillo Sarniento hubiera podido configurarse, de forma pragmática, en figura de identidad nacional. Así, por ejemplo, Jaime Torres Bodet entiende al protagonista de la novela de Fernández de Lizardi como figura de identidad nacional comparable con uno de los grandes prototipos nacionales, poniéndolo a la altura del argentino Martín Fierro. Véase Torres Bodet, Jaime (1962): «Estudio preliminar a José Joaquín Fernández de Lizardi», en: Fernández de Lizardi, José J.: *El Pensador Mexicano*, México, p. VII; véase también Skirius, «Fernández de Lizardi y Cervantes», pp. 259-260.

que, sin embargo, van a ser negadas en su permanencia, no van a ser percibidas como espacio cultural, o van a ser marginadas. Lo mismo le ocurre al tercer polo, el de las culturas negras, aunque, como pasa con los indios, se resalta a unos individuos caracterizados de forma positiva. Así, un elo-cuente mercader negro de Jamaica no se convierte en representante de la autonomía cultural de las culturas negras, sino en portavoz de las posiciones logocéntricas occidentales. Por su boca se presenta aquella crítica social y de juicio aniquilador, respecto a la esclavitud lo que motivó la intervención de la censura colonial española, que impidió la publicación de esta parte del libro, así que la primera edición de *El Periquillo Sarniento* en 1816 apareció truncada. En la novela aparecen formas de una miscelánea cultural, que habían sido negadas por la «ciudad letrada» con diversas acuñaciones, sin embargo, no se les reconoce una ejemplar función cultural como a las otras culturas populares de origen ibérico, que especialmente se presentaban en la cultura cotidiana en forma de dichos, juegos, formas de vestir, etc. Si observamos el campo de tensión cultural extendido en *El Periquillo Sarniento*, nos damos cuenta, además, de que a los cinco polos mencionados se les une un sexto, presentado a través de la figura del chino ilustrado. Se trata, sin embargo, de una proyección literaria anclada en la utopía cultural de la isla Sancheofú a la que no le toca no tanto la función de modelo «alternativo», cultural, sino la de fijar una posición que presenta una imagen invertida de la sociedad novohispana y con esto de la sociedad española.

La figura del chino no nos transmite elementos de una cultura sino ciertas estrategias discursivas y procedimientos literarios como los que desde inicios del siglo XVIII había desarrollado la Ilustración francesa. Sin embargo, el chino se convierte en representante del primer polo de los ejemplificantes contextos tradicionales occidentales. Observemos, pues, este polo más detenidamente.

En esta novela picaresca novohispana se encuentran opciones culturales en un sentido pleno, siempre marcadas como posiciones que se expresan de forma escrita. De esta manera Fernández de Lizardi se mueve dentro de la tradición ilustrada de la Nueva España y sobre la base de la «ciudad letrada», si bien, a través de la hábil transmisión del género modelo de la

---

57 Véase Ette, Ottmar (1995a): «Asimetría intercultural: diez tesis sobre las literaturas de Latinoamérica y Europa», en: *Casa de las Américas* 199/15, pp. 36-51.

novela picaresca puede llevar a representar una totalidad social, en la que incluso aparecen (desde una posición exterior) los elementos marginales y marginalizados del Virreinato. La orientación del espacio cultural hacia formas de expresión cultural escrita posibilita la comprensión y presentación<sup>58</sup> del entramado intercultural en el nivel de los espacios culturales ejemplificadores, esencialmente como espacio intertextual, o sea, literario. Hasta ese momento la orientación dominante de la escritura en contextos coloniales españoles en cuanto a la tradición literaria y filosófica, parece también guiar *El Periquillo Sarniento*, ya que la novela se inscribe —como vimos— dentro de la tradición española de la novela picaresca y en gran conformidad con este género. Dentro de la tradición de la novela picaresca se podría decir, en el sentido de Francisco Rico, que Fernández de Lizardi se afilió a la corriente que se deriva del anónimo *Lazarillo de Tormes* y del *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán, pero no a la que se deriva de la *Vida del Buscón* de Quevedo. Características de esta filiación son el desarrollo del protagonista de *actor* a *autor*, la llamada «novelización del punto de vista» o la orientación hacia la perspectiva del pícaro «convertido»,<sup>59</sup> transformando interiormente todos los elementos que se encuentran también en la primera novela de Fernández de Lizardi. Sin embargo, éstos pueden encontrarse también en el *Gil Blas de Santillane* de Alain-René Lesage que había conseguido transmitir —aunque no diegéticamente— este género «español» a Francia y, más todavía, abrirlo discursivamente a ideas y formas de escritura preilustradas. Así, el *Gil Blas* de Lesage constituye un eslabón importante entre la novela picaresca española y su transmisión a contextos novohispanos, pudiendo reconocerse, no solamente en la figura del mercader negro, características que están sacadas de la *Histoire des deux Indes* de Raynal.

En el contexto del presente estudio no es posible presentar el rico tejido intertextual que asegura las formas y los procedimientos básicos de esta primera novela hispanoamericana en sentido literal.<sup>60</sup> Al nuevo tipo de es-

58 Para la terminología, véase Ette, Ottmar (1995b): «Dimensiones de la obra: iconotextualidad, fonotextualidad, intermedialidad», en: Spiller, Roland (ed.): *Culturas del Río de la Plata (1973-1995): transgresión e intercambio*, Frankfurt am Main, pp. 13-35.

59 Véase Rico, Francisco (1989): *La novela picaresca y el punto de vista*, Barcelona.

60 En varios estudios han sido destacadas las referencias de *El Periquillo Sarniento* al *Télémaque* de Fénelon. El interesante (y urgente) análisis de las múltiples relaciones intertextuales entre la novela de Fernández de Lizardi y la monumental obra de Raynal —verdadera «enciclopedia colonial» que, aunque prohibida por la censura, los cultos contemporáneos novohispánicos conocían muy bien, co-

critor, como es el caso de Fernández de Lizardi al final del coloniaje español, lo legitiman las numerosas lecturas y su mediación. Ya en el prólogo de *El Periquillo Sarniento* se hace hincapié en el hecho de que la novela se sirve también de obras de consulta generales y de colecciones de citas, así como las explícitas referencias, por ejemplo, a las publicaciones de More-ri<sup>61</sup> o Muratori<sup>62</sup> –por nombrar sólo dos ejemplos<sup>63</sup>– extendidas en aquella época. Si se analiza el espacio literario de *El Periquillo Sarniento* en su totalidad, se puede ver debajo del nivel orientado explícitamente hacia la literatura y filosofía de España un sistema referencial implícito que muestra las literaturas europeas no españolas, y sobre todo la literatura y filosofía francesas, de gran importancia para esta novela (como para el pensamiento de Fernández de Lizardi en general). El espacio literario de *El Periquillo Sarniento* muestra las características de ese cambio básico de dominante geocultural que luego va a aparecer con toda su agudeza pocos años después en la novela hispanoamericana del Romanticismo. La literatura española ejemplificadora dará paso a la inglesa y especialmente a la francesa. Un cambio de dominante que ya se insinúa en *El Periquillo Sarniento* en 1816. Aunque el modelo architextual dominante sea español, ya se puede reconocer en su relleno intertextual modelos franceses, incluso dentro del género de la novela picaresca. Si se comprende *El Periquillo Sarniento* como una transposición del género originariamente español a contextos novohispanos, también hay que entender que los procesos de transformación sirven de fundamento, en la mayoría de los casos, a las relaciones intertextuales que impregnan el espacio literario de esta novela. Si se entendieran las literaturas hispanoamericanas así como las culturas latinoamericana-

---

mo lo demuestran varios ejemplares aun hoy existentes en bibliotecas mexicanas– no podrá ser presentado en el marco del presente estudio.

61 Lizardi, *El Periquillo*, p. 2.

62 Ibid., p. 6.

63 Desde el trabajo fundamental de Spell, Jefferson R. (1931): *The Life and Works of José Joaquín Fernández de Lizardi*, Philadelphia, las múltiples «fuentes» de Fernández de Lizardi han sido mencionadas una y otra vez sin ser examinadas, salvo muy contadas excepciones, en su funcionalidad textual. Jean Franco, en «La heterogeneidad peligrosa», llamó la atención sobre el hecho de que ya la administración colonial novohispana había sacado a la luz, en su proceso contra nuestro autor, el gran número de vínculos intertextuales (como diríamos hoy) con otros textos y autores, calificando al editor de *El Pensador Mexicano* de compilador de ideas provenientes de otros autores. Franco ha destacado sagazmente que para los lectores de Fernández de Lizardi no contaban tanto las ideas «originales» como la mediación eficaz de concepciones «modernas» provenientes de los más diversos círculos intelectuales.



nas como unas marcadas culturas traslacionales,<sup>64</sup> se podría entender esta primera novela de un hispanoamericano como el producto característico de una tradición cultural, dentro de la cual los procesos de traducción reciben un significado importantísimo. La traducción intralingual del tiempo colonial había impregnado las colonias establecidas en suelo americano desde el último tercio del siglo XVII. De este modo los procesos de traducción entre distintas lenguas son los que marcan el horizonte cultural y literario de los autores americanos. La traducción como paradigma cultural de Latinoamérica: también éste es un aspecto fundamental que encuentra su expresión literaria en este «texto fundador» y que será de gran importancia para la formación nacional y para los espacios nacional-literarios del siglo XIX. Tanto en la novela aquí analizada como en la Nueva España, el espacio intercultural está marcado por múltiples procesos de traducción. El hecho de que tales traducciones afecten, como ya lo hemos mencionado, no solamente al latín, sino también a ciertas formas de expresión cultural de los pueblos indígenas, puede enseñarnos que el proceso de traducción en las citadas advertencias del editor ficticio es casi evidente y apenas tenido en cuenta ya que demuestra que un elemento distinguido gráficamente puede ser integrado: «[...] *itacate*, que es un envoltorio con cosas de comer y algunos realillos.»<sup>65</sup> El hecho de que lo haya sacado justamente de los rituales funerarios, puede tal vez ser sintomático desde el punto de vista del moralista e ilustrado Fernández de Lizardi, orientado a los valores y modelos occidentales. Sin embargo, *El Periquillo Sarniento* admite, por así decirlo, ideas y formas de lectura más allá de las orientadas por las reglas y normas culturales occidentales del autor novohispano. Ellas van a ilustrar la diversidad de idiomas y culturas a través de sus recíprocas traducciones y diálogos. *El Periquillo Sarniento* es el feliz resultado estético del intento de traducir la forma de la novela picaresca española, que ya era conocida al público de Nueva España, tanto culturalmente cuanto en su forma técnico-narrativa. Así la traslación intercultural es, dentro del campo de tensión europeo-americano, un procedimiento central de la escritura dialogada.

---

64 Véase entre otros Pérez Firmat, Gustavo (1989): *The Cuban Condition: Translation and Identity in Modern Cuban Literature*, Cambridge; compárese también las indicaciones en Altamirano, Carlos / Sarlo, Beatriz (1983): *Literatura y sociedad*, Buenos Aires.

65 Lizardi, *El Periquillo*, p. 99.

## VI

## NOVELA PICARESCA Y MOVIMIENTO HERMENÉUTICO

La novela picaresca de José Joaquín Fernández de Lizardi, creada al final del coloniaje español en la Nueva España presenta distintos movimientos y direcciones de estos. Primeramente, la novela cuenta la evolución, en lo esencial de forma cronológica, de su protagonista, de Periquillo a Pedro Sarmiento, de figura que actúa a figura narradora o —como se puede decir de sus modelos intertextuales, *El Lazarillo de Tormes*, de *Guzmán de Alfarache* o de *Gil Blas de Santillane*— de actor a autor. A la novela le sirve de base una biografía individual que —como ya hemos visto— se extiende desde el nacimiento hasta la muerte del héroe pero que no se cuenta de forma autobiográfica sino con gesto autobiográfico. Si ponemos en relación esa biografía individual con la historia colectiva y la diégesis de la novela, cuyo núcleo se sitúa entre 1771 / 1773 y 1813 / 1816, se produce entonces el movimiento inverso de un *chassé-croisé*: al desarrollo vital del protagonista corresponde un desarrollo social que va desde la muerte de la vieja sociedad hasta el nacimiento doloroso y sangriento de nuevas relaciones sociales en América. La época de la creación de la novela es una época de conflictos sociales y políticos, como lo reflejan los alzamientos de los campesinos y de la población rural india. Estos hechos sólo se podían insinuar en aquella época de forma muy oculta y de ninguna manera interpretarlos de forma positiva; de ahí que también el sabio Pedro Sarmiento mencione sólo brevemente, justo antes del traspaso de la «autoría» a su amigo Lizardi, los sucesos políticos después de 1810:

[...] pero apartemos la pluma de un asunto tan odioso por su naturaleza, y no queramos manchar las páginas de mi historia con los recuerdos de una época teñida con sangre americana.<sup>66</sup>

A este movimiento contrapuntual de historia individual («mi historia»), a esta historia teñida con «sangre americana», se le une una economía de movimientos que se desvía de la construcción de la novela picaresca. Así vemos que a los movimientos inquietos del yo narrado corresponde la tranquilidad y, a veces, hasta la inmovilidad del narrador; a la dinámica del Pe-

---

66 Ibid., p. 453.

riquillo se opone la estática de Don Pedro. Este contraste garantiza, como característica constitutiva del género, la dialéctica entre la historia individual y la colectiva, y, transversalmente, la dialéctica entre forma abierta y cerrada. Junto a las razones mencionadas al principio del presente estudio, esto parece ser también un motivo que explica la importancia de la prosa narrativa del período de incubación de la novela hispanoamericana antes del Romanticismo, así como el importante papel que corresponde a los elementos de la novela picaresca. Ejemplos sobresalientes son tanto *El Lazarillo de ciegos caminantes* de Alonso Carrió de la Vandra como los escritos autobiográficos de Fray Servando Teresa de Mier inimaginables sin la novela picaresca.

A nivel del género, o sea, a nivel architextual, esta economía de movimiento se puede reinterpretar como una dialéctica entre la apertura de formas narrativas y el cierre de pasajes discursivos en *El Periquillo Sarmiento*. La dialéctica entre *narración e instrucción*, entre *biografía y comentario*, entre «conseja» y «consejo» —como se denominó en el prólogo de Mateo Alemán— experimentada por vez primera dentro de la novela picaresca en *Guzmán de Alfarache*, encuentra su reflejo literario en *El Periquillo Sarmiento*.

El cambio entre narración y digresión comentadora está dispuesto de tal manera que los comentarios y discursos moralizantes pesarán sobre la figura narrativa de Pedro Sarmiento. Trasladadas a instancias diferentes (como por ejemplo al editor intradieético) y a figuras literarias, se puede poner en boca de figuras «inmorales» una crítica social moralmente fundada, pero importante para su tiempo para así poder relativizar aparentemente, e incluso objetar, sus afirmaciones a través de comentarios añadidos del narrador y del editor. Estos procesos literarios evitan un movimiento pendular monótono entre el tiempo narrado y el tiempo real, entre formas ficcionales y no ficcionales, entre *narrar e instruir*. Hemos ya aludido al hecho de que los extensos pasajes discursivos («moralizantes») dentro de la historia de la recepción han sido entendidos (o mejor dicho *mal* entendidos) como inserciones didácticas fastidiosas. Sin embargo, la economía de la novela picaresca, posterior al *Guzmán*, se basa en que los pasajes narrativos también poseen un carácter *instructor* y en que las *instrucciones* ponen en marcha al mismo tiempo la acción. Que esto no siempre le salió bien a Fernández de Lizardi, no debe llevarnos a pensar que *El Periquillo*

*Sarmiento* no sea la historia de un pícaro arrepentido, de la que podrían separarse las partes comentadas sin más. El libro no se desglosa en dos libros, sino fue concebido como una unidad de *narración y discurso* o (en el sentido de Genette) de *ficción y dicción*. No debemos destruir anacrónicamente esa unidad, sino que debemos entenderla en continuo movimiento, con ritmo de apertura y cierre, con dinámica y estática. *Ficción y dicción* no están fijados en ámbitos separados, sino que producen continuos reflejos y fricciones. La primera novela hispanoamericana se forma por tanto en el contexto de un juego recíproco entre formas de escritura *diccional* y *fictional*, constituyéndose en una forma de escribir *friccional*, que ha caracterizado la literatura latinoamericana.<sup>67</sup> Así, la primera novela editada por un hispanoamericano en Hispanoamérica se muestra como ejemplo de literatura *friccional*. Reducir esa novela a sus componentes *fictionales* encuadrándola dentro de un género normativo marcado en su mayor parte por la novela europea del siglo XIX, significaría destruirla como artefacto estético.

El que Fernández de Lizardi considerara su novela como unidad, se podría concluir del hecho de que, en diversas partes de este texto, se llama la atención sobre el efecto de sus ingredientes heterogéneos que de este modo se refuerzan. Así leemos en el capítulo XIV de la primera parte:

El buen ejemplo mueve más que los consejos, las insinuaciones, los sermones y los libros. Todo esto es bueno, pero, por fin, son palabras, que casi siempre se las lleva el viento. La doctrina que entra por los ojos se imprime mejor que la que entra por los oídos.<sup>68</sup>

Y pocas líneas antes del final del último capítulo de la novela, en el cual se alude de nuevo a través del diálogo entre el editor ficticio y la viuda de Pedro Sarmiento, propietaria de los derechos de autor, a la utilidad del libro para el público lector, encontramos nuevamente la especificidad de ojo y oído: «Lizardi» sobrevalora la historia de la vida de su amigo justificándola de la siguiente forma:

Los libros morales es cierto que enseñan, pero sólo por los oídos; y por eso se olvidan sus lecciones fácilmente. Estos [o sea textos como la presente novela,

67 Para un acercamiento a formas literarias *friccionales* en el contexto de relaciones intercontinentales del Modernismo hispanoamericano, véase Ette, Ottmar (1994): «‘Así habló Próspero’: Nietzsche, Rodó y la modernidad filosófica de ‘Ariel’», en: *Cuadernos Hispanoamericanos* 528, pp. 48-62.

68 Lizardi, *El Periquillo*, p. 113.

O.E.] instruyen por los oídos y por los ojos. [...] Cuando leemos estos hechos nos parece que los estamos mirando, los retenemos en la memoria [...].<sup>69</sup>

El objetivo de un escrito que calcula su efecto, se dirige de igual modo al sentido del oído y al de la vista, ojos y oído del lector. Tarea de tal libro es ser más que libro y con esto rebasar el propio medio de las meras palabras. No sólo los «consejos» sino –así podríamos complementar– también su juego con las «consejas» se halla en el centro de la tarea y del trabajo del escritor. Vemos ahora que este *trabajo* trata, de manera esencial, no sólo de conducir a un determinado público lector a la literatura sino de ponerle unos ejemplos «ante los ojos». El oído, conocido como el órgano del verdadero cristiano y de la fe auténtica, confía sólo en el aire, en el viento, que lleva consigo las palabras del sermón. El ojo, por el contrario, es capaz de captar imágenes de vida, que pueden ser retenidas en la memoria o, como en este párrafo se dice, que se «imprimen» en la memoria. No en vano ya había exigido Próspero de sus alumnos en *Ariel*, de José Enrique Rodó, a finales de siglo, imprimir en su mente la imagen del espíritu del aire por él invocada: «Yo quiero que la imagen leve y graciosa de este bronce se imprima desde ahora en la más segura intimidad de vuestro espíritu.»<sup>70</sup> El significado que en *El Periquillo Sarniento* se le atribuye al ojo como fuerza de la memorización está relacionado, sin duda alguna, con aquella dominancia del ojo que, desde la transición de los siglos XVIII y XIX, se constata en el ámbito de los fundamentos epistemológicos de la experiencia humana.<sup>71</sup> Ni ojo ni oído, ni «consejas» ni «consejos», ni *ficción* ni *dicción* por separado, sino todos juntos deben conducir a la instrucción del lector.

Esto nos lleva a la problemática del nuevo público lector que está todavía por formarse. Ahora ya nos podemos acercar a esta problemática desde una nueva perspectiva puesto que los movimientos del pícaro en el nivel del tiempo narrado, es decir, entre su nacimiento en 1771 y su muerte el año 1813 los podemos seguir y analizar como movimientos de un proceso. De esta forma es posible relacionar los desplazamientos del prota-

69 Ibid., pp. 463-464.

70 Rodó, José E. (1995): *Ariel*, edición de Belén Castro Morales, Madrid, pp. 96-97.

71 Véase Ette, Ottmar (1996): «Diderot et Raynal: l'œil, l'oreille et le lieu de l'écriture dans l'Histoire des deux Indes», en: Lüsebrink, Hans-Jürgen / Strugnell, Anthony (eds.): *L'Histoire des deux Indes: réécriture et polygraphie*, Oxford, pp. 385-407; e id. (1994): «La puesta en escena de la mesa de trabajo en Raynal y Humboldt», en: *Cuadernos Americanos* 8/46, pp. 29-68.

gonista en *El Periquillo Sarniento* con distintos modelos de movimiento y de comprensión. Se pueden distinguir, por lo menos, cinco figuras básicas diferentes: la primera es la que presenta un movimiento de viaje circular que devuelve al viajero al lugar de partida; la segunda, el movimiento pendular del viajero entre dos o varios lugares; la tercera que corresponde a un movimiento lineal: un punto de partida y una meta; la cuarta, un movimiento en forma de estrella que devuelve al viajero una y otra vez al punto de partida y desde este punto lo lleva a nuevos movimientos; y, finalmente, la quinta es la figura básica que describe un viaje que no dispone ni de un punto de partida concreto ni de una meta concreta y se abre al juego del azar.<sup>72</sup>

Si relacionamos estos cinco movimientos con la novela de Fernández de Lizardi, pronto nos damos cuenta de que en *El Periquillo Sarniento* se combinan varias figuras básicas. Es verdad que el «camino del viaje» que recorre el pícaro novohispano en comparación con sus antecesores españoles básicamente está determinado por el azar y por las amistades casuales que va haciendo a lo largo del camino. Sin embargo, la estructura total de la novela se presenta como una construcción más cercana a la estrella, que se desvía de los modelos españoles. Si dejamos al margen las estructuras circulares propias de todo el viaje, como por ejemplo el viaje a las Filipinas con ida y vuelta por Acapulco, en cierto modo se pueden ordenar los movimientos del pícaro en un itinerario interrumpido sólo por digresiones y excursiones. Pero en el proceso total de la novela domina, sin duda alguna, una combinación de la cuarta y quinta figuras básicas, de modo que podemos hablar de un movimiento determinado más o menos por el azar pero orientado siempre hacia un centro que funciona como eje de la estrella y desarrolla una fuerza centrípeta. Con esto se muestra no sólo la anulación de una forma abierta dentro de una forma cerrada, sino también la orientación de un espacio amplio hacia un lugar central, la capital del Virreinato de la Nueva España.

El desvío de *El Periquillo Sarniento* del esquema de movimiento típico de la novela picaresca española es tan significativo que a pesar de todos los

---

72 He intentado desarrollar esas cinco figuras partiendo de relatos de viaje de los siglos XVIII y XIX en Ette, Ottmar (1997): «'Est-ce que l'on sait où l'on va?': Dimensionen, Orte und Bewegungsmuster des Reiseberichts», en: Bernecker, Walther L. / Krömer, Gertrud (eds.): *Die Wiederentdeckung Lateinamerikas: Die Erfahrung des Subkontinents in Reiseberichten des 19. Jahrhunderts*, Frankfurt am Main, pp. 29-78.

azares puede ser puesto en relación con las situaciones políticas en el Virreinato y con la centralización del futuro estado nacional mexicano. No olvidemos las disputas entre los seguidores de las estructuras federales y los de las centralistas en el estado recientemente independizado. Al mismo tiempo esta figura-estrella permite, a nivel de tiempo narrado, introducir un cambio rítmico fundamental para la economía de la novela picaresca entre movimiento y tranquilidad que permita la modelación de determinadas transformaciones. Si comprendemos los movimientos del pícaro en el espacio como procesos de comprensión que deben ser seguidos por el lector, no sorprende que la modelación de determinados lugares, en los cuales ocurren importantes cambios, tenga que ser acentuada tópicamente. Pero estos lugares de cambio y de toma de conciencia no se exponen en pasajes discursivos, como en otras partes, sino, sobre todo, a través de poemas *localizados*. Se trata de formas de expresión lírica, de una toma de conciencia individual, que se pueden clasificar bajo distintos lugares / *topoi*, dentro de los transcurso del movimiento hermenéutico. Los poemas integrados en el transcurso de la novela puntúan y dan ritmo a los movimientos hermenéuticos del protagonista interno de la novela y a los del lector externo de la novela. El descanso que necesita este lector para el cambio de género, en puntos determinados del camino recorrido por el pícaro, lleva a una espacialización de los procesos de comprensión y a una transmisión, efectiva y evidente, del movimiento hermenéutico al receptor. Los puntos de cambio en el camino de la vida quedan así cargados semánticamente y puestos plásticamente ante los ojos del lector.

El movimiento hermenéutico que debe seguir un lector activo está en relación al espacio nacional, orientado hacia la capital de México. Si el término de «sociedad» en la obra completa de Fernández de Lizardi se basa, como demostró Dieter Janik,<sup>73</sup> en el término moderno de proveniencia rousseauiana, que pone de relieve una estructura familiar *in nuce* orientada patriarcalmente al padre como la estructura básica, se puede entender un público lector nacional todavía por crear, que honra el trabajo del escritor y apoya la influencia del *escritor público* en la formación de una nueva sociedad; como un nivel de trámite fundamental entre un concepto de sociedad moderno, el nuevo papel que representa el escritor dentro de esta so-

73 Janik, Dieter (1987): «'El Periquillo Sarniento' de J.J. Fernández de Lizardi: una normativa vacilante; sociedad – naturaleza y religión – razón», en: *Ibero-Amerikanisches Archiv* 13/1, pp. 49-60.

ciudad. Dentro de esta comunidad de lectores le corresponde al nuevo escritor una función central dirigente e intelectual a la que se tendría que denominar patriarcal. Se trata no sólo de una situación comunicativa entre un padre y sus hijos, sino todavía más bien de aquella situación entre un escritor independiente de cualquier mecenas y su público lector que se está formando, el cual anticipa las estructuras básicas de una futura comunidad nueva. Con ello se aclara todo el peso que le corresponde al espacio paratextual en su relación con el espacio nacional. Si la relación entre *literatura y nación* en la novela hispanoamericana del Romanticismo está mediada (y ficcionalizada) por una, la mayoría de las veces desafortunada, historia de amor en forma de un proceso alegórico nacional, en *El Periquillo Sarniento* sucede esto, en 1816, a través de la relación todavía por definir entre un nuevo tipo de escritor orientado hacia el mercado literario y un público lector nacional al que a pesar de su heterogeneidad social, de raza y cultural se tuvo que dirigir y ganar como potencial capa compradora. El objetivo de Fernández de Lizardi fue crear un público para una literatura escrita en América, a la cual se le impidió el acceso al público lector en España, durante casi un siglo, hasta los éxitos de los modernistas. *El Periquillo Sarniento* marca este momento decisivo para el desarrollo posterior de las literaturas latinoamericanas y lo declara como punto de partida de su creación literaria. La construcción de lo nacional como espacio comunicativo (pre-)nacional –y no tanto la contingencia de las fechas– hace de la primera novela del *Pensador Mexicano* un texto fundador verdadero y efectivo de las literaturas hispanoamericanas.

## Bibliografía

### Textos

- Fernández de Lizardi, José J. (<sup>11</sup>1970): *El Periquillo Sarniento*, prólogo de Jefferson R. Spell, México: Editorial Porrúa.  
Fernández de Lizardi, José J. (1962): *El Pensador Mexicano*, México.  
Rodó, José E. (1995): *Ariel*, edición de Belén Castro Morales, Madrid.

### Estudios

- Abrams, Frank (1966-67): «To whom was the Anonymous ‘Lazarillo de Tormes’ dedicated?», en: *Romance Notes* 8, pp. 273-277.



- Altamirano, Carlos / Sarlo, Beatriz (1983): *Literatura y sociedad*, Buenos Aires.
- Cerutti Guldberg, Horacio (1991): «Utopía y América latina», en: id.: *Presagio y tópica del descubrimiento*, México, pp. 21-33.
- Cros, Edmond (1992): «Estructura testamentaria y discurso reformista en el 'Periquillo Sarniento': México, principios del siglo XIX», en: id.: *Ideosemas y morfogénesis del texto: literatura española e hispanoamericana*, Frankfurt am Main, pp. 121-146.
- Cros, Edmond (1992): *Ideosemas y morfogénesis del texto: literatura española e hispanoamericana*, Frankfurt am Main.
- Derrida, Jacques (1978): *La vérité en peinture*, Paris.
- Ette, Ottmar (1994a): «'Así habló Próspero': Nietzsche, Rodó y la modernidad filosófica de 'Ariel'», en: *Cuadernos Hispanoamericanos* 528, pp. 48-62.
- Ette Ottmar (1994b): «La puesta en escena de la mesa de trabajo en Raynal y Humboldt», en: *Cuadernos Americanos* 8/46, pp. 29-68.
- Ette, Ottmar (1995a): «Asimetría intercultural: diez tesis sobre las literaturas de Latinoamérica y Europa», en: *Casa de las Américas* 199/15, pp. 36-51.
- Ette, Ottmar (1995b): «Dimensiones de la obra: iconotextualidad, fonotextualidad, intermedialidad», en: Spiller, Roland (ed.): *Culturas del Río de la Plata (1973-1995): transgresión e intercambio*, Frankfurt am Main, pp. 13-35.
- Ette, Ottmar (1996): «Diderot et Raynal: l'œil, l'oreille et le lieu de l'écriture dans l'Histoire des deux Indes», en: Lüsebrink, Hans-Jürgen / Strugnell, Anthony (eds.): *L'Histoire des deux Indes: réécriture et polygraphie*, Oxford, pp. 385-407.
- Ette, Ottmar (1997): «'Est-ce que l'on sait où l'on va?': Dimensionen, Orte und Bewegungsmuster des Reiseberichts», en: Bernecker, Walther L. / Krömer, Gertrud (eds.): *Die Wiederentdeckung Lateinamerikas: Die Erfahrung des Subkontinents in Reiseberichten des 19. Jahrhunderts*, Frankfurt am Main, pp. 29-78.
- Franco, Jean (1983): «La heterogeneidad peligrosa: escritura y control social en vísperas de la Independencia mexicana», en: *Hispanamérica* (Gaithersburg) 22/34-35.
- Genette, Gérard (1987): *Seuils*, Paris.
- González Cruz, Luis F. (1982): «El Quijote y Fernández de Lizardi: revisión de una influencia», en: Criado y Val, Manuel (ed.): *Cervantes: su obra y su mundo; actas del I Congreso Internacional sobre Cervantes*, Madrid, pp. 927-932.
- González Peña, Carlos (1910): «El 'Pensador Mexicano' y su tiempo», en: *Conferencias del Ateneo de la juventud*, México.
- Hudde, Hinrich (1986): «Fernández de Lizardi: Literarische Utopie an der Schwelle der Unabhängigkeit Mexikos (mit Bemerkungen zu modernen lateinamerikanischen Utopien)», en: *Literaturwissenschaftliches Jahrbuch der Görres-Gesellschaft* 27, pp. 253-267.
- Hudde, Hinrich / Kuon, Peter (eds.) (1988): *De l'utopie à l'uchronie: formes, significations, fonctions; actes du colloque d'Erlangen 16-18 octobre 1986*, Tübingen.
- Íñigo Madrigal, Luis (1987): «José Joaquín Fernández de Lizardi», en: id. (ed.): *Historia de la literatura hispanoamericana*, vol. 2: *Del Neoclasicismo al Modernismo*, Madrid.
- Janik, Dieter (1987): «'El Periquillo Sarniento' de J.J. Fernández de Lizardi: una normativa vacilante; sociedad – naturaleza y religión – razón», en: *Ibero-Amerikanisches Archiv* 13/1, pp. 49-60.
- Krauss, Henning (1987): «Der Ursprung des geschichtlichen Weltbildes: Die Herausbildung der 'opinion publique' und die literarischen Uchronien», en: *Romanistische*

- Zeitschrift für Literaturgeschichte: Cahiers d'Histoire des littératures Romanes* 11/3-4, pp. 337-352.
- Kuon, Peter (1988): «Utopie et anthropologie au siècle des lumières ou: La crise d'un genre littéraire», en: Hudde, Hinrich / Kuon, Peter (eds.): *De l'utopie à l'uchronie: formes, significations, fonctions; actes du colloque d'Erlangen 16-18 octobre 1986*, Tübingen, pp. 49-62.
- Lasarte, Pedro (1989): «Don Catrín, Don Quijote y la picaresca», en: *Revista de Estudios Hispánicos* 33/3, pp. 101-112.
- Meyer-Minnemann, Klaus (1994): «Apropiaciones de realidad en las novelas de José Joaquín Fernández de Lizardi», en: Dill, Hans-Otto / Gründler, Carola / Gunia, Inke / Meyer-Minnemann, Klaus (eds.): *Apropiaciones de realidad en la novela hispanoamericana de los siglos XIX y XX*, Frankfurt am Main/Madrid, pp. 47-61.
- Micó, José M. (1994): «Introducción», en: Alemán, Mateo: *Guzmán de Alfarache*, vol. 1, Madrid.
- Mora Escalante, Sonia M. (1993-94): «Le picaresque dans la construction du roman hispano-américain: le cas du 'Periquillo'», en: *Etudes littéraires* (Québec) 26/3.
- Pérez Firmat, Gustavo (1989): *The Cuban Condition: Translation and Identity in Modern Cuban Literature*, Cambridge.
- Rama, Ángel (1984): *La ciudad letrada*, Hanover.
- Rama, Ángel (1986): «La formación de la novela latinoamericana», en: id.: *La novela en América Latina: panoramas 1920-1980*, Montevideo.
- Rico, Francisco (1989): *La novela picaresca y el punto de vista*, Barcelona.
- Salomon, Noël (1965): «La crítica colonial de la Nueva España en 'El Periquillo Sarniento'», en: *Cuadernos Americanos* 21/138.
- Skirius, John (1982): «Fernández de Lizardi y Cervantes», en: *Nueva Revista de Filología Hispánica* 31/2, pp. 257-272.
- Spell, Jefferson R. (1931): *The Life and Works of José Joaquín Fernández de Lizardi*, Philadelphia.
- Strosetzki, Christoph (1989): «Fénelon et Fernández de Lizardi: de l'absolutisme au libéralisme», en: *Œuvres et Critiques* 14/2, pp. 117-130.
- Torres Bodet, Jaime (1962): «Estudio preliminar a José Joaquín Fernández de Lizardi», en: Fernández de Lizardi, José J.: *El Pensador Mexicano*, México.
- Trousseau, Raymond (1971): «Introduction», en: Mercier, Louis-Sébastien: *L'An deux mille quatre cent quarante: rêve s'il en fût jamais*, Bordeaux, pp. 7-73.
- Vogele, Nancy (1987): «Defining the 'Colonial Reader': 'El Periquillo Sarniento'», en: *Publications of the Modern Language Association of America* 102/5, pp. 784-800.

JOSÉ MARÍA LUIS MORA ENTRE LA ILUSTRACIÓN Y EL  
LIBERALISMO

Si la Ilustración francesa motivó la Revolución Francesa en el año 1789, entonces se plantea la pregunta de cuáles fueron las condiciones que motivaron las luchas revolucionarias de independencia latinoamericanas a principios del siglo XIX, que por su parte causaron movimientos sociales revolucionarios. Si se tiene en cuenta que en México había entre los años 1821 y 1854 nada menos que 42 gobiernos, un comandante general y veinte presidentes, de los cuales algunos estuvieron varias veces en el poder,<sup>1</sup> es preciso investigar los fundamentos teóricos que reclamaron para ellos los renovadores. Uno de sus representantes más importantes fue José María Luis Mora, que vivió de 1794 hasta 1850. En 1832 se le considera como «teórico reconocido del partido de la reforma nacional, campeón del anticlericalismo y de una visión utilitarista del progreso social».<sup>2</sup> Sus ideas serían las que determinarían todavía después de su muerte la Constitución del 5 de febrero de 1857.<sup>3</sup>

- 
- 1 Silva Herzog, Jesús (1957): «La tenencia de la tierra y el liberalismo mexicano: del 'Grito de Dolores' a la 'Constitución de 1857'», en: *El Liberalismo y la Reforma en México*, México: UNAM; Escuela Nacional de Economía, pp. 665-714, aquí p. 691.
  - 2 Hale, Charles A. (1972): *El liberalismo mexicano en la época de Mora (1821-1853)*, México, p. 74; véase también pp. 11-12. Además Torres Gaitán, Ricardo (1957): «Introducción», en: *El Liberalismo y la Reforma en México*, pp. 3-14, aquí p. 3: «[...] en los conceptos del Dr. José María Luis Mora y en los esfuerzos de don Valentín Gómez Farías, a quienes con justicia se les reconoce como los precursores de las leyes de Reforma. Ideólogo el uno y estadista el otro.»
  - 3 Véase Yáñez, Agustín (<sup>1</sup>1986 / <sup>1</sup>1950): «Prólogo», en: Mora, José M. L. (originalmente 1836, París): *México y sus revoluciones*, 3 vols., edición y prólogo de Agustín Yáñez, vol. 1, México: Editorial Porrúa, pp. VII-XXV, aquí p. XVIII. Véase también Zea, Leopoldo (<sup>1</sup>1976 / <sup>1</sup>1965, México): *El pensamiento latinoamericano*, Barcelona, p. 392; así como Silva Herzog, «La tenencia de la tierra y el liberalismo mexicano», p. 684. Hay que destacar en este contexto sobre todo la ley de desamortización de 1856, inspirada por Mora, que prohibió a la Iglesia en gran medida la posesión y administración de la tierra. La Constitución de 1857 «verankerte das allgemeine Wahlrecht, garantierte die bürgerlichen Rechte, die Freiheit der Wirtschaft, der Arbeit und der Assoziation, sah die Freiheit der Bildung vor, legte als Staatsform eine repräsentativ-demokratische und föderalistische Republik fest, die sich aus freien und souveränen Staaten zusammensetzte». Véase Bernecker Waltherr L. / Buve, Raymond Th. (1992): «Mexiko 1821-1900», en: Bernecker, Waltherr L. / Buve, Raymond Th. et al. (eds.): *Handbuch der Geschichte Lateinamerikas*, vol. 2: *Lateinamerika von 1760-1900*, Stuttgart, pp. 498-556, aquí p. 510.

Su obra más conocida tiene el título *México y sus revoluciones*. Fue preparada a partir de 1828 y redactada en 1830. Se terminó y publicó en 1836 en París. Agustín Yáñez la caracteriza en su introducción como «una tesis y un diagnóstico sobre México, bajo la idea del progreso, entendido como reforma»,<sup>4</sup> en la que los elementos filosóficos predominan sobre los históricos y los estadísticos. Yáñez demuestra mediante la biografía de Mora hasta qué punto éste pudo aprovechar sus experiencias personales, pues Mora era versado en economía política, ya que había fundado en el Colegio de San Ildefonso la cátedra correspondiente. Como miembro del clero, Mora conocía los privilegios que atacaba. Como periodista comentó la situación política en tres revistas diferentes de 1821 a 1822, de 1827 a 1828 y de 1833 a 1834. También se había dedicado a cuestiones pedagógicas, cuando presentó en 1823 el plano de reforma para el Colegio de San Ildefonso, que sirvió posteriormente como base para las leyes de reforma pedagógica a nivel nacional. Mora había optado por el exilio en diciembre de 1834, porque estaba desilusionado por la traición a las ideas liberales por parte del dictador Antonio López de Santa Anna. En 1835 se estableció en París. Allí obtuvo en 1846 un cargo diplomático, como también a partir de 1847 en Inglaterra.<sup>5</sup>

Las transformaciones radicales que comienzan con la Independencia, ya sugeridas en el título del libro de Mora, son la clave para entender el nuevo México. Según él, una revolución se realiza lentamente y debería ser calificada más bien como evolución. No obstante, le parece negativo que como consecuencia de una revolución permanente se dé la pobreza.<sup>6</sup> De ahí que se pueda comprender el deseo general de bienestar rápido.<sup>7</sup> Pero el punto de partida principal no son para él las circunstancias materiales, sino las ideas y actitudes. Así, el mérito de la Revolución Francesa no sería una transformación inmediata, sino la preparación mental para los cambios por venir.<sup>8</sup> Insiste Mora: «Es preciso, para la estabilidad de una reforma, que

4 Yáñez, «Prólogo», p. VII.

5 Indica como motivo para su libro *México y sus revoluciones* que la mayoría de autores sólo han escrito sobre México en base a lo que han querido ver como viajeros. Por ello, Mora quería contribuir a una valoración más apropiada de México por parte de los lectores europeos, «desengañándolos de los multiplicados errores en que los han imbuido las relaciones poco exactas de los viajeros», en: Mora, *México y sus revoluciones*, vol. 1, p. 5.

6 «La pobreza es consecuencia necesaria de un estado de revolución permanente», en: Mora, José M. L. (1941): *Ensayos, ideas y retratos*, prólogo y selección de Arturo Arnáiz y Freg, México: UNAM, p. 147.

7 Mora, *México y sus revoluciones*, vol. 1, p. 466.

8 Ibid., p. 83: «[...] fue disponiendo, aunque lentamente, los ánimos a los grandes cambios que se preparaban.» El modelo para México era la Revolución Francesa, de cuyos ideales y errores se pudo

sea gradual y caracterizada por revoluciones mentales que se extiendan a toda la sociedad, y modifiquen no sólo las opiniones de determinadas personas, sino las de toda la masa del pueblo.»<sup>9</sup> El hecho de que a pesar de toda la voluntad de cambio pervivan también instituciones coloniales y que los mexicanos no hayan querido cambiar tras la liberación del poder colonial todas las cosas de una vez, es para Mora incluso un signo de habilidad y capacidad de juicio.<sup>10</sup> No es en absoluto extraño que tras trescientos años de dominio colonial la administración del Estado haya mantenido tras la Independencia también principios de la anterior administración.<sup>11</sup> A fin de cuentas la revolución de 1810 se llevó a cabo muy desordenadamente, ya que según Mora sus cabecillas no tenían la capacidad para llevar adelante un proceso ordenado.<sup>12</sup> No obstante, califica su obra como heroica, necesaria y como condición fundamental para una nueva ordenación, esta vez disciplinada y eficiente.<sup>13</sup>

La última historiografía también prueba en efecto, «daß die Unabhängigkeit eher unter dem Gesichtspunkt politischer, ökonomischer und sozialer Kontinuität als unter dem eines abrupten Wandels gewertet werden muß.»<sup>14</sup> La clase alta de los criollos era la que perseguía en la formación del Estado mexicano sus propios intereses económicos y políticos. Se dividió en un bando tradicionalista y otro liberal. Así, se perdió en los años veinte la característica unidad de los criollos y se produjo la división según criterios ideológicos y políticos.<sup>15</sup>

Se plantea la cuestión de cómo valora Mora en el pasado y el presente las relaciones de otros países con México. La postura de Madrid respecto a la próspera colonia de México había sido ambivalente: por un lado se fomentó el progreso y el desarrollo, por otro lado se observó con recelo el crecimiento y la prosperidad, y al mexicano no se le concedía nada. Por ello, la administración de la colonia se había mantenido en manos de los

---

aprender. Véase Mora, *México y sus revoluciones*, vol. 2, pp. 249-250. Mora menciona a Hidalgo, que se entusiasmó por las ideas de la Revolución Francesa, en: id., *México y sus revoluciones*, vol. 3, p. 63.

9 Ibid., vol. 1, p. 118.

10 Ibid., p. 255.

11 Ibid., p. 153.

12 «Ninguna de ellas tenía el menor conocimiento ni práctica de los negocios, de lo que es un gobierno, ni mucho menos del curso y resultados de una revolución, cosa hasta entonces desconocida en el país», en: Mora, *México y sus revoluciones*, vol. 3, p. 18.

13 Ibid., pp. 145-146.

14 Buve, Raymond Th. / Fisher, John R. (1992): «Grundlinien der Geschichte Lateinamerikas 1760-1900», en: Bernecker, Walther L. / Buve, Raymond Th. et al. (eds.): *Handbuch der Geschichte Lateinamerikas*, vol. 2: *Lateinamerika von 1760-1900*, Stuttgart, pp. 3-10, aquí p. 8.

15 Bernecker / Buve, «Mexiko 1821-1900», aquí pp. 504-505.

españoles y se obstaculizó conscientemente la educación de los mexicanos. El miedo de perder un país rico cegó supuestamente a España, que pensó «que la ignorancia era el medio más seguro de impedirle la emancipación de la América.»<sup>16</sup> Así pudo surgir en Europa el prejuicio de la «degeneración de sus hijos en América», «atribuyendo a la naturaleza de su organización lo que sólo era efecto de la viciosa educación que habían recibido.»<sup>17</sup> Un indicio para la difusión exitosa de este prejuicio es según Mora el ilustrado español Feijóo, ya que combatió esta opinión. También el error generalizado que acusa a los mexicanos de ser apáticos, reacios al trabajo y amigos de disputas, lo considera Mora un consciente «medio de descrédito».<sup>18</sup> Como reacción en contra de los españoles se dictó en 1827 una ley que preveía que ningún español pudiese desempeñar un cargo público federal civil o militar hasta el reconocimiento de México por parte de Madrid. Asimismo se aprobó ese año una ley, según la cual los españoles debían abandonar México en el plazo de seis meses, si bien esta ley tuvo numerosas excepciones.<sup>19</sup>

La revolución de 1810 se encontraba frente a la necesidad de tener que eliminar a escala general convenciones de obediencia y de sumisión, «era indispensable interesar en la revolución a las clases populares.»<sup>20</sup> A ellas había que apelar para conseguir su colaboración. Si hasta entonces el principal y unificador «sentimiento popular»<sup>21</sup> había sido el odio hacia los españoles como conquistadores y señores coloniales, se pudieron desarrollar con la dignidad humana ahora alcanzada unas apreciaciones de valores morales.<sup>22</sup> Por ello, según Mora, es falso buscar en el carácter inalterable de sus habitantes las razones de la imagen negativa que se tiene en Europa de los nuevos países latinoamericanos. Más bien se demuestra ya tras el corto tiempo de la Independencia la eliminación poco a poco de

---

16 Mora, *Ensayos, ideas y retratos*, p. 92.

17 Mora, *México y sus revoluciones*, vol. 1, pp. 75-76.

18 Ibid., p. 76. Véase también «la verdadera causa de los vicios de muchos, la ineptitud de algunos, y la dificultad suma que experimentaban todos para progresar, no existía en su naturaleza sino en los obstáculos creados a propósito para que diesen este resultado», *ibid.*, p. 77.

19 Bernecker / Buve, «Mexiko 1821-1900», pp. 506-507.

20 Mora, *México y sus revoluciones*, vol. 3, pp. 15-16.

21 Ibid., p. 16.

22 «La libertad y la riqueza que apenas empiezan a aclimatarse en México, han empezado a hacer sentir sus efectos; y sus resultados en orden a la moralidad del pueblo serán decisivos cuando la primera sea mejor entendida y la segunda se haga más general», en: Mora, *México y sus revoluciones*, vol. 1, p. 80.

circunstancias precarias. Pero aquí Latinoamérica no puede ser comparada con América del Norte, ya que la situación de partida era mejor allí.<sup>23</sup>

En el gran número de países con los que México ha entrado en relaciones, se pueden encontrar modelos a imitar en el comportamiento social, los usos y las costumbres. Pero nadie quiere recordar a España debido a la larga lucha por la Independencia. Mora compara aquí a los mexicanos con los holandeses, que por su parte querían borrar de su memoria tras la liberación política todo aquello que les recordaba a los españoles. Mientras tanto son cada vez más Francia e Inglaterra los países que como modelo encuentran imitadores en México. En principio, Inglaterra daba el tono en la moda, los alimentos y las tertulias. Después surgió el modelo francés. Y así, la joven sociedad mexicana independiente se presenta como «una confusa mezcla de hábitos, usos y costumbres»,<sup>24</sup> en la que habría que incluir también las capitales italianas.<sup>25</sup> En el caso de imponerse el modelo francés, lo cual es probable para Mora, anuncia sin embargo pequeñas objeciones: las costumbres francesas son demasiado libertinas y le conceden sobre todo a la mujer casada demasiadas libertades.

La Independencia de México significa por lo tanto no sólo el fin de la opresión política por parte de España,<sup>26</sup> sino también una nueva libertad en la búsqueda de modelos culturales. Esto ya se manifiesta cuando Mora destaca la nueva importancia de los idiomas extranjeros, considerando el conocimiento del francés como un bien cultural imprescindible y destacando la importancia creciente del inglés y del italiano.<sup>27</sup> Pero en cambio allí donde las fuerzas políticas manifesten todavía «el espíritu entrometido del gobierno español»,<sup>28</sup> se retrasa el progreso.<sup>29</sup> Puesto que Mora no quiere resucitar la vieja dependencia colonial bajo una nueva apariencia, rechaza la idea de Bolívar acerca de una unión de estados latinoamericanos. México se considera tan superior a las otras nuevas repúblicas, que no puede

---

23 Ibid., p. 469.

24 Ibid., p. 135.

25 Ibid., p. 136.

26 «Nada hay más precioso para un pueblo que su independencia respecto a las demás naciones, especialmente si ha sufrido por un período considerable de tiempo el régimen opresor del extranjero», en: Mora, *Ensayos, ideas y retratos*, p. 76.

27 Mora, *México y sus revoluciones*, vol. 1, p. 123.

28 Ibid., p. 57.

29 La idea de la Independencia de las colonias ya se formuló tempranamente en España. Mora menciona al Conde de Aranda, que tenía una estrecha vinculación con el grupo de los filósofos franceses de la Ilustración y que ya propuso en 1783 a Carlos III conceder la libertad a las colonias españolas. Véase Mora, *México y sus revoluciones*, vol. 2, pp. 242, 245-246.

ceder sus derechos soberanos.<sup>30</sup> Además, no se pueden fijar precipitadamente las prioridades de política exterior, sino que dependen del momento correspondiente y de los intereses de los poderes extranjeros.<sup>31</sup>

Sobre todo cuando Mora compara el presente con la época colonial, considera el progreso como algo ya conseguido, algo que observa con satisfacción.<sup>32</sup> Así, los progresos de la «civilización»<sup>33</sup> mexicana se presentan para él allí donde la capacidad de discutir sobre asuntos sociales se ha extendido más allá de la capa intelectual de las capitales. Se denotan progresos en las mujeres mexicanas, que visten los vestidos europeos más elegantes y finos, a pesar de la pobreza debida al estado de revolución permanente.<sup>34</sup> De manera comparable ha mejorado también paulatinamente después de la Independencia la decoración de las casas y viviendas. Si no se altera el paso del progreso y los artículos europeos de importación se mantienen pagables, opina Mora que «México dentro de muy pocos años será una nación enteramente europea, como la de los Estados Unidos del Norte.»<sup>35</sup>

Se puede plantear la cuestión de si Mora como representante de la alta capa social y como político traza realmente una imagen objetiva de la sociedad de su tiempo, o si en cambio edulcora el retrato con optimismo tendencioso, para desviar la atención de insuficiencias y defectos. Esto prácticamente sólo se puede decidir en cada caso concreto. En la nueva historiología se valora a Mora por un lado como cofundador de la historiografía mexicana,<sup>36</sup> por otro lado aparece al igual que otros historiadores de su tiempo hasta tal punto influido por las experiencias de las rebeliones entre 1808 y 1824 y por las corrientes ideológicas europeas, cuyo rasgo común era la importancia de la idea de progreso, que no se puede hablar de una historiografía «objetiva», sino sólo de una subjetiva.<sup>37</sup> La historiología actual atribuye el retraso económico de México a la época entre las reformas borbónicas (aprox. 1780) y el fin de la reforma liberal (aprox. 1870),

30 Ibid., vol. 1, pp. 306-307.

31 Ibid., pp. 330-331.

32 «La palabra *mejora* es un término relativo, y si se pudiera dar una idea adecuada de la anterior degradación de las colonias españolas y de su abyecta sumisión a la autoridad del clero, la sorpresa que ha producido el nuevo orden de cosas sería el sentimiento que debería excitarse en los que filosóficamente observan estos desarrollos, aunque cortos, del vigor mental», *ibid.*, p. 119.

33 Ibid., pp. 121-122.

34 Ibid., p. 128.

35 Ibid., p. 132.

36 Lechner, Jan (1992): «Kultur und Literatur», en: Bernecker / Buve et al. (eds.), *Handbuch der Geschichte Lateinamerikas*, vol. 2, Stuttgart, pp. 418-438, aquí p. 431.

37 Buve / Fisher, «Grundlinien der Geschichte Lateinamerikas 1760-1900», p. 5.



en la que no se produjo la revolución industrial, dando lugar a la depresión económica. Si la responsabilidad principal para ello se debe asignar a la inestabilidad política, a la estructura agraria arcaica o bien al papel negativo de la Iglesia como institución económica, es una cuestión debatida:

Neuere Studien über die *hacienda* haben deutlich gemacht, daß es sich bei dieser Form des Großgrundbesitzes nicht generell um schlecht organisierte und ineffiziente Unternehmen handelte [...]. Die Kirche war als ökonomische Institution kein ernsthaftes Wachstumshindernis. Weder der Zehnte noch das System der Hypothekendarlehen oder der korporative Besitz wirkten sich besonders belastend oder ineffizient aus. Im Kreditbereich agierte die Kirche vielmehr wie eine moderne Entwicklungsbank.<sup>38</sup>

Pero en la perspectiva de Mora el progreso no aparece sólo como algo conseguido, sino también como tarea. Así, considera importante la población de regiones hasta ahora poco habitadas, para poder evitar invasiones posibles de estados vecinos. Las tribus que vagabundean hasta entonces allí deben asentarse bajo la dirección de una administración previsoras junto a familias europeas y dejarse llevar por ellas hacia la civilización.<sup>39</sup> En cambio, observa el progreso con escepticismo en cuanto que no ha impuesto todavía completamente lo nuevo y sigue sin haber eliminado definitivamente lo viejo. Mientras que en México no tenga vigor ni el sistema antiguo ni el nuevo, reinará el desorden general.<sup>40</sup> Mora ve incluso amenazado el progreso, cuando responsabiliza el acceso demasiado libre a cargos públicos en México de que incompetentes representantes del pueblo estén dando el tono.<sup>41</sup>

Las transformaciones comienzan pues según la convicción liberal fundamental de Mora en cada individuo y en su educación. «La verdad es que las razas mejoran o empeoran con los siglos, como los particulares con los años, y que en aquéllas y en éstos lo puede todo la educación.»<sup>42</sup> Sólo la

---

38 Bernecker / Buve, «Mexiko 1821-1900», p. 502.

39 Mora, *México y sus revoluciones*, vol. 1, pp. 144-145.

40 «De aquí resulta que en México no haya ningún orden establecido; no el antiguo, porque sus principios están ya desvirtuados y medio destruidos los intereses que lo apoyaban; no el nuevo, porque aunque las doctrinas en que se funda y los deseos que ellas excitan son ya comunísimas en el país, todavía no se ha acertado con los medios de combinarlas con los restos que existen aún del antiguo sistema, o de hacerlos desaparecer; en suma, no se puede volver atrás ni caminar adelante sino con grande dificultad», *ibid.*, p. 472.

41 «[H]an ocupado los sofás de los congresos, y los sillones del gobierno, personas no sólo sin educación ni principios, poseídas de la más crasa ignorancia, sino lo que es más, enteramente destituidas de moralidad y honradez», *ibid.*, p. 281.

42 *Ibid.*, p. 66.

educación permite a cada individuo participar en las ofertas de un Estado.<sup>43</sup> Quiere que la influencia del clero sea apartada de la educación escolar y que sea asignada al Estado. Es sabido que las ideas de Mora tuvieron una importancia determinante para las leyes de reforma de 1833 y 1834, así como posteriormente en la laicización de la enseñanza pública por parte del presidente Juárez en el año 1869.<sup>44</sup> El gran número de nuevas escuelas primarias establecidas después de la Independencia lo califica Mora como logro del sistema federal, mediante el cual se tienen más en cuenta los deseos de la base. Pero Mora no se limita a la configuración política de la organización escolar, sino que presenta también propuestas de contenido. Aquí parte de la ilustración y lamenta, siguiendo la tradición de la división pedagógica del «filósofo de Ginebra [...] entre la educación de las cosas y de las personas»,<sup>45</sup> que antes se enseñaban bajo una disciplina monacal cosas «de muy poca o ninguna importancia en el día».<sup>46</sup> Ahora se trata de aprender cosas que permitan «el cumplir las obligaciones anejas a puestos públicos que antes eran desconocidos».<sup>47</sup> Es decir que debe predominar la práctica y ella debe desbancar aquellos campos del saber que no tienen relación con la sociedad.<sup>48</sup>

Si la educación sirve a la práctica social y habilita para la participación en asuntos del Estado, entonces era consecuente que los estados totalitarios le negaran al individuo la educación y la información. Así explica Mora el esfuerzo del gobierno colonial español de ocultar todo aquello que podría hacer surgir la idea de una liberación de ella. Esto habría sido la razón para que hasta principios del siglo XVIII no existieran periódicos ni boletines públicos y que todo lo importante se hubiera mantenido oculto en los archivos.<sup>49</sup> Desde la Independencia en cambio se multiplicaron todas las iniciativas culturales en los Estados individuales del México federal: en todas

---

43 «Sin instrucción es difícil lograr en una República todos los bienes que promete este gobierno», en: Mora, *Ensayos, ideas y retratos*, p. 94.

44 «Ley Orgánica de Instrucción Pública (15 de mayo de 1869)»; véase Merrell, Floyd (1990): «Justo Sierra y la educación positivista de México», en: *Hispanófila* 33/3, pp. 67-78, aquí p. 69. Véase también de la Torre Villar, Ernesto (1977): «La reforma como proceso ideológico y cultural», en: *Cuadernos Americanos* 213/4, pp. 178-189, aquí pp. 182-183.

45 Mora, *México y sus revoluciones*, vol. 1, p. 86.

46 Ibid.

47 Ibid.

48 Así resulta el «menosprecio de aquella clase de estudios y conocimientos que no tienen con el orden social sino muy poca o ninguna relación», *ibid.*, pp. 86-87.

49 Ibid., vol. 2, p. 11.

partes se establecieron según Mora imprentas, periódicos, escuelas primarias, bibliotecas y salones de lectura.<sup>50</sup>

A la mayor oferta le corresponde una demanda creciente. La liberación mental mediante la Independencia hizo subir el interés por la lectura. A ello se debe según Mora que ahora se importen y se vendan muchos libros.<sup>51</sup> A pesar de que el comercio de libros esté libre de impuestos, su precio sigue siendo alto. Esto lo explica Mora con el contraste entre la gran demanda y la oferta, que en México sigue siendo a pesar de todo escasa. No obstante: «La importación frecuente de libros y la manía o moda de tenerlos y estudiarlos es siempre creciente en la República.»<sup>52</sup> Mora puede constatar incluso que la lectura de literatura de ficción no transmite solamente conocimientos, riqueza de ideas y curiosidad, sino que también ha refinado la sensibilidad de los mexicanos.<sup>53</sup>

Pero los progresos más notables los observa Mora en el refinamiento del trato social: «El bello sexo, los trajes, las concurrencias, los paseos, las diversiones y los placeres de la mesa mexicana han sufrido cambios totales o hecho considerables progresos.»<sup>54</sup> Cada vez más se supera la tradicional «falta de urbanidad», la «frivolidad en la conversación de las damas».<sup>55</sup> Puesto que en la época colonial el papel de la mujer estaba reducido a las labores domésticas, se le negó el acceso a la música, la pintura y la lectura, que en cualquier caso sólo podrían haber dañado su comedimiento. La mujer en México, reducida a la ignorancia en el trato y la frivolidad en el amor, tenía poco en común con el ameno «trato del bello sexo en los países civilizados».<sup>56</sup> Esto ha cambiado según Mora. Ahora existen «nuevos, más sólidos y puros atractivos a la sociabilidad mexicana».<sup>57</sup> La música, las artes plásticas, la lectura y las amistades persisten para la mujer también cuando la juventud y la belleza hayan desaparecido. En cambio, los conocimientos de idiomas no se han generalizado todavía lo suficiente entre las mujeres: «[S]in embargo, el curso siempre creciente de la civilización, va

---

50 Ibid., vol. 1, p. 84.

51 Ibid., pp. 83-84.

52 Ibid., p. 85.

53 Ibid., pp. 122-123. También en ciudades más pequeñas se han establecido teatros, que como «escuelas prácticas de la moral, de instrucción y de gusto» han motivado «tiernos y nobles sentimientos, acciones heroicas, moderación y finura en los modales y cultura en la expresión», *ibid.*, p. 122.

54 Ibid., p. 123.

55 Ibid., p. 125.

56 Ibid., p. 126.

57 Ibid.

dirigiendo las cosas allá, y sus resultados no serán muy tardíos ni se harán esperar mucho.»<sup>58</sup>

La difusión del saber y de la educación es pues un objetivo central de Mora. Así le place que los principios y fundamentos de las ciencias, las artes y profesiones, que anteriormente sólo eran conocidos por un círculo reducido de intelectuales, ahora «son ya comunes a todas las clases de la sociedad, si se exceptúa la ínfima compuesta de jornaleros».<sup>59</sup> La popularización del saber tendría poco efecto si no se aspirase a la igualdad de oportunidades para todos. En opinión de Mora, el perjuicio de los indígenas por parte de los españoles se ha nivelado desde la Independencia. No sólo se ha proclamado la igualdad de todas las clases y razas, sino que también se han eliminado obstáculos que se podrían haber opuesto al desarrollo de un grupo social, y en especial se ha favorecido a los indígenas.<sup>60</sup> Pero en la medida en que Mora quiere emancipar a los indígenas, para facilitarles el acceso al mundo racional, se hace obvio que no le interesa su particularidad. Esto se demuestra también en su visión de Cortés como fundador de la Nación Mexicana.<sup>61</sup> Para el gran número de indígenas y mestizos no se produjo en realidad ninguna mejora considerable después de la Independencia del país.<sup>62</sup>

Otra consecuencia de la idea de igualdad es la igualdad de derechos de distintas religiones, que el Estado debe garantizar mediante la tolerancia. Mora exige por lo tanto una división estricta entre la Iglesia y el Estado. La jurisdicción no se debe referir a imperativos religiosos, sino a leyes estatales.<sup>63</sup> El Estado ni puede favorecer una religión mediante protección especial, ni el individuo puede ser obligado en contra de su voluntad a adoptar una religión concreta.<sup>64</sup> La intolerancia es tan perniciosa para el nuevo Es-

58 Ibid., pp. 127-128.

59 Ibid., p. 122.

60 Ibid., p. 67.

61 Strosetzki, Christoph (1989): «'Los mejicanos pintados por sí mismos' (1855) und der Liberalismus des I. Ramírez», en: id.: *Das Europa Lateinamerikas: Aspekte einer 500jährigen Wechselbeziehung*, Stuttgart, pp. 90-112, aquí p. 108.

62 *Lateinamerika-Ploetz: Die Geschichte der lateinamerikanischen Länder zum Nachschlagen*, von Günter Kahle unter Mitarbeit von Felix Becker et al., Freiburg/Würzburg<sup>2</sup> 1993 (<sup>1</sup>1989), p. 77. Véase Bernecker / Buve, «Mexiko 1821-1900», p. 504; no se produjeron cambios hasta la paulatina realización de ideas liberales en la segunda mitad del siglo XIX. Véase además Buve / Fisher, «Grundlinien der Geschichte Lateinamerikas 1760-1900», p. 4.

63 «En todo pueblo en que se confunden los deberes sociales con los religiosos es casi imposible establecer las bases de la moral pública», en: Mora, *México y sus revoluciones*, vol. I, p. 457.

64 «El Evangelio ha canonizado, los padres de la Iglesia primitiva han sostenido, y la razón natural funda el principio de que el culto no puede ser forzado ni obra de la violencia; sólo los legisladores mexicanos han pretendido lo contrario ofreciendo a la religión una protección exclusiva», *ibid.*, p. 278.

tado de México como para la Iglesia misma.<sup>65</sup> Al fin y al cabo la libertad de conciencia y el ejercicio libre de la religión pertenecen a las libertades ciudadanas, que el liberal Mora quiere ver garantizadas en el Estado.<sup>66</sup>

A la exigencia de tolerancia frente a la religión ajena le corresponde aquella de la tolerancia frente a las opiniones ajenas. Por ello Mora exige la libertad de prensa. En la historia moderna siempre han surgido peligros para los estados allí donde un partido se había apoderado de la prensa y del gobierno, silenciando mediante el uso del terror a aquellos que los podían haber ilustrado.<sup>67</sup> En su «Discurso sobre la libertad de pensar, hablar y escribir» parte Mora de la imposibilidad fáctica de limitar la libertad de los pensamientos. Porque si a una persona se le impone en contra de su convicción una opinión nueva, entonces se aferrará más todavía a su anterior opinión. Por ello es ilógico obstaculizar la expresión oral o escrita.<sup>68</sup> Ya a partir de 1811 salieron al mercado en México dos periódicos, en los que se informaba sobre cuestiones sociales, la lucha entre el gobierno español y los insurgentes, discursos parlamentarios, los excesos de los comandantes españoles y la situación bélica. «Millares de ejemplares de estos impresos se hicieron circular por los pueblos, aldeas y aun por las ciudades que ocupaban los españoles.»<sup>69</sup> Precisamente estos periódicos lograron ganar simpatizantes para los insurgentes.<sup>70</sup>

Así se demuestra que la revolución se benefició de aquella libertad de expresión, que por su parte había sido un resultado importante de la revolución. Surgió un nuevo espíritu de debate, ya que cada uno quería participar con sus propias ideas en la creación del nuevo Estado. «Unos escribían, otros leían y disputaban sobre lo escrito, y todos se formaban un caudal de ideas de que hasta allí habían carecido, al mismo tiempo que perfeccionaban sus facultades mentales por el hábito de analizarlo todo y discurrir sobre cuanto pasaba a ser asunto de discusión general.»<sup>71</sup> El debate, que se iba ampliando cada vez más y más, condujo al cuestionamiento de los principios básicos. Se produjo una «discusión universal que no podía cerrarse

---

65 «En todas partes la intolerancia es contraria a la prosperidad pública y al progreso de las luces; pero en un país nuevo y despoblado como México es mucho más perjudicial en esta línea», *ibid.*

66 *Ibid.*, pp. 143-144.

67 Mora, *Ensayos, ideas y retratos*, p. 15.

68 *Ibid.*, pp. 4-7.

69 Mora, *México y sus revoluciones*, vol. 3, p. 174.

70 «El 'Ilustrador Americano' se leía por todas partes con avidez y con aprecio; en las grandes ciudades sometidas a los españoles, especialmente en México, circulaba de mano en mano, y aunque el gobierno virreinal sabía el hecho, no podía dar con las personas que lo leían y tenían», *ibid.*, p. 178.

71 Mora, *México y sus revoluciones*, vol. 1, p. 84.

jamás». <sup>72</sup> El debate de forma oral o escrita lo considera Mora el instrumento principal para hallar la verdad, ya que permite el contraste de opiniones opuestas. <sup>73</sup> Mora aboga por tanto por una continua mejora de la cultura del debate. La capacidad de debatir es para él un objetivo de la educación. Se debería vigilar que ya incluso en la escuela no se transmita un falso orgullo, que encuentra su expresión en la obstinación. <sup>74</sup> Un lenguaje torpe es igualmente inadecuado, ya que sólo puede insultar a los demás. No se precisa tanto la retórica, sino «una mayor dosis de filosofía». <sup>75</sup>

Si Mora destaca la importancia tan central de la filosofía en la Ilustración, se plantea la cuestión si con ello reduce al mismo tiempo el significado de la religión. Al fin y al cabo ataca severamente al clero: «Todo mexicano debe preguntarse diariamente a sí mismo, si el *pueblo* existe para el *Clero*; o si el *Clero* ha sido creado para satisfacer las necesidades del *pueblo*.» <sup>76</sup> Mora quiere ver abolidos los privilegios del clero. La Constitución liberal de 1824 todavía le había concedido fueros especiales. <sup>77</sup> Contra el monopolio del clero en la educación pública se dirige el decreto de Mora del 19 de octubre de 1833, que sentó la base para el sistema de educación laico. Otro problema es el hecho de que una gran mayoría de clérigos se encuentren en las ciudades, mientras que están haciendo falta en el campo. <sup>78</sup> Mora anota positivamente que el clero mexicano, a pesar de no haber destacado por su riqueza o sabiduría, era en cambio la única institución que en la época de la Conquista estuvo del lado de los indios oprimidos. Pero posteriormente se abusó del prestigio relacionado con el sacerdocio para buscar la intervención social. <sup>79</sup> La argumentación de Mora deja claro pues que aunque critique el rango del clero, no cuestiona en cambio el catolicismo. <sup>80</sup>

---

<sup>72</sup> Ibid., vol. 3, p. 152.

<sup>73</sup> «Nadie duda que el medio más seguro, o por mejor decir el único, para llegar al conocimiento de la verdad, es el examen que produce una discusión libre», en: Mora, *Ensayos, ideas y retratos*, p. 12. Véase también ibid., p. 13: «La libre circulación de ideas, y el contraste que resulta de la oposición, es lo único que puede rectificar las opiniones.»

<sup>74</sup> «Desde los primeros años se infunde a los jóvenes el hábito de no ceder nunca a la razón ni a la evidencia por palmarias que sean las demostraciones, en nuestros colegios se hace punto de honor en no ceder nunca de lo que una vez se ha dicho», ibid., p. 119. Mora da a entender que la obstinación de aquel que no se deja convencer ni por un hecho evidente, puede ser resultado también de la educación escolar determinada por la religión. Véase ibid., pp. 153-154.

<sup>75</sup> Ibid., p. 121.

<sup>76</sup> Ibid., p. 152.

<sup>77</sup> Mora, *México y sus revoluciones*, vol. 1, p. 114.

<sup>78</sup> Ibid., pp. 101 y 112.

<sup>79</sup> Ibid., p. 115.

<sup>80</sup> Véase Hale, *El liberalismo mexicano*, p. 129.

No sólo el clero, sino también el ejército se convierte en blanco de la crítica. También aquí aboga Mora por la abolición de los privilegios. En los fueros del ejército no sólo ve unos mecanismos ilícitos, por los que se queda al margen de la jurisdicción civil, sino también un instrumento de poder en manos del gobierno o de intereses partidistas.<sup>81</sup> Además, el ejército se halla en contra de los principios federales, así como en contra del orden y la libertad: «[E]s un principio de desorden y anarquía, una amenaza perpetua a la autoridad pública constituida.»<sup>82</sup> El ejército le parece fácilmente manipulable sobre todo por la ignorancia de los soldados, que en general no saben leer ni escribir y ni siquiera se percatan de irregularidades en la paga.<sup>83</sup> Mora ve en suma a la clase militar caracterizada por tendencias subversivas, avaricia de poder, ambición de cargos y decoraciones y por el ansia de enriquecerse rápidamente. Estos rasgos son precisamente las causas principales del desorden general en el México republicano.<sup>84</sup> Mora responsabiliza además al ejército del desequilibrio en los presupuestos estatales y la agricultura arruinada. Pues los agujeros en el presupuesto mexicano se deben al gran número de pensiones militares y los sobresueldos de los oficiales.<sup>85</sup> Le parece excesivo a Mora que todavía más de tres cuartos del presupuesto estatal vayan destinados al ejército.<sup>86</sup> Porque en definitiva la preferencia reinante en México por el ejército es culpable de la falta de mano de obra en la agricultura y en otros ramos productivos y necesarios. Así, escasean aquellas personas que podrían contribuir «a los progresos de la población, de la riqueza y de la moral pública».<sup>87</sup>

¿Pero en dónde se podrían buscar el progreso, la riqueza y la virtud? En México las virtudes, capacidades y habilidades se encuentran según Mora sólo en la «masa de la nación».<sup>88</sup> El concepto de la masa lo entiende Mora pues positivamente y expresa la gran extensión de sus ambiciones educativas.

Mora distingue tres clases: «[L]a militar, la eclesiástica y la de los paisanos.»<sup>89</sup> El último grupo lo considera como el más importante en número, el más influyente, ilustrado y rico. Se compone de comerciantes, artesanos,

81 Mora, *México y sus revoluciones*, vol. 1, p. 92.

82 Ibid., p. 376.

83 Mora, *Ensayos, ideas y retratos*, p. 115.

84 Ibid., p. 101.

85 Ibid., pp. 106-107.

86 Mora, *México y sus revoluciones*, vol. 1, p. 94.

87 Ibid., p. 99.

88 Ibid., p. 121.

89 Ibid., p. 88.

propietarios rurales, abogados y empleados. En ella se concentran las «virtudes, el talento y la ciencia».<sup>90</sup> Puesto que en México la producción industrial no había avanzado mucho, subraya Mora la importancia de la propiedad de tierra y se acerca con ello a los fisiócratas. Por su parte, él era criollo e hijo de terratenientes acomodados. Es por tanto muy significativo que abogara por una reforma agraria y en contra de los privilegios de su clase. En su opinión, la agricultura mexicana está arruinada porque entre los campesinos, que trabajan la tierra que no les pertenece,<sup>91</sup> falta el interés privado, provechoso para todas las empresas.

El tercer estado aparece pues poco homogéneo y caracterizado fundamentalmente por la abolición de aquellos privilegios garantizados por la ley, que Mora considera incompatibles con una república que debería garantizar la igualdad.<sup>92</sup> Puesto que la mayoría de los defectos del país se pueden asignar a los privilegios, Mora, aunque no quiera abolir el clero y el ejército, sí quiere en cualquier caso abolir sus privilegios. En otros países se ha logrado «que los clérigos y militares no formen clases separadas del resto de la sociedad, ni tengan otro influjo en el orden público que el que corresponde personalmente a sus miembros en razón de ciudadanos.»<sup>93</sup>

Al igual que la abolición de los privilegios de clase también la separación de poderes era un objetivo de los teóricos de la Ilustración. También Mora aboga por la división del poder estatal en poder legislativo, ejecutivo y judicial.<sup>94</sup> Parte para ello de un sistema estatal representativo, cuyos representantes se han de decidir mediante elecciones. Con todo, su modo de pensar es todavía tradicionalmente jerárquico cuando reduce el fraude en las elecciones y las decisiones erróneas en las mismas al hecho de que la posesión privada no sea más una condición para la participación en la elección, «como se hace en todo el mundo civilizado.»<sup>95</sup> Igualmente negativo le parece la abundancia de las elecciones. En su opinión, los diputados deberían ocupar el cargo durante tres, y los senadores durante seis años.<sup>96</sup> No menos importante que la separación de poderes es la separación del poder estatal en un poder central y varios gobiernos regionales, como lo prevé el

---

90 Ibid.

91 Ibid., p. 453.

92 Ibid., p. 279.

93 Ibid., p. 120.

94 «Para la administración de aquellos ramos que corresponden al gobierno general se ha dividido el poder supremo en legislativo, ejecutivo y judicial, bajo las bases del sistema representativo», *ibid.*, p. 256.

95 Ibid., p. 284.

96 Ibid., pp. 285-286.



sistema federal. Le parece a Mora una ventaja especial que este sistema evite que un político o un partido individual pueda convertirse en único soberano de todo México.<sup>97</sup> Que se le permita a cada Estado individual decidir sobre la política cultural, lo considera como importante «impulso que ha recibido la ilustración nacional».<sup>98</sup> El sistema federal de México es desde luego comparable al de los Estados Unidos de Norteamérica.<sup>99</sup>

La introducción de Mora a sus explicaciones sobre los peligros de la «empleomanía» es un testimonio del Liberalismo. La verdadera libertad no la ve en la posibilidad de decidir sobre todo y vivir de los gastos estatales, sino en la independencia de la autoridad estatal. Libre de las limitaciones estatales, el individuo se puede desarrollar. Así, un gobierno es tanto más liberal en cuanto tome menos influencia sobre el ciudadano individual. Directamente opuesto a ello está la «empleomanía», mediante la cual el gobierno hace depender a los individuos de él, decide sobre ellos y les causa daños. Si bien es cierto que la ambición por el aumento de poder es característica de todo gobierno, es dañosa para los derechos e intereses de los pueblos.<sup>100</sup> Cuanto menos Estado mejor, es pues el programa liberal de Mora. Porque el funcionario del Estado trabaja normalmente menos que el artesano o el obrero. A su vez la costumbre de vivir de ingresos regulares daña la capacidad de innovación y la obligación al trabajo. Los empleados supérfluos son supuestamente los menos productivos. Pero precisamente el número de estos se aumenta con la extendida «empleomanía».<sup>101</sup> El origen de la «empleomanía» mexicana lo ve Mora en la costumbre de la clase media todavía fomentada por el gobierno español, de vivir de numerosos cargos supérfluos en el ámbito de la administración fiscal.<sup>102</sup> La ya existente «empleomanía» pudo multiplicarse desde la Independencia, ya que muchos encontraron tras la pérdida de sus bienes una nueva fuente de ingresos en una contratación como empleado: «[...] y de aquí ha provenido esa prodigalidad en crear plazas, ese empeño en solicitarlas.»<sup>103</sup> Mora considera necesario reducir la cantidad de estos empleos y la dotación de sus ingresos,

97 Ibid., p. 274. Al fin y al cabo se ha debatido más de dos años sobre las ventajas de la monarquía, el federalismo y el centralismo, hasta que la decisión fue en favor de la federación. Véase *ibid.*, p. 253.

98 Ibid., p. 84.

99 Ibid., p. 256.

100 Mora, *Ensayos, ideas y retratos*, pp. 19-20.

101 Ibid., pp. 26-29.

102 Mora, *México y sus revoluciones*, vol. 1, p. 223. Como otras causas de la «empleomanía» indica Mora la exclusión de la población general de la posesión, la concentración del comercio en pocas casas y el crecimiento de la población. Debido a la liberalización del comercio, ya no ve la necesidad de la «empleomanía». Véase *ibid.*, p. 451.

103 Ibid., pp. 90-91.

para no verse expuesto en el futuro al peligro de la violenta disputa de intereses de facciones.<sup>104</sup>

La separación de poderes, el sistema federal y la disminución del aparato estatal significan en el Estado la limitación del poder. El principio de la limitación del poder estatal lo defiende Mora consecuentemente también en el ámbito de la economía. En la convicción de que el interés individual es más útil para el Estado que una protección estatal del comercio, Mora se opone a cualquier tipo de restricción del comercio. «La libertad del comercio ha dado ocupación, dignidad y patriotismo a muchos que antes carecían de todo ello.»<sup>105</sup> Así, la libertad del comercio es un logro de la Independencia, que no existía durante la época de dominio colonial. Porque los reyes españoles no permitían que las colonias hicieran negocios con otros estados, para asegurarse de este modo para ellos todos los beneficios.<sup>106</sup> El artículo de exportación más importante de México son según Mora los metales preciosos, de cuyos beneficios se paga la mayoría de los bienes de importación. Por ello, el poder colonial español había cargado de numerosos impuestos precisamente su extracción, venta y exportación. El nuevo gobierno, que ya ha reducido este tipo de restricciones de comercio, debería suprimirlas completamente, opina Mora.<sup>107</sup> La liberalización del comercio hace necesaria la mejora de las vías de tráfico y de transporte. Esta tarea fue tan descuidada por el poder colonial, que ni siquiera existían carreteras viables de la capital a las más importantes ciudades portuarias.<sup>108</sup> A pesar de que diversos inversores nacionales y extranjeros demostraron su interés en mejorar la red de carreteras, el proyecto no ha salido adelante todavía.<sup>109</sup> Otros errores, como por ejemplo la excesiva carga de impuestos de las importaciones, tienen que ser suprimidos todavía. «Pero el origen más fecundo de desórdenes en materia de contribuciones, consiste en la falta de presupuestos anuales discutidos y aprobados por las cámaras.»<sup>110</sup> Pero por lo menos el sistema fiscal ha mejorado mucho respecto a la era colonial, porque generaliza mucho más y alivia al pueblo.<sup>111</sup>

Se indican distintas fuentes para las teorías de Mora. A los modelos liberales de Mora pertenecen Adam Smith, Destutt de Tracy, Cabanis, Ben-

---

104 Ibid., p. 92.

105 Mora, *Ensayos, ideas y retratos*, p. 139.

106 Mora, *México y sus revoluciones*, vol. 1, p. 191.

107 Ibid., pp. 49-50.

108 Ibid., p. 51.

109 Ibid., p. 56.

110 Ibid., p. 342.

111 Ibid., pp. 340-341.

jamin Constant, Turgot, Montesquieu, Benjamin Franklin y Jeremías Bentham,<sup>112</sup> siendo este último de especial importancia como representante del utilitarismo. Como modelos importantes españoles se menciona a Carlos III y a las Cortes de Cádiz, que por su parte se apoyaban en las ideas de reforma francesas.<sup>113</sup> Después de todo, la síntesis efectuada por Mora de fuentes liberales e ilustradas demuestra en qué medida la Ilustración ha influido en el Liberalismo. El mismo Mora tenía conciencia de la importancia de la Ilustración para sus propias teorías así como para su país, aunque la Ilustración según Mora sólo pudo empezar en México tarde y lentamente, puesto que México estaba más aislado que otras colonias por la Inquisición y el gobierno colonial. Pero cuando aumentaron las comunicaciones por barco con Europa, y Carlos III sacó a España de la ignorancia reinante hasta el momento, también México se apoderó de «conocimientos útiles, logrando en ellos conquistas más importantes que las que antes había hecho en dos siglos y medio».<sup>114</sup> En este tiempo se produjeron en México los trabajos científicos de Velásquez, Gama, Alzate, y los literarios de Uribe y Cerrato y Bravo. Al punto de partida científico y literario de la Ilustración le siguieron trabajos de moralística y política. Un papel muy destacado le corresponde en ello según Mora a los textos de la Ilustración francesa, que se leían con atención, a pesar de los esfuerzos de obstaculizar su importación a México.<sup>115</sup>

Según Mora, los ilustrados franceses posibilitaron el Liberalismo en México. «Todas estas ideas se fortificaban con los escritos de los filósofos franceses, que habían logrado introducir en México algunas personas a pesar de las precauciones y activa vigilancia de la Inquisición y del gobierno.»<sup>116</sup>

Se ha demostrado pues que el Liberalismo del siglo XIX está marcado claramente por argumentos de la Ilustración del siglo XVIII. Esto no se re-

112 Véase Arnáiz y Freg, Arturo (1941): «Prólogo», en: Mora, *Ensayos, ideas y retratos*, pp. V-XXXIV, aquí p. XXI. Véase además Talavera, Abraham (1973): *Liberalismo y educación*, vol. 1: *Surgimiento de la conciencia educativa*, México, p. 106. Respecto a la identificación de Mora con el «liberalismo constitucional francés, en particular con el pensamiento de Benjamin Constant», véase Hale, *El liberalismo mexicano*, p. 75.

113 Véase Hale, *El liberalismo mexicano*, p. 150.

114 Mora, *México y sus revoluciones*, vol. 1, pp. 82-83.

115 «Ya en principios del siglo presente en que el sabio barón de Humboldt visitó México se leían según él asegura el 'Contrato social' y otras obras severamente prohibidas por la Inquisición», *ibid.* La cultura intelectual forma el carácter y cambia las costumbres. Mora se refiere con ello a que «la razón ilustrada es la que sirve de freno a las pasiones, y hace amar la virtud», en: *id.*, *Ensayos, ideas y retratos*, p. 98. Se exigen virtudes especiales a los representantes del pueblo, como destaca Mora con referencia al «filósofo ginebrino», *ibid.*

116 Mora, *México y sus revoluciones*, vol. 2, p. 250.

fiere solamente a la soberanía que postula Mora para México, sino también a los progresos a conseguir mediante la evolución y la revolución. Se evidencia en su insistencia en la posibilidad de educar al hombre, la preferencia de la práctica útil frente a la teoría pura, la laicización del sistema escolar, el fomento del saber y la cultura en las capas populares, la difusión de libros y el establecimiento de instituciones culturales, la instrucción para la cortesía y el trato civil en una cultura de debate libre, basada en la igualdad de todos y en la tolerancia religiosa, y que garantiza la libertad de prensa al igual que la libertad de opinión. Basada en la Ilustración está también la exigencia de la abolición de los fueros del clero y del ejército, y la preferencia por el tercer estado, el productivo. Unificación del sistema fiscal, reforma agraria, separación de poderes, federalismo, influencia limitada del Estado, elecciones libres y comercio libre: estos son los postulados de Mora. Son igualmente exigencias de la Ilustración y del Liberalismo.

## Bibliografía

### Textos

- Mora, José M. L. (1941): *Ensayos, ideas y retratos*, prólogo y selección de Arturo Arnáiz y Freg, México: UNAM.
- Mora, José M. L. (<sup>4</sup>1986 / <sup>1</sup>1950 / originalmente 1836, París): *México y sus revoluciones*, edición y prólogo de Agustín Yáñez, 3 vols., México: Editorial Porrúa.

### Estudios

- Arnáiz y Freg, Arturo (1941): «Prólogo», en: Mora, José M. L.: *Ensayos, ideas y retratos*, prólogo y selección de Arturo Arnáiz y Freg, México: UNAM, pp. V-XXXIV.
- Bernecker, Walther L. / Raymond Th. Buve (1992): «Mexiko 1821-1900», en: Bernecker, Walther L. / Buve, Raymond Th. et al. (eds.): *Handbuch der Geschichte Lateinamerikas*, vol. 2: *Lateinamerika von 1760-1900*, Stuttgart, pp. 498-556.
- Bernecker, Walther L. / Buve, Raymond Th. / Fisher, John R. / Pietschmann, Horst / Tobler, Hans W. (eds.) (1992): *Handbuch der Geschichte Lateinamerikas*, vol. 2: *Lateinamerika von 1760-1900*, Stuttgart.
- Buve, Raymond Th. / Fisher, John R. (1992): «Grundlinien der Geschichte Lateinamerikas 1760-1900», en: Bernecker, Walther L. / Buve, Raymond Th. et al. (eds.): *Handbuch der Geschichte Lateinamerikas*, vol. 2: *Lateinamerika von 1760-1900*, Stuttgart, pp. 3-10.
- De la Torre Villar, Ernesto (1977): «La reforma como proceso ideológico y cultural», en: *Cuadernos Americanos* 213/4, pp. 178-189.
- Hale, Charles A. (1972): *El liberalismo mexicano en la época de Mora (1821-1853)*, México.

- Lateinamerika-Ploetz: Die Geschichte der lateinamerikanischen Länder zum Nachschlagen*, von Günter Kahle unter Mitarbeit von Felix Becker et al., Freiburg/Würzburg<sup>2</sup>1993 (<sup>1</sup>1989).
- Lechner, Jan (1992): «Kultur und Literatur», en: Bernecker, Walther L. / Buve, Raymond Th. et al. (eds.): *Handbuch der Geschichte Lateinamerikas*, vol. 2: *Lateinamerika von 1760-1900*, Stuttgart, pp. 418-438.
- [El] *Liberalismo y la Reforma en México*, México: UNAM; Escuela Nacional de Economía, 1957.
- Merrell, Floyd (1990): «Justo Sierra y la educación positivista de México», en: *Hispanófila* 33/3, pp. 67-78.
- Silva Herzog, Jesús (1957): «La tenencia de la tierra y el liberalismo mexicano. Del 'Grito de Dolores' a la 'Constitución de 1857'», en: *El Liberalismo y la Reforma en México*, México: UNAM; Escuela Nacional de Economía, pp. 665-714.
- Strosetzki, Christoph (1989): «'Los mejicanos pintados por sí mismos' (1855) und der Liberalismus des I. Ramírez», en: id.: *Das Europa Lateinamerikas: Aspekte einer 500jährigen Wechselbeziehung*, Stuttgart, pp. 90-112.
- Strosetzki, Christoph (1989): *Das Europa Lateinamerikas: Aspekte einer 500jährigen Wechselbeziehung*, Stuttgart.
- Talavera, Abraham (1973): *Liberalismo y educación*, vol. 1: *Surgimiento de la conciencia educativa*, México.
- Torres Gaitán, Ricardo (1957): «Introducción», en: *El Liberalismo y la Reforma en México*, México: UNAM; Escuela Nacional de Economía, pp. 3-14.
- Yáñez, Agustín (<sup>4</sup>1986 / <sup>1</sup>1950): «Prólogo», en: Mora, José M. L.: *México y sus revoluciones*, vol. 1, México: Editorial Porrúa, pp. VII-XXV.
- Zea, Leopoldo (<sup>3</sup>1976 / <sup>1</sup>1965, México): *El pensamiento latinoamericano*, Barcelona.



Vittoria Borsò

BARROCO, *CRIOLLISMO* Y LA FORMACIÓN DE LA CONCIENCIA  
NACIONAL

REFLEXIONES SOBRE EL PERÚ Y MÉXICO

La aceptación del paradigma histórico del *Barroco* no ocurrió sin dificultades debido por un lado a las desviaciones estéticas con respecto al canon clásico, y por el otro, a la ambivalencia política del siglo XVII. El Barroco español fue una *cultura erudita* de la élite, en contraste con una sociedad rural y feudal, una élite que usó la literatura como arma para afirmar la cultura de la Contrarreforma y como retórica teatral para ocultar los signos del poder quebradizo de los últimos Austrias. La naturaleza implícitamente anticlásica del Barroco es, por ende, un desafío para la historiografía que contesta al anticlasicismo y a la ambivalencia política de la época barroca con el rechazo o con respuestas ideológicas.<sup>1</sup> La historiografía emergente en el siglo XVIII vio en el Barroco un enemigo tanto del clasicismo vigente como de las ambiciones emancipatorias de la Ilustración, amenazadas por la sumisión a la cosmología religiosa en la que hace hincapié el alegorismo barroco. El siglo XIX buscó, bajo el dictado romántico, signos auténticos de una literatura nacional, contra los que iba a topar la literatura llamada epigonal del Barroco.

Para la historiografía hispanoamericana que, a raíz de la Independencia, quiso establecer el pasado de la nación, y cuyo nacionalismo siguió siendo válido en el siglo XX, el problema es aún más arduo. La literatura barroca acompaña, de hecho, fenómenos sociales de «estabilización virreinal».<sup>2</sup> La retórica teatral del Barroco fue entendida como signo apologético de sumisión al imperialismo español, lo que provoca el rechazo del Barroco por parte de la nación incipiente en el siglo XIX que se hallaba en búsqueda de

---

1 Véase Moraña, Mabel (1988): «Barroco y conciencia criolla en Hispanoamérica», en: *Revista de crítica literaria latinoamericana* 28, p. 231: «La importancia del Barroco reside principalmente, por un lado, en que la evaluación de esa producción poética plantea problemas crítico-historiográficos que se proyectan sobre todo el desarrollo posterior de la literatura continental, y que derivan del proceso de imposición cultural y reproducción ideológica que acompañó a la práctica imperial.»

2 Vidal, Hernán (1985): *Socio-historia de la Literatura Colonial Hispanoamericana: tres lecturas orgánicas*, Minneapolis.

valores independientes que arrebatasen la cultura colonial.<sup>3</sup> La evaluación del Barroco en la historia nacional sufre básicamente del gravamen de la política sobre la estética.

Hasta los años 50, el arte y la literatura barroca fueron, por lo tanto, considerados inmaduros y sin valor. El Barroco latinoamericano tuvo que esperar hasta que se estableciera la idea de una creatividad criolla y que se interpretaran las desviaciones de la estética clásica como expresión de una fuerza creadora, inherente a las culturas del nuevo mundo.

El *paradigma criollo* de la historia literaria y social facilitó la aceptación del Barroco, en su doble acepción, estética y social. El concepto de *criollismo estético* como expresión de una fuerza creadora fue introducido por Uslar Pietri,<sup>4</sup> que entendió la estética criolla como metáfora del mestizaje cultural y formal, exenta de preocupaciones políticas. Dicha acepción de lo criollo corresponde a la vertiente cosmopolita del fin de siglo representada también por las teorías del mestizaje del *Ateneo de la Juventud* de México. Mientras que la valoración positiva del criollismo estético fue fácilmente aceptada, la acepción político-social del término planteó problemas. Es otra vez un venezolano quien prepara el terreno para una visión positiva del criollismo social. Mariano Picón Salas traza una línea histórica entre los criollos y la emergencia de una conciencia independentista,<sup>5</sup> abriendo las sendas para la aceptación del Barroco americano como expresión de la conciencia criolla acerca de la diferencia cultural respecto de Europa.

El criollismo como mestizaje cultural, la sociedad criolla como esfera de producción de una emancipación mental más o menos explícita y la densidad retórica del Barroco como medio indirecto para la expresión de un discurso subversivo naciente, son los paradigmas históricos sobre los que hace hincapié la revalorización actual del Barroco americano. La diferencia cultural puede ser concebida como el resultado de la mezcla de culturas ocurridas en el período colonial, mezcla que, por ende, favoreció la proliferación de las imágenes y la abundancia de aquellos rasgos históricos del Barroco que Maravall había rastreado con respecto a España,

3 Véase Altamirano en el penúltimo párrafo.

4 Uslar Pietri, Arturo (1950): «Lo criollo en la literatura», en: *Cuadernos Americanos* 1/49, pp. 266-278. Para la relación entre *criollismo*, mestizaje y realismo mágico, véase Borsò, Vittoria (1994): *Mexiko jenseits der Einsamkeit: Versuch einer interkulturellen Analyse*, Frankfurt am Main, cap. IV.

5 Picón Salas, Mariano (1982): *De la Conquista a la Independencia*, México.



interpretándolos, es cierto, como la expresión retórica de una voluntad imperialista.<sup>6</sup> Se trata, entre otras cosas, de la pasión por lo raro, de la expresión jesuítica de lo mental, de la mezcla de lo ilustre y lo vulgar, de un deseo de dominio, etc.<sup>7</sup>

En el siglo XX, la evaluación de dicha retórica dependía, sin embargo, del punto de vista ideológico de los investigadores, de sus propias teorías culturales y de su contexto histórico.<sup>8</sup> En el último decenio, en particular en el marco del Quinto Centenario (1992), se instauró finalmente una crítica que, subrayando la ambivalencia retórica, descubrió elementos subversivos e implícitamente críticos contra los dominadores. Las tesis centrales son las siguientes: al adoptar la cultura greco-latina, el Barroco americano superó los preceptos de mimesis aristotélicos, facilitando, al pasar a América, la mezcla (*criolla*) de elementos indígenas con la cultura europea. Llegando a ser «una superación de los modelos barrocos españoles», el discurso ambivalente del Barroco americano implicó «el germen de alteridad de la conciencia nacionalista».<sup>9</sup>

El triunfo del paradigma del *Barroco de Indias* en la crítica es el resultado de un largo período de gestación que empieza por la tesis de la coincidencia entre *americanidad* y *barroquismo* en los ensayos de Alejo Carpentier y de Lezama Lima en los años cincuenta. Por su parte Octavio Paz subraya el hecho de que, por ser una «traducción» al nuevo mundo, es decir, por adaptarse a los problemas lingüísticos y étnicos de la joven sociedad colonial, el Barroco español se cambia y encuentra signos de autenticidad.<sup>10</sup>

---

6 José Antonio Maravall transformó el Barroco de un mero concepto de arte a un sistema cultural. A raíz de su estudio se habla de «cultura del Barroco» como «sistema histórico» referente a una época y una forma mental. Véase Maravall, José A. (1975): *La cultura del Barroco*, Barcelona.

7 Véase Sabat de Rivers, Georgina (1992): *Estudios de literatura hispanoamericana*, Barcelona, p. 19.

8 Kathleen Ross subraya: «Como ya veremos el caso de Sigüenza es de por sí emblemático de las cambiantes ideologías que se han proyectado sobre la notoriamente amorfa categoría conocida como el 'Barroco' por varios y variados discursos críticos», en: id. (1994): «Carlos de Sigüenza y Góngora y la cultura del Barroco hispanoamericano», en: Moraña (ed.), *Relecturas del Barroco de Indias*, p. 224.

9 Véase Sabat de Rivers, *Estudios de literatura hispanoamericana*, p. 41.

10 Paz, Octavio (1976): «Manierismo, barroquismo, criollismo», en: *Revista canadiense de estudios hispánicos* 1/1, pp. 3-15, e id. (1982): *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, México.

La perspectiva «menos tropicalista y más histórica» de los últimos años ha abierto las sendas para las investigaciones históricas del Barroco.<sup>11</sup> Como paradigma cultural, el Barroco cumple las siguientes funciones:<sup>12</sup>

- a) la época colonial y el criollismo barroco son momentos fundadores de la identidad criolla o mestiza que coincide con el origen de la crónica testimonial y de la novela,
- b) corresponde a la época «clásica» de Hispanoamérica en la que se expresa la «ciudad letrada»<sup>13</sup> y la tendencia al cosmopolitismo que es considerado hoy como el signo peculiar del criollismo americano,
- c) el Barroco como estilo corresponde a la ontología de América. A esta acepción del estilo barroco se refiere Carpentier quien propone una correspondencia entre la proliferación retórica del Barroco americano y la exuberancia de la naturaleza en América.<sup>14</sup>

La posición actual de los estudios sobre el sujeto criollo, independiente e implícito en la colonia, se resume en la tesis siguiente, desarrollada por Mabel Moraña acerca de los tres escritores más sobresalientes de la colonia, es decir, el peruano Juan de Espinosa Medrano, llamado *El Lunarejo*, y los mexicanos Carlos de Sigüenza y Góngora y Sor Juana Inés de la Cruz:

Por un lado, en su obra el paradigma barroco da la cara a los rituales sociales y políticos del Imperio y se apropia de los códigos culturales metropolitanos como una forma simbólica de participación en los universales humanísticos del imperio. Por otro lado, esos intelectuales se articulan a través de sus textos a la realidad tensa y plural de la Colonia a la que ya perciben y expresan como un proceso cultural diferenciado, y utilizan el lenguaje imperial no sólo para hablar *por* sí mismos sino *de* sí mismos, de sus proyectos, expectativas y frustraciones.<sup>15</sup>

---

11 Mabel Moraña atribuye el notable incremento de los estudios sobre el período colonial hispanoamericano a partir de los años 80 también a la caída en desuso de la «moda etnológica» de los años sesenta que veía la autenticidad de Hispanoamérica bajo una clave mágicorrealista. Véase Moraña, «Barroco y conciencia criolla», p. 230.

12 Para lo siguiente, véase Moraña, «Barroco y conciencia criolla», p. 233.

13 Véase el concepto de *ciudad letrada*, en el que Ángel Rama ve la cuna donde va forjándose la nacionalidad, en: id. (1984): *La ciudad letrada*, Hanover.

14 Carpentier, Alejo (1967): *Tientos y diferencias*, Montevideo. Esta vertiente del Barroco contiene, a mi modo de ver, rasgos tropicalistas que corresponden a la posición teórica de Carpentier. Véase Borsò, *Mexiko jenseits der Einsamkeit*, cap. V.

15 Moraña, «Barroco y conciencia criolla», p. 239.

Mabel Moraña aplica la teoría cultural de la *asimilación*, forjada por autores cubanos (y brasileños), especialmente por Lezama Lima en los años 50.<sup>16</sup> Mientras que dicha posición es dominante en los estudios internacionales y mexicanos, la interpretación local peruana sigue adoptando un paradigma indigenista que borra la vertiente colonial de los autores criollos.

# I

## CONEXIÓN ENTRE *CONCIENCIA CRIOLLA* Y EMANCIPACIÓN INDEPENDENTISTA DE AMÉRICA

En su *De la Conquista a la Independencia* (1944) Mariano Picón Salas estableció la conexión sociopolítica entre la cultura colonial y los anhelos de emancipación criolla, haciendo hincapié en la tesis, según la cual la sociedad colonial, como reacción al encierro y a la sumisión, fue la cuña de la voluntad de emancipación criolla. El origen de la *conciencia criolla* se encuentra, pues, en la época colonial. Según Picón Salas, el «sujeto social hispanoamericano» se desarrolla desde 1598 –año de la muerte de Felipe II– hasta el reinado de Carlos II, es decir, hasta el último Austria (1700), surgiendo de las reivindicaciones criollas más o menos explícitas e indirectamente mediatizadas por la retórica barroca. En este período, el poder social de los *nativos* aumenta progresivamente. Además surge una *nobleza indiana* en base a los matrimonios, a la toma ilegal de latifundios, al caciquismo, etc. Lo mismo vale para los privilegios de las órdenes religiosas. La conciencia criolla se forma en los centros coloniales, en los que se establece una alianza económica y política con el poder del virreinato, alianza que dura hasta las reformas borbónicas. El nacimiento del criollo como sujeto histórico colectivo dentro de la cultura urbana en la que Ángel Rama centra la efigie de la «ciudad letrada» barroca, se sitúa alrededor de 1620.<sup>17</sup> Además de la capa social criolla virreinal, Picón Salas opina que ya el *resentiment* de los conquistadores contra la corona, que perjudicó a los intereses de los primeros pobladores venidos de la metrópolis, contiene el germen de la conciencia criolla. José Juan Arrom refuerza dicha tesis, des-

16 Lezama Lima, José (1977): «La expresión americana: la curiosidad barroca», en: id.: *Obras completas*, vol. 2, México, pp. 302-325. Sobre el modelo cultural de la *asimilación*, véase Borsò, *Mexiko jenseits der Einsamkeit*, cap. V.

17 Véase Céspedes del Castillo, Guillermo (1983): «América Hispánica (1492-1898)», en: *Historia de España*, dir. por Tuñón de Lara, vol. 4, Barcelona, especialmente: «El criollismo», pp. 283-308.

cubriendo en los textos de los cronistas huellas de una conciencia criolla, ya naciente en la segunda mitad del siglo XVI (1564-1594).<sup>18</sup> Diego Durán, Blas Valera y El Inca Garcilaso,<sup>19</sup> entre otros, sembraron un discurso que hoy llamamos de «reivindicación criolla».<sup>20</sup> Aunque los criollos, dentro del marco del Imperio, no consiguen nunca los objetivos de autonomía administrativa y de predominio político-económico, existen formas incipientes de separatismo tendiente a favorecer procesos de regionalización, constituyendo gérmenes de las futuras nacionalidades que, por ejemplo, Irving Leonard<sup>21</sup> ve asomar ya hacia fines del siglo XVII.

Identificar en el Barroco signos directos de emancipación que corresponden a los argumentos sociopolíticos de Picón Salas o pruebas positivas de la conciencia emancipada de los criollos, es quimérico, pues antes de la Independencia, la emancipación no se expresa directamente, sino de manera paradójica, es decir, solamente por medio de los instrumentos lingüísticos de los conquistadores. El *devenir* de la emancipación criolla hasta el siglo XIX no puede ser, por ende, objeto de un análisis directo, ni puede recibir demostración positivista. La subversión criolla contra la hegemonía imperial sólo se puede observar a partir de un análisis postmarxista o Gramsciano, que permite descubrir las huellas de la denuncia del poder por parte de sujetos independientes debajo de los signos de la supresión hegemónica expresada con una retórica ambivalente y teatral. Más allá de la marginalización de la cultura de América por parte de la aristocracia de la corte y por la burocracia virreinal, se puede observar en la ambivalencia barroca, de hecho, una voluntad de denuncia del poder. La densidad retórica barroca permite canalizar *otra* visión de la hegemonía. Es la visión de los marginados la que, desde el margen del sistema social, echa luz crítica sobre el centro del poder.<sup>22</sup>

18 También Arrom analiza el aspecto político de la cultura barroca y su función como puente hacia la independencia, véase id. (1977): *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas: ensayo de un método*, Bogotá, pp. 66-69.

19 Véase también el análisis de *La Araucana* de Alonso de Ercilla por Janik, Dieter (1992), en: id.: *Stationen der spanisch-amerikanischen Literatur- und Kulturgeschichte*, Frankfurt am Main, pp. 43-54.

20 Para los momentos de dicho discurso que, referente al siglo XVII, entiende la mezcla del elemento blanco (europeo) con la población originaria, y, por lo tanto, la prefiguración de «americano», véase Arrom, José J. (1971): *Certidumbre de América*, Bogotá.

21 Leonard, Irving (1974): *La época barroca en el México colonial*, México.

22 Como lo observó Michel Foucault, el lugar heterológico de la escritura es capaz de echar luz (oblicua y crítica) sobre la genealogía del discurso histórico. Foucault desarrolló el concepto de «genealogía» con el objetivo de reformar la metodología de la historia. El medio de esta reforma es la «arqueología», con la que Foucault intenta salir de la historia concebida como sistema coherente de discursos

Dicho planteamiento crítico proporciona la clave metodológica para substituir la antigua tesis derogatoria del Barroco americano, según la cual el Barroco de Indias sólo fue el «mecanismo especular»<sup>23</sup> de una reproducción mimética. Si bien una cultura subalterna no se puede expresar directamente, puede desembocar en la parodia de la cultura oficial por medio de una adaptación excesiva y, por ende, en detrimento del original. En vez de ser reflexión imitadora es un espejo deformante, capaz de devolver una «mirada oblicua» al original.<sup>24</sup> Detrás de la antigua irradiación imitadora del Barroco español se puede, pues, observar el impacto subversivo de la retórica barroca que, a pesar de la adaptación de sistemas coloniales hegemónicos,<sup>25</sup> por su densidad, ofrece espacios para el desarrollo de un discurso social ambivalente que acompaña el nacimiento de la emancipación. Este planteamiento, dominante en los estudios actuales,<sup>26</sup> invierte la tesis clásica, eurocentrista, que ve en el Barroco de Indias una «copia inferior» (Menéndez y Pelayo) y, por ejemplo en Espinosa Medrano, sólo una «perla caída en el muladar de la poética culterana» de Hispanoamérica.<sup>27</sup>

Ahora bien, la tesis acerca del desarrollo de la emancipación criolla se apoya, entre otras cosas, sobre la microhistoria que integra fenómenos marginales y documentos personales como cartas, diarios, etc. También el costumbrismo del siglo XIX es una fuente importante para dicha visión, como veremos a continuación basándonos en las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma. Con la concepción climática de la historia que surge en el marco de la Ilustración,<sup>28</sup> se producen libros de memorias y crónicas sobre

---

históricos. La arqueología organiza el discurso histórico como un texto literario –discontinuo y paradjico, véase id. (1969): *L'archéologie du savoir*, Paris. El objeto de la «arqueología» son las formas de la problematización de crisis inherentes a culturas y momentos históricos, correspondiendo los procesos que constituyen dicha problematización a la «genealogía», véase id. (1984): *Histoire de la sexualité*, vol. 2, Paris. Para el concepto de «problematización», véase también Foucault (1994): «Polémique, politique et problématisations», en: id.: *Dits et Ecrits*, Paris, p. 598.

23 Hatzfeld, Helmut (1964): *Estudios sobre el Barroco*, Madrid.

24 Moraña define este proceso como «fenómeno de retorno», en: id., «Barroco y conciencia criolla», p. 234.

25 Los autores de este cambio de paradigma son José J. Arrom por ejemplo en 1987 con «Carlos de Sigüenza y Góngora: relectura criolla de los 'Infortunios de Alonso Ramírez'», en: *Thesaurus* 42, pp. 386-409, John Beverley (referente a una ideología marxista), Roberto González Echevarría (con una visión postestructuralista), Mabel Moraña (con una visión postmarxista).

26 Véase, entre otros, los estudios en el marco del Quinto Centenario: Sabat de Rivers, Georgina (1992), Glantz, Margo (1992), así como González Echevarría, Roberto (1993), Moraña, Mabel (1994). Véase mis reseñas, en: *Notas* 3 (1994), pp. 102-104, y *Notas* 5 (1995), pp. 78-84.

27 Menéndez y Pelayo, Marcelino (1968): *Historia de la poesía hispano-americana*, Santander, p. 117.

28 No es por casualidad si la teoría histórica con más éxito en América Latina fue el determinismo geográfico y climático, vigente hasta la primera mitad del siglo XIX. Como en España, es sobre todo Montesquieu quien impulsa la idea de emancipación burguesa dentro de una monarquía que todavía

la naturaleza y la civilización circundantes, que desembocan en la reivindicación y la defensa de la «identidad americana».<sup>29</sup>

## II

### EL CASO DEL PERÚ:

JUAN DE ESPINOSA MEDRANO (*EL LUNAREJO*) (1629?-1688) Y EL ROL DE LA COLONIA EN EL ESTADO INDEPENDENTISTA

El ensayo *Apologético en favor de Don Luis de Góngora, Príncipe de los poetas líricos de España* (Lima 1662) es reconocido como el primer ejemplo de crítica literaria hispanoamericana.<sup>30</sup> Es una respuesta al ataque lanzado años atrás contra Góngora por el portugués Manuel de Faría y Sousa y una ardiente defensa de la estética barroca gongorina. Por su calidad de «orador-sagrado», *El Lunarejo*, que se había doctorado por la Universidad de San Ignacio de Loyola en 1654, fue llamado también «El Doctor Sublime».<sup>31</sup> La biografía del *Lunarejo* está marcada por la desilusión ante la falta de recompensas y las humillaciones, al menos hasta 1668, año en el que

---

es española. También el nacionalismo, con el que los criollos pudieron identificarse, es localista, de tipo español, donde tiene lugar la defensa de los americanos por un ilustrado como Feijóo. Además el pueblo español, a raíz de la derrota de los anhelos liberales bajo el reinado de Fernando VII, padece el mismo destino. La ambivalencia del movimiento criollo, por otro lado, es intrínseca a la cultura hispánica, que a ojos de los ilustrados franceses está en un estado de retraso radical. Además, para autores franceses como Buffon, Voltaire, Raynal, América es un continente inferior.

- 29 El intento del *Mercurio Peruano* y las *Memorias de la América meridional* de Llano y Zapata, personaje ilustrado de transición que califica sus memorias de «histórico-físicas» y de «apologéticas» son, según Lavallé, signos de conciencia americana en el Perú. Véase Lavallé, Bernard (1979): «El substrato criollista y planteamientos de la Ilustración hispanoamericana: el caso del Perú», en: Gil Novales, Alberto (ed.): *Homenaje a Noël Salomon: Ilustración Española e Independencia de América*, Barcelona, p.17. A raíz de los regímenes conservadores de los criollos y de las dictaduras de 1843-1844, de 1865-68 y de 1879-1881, la conciencia criolla no llevará en el Perú, a pesar de los regímenes constitucionales, a una emancipación de tipo liberal. Ricardo Palma, quien había sido diputado después de la Constitución de 1860, se retira de la política en 1879.
- 30 A. Roggiano encuentra en la poetología implícita de Espinosa Medrano la transformación de la *tecne* aristotélica en una «forma en sí» del ser poético». Véase Roggiano, Alfredo (1978): «Juan de Espinosa Medrano: apertura hacia un espacio crítico», en: Chang-Rodríguez, Raquel (ed.): *Prosa hispanoamericana virreinal*, Barcelona, p. 102.
- 31 Además del *Apologético* y de *La novena maravilla*, recopilación póstuma de los sermones, se atribuyen a Espinosa Medrano también obras de teatro como el drama profano *Amar su propia muerte* y los autos sacramentales *El hijo pródigo* y *El rapto de Proserpina* así como *El rapto de Proserpina* y *Sueño de Endimión* en quechua, dado a conocer en 1939 por Valcárcel, Luis E.: *Teatro quechua colonial*, s.l. El drama en quechua titulado *Ollantay* fue erróneamente atribuido a él. No conocemos el número de las obras de teatro escritas por *El Lunarejo*, pues ninguno de los textos dramáticos fue publicado en el siglo XVII y todavía la discusión sobre la autoría está abierta. Por su vasta obra de poesía fue considerado un epígono de Góngora.

toma posesión del curato de Chincheros.<sup>32</sup> Mientras que hoy en día, *El Lunarejo* ofrece un ejemplo trascendente de la subversividad indirecta de la retórica barroca, el autor ingresó en la historiografía nacional recién al final del siglo XIX por la visión indigenista de *Don Juan de Espinosa Medrano*, la controvertida biografía de Clorinda Matto de Turner (1887),<sup>33</sup> acompañada por citas en quechua transcritas y traducidas por la autora al español. Clorinda Matto de Turner construye el mito del indio erudito y somete el intento biográfico a su ideología indigenista.<sup>34</sup> Además de la presentación de Manuel Mendiburu en su *Diccionario histórico geográfico del Perú* (1877),<sup>35</sup> de la nota bibliográfica en los *Anales del Cuzco* (1600-1750),<sup>36</sup> así como del artículo de Manuel Calderón sobre *El Lunarejo* en *Apuntes históricos del Perú y noticias cronológicas del Cuzco* (1902) de Manuel Mendiburu y Ricardo Palma, el interés del siglo XIX por el autor es mínimo.

Luis Alberto Sánchez impulsa un trabajo más severo sobre el autor, lamentando los errores de las biografías de Mendiburu y Manuel Calderón<sup>37</sup> y la superficialidad de la historiografía del siglo XIX acerca de la época colonial.<sup>38</sup> A raíz de la Independencia, de hecho, la imagen oficial ochocentescas del *Lunarejo* subraya su faz de filósofo tomista (según *La Philosophia Thomística*, editada en Roma en 1688)<sup>39</sup> y la de imitador cultera-

32 Véase Chang-Rodríguez, Raquel (1994): «La subversión del Barroco en 'Amar su propia muerte' de Juan de Espinosa Medrano», en: Moraña, Mabel (ed.): *Relecturas del Barroco de Indias*, Hanover, p. 121.

33 Matto de Turner, Clorinda (1902): «Don Juan de Espinosa Medrano, o sea el Doctor Lunarejo (1887)», en: Mendiburu, Manuel de / Palma, Ricardo (eds.): *Apuntes históricos del Perú y noticias cronológicas del Cuzco*, Lima.

34 Para una valoración de las dos biografías del *Lunarejo* publicadas por Matto de Turner, véase Cisneros, Luis J. (1988): «Juan de Espinosa Medrano, un intelectual cuzqueño del seiscientos: nuevos datos biográficos», en: *Revista de Indias* 48/182-183, pp. 327-347, y Guibovich Pérez, Pedro (1988): «Biobiografía de Juan de Espinosa Medrano», en: *Boletín del Instituto Riva Agüero* 15/122, pp. 43-53.

35 Véase Tamayo Rodríguez, J. Agustín (1971): *Estudios sobre Juan de Espinosa Medrano: 'El Lunarejo'*, Lima, p. 109.

36 *Anales del Cuzco* (1600-1750), Lima 1901, p. 172. Para las bibliografías de Espinosa Medrano, véase Carilla, Emilio (1946): *El gongorismo en América*, Buenos Aires, e id. (1977): *Estudios de literatura hispanoamericana*, Bogotá, pp. 44-47.

37 Se trata, por ejemplo, de una confusión entre Espinosa Medrano y Espinosa de Monteros, un *mineur* contemporáneo al autor.

38 Luis Alberto Sánchez se refiere a los artículos publicados en las revistas *Mercurio* y *El Parnaso Peruano*.

39 En su estudio sobre la lógica de Espinosa Medrano, W. Redmond analiza la elaborada filosofía escolástica del *Lunarejo*, central para el siglo XVII hispanoamericano. Véase Redmond, Walter (1974): «Latin American colonial Philosophy: The Logic of Espinosa Medrano», en: *The Americas* 30/4, pp. 475-503.

nista y gongorista. Todo ello refleja un prejuicio respecto de él. En general, una larga tradición crítica considera a *El Lunarejo* como una *rara avis* en el panorama de las letras coloniales. La revalorización local del escritor tiene una perspectiva esencialmente indigenista. La visión indigenista de Espinosa Medrano disiente de la autopresentación del autor y de la opinión de sus contemporáneos que concibieron al «fénix criollo» como cuña de la cultura americana.<sup>40</sup> En casi todos los prefacios a sus obras, *El Lunarejo* señala su propia conciencia acerca de la diferencia cultural frente a España. Introduce el *Apologético* con las palabras: «Tarde parece que salgo a esta empresa, pero vivimos muy lejos los Criollos»,<sup>41</sup> identificándose en la edición de 1662 como «pluma de Orbe Indiano [que] se abate a los pies de V. Exca», mencionando en la presentación de su *Philosophia Thomística* que los europeos sospechan «que los estudios de los hombres del nuevo mundo son bárbaros»,<sup>42</sup> etc. Todavía al comienzo del siglo XIX, en base a la concepción climatológica de la historia, Fray Ignacio de Quezada subraya en su *El Clima de Lima y su Influencia en los seres organizados, en especial en el hombre* la calidad de mestizo del *Lunarejo*: «Desde el principio de su dedicatoria, el mestizo quiere deshacer el viejo prejuicio inveterado.»<sup>43</sup>

---

40 En efecto al comienzo del XVII la presencia de criollos es notable. Como gobernador del Perú (1615-1621), el príncipe de Esquilache, don Francisco de Borja y Aragón, se dio cuenta de la necesidad de atraer y aculturar de modo organizado a los grupos indígenas privilegiados, especialmente a los hijos de los caciques cuya labor de intermediarios era esencial para la explotación de las riquezas agrícolas y metalúrgicas andinas. Con este propósito creó dos colegios especiales, el de San Francisco de Borja (1619) en el Cuzco, y el del Príncipe (1620) en Lima, regentados ambos por los jesuitas, como lo fueron igualmente los colegios mayores dedicados a la instrucción secundaria en el Cuzco, San Bernardo (1619) y el Colegio Seminario de San Antonio Abad (1598, a partir de 1692 universidad), destinado a la educación de los menos privilegiados, donde estudió *El Lunarejo*. Es importante subrayar el papel desempeñado por la Compañía en la catequización de los indígenas y mestizos, así como sus ambiciones de fundar en el Perú una teocracia católica aprovechando estructuras vigentes del Incario. Véase Chang-Rodríguez, «La subversión del Barroco», pp. 127-128.

41 Véase Tamayo Vargas, Augusto (1982): «Lo barroco y 'El Lunarejo'», en: Espinosa Medrano, Juan de: *Apologético*, ed. por Augusto Tamayo Vargas, Caracas (Biblioteca Ayacucho; 98), p. XXXII. Esta autodefinición es también señalada por Sánchez, Luis A. (?1963): *Escritores representativos de América*, Madrid, p. 90.

42 Véase Tamayo Vargas, Augusto, «Lo barroco y 'El Lunarejo'», pp. XLI y XLII.

43 Quezada, Fray Ignacio de (?1815): *El Clima de Lima y su Influencia en los seres organizados, en especial en el hombre*, Madrid; véase Tamayo Rodríguez, *Estudios sobre Juan de Espinosa Medrano*, p. 57.



### III

#### LA NACIÓN PERUANA INDEPENDENTISTA: MEDIACIÓN INDIGENISTA DEL CRIOLLISMO COLONIAL

Al final del siglo, el indigenismo borra la vertiente colonial en la personalidad de Espinosa Medrano enfatizando la producción de obras en quechua. En la Nación Peruana, de hecho, sólo el paradigma indigenista permite mediatizar la idea de que existen sujetos coloniales independientes. Identidad cultural e independencia política tienen en el Perú un desarrollo antagónico. La historia de la Nación Peruana no se hace eco de la idea de emancipación criolla. Mientras que se busca la independencia mental en tradiciones prehispánicas, la génesis del movimiento autonomista que lleva a la independencia política se considera un reflejo de las ideas europeas importadas por los criollos de sus viajes a Europa —así por ejemplo en *Precursores de la Independencia de Chile* o en la *Crónica de 1810* de Miguel Luis Amunátegui.<sup>44</sup> La disyuntiva entre independencia política, llevada a cabo por sectores mentalmente dependientes de Europa, y emancipación ideológica, vinculada a la imagen indigenista de la cultura, se explica a partir de la larga historia de rebeliones en el Perú. Inmediatamente reprimidas, las rebeliones formaron la conciencia de que el pueblo indígena había contribuido a formar las *montoneras*, conciencia todavía viva en 1812, como lo demuestra un *pasquín* en Huamangua y la rebelión de Mateo Pumacaha en Cuzco (1814). Desde el siglo XVII hasta el 1780, cuando estalló la rebelión de Túpac Amaru II,<sup>45</sup> se habían producido más de 17 motines de indios y mestizos.<sup>46</sup> La revolución de Túpac Amaru II que fracasó fundamentalmente por la traición de los caciques (*kuraka*) indígenas adictos y comprometidos con el sistema colonial, contribuyó a denunciar el sistema colonial y sus instituciones, retrasó al mismo tiempo el advenimiento

---

44 Véase Picón Salas, *De la Conquista*, p. 175.

45 José Gabriel Kuntur Kanki, *kuraka* de Pampamarca, Surinama y Tungasuva. Acerca de las rebeliones indígenas en la Independencia en el Perú, véase Yaranga Valderrama, Abdón (1979): «El papel de las comunidades indígenas en la guerra de la Independencia del Perú», en: Gil Novales, Alberto (ed.): *Homenaje a Noël Salomon: Ilustración Española e Independencia de América*, Barcelona, pp. 217-240.

46 Véase la sinopsis de Yaranga Valderrama, «El papel de las comunidades indígenas», p. 229.

de la Independencia en el Perú.<sup>47</sup> Desde el 1819, de hecho, el Perú fue el bastión de la actitud colonialista-peninsularista-fidelista, es decir de conservadores a ultranza, continuistas y conformistas, que se opusieron con éxito al grupo provincialista-criollista-autonomista.<sup>48</sup> Asimismo, la contribución criollista a la Independencia es radicalmente contradictoria.<sup>49</sup> Consecuentemente, ni los criollos ni el criollismo tienen calidad de mediadores de la emancipación de la conciencia nacional. *Criollo*, en el Perú, sigue siendo un criterio étnico y social que les corresponde a los blancos de la costa. Los criollos representan el poder colonial que permanece en el Estado Peruano sin interpretar a la totalidad de la nación. Si bien *criollo* quiere inicialmente decir meramente *nativo* de América<sup>50</sup> —bajo esta acepción lo usa también *El Lunarejo*—, el concepto adquiere connotaciones étnicas y de jerarquía social, especialmente con el aumento del porcentaje de mestizos —inicialmente apenas el 16% de la población— y con una marginación social creciente. Al establecerse la nación, el término *criollo* abarca solamente a los criollos de la costa, que discriminan a los indígenas. Los criollos fundan el estado sin buscar la utopía de la nación como totalidad.

47 Lo mismo vale para el destino de los liberales en España, fuertemente inmovilizados por la cercanía de la Revolución Francesa contra la que la monarquía española, especialmente la Inquisición, construyeron un «cordón sanitario». La Revolución Francesa tuvo un impacto más ambivalente en el Perú. Los revolucionarios franceses lanzaron en dirección de América una amplia campaña de propaganda, la cual produjo unas conmociones por todo el continente particularmente en 1794. Pasquines y octavillas inspiraron temor a la Corona que reaccionó, a partir de 1789, con la máquina del Santo Oficio, censurando los escritos. Véase Domergue, Lucienne (1979): «Inquietudes americanas en tiempos de la Revolución Francesa», en: Gil Novales, Alberto (ed.): *Homenaje a Noël Salomon: Ilustración Española e Independencia de América*, Barcelona, p. 249.

48 Los *criollistas*, orientados a las Cortes de Cádiz, querían juntas autónomas en nombre de Fernando VII, sin ideas independentistas. Solamente después del fracaso de las Cortes y la restauración de la monarquía absoluta de Fernando VII empezaron tendencias *independizantes* en el Perú. Véase Céspedes del Castillo, Guillermo (1983): *América Hispánica (1492-1898)*, vol. 4 de la *Historia de España*, dir. por Tuñón de Lara, Barcelona, p. 428.

49 Como lo subraya Lavallé, también en el Perú los criollos son los protagonistas de la reivindicación americana de su tiempo. Véase Lavallé, «El substrato criollista», pp. 15-21. Sin embargo, la ambivalencia del movimiento liberal se muestra abiertamente en los órganos liberales de publicación como la revista *Mercurio Peruano*.

50 Arrom subraya que la aplicación genérica de *criollo* como *nativo* se extiende a todas las clases y no tiene originariamente ningún valor, ni laudatorio ni depreciativo. «Negro criollo» distingue, por ejemplo, los nativos de los «negros bozales», nacidos en África. Véase Arrom, *Certidumbre de América*.

#### IV

##### LA IMAGEN INDIGENISTA DEL *LUNAREJO* EN EL PERÚ

El discurso nacional del tardío ochocientos trastrueca la recepción de Juan de Espinosa Medrano: la imagen colonial de mestizo criollo del 1600 se transforma en una imagen indigenista, que, en el siglo XX, desemboca en el mestizaje. La utopía social del mestizaje forjada por Mariátegui y llevada a la altura de modelo cultural por José María Arguedas<sup>51</sup> fue el medio por el cual el concepto de *criollo* ingresó en la historia nacional adoptando el sentido —criollista— de mezcla nativa americana. Sólo con un matiz indigenista, el fenómeno cultural del criollismo puede corresponder a los anhelos de emancipación de la Nación Peruana<sup>52</sup> y proporcionar también el fundamento para que se consiga aceptar la retórica barroca. En las distintas fases de la presentación del *Lunarejo* por Luis Alberto Sánchez se observan las distintas fases de la mediación del criollismo.

En su *Los poetas de la colonia y de la revolución*, Luis Alberto Sánchez, como Mariátegui, desconoce la originalidad de los poetas barrocos.<sup>53</sup> En los escritos posteriores, por ejemplo, en *Escritores representativos de América*,<sup>54</sup> por el contrario, considera a Espinosa Medrano como el ejemplo de una «arquitectura y decoración» criollas. En ello reside el sello y la tendencia de «todo indio americano» llevando, pues, al encuentro de las culturas, a la biculturalidad y al estilo barroco de matiz americano. El adjetivo «criollo» sirve ahora para expresar la peculiaridad del Barroco de América: «[...] estaba naciendo el barroco criollo.»<sup>55</sup> Sin embargo, bajo la máscara barroca, *El Lunarejo* sigue siendo el ejemplo de un personaje intelectual independiente sin transcendencia literaria —ejemplo ya sumamente alabado por Mariátegui («gongorista sin humillaciones»): las palabras «patria, criollo, indio, Cuzco, adquirirían inequívoco tono de dolida protes-

51 Además de las novelas, véase Arguedas, José M. (1975): «El complejo cultural en el Perú», en: id.: *Formación de una cultura nacional indoamericana*, México, pp. 1-9.

52 Dicha acepción corresponde al «indigenismo cultural» de Arguedas, más cercana al mestizaje, que W. B. Berg distingue del «indigenismo étnico y sociopolítico» (Mariátegui). Véase Berg, Walter B. (1995): *Lateinamerika – Literatur, Geschichte, Kultur: Eine Einführung*, Darmstadt, pp. 189-192.

53 En la época de la colonia «se imitó servilmente»; véase Sánchez, Luis A. (1947): *Los poetas de la colonia y de la revolución*, Lima, p. 20.

54 Sánchez, Luis A. (1963): *Escritores representativos de América*, Madrid.

55 Ibid., p. 85.

ta», así la valoración de Luis A. Sánchez.<sup>56</sup> Recién en su ensayo «Barroco, Renacentismo, Gongorismo, Culteranismo y su versión hispanoamericana: notas sobre 'El Lunarejo'»<sup>57</sup> aparece la coincidencia de *criollo* y del paradigma cultural del Barroco vigente en el resto de América Latina en los años setenta. El concepto cultural del Barroco corresponde a la acepción forjada por Alejo Carpentier<sup>58</sup> que Luis A. Sánchez modifica recalcando la posible preexistencia de los elementos culturales indígenas en las formas arabescas y en la tendencia prehispánica hacia el esperpento.<sup>59</sup> También El Inca Garcilaso, amigo de Góngora, anticipa, según Luis Alberto Sánchez, el mitologismo culterano. En Góngora reconoce el estilo más cercano al Barroco americano y el modelo más afortunado, heredando el culteranismo el acervo clásico del Renacimiento<sup>60</sup> —un argumento que usan igualmente los partidarios del antibarroco.

Al fin y al cabo, a pesar de un barniz barroco, el concepto de *criollismo* de Luis A. Sánchez no influye substancialmente sobre la clave hermenéutica, indigenista, que prevalece en las lecturas peruanas.<sup>61</sup> *El Lunarejo* es un mito nacional, sinónimo de reivindicación indígena, un «Demóstenes Indiano», al que se hace referencia también en vista de los defectos físicos

56 Ibid., p. 88.

57 Sánchez, Luis A. (1978): «Barroco, Renacentismo, Gongorismo, Culteranismo y su versión hispanoamericana: notas sobre 'El Lunarejo'», en: *XVII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana: el Barroco en América; literatura hispanoamericana; crítica histórico-literaria hispanoamericana* (1975), Madrid, pp. 281-288.

58 Las analogías con el concepto de Carpentier son evidentes: el Barroco trasciende épocas históricas y se encuentra en el Modernismo y en la literatura moderna en general (Borges, Owen, Torres Bodet, Asturias, etc.; véase Carpentier, Alejo (1976): *Tientos y diferencias*, Montevideo, p. 286); tiene una medida del tiempo distinta de los europeos; es la expresión de un transfondo y una esencia romántica que se expresa también en el hiperrealismo o realismo mágico. Como para Carpentier, lo real maravilloso y lo barroco americano se corresponden.

59 Sánchez, «Barroco, Renacentismo, Gongorismo», p. 283.

60 Ibid., p. 285.

61 Vargas Llosa, obviamente, disiente del paradigma indigenista y adopta la visión criolla. En su comentario del *Apologético*, subraya que *El Lunarejo* afianza ambas tradiciones latinoamericanas, la herencia andina y los aportes culturales del Occidente: «En su texto [...] hay una voluntad de apropiación de una cultura que adelanta lo que es hoy, intelectualmente, América Latina», en: Vargas Llosa, Mario (1987): «'El Lunarejo' en Asturias», en: *ABC* el 23 de noviembre, p. 123. La faz criollista se encuentra también en la introducción de Tamayo Vargas a su edición de las obras de Juan de Espinosa Medrano de 1982 (Biblioteca Ayacucho; 98). Tamayo Vargas subraya, de hecho, el interés del *Lunarejo* por las transposiciones castellanas llevadas a cabo por Góngora y por otros escritores españoles, añade argumentos suplementares: Góngora corresponde al Barroco de Indias por su fuerza de asimilación del latín y por la frecuencia del hipérbaton que Espinosa Medrano define como «un traspasamiento en que, o la palabra, o la sentencia truecan su orden», en: Tamayo Vargas, «Lo barroco y 'El Lunarejo'», p. XXXVII. También Cisneros presenta una lectura subversiva del *Lunarejo*. Véase Cisneros, Luis J. (1980): «Relectura del 'Lunarejo': el 'Can del Cielo'», en: *Lexis: Revista de Lingüística y Literatura* 4/2, pp. 171-177.

del *Lunarejo* (por ejemplo el lunar en la cara). El mito se alimenta de las leyendas biográficas de Espinosa Medrano<sup>62</sup> y se basa en toda una tradición indigenista<sup>63</sup> que, partiendo de sus textos en quechua le considera también como un precursor del indigenismo lingüístico.<sup>64</sup>

Cabe observar, por el contrario, matices distintos de la vertiente indigenista en la obra del escritor nacional Ricardo Palma. En el llamado «costumbrismo» de *Tradiciones peruanas* es el criollismo el que ocupa un lugar privilegiado. Si bien *El Lunarejo*, tal vez por ser Ricardo Palma crítico de cualquier «tributo al gongorismo», al autor no le parece digno de ninguna mención de relieve,<sup>65</sup> sin embargo, al comentar a otros escritores, se hace eco de las estrategias retóricas y subversivas, especialmente de la sátira barroca.

## V

### CRIOLLISMO EN *TRADICIONES PERUANAS* (1872-1918) DE RICARDO PALMA

Como lo observa Edith Palma, la nieta de Ricardo Palma, en su prefacio a la edición de 1968, el costumbrismo de Ricardo Palma no es peruano en virtud de una ficción lingüística del habla popular, marcada por peruanis-

---

62 Además del nacimiento ilegítimo de Espinosa Medrano, se hace referencia a una leyenda sobre el reconocimiento oficial de su madre cuando, siéndole vedado a una pobre india entrar en la Catedral de Cuzco donde Espinosa Medrano predicaba en presencia del Virrey, interrumpió él la prédica, «pidió al auditorio que dejase entrar aquella mujer, que aunque Indiana [sic] y aunque pobre y despreciable, era madre suya», en: Velasco, Juan de: *Historia del Reino de Quito en la América Meridional*, vol. 1, escrita en 1789, publicada en Quito en 1844. Véase García Calderón, Ventura (ed.) (1925): *Apologético en favor de D. Luis de Góngora*, New York/Paris, p. 401.

63 Esta visión del hombre *Lunarejo* y de su «genio indiano» es común en el indigenismo de los años 20-30. Se puede mencionar el estudio de José de la Riva Agüero (*P. Pruvonena*) (1858): *Memorias y documentos para la historia de la independencia del Perú y causas del mal éxito que ha tenido ésta*, Paris, y Alfredo Yépez Miranda (1946): *Signos del Cuzco*, vol. 2: Espinosa Medrano, Juan de, fl. 1660, Lima. Para la presentación indigenista de la recepción del *Lunarejo*, véase Tamayo Rodríguez, *Estudios sobre Juan de Espinosa Medrano*.

64 Ya Clorinda Matto de Turner había subrayado el bilingüismo del *Lunarejo*. Las traducciones de textos en quechua proporcionadas por Matto de Turner muestran imágenes de religión mestiza, confirmadas también por el alegorismo de sus autos sacramentales. En éstos, Cristo se iguala al sol incaico y es un traductor de la religión incaica al monoteísmo católico. Véase Matto de Turner, «Don Juan de Espinosa Medrano», p. 71. Contrariamente al caso de México, las imágenes sincréticas de la colonia entran en el discurso nacional sólo como herencia indígena.

65 Resume, por ejemplo, los artículos sobre *El Lunarejo* en el *Diccionario Histórico-biográfico del Perú* (1877) de Manuel Mendiaburu. En la Biblioteca Nacional que Ricardo Palma reconstruye después del saqueo de la guerra del Pacífico, se encuentra una edición original del *Apologético*, obsequiada por José Bravo en 1889. Entre los escritores barrocos desmonta Palma también a la poeta Amarilis. Amarilis es vista como una invención de escritores masculinos quienes, con un nombre femenino, buscan la atención del público para obras de escaso valor.

mos, sino más bien por el «tejido hispánico-criollo-peruano» de su expresión idiomática.<sup>66</sup> Ricardo Palma se transformó en un poeta nacional y en un «cronista del pueblo» por haber interpretado intertextualmente las voces de las tradiciones peruanas de diversas épocas. Aprecia el poeta seiscentesco Juan del Valle y Caviedes y subraya su ingenio satírico de criollo.<sup>67</sup> *Criollo* significa para Ricardo Palma alguien «nacido allá», como lo constata acerca del Inca Garcilaso de la Vega. Criollismo es, pues, un rasgo americano sin limitaciones nacionales. Es un rasgo debido a la continuidad de la tradición española que, adoptada en el Nuevo Mundo, se carga de una mirada excéntrica hacia la cultura de España. Dicha mirada fue ya la característica de los conquistadores, llamados «Quixotes de ultramar».<sup>68</sup> El concepto de *criollo* define entonces lo particularmente americano dentro de lo universal. Palma reconoce en el «Quijote», que había leído en la edición llevada a Lima por Avendaño, un amigo salmantino de Cervantes,<sup>69</sup> una línea importante de la tradición española de América. En el ensayo dedicado al Quijote<sup>70</sup> señala la fuerte presencia de Cervantes en México, en donde se editó la primera de las seis ediciones americanas (1833). Haciéndose abogado de la herencia española, desarrolla una idea *criollista* de cultura americana. La cultura española en América, transformada en «cosa o costumbre propia de los países americanos»,<sup>71</sup> hace parte del transfondo al que el «cronista» de todo el pueblo<sup>72</sup> tiene que mirar. La ideología de la nación no es suficiente para expresar la cultura, como lo

66 Palma, Edith (1968): «Prólogo», en: Palma, Ricardo: *Tradiciones peruanas completas*, ed. por Edith Palma, Madrid, p. XXXI. El lenguaje de las *Tradiciones* contiene tanto neologismos, de lo que resultó una larga querrela con la Real Academia de la Lengua, como los así llamados arcaísmos, especialmente en las crónicas *El Perú de los Virreyes*. La presentación de los llamados «arcaísmos» coloniales revela la convicción del autor de que la ruptura con el sistema político de España no excluye la continuación de la tradición española. Véase también Palma, «Prólogo», p. XXIV.

67 Ricardo Palma redactó el prólogo a la colección de poesías de Caviedes, impresa en Lima en 1873. En varios textos de las *Tradiciones peruanas*, Palma considera a Caviedes como un «Quevedo limeño», pp. 471 y 838. Del Barroco rechaza Palma todo rasgo de gongorismo, ausente en Caviedes: «En la regocijada musa de nuestro compatriota no hay ese alambicamiento culterano [...]. Décimas y romances tiene Caviedes tan frescos, tan castizos, que parecen escritos en nuestros días.» Véase Palma, Ricardo (1968): «El poeta de la ribera Don Juan del Valle y Caviedes (1683)», en: id., *Tradiciones peruanas completas*, ed. por Edith Palma, Madrid, p. 469.

68 Al continuar la tradición española, América Latina interpreta, por medio de la excentricidad, la variante utópica representada por el héroe cervantino quien rebasa los límites nacionales o regionales. Véase Palma, «Prólogo», p. XXIV.

69 Cervantes mismo solicitó un envío al Perú; su solicitud fue rechazada en 1590.

70 Véase Palma, Ricardo (1968): «Sobre el 'Quijote' en América (1605)», en: id., *Tradiciones peruanas*, pp. 251-255.

71 Véase la cuarta acepción del *Diccionario de Autoridades*.

72 Véase la carta de Ricardo Palma a Carlos Toribio Robinet, en: Palma, «Prólogo», p. XXIV.

subraya el autor en el ensayo XXVIII:<sup>73</sup> como miembros del pequeño grupo literario del Perú independiente, nacidos durante la república, «cumplíamos romper con el amaneramiento de los escritores de la época del colonialaje.»<sup>74</sup> Palma es conciente de la nueva tarea de la literatura que por ejemplo valoriza poco los poemas; rehusa, sin embargo, «renegar el pasado»:

Pertenecen [los versos] a una época determinada de la literatura nacional y, relegándolos al olvido, negaría un contingente, necesario acaso en el porvenir, para todo el que se proponga estudiar el desenvolvimiento gradual de las bellas letras en la patria de Caviedes, Peralta, Olavide, Valdés y Felipe Pardo.<sup>75</sup>

La tradición del Barroco quevediano<sup>76</sup> es la base de la sátira de Palma sobre la época colonial. En un texto titulado «El ombligo de nuestro padre Adán» relata el octavo autodafé de Lima, en el que fue quemado el bachiller Juan del Castillo, según Ricardo Palma un «limeño de regocijada musa y sazonado ingenio»,<sup>77</sup> por haber lanzado una controversia sobre el ombligo de Adán como signo de origen terreno del primer hombre. El debate, según el autor una «tamaña bobería»,<sup>78</sup> fue suficiente para provocar la sospecha de la Inquisición. Al satirizar contra el Santo Oficio y al desmontar la Contrarreforma, la argumentación de Ricardo Palma desemboca en la pregunta de cómo entender la identidad:

Quépanos, sí, a los católicos hijos de esta tres veces coronada ciudad de los reyes del Perú la satisfacción de decir a boca llena, y en encomio de nuestra religiosidad católica-apostólica-romana, que el único limeño a quien la Inquisición tuvo el gusto de achicharrar fué el bachiller Castillo, y aun éste no fué limeño puro, sino retoño de portugueses.<sup>79</sup>

Partiendo del discurso católico españolizante («en encomio de nuestra religiosidad católica-apostólica-romana») pasa el narrador a un registro y a un nivel retórico popular («tuvo el gusto de achicharrar») introduciendo un elemento heterodoxo (retoño de portugueses). Es fácil reconocer las estra-

73 Se trata de la parte de las *Tradiciones peruanas* titulada «La bohemia de mi tiempo».

74 Palma, *Tradiciones peruanas*, p. 1321.

75 Ibid.

76 Sobre la tradición satírica del Barroco español, véase Díez Borque, José M (1987): «Algunas calas provisionales en la poesía de sátira y transgresión religiosa en el Barroco español», en: Calabré, Giovanna (ed.): *Identità e metamorfosi del barocco ispanico*, Napoli, pp. 43-64.

77 Palma, *Tradiciones peruanas*, p. 256.

78 Ibid., p. 257.

79 Ibid., p. 258.

tegias del *Barroco de Indias*: el narrador vuelve la mirada imperialista a los españoles y la desfigura irónicamente. La voluntad colonial de demoler a un representante de la herejía limeña erró su objetivo. La fuerza de la cultura peruana se encuentra propiamente en su «impureza» cultural, capaz de sobrevivir a la obsesión española por el casticismo y al poder colonial que derrumba al limeño sin poder suprimir su herencia cultural múltiple.

Según la manera barroca,<sup>80</sup> varias crónicas del Virreinato son parodias satíricas y antimitos contra la autoridad de la mitología histórica española. «Pícaros portugueses judaizantes» que combaten contra el dogma de la «Inmaculada Concepción», crean, por ejemplo, un antimito de Santiago.<sup>81</sup> No cabe duda de que Ricardo Palma, contrariamente al discurso nacional peruano, se pone al lado del arte criollo y de una mezcla subversiva de culturas en la que se expresan sujetos picarescos. Ricardo Palma anticipa la lectura criolla que ve en *El Lunarejo* el caso individual que permite dignificar a un pueblo, paradójicamente a través de su capacidad para asimilarse a los códigos culturales dominantes y romperlos irónicamente.

Ahora bien, el matiz indigenista del criollismo, hallado en el discurso nacional del Perú, se diferencia radicalmente del criollismo en Mesoamérica y en México, que, por el contrario, con los símbolos mestizos, adquirió también los valores criollos como valores fundadores de la nación.

## VI

### EL COMPROMISO DEL CRIOLLISMO NACIONAL EN MÉXICO

La Nación Mexicana no carece de argumentos para integrar en su identidad nacional la vertiente colonialista de la cultura criolla. El criollismo como discurso nacional tuvo en México un éxito sensible. Ya para Sigüenza y Góngora, criollismo es sinónimo de mestizaje, cuya efigie es la interpretación de Quetzalcóatl como evocación metafórica del apóstol Tomás. Inicialmente, el grupo social de los criollos no se apartó de las reivindicaciones indígenas del México independiente, expresadas por los símbolos de

---

80 La recepción cosmopolita, criolla y barroca es el eje del prólogo de Edith Palma. La composición de los textos, exento de cualquier romanticismo, es, por ejemplo, barroca: «[...] en ese poner y recomponer barroco, que más tarde –en el apogeo de su dominio y de su personalidad– supera, adhiriéndose al realismo de la picaresca», en: Palma, «Prólogo», p. XXII.

81 Véase «El caballero de la virgen (1617)», en: Palma, *Tradiciones peruanas*, Madrid, pp. 296-298.



mestizaje que el Estado criollo adopta como símbolos nacionales<sup>82</sup> de «patriotismo criollo», según la fórmula de Héctor Aguilar Camín: «La historia del patriotismo criollo es, en gran parte, la de una poderosa ingeniería simbólica destinada a construir la idea de una nación mexicana alternativa al dominio español.»<sup>83</sup>

A esta altura de la argumentación, el parangón entre Perú y México es esclarecedor. En el Perú, criollos e indígenas forman dos culturas opuestas que, a partir de la Independencia, sólo subrepticamente se encuentran en unos textos literarios. En México, por el contrario, la *invención nacional* de acervo criollo encuentra sus raíces en el pasado prehispánico. Fray Servando Teresa de Mier rescató el pasado prehispánico de sus estigmas de barbarie y diabolismo, transformando el mito indígena de Quetzalcóatl en efigie fundadora de un cristianismo primitivo mexicano. Fray Servando re-vivificó la teoría de la identidad entre el apóstol Tomás y Quetzalcóatl, identidad comprobable según el «bautismo retrospectivo» cristiano del pasado prehispánico propuesto por el historiador italiano Lorenzo Boturini.<sup>84</sup> El culto guadalupano dio aún la prueba de la preferencia de Dios por la tierra mexicana, oprimida por el dominio español.<sup>85</sup> Las tesis son conocidas por varios ensayos culturales de Octavio Paz.<sup>86</sup>

En los movimientos independentistas, los criollos se sirvieron de la idea de una nación original mexicana, indígena, arrastrada por la Conquista, cuya reivindicación conviene a los afanes independentistas. En su *Historia antigua de Méjico*, Francisco Xavier Clavijero (1731-1787) había preparado el discurso de la nación, liberando la imagen de un cristianismo

82 El antropólogo e historiador Miguel Othón de Mendizábal (1890-1945) opina en su «Origen de las clases medias» (en: id.: *Obras completas*, vol. 6, México, pp. 559-571), que al comienzo del siglo XIX existen 1.245.000 criollos —españoles nacidos en América— y 1.412.100 «castas», es decir cruzamientos entre los diversos elementos étnicos que se habían agrupado en dieciséis categorías. Mendizábal corrige la idea falsa «muy generalizada, de que los criollos, en conjunto, eran una clase privilegiada». Véase Instituto de Investigaciones Históricas (ed.) (1973): *México en el siglo XIX: antología de fuentes e interpretaciones históricas*, México, pp. 80-82.

83 «Invención de México» es el título del primer capítulo de *Subversiones silenciosas*, que Héctor Aguilar Camín, historiador del grupo «Nexos», dedica al surgimiento de la idea de la nación, México 1993, p. 22.

84 Véase Aguilar Camín, *Subversiones silenciosas*, p. 24.

85 Véase *ibid.*, p. 23. Cabe subrayar que, a pesar del rechazo del Perú independiente, las imágenes mestizas de los criollos seiscientos fueron tan fértiles en el Perú como en México. Véase más tarde la imagen subversiva que Espinosa Medrano deslinda de Santa Rosa.

86 Contrariamente a Aguilar Camín que según el modelo de O'Gorman subraya la idea de que los mitos del sincretismo corresponden a una «invención» nacional, ofrece Octavio Paz los símbolos mestizos como clave hermenéutica del pasado. Paz se hace eco, por lo tanto, del ideario nacional, obliterando el nacionalismo de este discurso.

indígena de los vestigios demoníacos que le habían impuesto los cronistas, comparando el pasado prehispánico a la civilización grecolatina. Con la correspondencia de Quetzalcóatl y Santo Tomás, Sigüenza y Góngora había preparado el terreno para Francisco Servando Teresa de Mier. El sincretismo barroco que implica –al menos subrepticamente<sup>87</sup>– el posible surgimiento de la conciencia cultural, fue común a los sujetos virreinales.<sup>88</sup> Sin embargo, sólo en México constituyó un momento importante de las reivindicaciones criollas y facilitó, pues, el paralelo entre criollismo, mestizaje y patriotismo nacional.

Cabe subrayar la continuidad entre el imaginario criollo colonial y los discursos nacionales mexicanos así como la importancia del clero criollo en los siglos XVII y XVIII para la formación de la conciencia independentista, desde la aparición de la Virgen de Guadalupe (1532) hasta los símbolos de los ejércitos de Hidalgo y Morelos.<sup>89</sup> El criollismo de la Independencia todavía es un concepto abierto a la totalidad de la nación futura. Con los ideólogos como Hidalgo, Morelos, Fray Servando y Bustamante, la idea de nación comprende la alianza de las capas sociales (criollos, castas e indios contra el poder español). Esta concepción de criollismo, empero, cambia a lo largo del siglo XIX. La historia del surgimiento de la Nación Mexicana es la historia de la pérdida progresiva de la extensión del concepto de nación,<sup>90</sup> la cual termina efectuando un pacto de independencia

---

87 En los últimos estudios sobre el barroquismo como estilo de *contraconquista*, la imagen del sujeto sometido que parece resultar de la dedicación, ha sido corregida. Muy en general, la libertad estilística y el culto del ingenio barroco permitían al intelectual americano afirmar ante sí y ante la sociedad los valores intrínsecos de su individualidad y proclamar su igualdad de condición respecto de quien escribía en el Viejo Mundo, razón por la que el Barroco gozó de vigencia hasta fines del siglo XVIII.

88 Cabe subrayar que Sigüenza y Góngora aplicó a México la teoría lanzada por el peruano Antonio de la Calancha (1639) sobre la correspondencia entre el paraíso y el Nuevo Mundo y sobre la presencia del apóstol Tomás en tierras americanas, una teoría que, por medio del sincretismo simbólico de las reivindicaciones criollistas, tuvo mucho más éxito en México. Véase Aguilar Camín, *Subversiones silenciosas*, p. 23.

89 En 1810, Hidalgo y Morelos adoptaron la imagen de la Virgen de Guadalupe para sus estandartes. Luego, su propio destino trágico fue comparado con los de Cuauhtémoc y Moctezuma. El Congreso de Anáhuac, que Bustamante quiso formar, subrayó la analogía de aquel presente insurreccional con los grandes momentos de resistencia indígena del pasado prehispánico. Véase Aguilar Camín, *Subversiones silenciosas*, p. 25.

90 Véase por ejemplo el artículo 11 de «Sentimientos de la nación» de José María Morelos en: *Primer centenario de la Constitución de 1824*, en: Instituto de Investigaciones Históricas, *México en el siglo XIX*, pp. 224-233, aquí p. 225: «11º Que la patria no será del todo libre y nuestra, mientras no se reforme el gobierno, abatiendo al tiránico, substituyendo el liberal y echando fuera de nuestro suelo al enemigo español que tanto se ha declarado contra esta Nación.»

aristocratizante, corporativo, quietista<sup>91</sup> en el que desemboca, paradójicamente, también la idea de la nación criolla de Juárez.<sup>92</sup> Como lo subraya Aguilar Camín, «todos los momentos posteriores de afirmación y reinención nacional incorporarían de alguna manera las nociones fundadoras del patriotismo criollo: el guadalupanismo y la hispanofobia, la exaltación del pasado indígena, la idea de la Colonia como un reino de sombras y la exaltación de Quetzalcóatl.»<sup>93</sup> Los símbolos sincréticos, que integran el elemento cultural indígena, acompañan las distintas fases del Estado mexicano de la Independencia hasta nuestros días. Sin embargo, no tienen correspondencia en la historia fáctica de la nación, la cual adoptó una retórica que, al negar el pasado de la Colonia, mantuvo los rasgos colonialistas y, entre otras cosas, «el peso del prestigio de la autoridad, el paternalismo ejercido desde la cúpula y el patrimonialismo burocrático», así Aguilar Camín.<sup>94</sup>

El abandono de la idea de una nación comprensiva de las varias capas sociales y étnicas, dibujada por Hidalgo y Morelos, en favor de un estado independiente que sigue siendo autoritario y colonialista se explica, entre otras cosas, por el miedo de la élite frente a la fuerza de rebelión de campesinos e indígenas. Se renueva así el miedo de la capa criolla que había impulsado el discurso antiindígena de Sigüenza y Góngora en ocasión del motín de 1635. Al revés de sus ideólogos (Hidalgo, Morelos, Servando de Mier y Miranda), cuyos anhelos independentistas comparte la sociedad criolla de fin de la Colonia, esta última, a lo largo del siglo XIX, retrocede espantada ante la amenaza de la pérdida de su hegemonía social por una rebelión plebeya como la de Hidalgo.

Por otro lado, las masas indígenas, contrarias a cualquier tipo de reforma que no fuese en favor de la propiedad comunal, fueron el eje de la resistencia contra la formación de una nación liberal.<sup>95</sup> Según Jean Meyer, entre 1829 y 1910, hubo en México cerca de 53 rebeliones de índole agraria contra las leyes modernizadoras. En México existe, pues, un anta-

---

91 Véase Aguilar Camín, *Subversiones silenciosas*, p. 26.

92 Aguilar Camín desmonta menos claramente el mito de Juárez. En la novela histórica de Del Paso, Fernando (1987): *Noticias del Imperio*, Barcelona, pp. 29-45, el liberalismo de Juárez se alimenta de mitos europeos del *bon sauvage* que traicionan la existencia concreta de las comunidades indígenas. En ese contexto, véase también Borsò, *Mexiko jenseits der Einsamkeit*, cap. II. 2.1.

93 Aguilar Camín, *Subversiones silenciosas*, p. 26.

94 Ibid.

95 Se trata de una tesis de Jean Meyer citada por Aguilar Camín, *Subversiones silenciosas*, p. 28.

gonismo entre el liberalismo, es decir, la reforma liberal, modernizante, que quería «descolonizar» y «desindigenizar»<sup>96</sup> y las comunidades indígenas que se veían amenazadas por los planes liberales referentes a una «democracia de pequeños propietarios acomodados».<sup>97</sup> Otra vez, la comparación con el Perú, es esclarecedora: mientras que allá el antagonismo entre la nación criolla y conservadora y los indígenas fue parte explícita del discurso nacional, la nación liberal mexicana que se establece en 1867, adopta símbolos sincréticos de tipo criollo-mestizo sin correlación fáctica con las capas sociales indígenas. Para los liberales mexicanos, hijos del regalismo español, el elemento indígena es, de hecho, un peso muerto.<sup>98</sup> La guerra civil de la Reforma (1857-1861) y el apoyo de la intervención francesa por los regalistas fue un resultado de las luchas internas. Después de los conflictos de 50 años,<sup>99</sup> con el triunfo de la República de Juárez sobre el Imperio (1867), fecha parteaguas del siglo XIX, la nación adquiere estabilidad y conciencia nacional que une sí las fuerzas liberales contra el extranjero; tampoco en la construcción nacional de Juárez, empero, la parte indígena de la población está incluida. Tanto la tarea de la integración del México regional y rural como la de la fundación de un desarrollo capitalista «han sido realizada[s] en México por el Estado».<sup>100</sup>

Es opinión de los historiadores mexicanos de los últimos años que la construcción de la Nación desembocó en el proyecto del Estado nacional en el que la integración del indígena bajo los símbolos mestizos quiere decir desindianización.<sup>101</sup> En su estudio sobre el mestizaje, Basave Benítez demuestra el compromiso intrínseco de la idea de la nación con el mestizaje, argumentando que ambos fueron prefigurados en las ambiciones de la

96 Ibid., p. 27.

97 La lucha contra la acumulación feudal en manos eclesiásticas fue, entre otras cosas, el objetivo de las leyes de Reforma (1856) inspiradas por el «Informe sobre la ley agraria» de Gaspar Melchor de Jovellanos y por las Cortes de Cádiz. Los gobiernos de los estados habían venido legislando durante el siglo XIX contra las comunidades indígenas para vender sus tierras: en 1825 Chihuahua, Jalisco y Zacatecas; en 1826 Veracruz; en 1829 Michoacán y Puebla.

98 El constituyente de 1822 había pedido que no se mencionara más a la raza indígena en los actos públicos. También para el constituyente de 1857 el indio es salvaje y tiene que integrarse a la civilización. Véase Aguilar Camín, *Subversiones Silenciosas*, p. 28.

99 Las fases de los conflictos son: el último intento conservador con Santa Anna (1850-1854); la Revolución de Ayutla de 1854 que encumbró a los liberales; la Ley Lerdo de 1856 y la Constitución Liberal de 1857 que desataron la guerra civil (1857-1861) a la que siguió la intervención francesa con el apoyo conservador-regalista mexicano (1862).

100 Véase Aguilar Camín, *Subversiones silenciosas*, p. 35.

101 Véase mi análisis del discurso del mestizaje en *La Mestiza: novela yucateca* (1861), la novela de Eliogio Ancona, en: Borsò, *Mexiko jenseits der Einsamkeit*, cap. IV.

Colonia. La Colonia forja el primer rasgo del mestizaje, es decir la premisa de una cultura autónoma que permite lograr mayor independencia de la metrópolis española. En el siglo XIX el mestizaje implicó un blanqueamiento de la raza, pues sólo la dilución progresiva de la sangre del indio encarnaba el futuro éxito de América. Solamente al final del siglo XIX, con *Los grandes problemas nacionales* (1909) de Andrés Molina Enríquez la idea de mestizaje adopta los matices que pasarán a la época revolucionaria en la que emerge el factor *pueblo*. Si Molina Enríquez, al descubrir la necesidad de transformar el ambiente social del indio, llega a la idea de la revolución agraria, es empero para renovar el rasgo nacional del mestizaje que, por las leyes positivistas de selección y de evolución, en la fase de consolidación nacional, se había fortalecido a costa de los indígenas. Molina Enríquez intenta asegurar, junto a la población indígena, también la supervivencia de la Nación Mexicana. La urgencia de la revolución agraria emerge, entonces, no en contra del positivismo, sino a partir de él. La amalgama ambivalente entre el positivismo (de Spencer) y el indigenismo llevada a cabo por Molina Enríquez transmitió la ambigüedad también a las definiciones posteriores del mestizaje.<sup>102</sup>

Ahora bien, en México más que en cualquier otro país de América Latina, el compromiso entre el rechazo de la Colonia por los ideólogos de la nación y el criollismo mestizo del discurso nacional facilita una nueva infiltración subrepticia de métodos estatales colonialistas enemigos del retraso de las culturas indígenas, ocultos bajo la fórmula discursiva del rechazo de la época colonial. La literatura apoya la construcción de la nación al comienzo del siglo por el establecimiento de símbolos mestizos y a raíz del planteamiento de la república de Juárez con un discurso ilustrado y patriótico que se legitima por ser enemigo de todo tipo de barroquismo. La apertura que todavía existe en la literatura del comienzo del siglo en búsqueda de una idea nacional se cierra luego en favor de la imagen de la nación, como se observa en los siguientes ejemplos de Ignacio Rodríguez Galván y de Altamirano.

---

102 Cárdenas trueca otra vez el mestizaje, substituyendo el nacionalismo de la raza por el nacionalismo cultural. En contra de los manuales de historia que interpretan las fases del mestizaje dentro de una supuesta evolución histórica del pensamiento, Basave Benitez revela la arqueología del mestizaje, otorga a Molina Enríquez un lugar central y logra poner en tela de juicio también el lugar sagrado de los clásicos de la mexicanidad: Gamio, Vasconcelos, Guzmán y Ramos. Véase Basave Benitez, Agustín F. (1992): *México mestizo: análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*, México, y mi reseña, en: *Notas* 3 (1994), pp. 100-102.

Ignacio Rodríguez Galván es el romántico mexicano conocido en el contexto de la fundación de la *Academia* en la librería de Manuel Galván Rivera —el tío de Ignacio— en el año 1836. A la *Academia* pertenecen los otros románticos, Ignacio Ramírez y Fernando Calderón, así como Covarrubias y Altamirano. Las primeras ediciones de las poesías de Ignacio son editadas por su hermano Antón en los *Anuarios de la Academia* a partir de 1851, después de la muerte temprana del poeta (1842), que pasa a la historia como poeta patriótico menor por la calidad discontinua de su obra<sup>103</sup> cuya cumbre es el poema épico *La profecía de Cuauhtémoc* (1839). De éste se aprecia el ímpetu patriótico y la crítica de la Conquista. El poema corresponde, pues, al simbolismo criollo que interpreta el México prehispánico en el marco de la religión católica.<sup>104</sup> Existe también otra utopía de la nación criolla que se basa en la integración de la literatura española en la cultura de América: el romance titulado «El anciano y el mancebo», poco conocido tal vez por no corresponder al precepto de la emancipación de España adoptado por la historiografía, relata el encuentro de un joven con un caballero que, en la última parte del texto, se desvela como Miguel de Cervantes. Juventud y vejez se presentan como motivos antagónicos y simbolizan el contraste entre el Nuevo y el Viejo Mundo. En la segunda parte se desarrolla el diálogo entre los protagonistas. El anciano cuenta resignado las desilusiones de una vida al servicio de la corona en defensa de la justicia y de la fe. El joven reacciona con la decisión enfática de luchar contra el mal en nombre de la continuación de una ética caballeresca. En la tercera parte brotan los sueños futuros del joven quien encuentra en el programa romántico de religión, poesía y amor, la fuerza para empeñarse en favor de valores morales y humanos. Cabe subrayar que los ideales no corresponden al programa del Romanticismo de acervo nacional representado por «religión, patria y amor». Más bien, el programa del romance implica un romanticismo revolucionario. El sujeto romántico busca cambios sociales llevados a cabo por una fuerza revolucionaria desatada por la *imagina-*

103 El escritor maneja varios géneros: poemas, ensayos poetológicos, obras de teatro y leyendas con mitos precolombinos. Una bibliografía comentada de 1944 lamenta el olvido de su obra literaria más allá de su «triple sentimiento amoroso, patriótico y religioso», en: González, Manuel P. (1955): «Una influencia inexplorada en Ignacio Rodríguez Galván», en: *Cuadernos Americanos* 14/84, p. 257.

104 M. Menéndez y Pelayo, que llama el poema «la obra maestra del romanticismo mexicano», desconoce el motivo nacional de dicho simbolismo y considera el poema como un ejemplo de «fidelidad a España», en: Menéndez y Pelayo, Marcelino (1893): *Antología de poetas hispano-americanos*, Madrid, p. CXVII.

*ción*. La fuente de dicha imaginación romántica es un texto que le acompaña incesantemente: *Don Quijote*. Este texto es una biblia, una estrella que le guía. La fuerza creativa de los cambios nacionales brota, entonces, de un texto cardinal de la vieja cultura —un texto literario que el joven escoge por ser utópico y transgresivo contra el sistema político. El diálogo entre el joven y el anciano se percibe como «consonancia en las almas».<sup>105</sup> Aquí también, el futuro latinoamericano parece predestinado para cumplir la utopía del Renacimiento,<sup>106</sup> utopía que llegó a América con la Conquista. Interesante es, empero, el hecho de que el encuentro del viejo poeta y de su heredero no ocurre en el Nuevo Mundo, sino más bien en Madrid. Dicha dislocación es subrayada por la estructura discursiva del romance. Las esperanzas del joven y su juventud se muestran desde la perspectiva del anciano, es decir, a partir de quien ya conoce el padecer, quien, encontrándose al final de la vida, aprecia la juventud: «Como quien de horribidas penas / *Aún* no se ha sentido herir.» De igual manera se describe al anciano con los ojos del joven. La doble focalización interna construye el intercambio de miradas como eje del encuentro de los personajes, que son, por ende, alegorías del encuentro de culturas. El Nuevo y el Viejo Mundo existen, pues, a consecuencia de sus recíprocas miradas. Es, de hecho, desde Madrid que el joven poeta construye las utopías del Nuevo Mundo. Nacida

105 La famosa fórmula del «alma común» al final de *Visión de Anáhuac* de Alfonso Reyes, interpretada como metáfora del mestizaje cultural, se construye en el ensayo de Reyes como intercambio dialógico de miradas: la mirada de los conquistadores (2ª parte), de los «conquistados» (3ª parte) y de los libros de viaje, de historia y de historia natural mencionados en la primera parte (por ejemplo Alexander von Humboldt). La visión de Anáhuac corresponde a la visión del historiador (4ª parte), que se encuentra al cruce de intertextos y de miradas. Véase Borsò, Vittoria (1992): «Der moderne mexikanische Essay», en: Briesemeister, Dietrich / Zimmermann, Klaus (eds.): *Mexiko heute*, Frankfurt am Main, pp. 535-566. La propuesta del encuentro entre el Nuevo y Viejo Mundo en Madrid, por la mediatización del Quijote prefigura ya la acepción del criollismo mestizo, visto como actividad mental y cultural (poliperspectiva e intertextualidad) tomada en cuenta por la teoría intercultural actual. A. Roggiano subraya la doble perspectiva como característica de la «inteligencia americana», que Alfonso Reyes considera como fundamental para ver lo nuestro y juzgar de lo ajeno». Véase Roggiano, Alfredo (1978): «Juan de Espinosa Medrano: apertura hacia un espacio crítico en las letras de América Latina», en: Chang-Rodríguez (ed.), *Prosa hispanoamericana virreinal*, p. 110. Véase también Reyes, Alfonso (1958): «Góngora y América», en: id. (1955-1989): *Obras Completas*, vol. 7, México, pp. 235-245.

106 El Renacimiento es una clave hermenéutica de la literatura hispanoamericana por la que pasó la aceptación del Barroco americano también para los críticos partidarios del paradigma antibarroco que precede a la *Generación del 27*. Irving Leonard, por ejemplo, «descubridor» de Sigüenza y Góngora, «perdona» el barroquismo de Sigüenza sólo en virtud de su fuerza de intelectual de «humanista y renacentista iluminado durante una época opresiva y oscura», la época contrarreformista de Nueva España. Véase Ross, «Carlos de Sigüenza y Góngora y la cultura del Barroco», p. 225. Otra vertiente del Renacimiento, en la que se inscribe el criollismo, es el Erasmismo y la revalorización de la lo-

en Madrid, la lectura y reescritura de *Don Quijote* se mueve hacia el Nuevo Mundo y encuentra allá un espacio más libre. Este texto es transcendente porque muestra la existencia de una larga tradición cosmopolita e intertextual borrada en la imagen de la identidad nacional de México<sup>107</sup> y descuidada por la crítica que, en general, adopta el discurso histórico de la nación en el siglo XIX.<sup>108</sup>

Que las construcciones de la emancipación nacional son masivas, se observa, entre otras obras, en las *Crónicas* de Ignacio Manuel de Altamirano. Como prócer de la cultura y de la emancipación nacional, Altamirano, cuyo intento satírico es comparable al cronista Ricardo Palma, apoya la difusión de una cultura moderna basada sobre el progreso y acompañada de la crítica al clero que, para los liberales mexicanos, es la imagen del ruralismo medieval. En las *Crónicas* de Altamirano, en el momento de la construcción de la nación liberal a raíz del gobierno de Juárez, el rechazo de la colonia es mucho más rígido que el de Ricardo Palma. La crónica fechada del 13 de febrero de 1870 es una crítica mordaz del Barroco europeo y de la *barbarie* del *Barroco de Indias*. Refiriéndose al pasquín que, según cita Altamirano, acompañó la destrucción de monumentos romanos y la edificación de los palacios construidos por los Barberini a principios del siglo XVII bajo el mando del papa Urbano VIII (*Quod non fecerunt Barbari, fecerunt barbarini*) concluye:

Ciertamente que dan ganas de cantar lo mismo hoy en México, al ver las barbaridades que se están cometiendo en la catedral, por gentes sin miramiento, sin gusto y sin sentido común.<sup>109</sup>

Altamirano critica la pérdida de majestad clásica en la arquitectura de la Catedral de México por las exageraciones «churriguerescas» en las que, además, se mezclan elementos «folklóricos» como «colores de papagayo»

---

cura, así como la picaresca y la asimilación de la cultura greco-latina, piedra de toque del cosmopolitismo. Véase los ejemplos de Ignacio Rodríguez Galván y Ricardo Palma.

107 Sólo por haber sido borrada esta tradición, Carlos Fuentes puede presentar su propia lectura del Quijote como renovadora y forjar una imagen de sí mismo como el ingeniero de un cosmopolitismo heterodoxo frente al nacionalismo mexicano. Véase Fuentes, Carlos (1976): *Cervantes o la crítica de la lectura*, México.

108 Véase también el artículo de Ottmar Ette en este volumen y su interpretación cosmopolita e intertextual de la tradición del Arielismo: Ette, Ottmar (1994): «Lateinamerika und Europa: Ein literarischer Dialog und seine Vorgeschichte», en: Rodó, José E.: *Ariel*, edición y traducción de Ottmar Ette, Mainz, pp. 9-58.

109 Altamirano, Ignacio M. de (1887 / 1870): «Crónicas, t. 2», en: id.: *Obras completas*, edición, prólogo y notas de Carlos T. Monsiváis, vol. 8, México, p. 64.



o «el rico ‘tlamapa’ o el agrio ‘tlachique’». <sup>110</sup> Este ejemplo del *Barroco de Indias*, en el que los estudios actuales verían un ejemplo del «fenómeno de retorno», es decir, de la «reconquista» del estilo barroco peninsular por los aportes de los «conquistados», <sup>111</sup> para los ojos de Altamirano, es síntoma de la barbarie indígena que destruye el «buen gusto». <sup>112</sup> Altamirano entiende «buen gusto» de manera meramente clásica (clasicista), es decir como metáfora de una mentalidad ilustrada que, para entrar en la modernidad, rehusa los irracionalismos del manierismo barroco.

## VII

### PERSPECTIVAS DEL ESTUDIO COMPARATIVO DEL CRIOLLISMO NACIONAL: EL QUIASMO ENTRE EL PERÚ Y MÉXICO

El Perú y México comparten, esencialmente, las condiciones generales del génesis criollo de la Independencia. La Ilustración enfatiza un rasgo común a todos los movimientos *americanistas* anteriores al siglo XIX: la oposición de los criollos se dirige contra la sujeción económica y no contra las influencias culturales. En el criollismo independentista la herencia de la Colonia es doble. Al negar culturalmente la Colonia, los criollos adoptan implícitamente las prácticas políticas coloniales; mientras que afirman una conciencia y una cultura autónoma, excluyen de la memoria cultural las prácticas subversivas del criollismo barroco seiscentesco. La presencia de los indígenas en la escena de la Independencia y de la emergencia de la nación es decisiva, aunque quedaron sin éxito político las rebeliones. En ambos países, la distancia entre el Estado criollo y la cultura indígena es extrema: abierta en el Perú, oculta debajo de los símbolos integradores en México. A consecuencia de la ausencia de lo indiano en el discurso del Estado independiente del Perú, la emancipación cultural de la nación y la crítica contra el colonialismo implícito del Estado criollo se basan únicamente en las reivindicaciones indígenas. Los criollos mexicanos adoptan, en cambio, símbolos sincréticos forjados en la Colonia. Ambos paradigmas de la historiografía nacional son problemáticos. El indigenismo nacionalista borra la vertiente subversiva del criollismo, revalorizado por los estu-

---

110 Ibid., p. 65.

111 Véase la tesis del historiador de arte francés Cali, François (1960): *L'art des conquistadors*, Paris.

112 Altamirano, «Crónicas», p. 68.

dios actuales. El paradigma criollista-mestizo-barroco vigente en México contribuye, por el contrario, a ocultar el compromiso nacional entre sincretismo criollo y poder.

Que entre los criollos peruanos existieron sujetos subversivos por su expresión literaria, lo demuestran las nuevas lecturas del *Lunarejo*. M. Moraña (1988) y R. González Echevarría (1993) enseñan que el escritor, al describirse como «ave rara» en los prefacios del *Apologético*, desvela las fantasías de los europeos integradas en su autorretrato como presencia de un Otro –*enemigo*–, irónicamente aceptado como *propio*.<sup>113</sup> Lo mismo ocurre en el «Prefacio de autor» dirigido a los lectores de la *Lógica* para rebatir la idea europea de que «los estudios de los hombres del Nuevo Mundo son bárbaros», dignificando también su propia «tierra, donde sonríe un cielo mejor». <sup>114</sup> En base a las nuevas teorías de lectura que trascienden el límite de la historia nacional,<sup>115</sup> se abrieron espacios subversivos: con referencia a Homi Bhabha, Chang-Rodríguez subraya, por ejemplo, que la hibridez «da entrada a diversos modos de conocimiento y variadas percepciones de la realidad que, desde el espacio textual, socavan el discurso barroco y cuestionan la autoridad del orden colonial». <sup>116</sup> Los símbolos del Barroco contrarreformista son subvertidos desde la periferia por un polígrafo peruano cuyo anhelo fue, paradójicamente, integrarse a ese mundo a través del saber. También en los sermones se encuentra un doble discurso, debido a la mezcla de registros populares con el registro culto, como mues-

113 Véase González Echevarría, Roberto (1993): *Celestina's Brood: Continuities of the Baroque in Spanish and Latin American Literature*, Durham/London, p. 157, y mi reseña, en: *Notas* 5 (1995), pp. 78-84.

114 Véase Chang-Rodríguez, «La subversión del Barroco», p. 122.

115 Me refiero a la lectura de autores tanto mexicanos como españoles por Margo Glantz, especialmente Sor Juana y su adaptación de Tirso de Molina, así como de *Naufragios* de Cabeza de Vaca. Véase Glantz, Margo (1992): *Borriones y Borradores: reflexiones sobre el ejercicio de la escritura*, México. Mientras Margo Glantz revisiona la historia de la cultura en base a la microhistoria (documentos personales como biografías, autobiografía y hagiografías) según el concepto de la *transgresión* de G. Bataille y la teoría de M. de Certeau (véase Glantz, *Borriones y Borradores*, p. 136), los estudios editados en EE.UU., por ejemplo, bajo la dirección de Mabel Moraña (*Relecturas del Barroco de Indias*, Hanover 1994), toman en cuenta la propuesta de «culturas híbridas» de Homi Bhabha (véase por ejemplo el artículo de Chang-Rodríguez, «La subversión del Barroco», pp. 29-30, y otros).

116 Véase Chang-Rodríguez, «La subversión del Barroco», pp. 129-130, quien, acerca de la crítica indirecta del mundo virreinal en la comedia profana *Amar su propia muerte*, observa: «Desde el espacio escénico convocado por su obra, Espinosa Medrano pone en evidencia los defectos del orden social imperante cuando recuerda las fallas de la industria minera así como los vicios ligados a representantes del poderoso estamento judicial», *ibid.*, p. 131.

tra la «Oración panegírica de Santa Rosa».<sup>117</sup> Trastroncando la mitología y las metáforas occidentales, *El Lunarejo* desemboca en la tesis de que la «Rosa de Santa María» ha dado nueva hermosura y nuevo esplendor a la Iglesia del Nuevo Mundo, integrándolo en el plan divino<sup>118</sup> y afirmando el derecho de incluirse en la cultura universal. Consciente del efecto reformador de la nueva iglesia de América, *El Lunarejo* construye un paralelo entre Cristo Redentor y la Santa, considerándola, por ende, la corredentora de la Humanidad.<sup>119</sup> La conciencia de que se trata de una Santa del «Nuevo Mundo» es evidente en la contraposición de los dos mundos: «Que Rosa le embiará en esos heros divinissimos! *Qualem Rosam Christo mittet Roma!*»<sup>120</sup> El individuo de América puede dignamente competir con el resto de los hombres. A pesar de la conciencia de la diferencia, según lo advierte la lectura histórica de Rodríguez Garrido, *El Lunarejo* no llega a postular una cultura *propia*. Más bien sigue siendo miembro de una cultura colonial.<sup>121</sup>

Ahora bien, dos conclusiones, sacadas de estas lecturas de Espinosa Medrano, conciernen la historiografía:

- a) desde el punto de vista actual, después de la caída de la ideología fuerte de la nación decimonónica, la conciencia de la diferencia cultural de los criollos no necesita ser interpretada como expresión de un movimiento protonacional. Más bien la conciencia de ser diferente pudo convivir con la sociedad colonial, mientras que la pareja *independencia política y emancipación intelectual* vigente hasta ahora en la historiografía, no es necesariamente válida. La formación de las naciones hispanoamericanas no excluyó, pues, la colonización intelectual de los países independientes;
- b) la historia de las subversiones «silenciosas» de la retórica barroca en el Perú, de la que hemos visto ejemplos en *El Lunarejo* y en Ri-

---

117 La oración forma parte de la colección de *La novena maravilla* (1695). Véase el análisis de Rodríguez Garrido, José A. (1994): «Espinosa Medrano: la recepción del sermón barroco», en: Moraña (ed.), *Relecturas del Barroco*, pp. 149-172, especialmente p. 159.

118 Con una cita del *Cantar de los Cantares* afirma *El Lunarejo* no solamente que Rosa sale a ver a Cristo coronado, sino que además le imita la corona: «De noventa y nueve puntas de metal se corona, que le atormentaron la virginal Cabeça per casi veinte años de carnicería: ¿Pues no bastava remedarle los açotes, las hieles, los troncos? ¿Por fuerça le ha de imitar las espinas? Si, que era Rosa.» Véase Rodríguez Garrido, «Espinosa Medrano: la recepción del sermón barroco», p. 160.

119 Véase Espinosa Medrano: «Quantas vezes bolví los ojos azia las montañas de los Indios barbaros», citado en: Rodríguez Garrido, «Espinosa Medrano: la recepción del sermón barroco», p. 162.

120 Espinosa Medrano, Juan de (1695): *La novena maravilla* nuebamente hallada en los panegyricos sagradas en varias festividades, Lima, p. 272.

121 Véase Rodríguez Garrido, «Espinosa Medrano: la recepción del sermón barroco», p. 167.

cardo Palma —retórica negada por el discurso indigenista de emancipación— espera para ser escrita.

El caso del jesuita Carlos de Sigüenza y Góngora, ejemplo de la ambivalencia nacional en México, nos permite plantear, para concluir, el problema del compromiso entre independencia política y hegemonía postindependentista subrepticamente colonial.

En Sigüenza y Góngora se observa el origen tanto del disimulo político del criollo como de la ambivalencia productiva de la estética barroca. Su posición política es ambigua por representar una sociedad cambiante, en la cual la clase criolla se veía «amenazada desde arriba por el desprecio europeo, desde abajo por la creciente y mezclada clase mestiza»,<sup>122</sup> en donde *mestizo* todavía se entiende como sinónimo de clase social ínfima, al lado de los indios. La ambigüedad y el disimulo de Sigüenza, que corresponde a la indecisión de una sociedad en movimiento, es notable. En su análisis del ensayo de Sigüenza *Alboroto y motín de los indios de México del 8 de junio de 1692*, Codgell demuestra que el autor, «uno de los fundadores de un nuevo discurso cultural americano», en el momento de crisis, «se encuentra bien acomodado dentro de los muros de la burocracia virreinal».<sup>123</sup> Al mismo tiempo se observa el aspecto productivo de la retórica barroca.<sup>124</sup> El disimulo permite la formación de un «discurso de la censura»,<sup>125</sup> un discurso que, mientras que alaba a los señores abrazando su desprecio contra los indios,<sup>126</sup> destruye la visión del poder imperial y muestra su quebranto. La reacción de Sigüenza y Góngora refleja tanto el miedo de la capa superior frente al motín indígena como las transformaciones discursivas en

122 Véase Ross, «Carlos de Sigüenza y Góngora y la cultura del Barroco», p. 238.

123 Codgell, Sam (1994): «Criollos, gachupines, y 'plebe tan en extremo plebe': retórica e ideología criollas en 'Alboroto y motín de México'», en: Moraña (ed.), *Relecturas del Barroco*, p. 247.

124 Más allá de la lucha entre criollos y gachupines en la capa superior de la sociedad virreinal, todo un sector de «sujetos virreinales» que integra una cantidad cada vez mayor de elementos populares vitales y más protéticos, amenaza destruir la base de la antigua sociedad colonial. Véase Codgell, «Criollos, gachupines», p. 253.

125 Este concepto procede del análisis de la cultura española de la dictadura franquista por Neuschäfer, Hans-Jörg (1991): *Macht und Ohnmacht der Zensur: Literatur, Theater und Film in Spanien (1933-1976)*, Stuttgart.

126 En *Alboroto y motín*, según Sigüenza y Góngora la plebe es formada «de indios, de negros, criollos, y bozales de diferentes naciones, de chino, de mulatos, de moriscos, de mestizos, de zambaigos, de lobos y también de españoles que, en declarándose zaramillos (que es lo mismo que pícaros, chulos, y arrebatacapas) y degenerando de sus obligaciones, son los peores de tan ruin canalla», en: Codgell, «Criollos, gachupines», p. 248.

formación. La ambigüedad política es la base del proceso de transculturación y de una producción discursiva muy matizada y compleja.<sup>127</sup>

Ahora bien, la nación hereda el discurso de acomodación con el poder así como el método de crítica indirecto. El estatus de la retórica barroca, como paradigma histórico, tiene matices peculiares en México. Si bien la recuperación del elemento subversivo del Barroco permite «relecturas barrocas» productivas,<sup>128</sup> sin embargo, cabe recordar que el discurso ambivalente de personajes como Carlos Sigüenza y Góngora<sup>129</sup> instaaura reglas discursivas que proporcionan a la élite los símbolos sincréticos y nacionales que permiten el compromiso con las posiciones hegemónicas debajo de la máscara integradora criollo-mestiza. Hoy en día no nos asombran las batallas de los intelectuales mexicanos contra la política cultural estatal que, en los últimos años, venía proponiendo la beatificación de Sor Juana Inés de la Cruz. La integración de la *décima Musa* en la mitología criolla estatal borraría definitivamente la subversividad «silenciosa» de su literatura.<sup>130</sup>

## Bibliografía

### Textos

- Altamirano, Ignacio M. (1987): «Crónicas, t. 2», en: id.: *Obras completas*, edición, prólogo y notas de Carlos T. Monsiváis, vol. 8, México.
- Anónimo [Esquivel y Navia, D. de ] (1901): *Anales del Cuzco*, Lima.
- Del Paso, Fernando (1987): *Noticias del Imperio*, Barcelona.
- Espinosa Medrano, Juan de (1925 / 1662): «Apologético en favor de don Luis de Góngora», ed. por Ventura García Calderón, en: *Revue Hispanique*, New York/Paris, pp. 398-463.
- Espinosa Medrano, Juan de (1982): *Apologético*, ed. por Augusto Tamayo Vargas, Caracas (Biblioteca Ayacucho; 98).

---

127 La historiografía que, en contra, redujo los varios matices a oposiciones entre *criollos* vs. *Peninsulares* o *europeos* vs. *indígenas* no vale para captar dicho proceso que se muestra en la literatura muy claramente. Véase Cogdell, «Criollos, gachupines», p. 253.

128 «Para leer al Barroco americano de una manera innovadora, necesitamos ubicar a sus escritores y a sus escritos dentro de un contexto histórico que pueda asumir las ambigüedades inherentes a un discurso representativo de una clase criolla en desarrollo», en: Ross, «Carlos de Sigüenza y Góngora y la cultura del Barroco», p. 239.

129 También con respecto a la ambigüedad de este personaje se puede observar que la decisión en favor o contra de la cultura criolla sigue un dictado ideológico. Para las varias fases de lectura de Sigüenza y Góngora, véase Ross, «Carlos de Sigüenza y Góngora y la cultura del Barroco».

130 Véase la diferencia entre «autobiografía» de Sor Juana y las hagiografías de las monjas escritas por los padres confesores en el último capítulo de Glantz, *Borriones y borradores*; véase también Glantz, Margo (1994): «Prólogo a Sor Juana Inés de la Cruz», en: id.: *Obras selectas*, México, p. XXV.

- Instituto de Investigaciones Históricas (ed.) (1973): *México en el siglo XIX: antología de fuentes e interpretaciones históricas*, México.
- Morelos, José M. (1971): «Sentimientos de la nación», en: *Primer centenario de la Constitución de 1824*, en: Instituto de Investigaciones Históricas (ed.): *México en el siglo XIX: antología de fuentes e interpretaciones históricas*, México, pp. 224-233.
- Palma, Ricardo (1968): *Tradiciones peruanas completas*, ed. por Edith Palma, Madrid.
- Quezada, Fray Ignacio de (<sup>2</sup>1815): *El Clima de Lima y su Influencia en los seres organizadas, en especial en el hombre*, Madrid.

### Estudios

- Aguilar Camín, Héctor (1993): *Subversiones silenciosas*, México.
- Arguedas, José M. (1975): «El complejo cultural en el Perú», en: id.: *Formación de una cultura nacional indoamericana*, México, pp. 1-9.
- Arguedas, José M. (1975): *Formación de una cultura nacional indoamericana*, México.
- Arrom, José J. (<sup>2</sup>1971): «Criollo: definición y matices de un término», en: id.: *Certidumbre de América*, Bogotá, pp. 11-26.
- Arrom, José J. (<sup>2</sup>1971): *Certidumbre de América*, Bogotá.
- Arrom, José J. (1977): *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas: ensayo de un método*, Bogotá.
- Arrom, José J. (1987): «Carlos de Sigüenza y Góngora: relectura criolla de los 'Infortunios de Alonso Ramírez'», en: *Thesaurus* 42, pp. 386-409.
- Basave Benítez, Agustín F. (1992): *México mestizo: análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*, México.
- Berg, Walter B. (1995): *Lateinamerika – Literatur, Geschichte, Kultur: Eine Einführung*, Darmstadt.
- Beverly, John (1987): *Del Lazarillo al Sandinismo: estudios sobre la función ideológica de la literatura española e hispanoamericana*, Minneapolis.
- Borsò, Vittoria (1992): «Der moderne mexikanische Essay», en: Briesemeister, Dietrich / Zimmermann, Klaus (eds.): *Mexiko heute*, Frankfurt am Main, pp. 535-566.
- Borsò, Vittoria (1994): *Mexiko jenseits der Einsamkeit: Versuch einer interkulturellen Analyse*, Frankfurt am Main.
- Borsò, Vittoria (1994): «Reseña: Agustín F. Basave Benítez, 'México mestizo', México <sup>2</sup>1993», en: *Notas* 3, pp. 100-102.
- Borsò, Vittoria (1995): «Reseña: Georgina Sabat de Rivers, 'Estudios de literatura hispanoamericana', Barcelona 1992, y Roberto González Echevarría, 'Celestina's Brood', Durham/London 1993», en: *Notas* 5, pp. 78-84.
- Calabrò, Giovanna (ed.) (1987): *Identità e metamorfosi del barocco ispanico*, Napoli.
- Calderón, Manuel (1902): «El Lunarejo», en: Mendiburu, Manuel de / Palma, Ricardo (eds.): *Apuntes históricos del Perú y noticias cronológicas del Cuzco*, Lima, pp. 247-260.
- Cali, François (1960): *L'art des conquistadors*, Paris.
- Carilla, Emilio (1946): *El gongorismo en América*, Buenos Aires.
- Carilla, Emilio (1977): *Estudios de literatura hispanoamericana*, Bogotá.
- Carilla, Emilio (1983): *Manierismo y Barroco en las literaturas hispánicas*, Madrid.
- Carpentier, Alejo (1976 / <sup>1</sup>1964): *Tientos y diferencias*, Montevideo.
- Céspedes del Castillo, Guillermo (1983): *América Hispánica (1492-1898)*, vol. 4 de la *Historia de España*, dir. por Tuñón de Lara, Barcelona.

- Chang-Rodríguez, Raquel (1994): «La subversión del Barroco en 'Amar su propia muerte' de Juan de Espinosa Medrano», en: Moraña, Mabel (ed.): *Relecturas del Barroco de Indias*, Hanover, pp. 117-148.
- Cisneros, Luis J. (1980): «Relectura del 'Lunarejo': el 'Can del Cielo'», en: *Lexis: Revista de Lingüística y Literatura* 4/2, pp. 171-177.
- Cisneros, Luis J. (1988): «Juan de Espinosa Medrano, un intelectual cuzqueño del seiscientos: nuevos datos biográficos», en: *Revista de Indias* 48/182-183, pp. 327-347.
- Cogdell, Sam (1994): «Criollos, gachupines, y 'plebe tan en extremo plebe': retórica e ideología criollas en 'Alboroto y motín de México' de Sigüenza y Góngora», en: Moraña, Mabel (ed.): *Relecturas del Barroco de Indias*, pp. 245-280.
- Díez Borque, José M. (1987): «Algunas calas provisionales en la poesía de sátira y transgresión religiosa en el Barroco español», en: Calabrò, Giovanna (ed.): *Identità e metamorfosi del barocco ispanico*, Napoli, pp. 43-64.
- Domergue, Lucienne (1979): «Inquietudes americanas en tiempos de la Revolución Francesa», en: Gil Novales, Alberto (ed.): *Homenaje a Noël Salomon: Ilustración Española e Independencia de América*, Barcelona, pp. 241-250.
- Ette, Ottmar (1984): «Lateinamerika und Europa: Ein literarischer Dialog und seine Vorgeschichte», en: Rodó, José E.: *Ariel*, edición y traducción de Ottmar Ette, Mainz, pp. 9-58.
- Foucault, Michel (1969): *L'archéologie du savoir*, Paris.
- Foucault, Michel (1984): «Le Souci de soi», en: id.: *L'histoire de la sexualité*, vol. 2, Paris.
- Foucault, Michel (1994): «Polémique, politique et problématisations», en: id.: *Dits et écrits*, vol. 4, Paris, pp. 591-598.
- Fuentes, Carlos (1976): *Cervantes o la crítica de la lectura*, México.
- Gil Novales, Alberto (1979): *Homenaje a Noël Salomon: Ilustración Española e Independencia de América*, Barcelona.
- Glantz, Margo (1992): *Borriones y borradores: reflexiones sobre el ejercicio de la escritura; ensayos de literatura colonial de Bernal Díaz del Castillo a Sor Juana*, México.
- Glantz, Margo (1994): «Prólogo a Sor Juana Inés de la Cruz», en: id.: *Obras selectas*, México, pp. XI-XCI.
- González, Manuel P. (1955): «Una influencia inexplorada en Ignacio Rodríguez Galván», en: *Cuadernos Americanos* 14/84, pp. 256-278.
- González Echevarría, Roberto (1993): *Celestina's Brood: Continuities of the Baroque in Spanish and Latin American Literature*, Durham/London.
- Guibovich Pérez, Pedro (1988): «Biobibliografía de Juan de Espinosa Medrano», en: *Boletín del Instituto Riva Agüero* 15/122, pp. 43-53.
- Hatzfeld, Helmut (1964): *Estudios sobre el Barroco*, Madrid.
- Janik, Dieter (1992): «Die Sicht der Indios im Epos 'La Araucana' des Don Alonso de Ercilla», en: id.: *Stationen der spanischamerikanischen Literatur- und Kulturgeschichte: Der Blick der anderen – der Weg zu sich selbst*, Frankfurt am Main, pp. 27-42.
- Janik, Dieter (1992): *Stationen der spanischamerikanischen Literatur- und Kulturgeschichte: Der Blick der anderen – der Weg zu sich selbst*, Frankfurt am Main.
- Lavallé, Bernard (1979): «El substrato criollista y planteamientos de la Ilustración hispanoamericana: el caso del Perú», en: Gil Novales, Alberto (ed.): *Homenaje a Noël Salomon: Ilustración Española e Independencia de América*, Barcelona, pp. 15-21.

- Leonard, Irving (1971): *La época barroca en el México colonial*, México.
- Lezama Lima, José (1977 / <sup>1</sup>1957): «La expresión americana: la curiosidad barroca», en: id.: *Obras completas*, vol. 2, México, pp. 302-325.
- Maravall, José A. (1975): *La cultura del Barroco*, Barcelona.
- Matto de Turner, Clorinda (1902): «Don Juan de Espinosa Medrano, o sea el Doctor Lunarejo (1887)», en: Mendiburu, Manuel de / Palma, Ricardo (eds.): *Apuntes históricos del Perú y noticias cronológicas del Cuzco*, Lima.
- Mendiburu, Manuel de / Palma, Ricardo (eds.) (1902): *Apuntes históricos del Perú y noticias cronológicas del Cuzco*, Lima.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino (1893): *Antología de poetas hispano-americanos*, Madrid.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino (1968): *Historia de la poesía hispano-americana*, Santander.
- Moraña, Mabel (1988): «Barroco y conciencia criolla en Hispanoamérica», en: *Revista de crítica literaria latinoamericana* 28, pp. 229-251.
- Moraña, Mabel (ed.) (1994): *Relecturas del Barroco de Indias*, Hanover.
- Neuschäfer, Hans-Jörg (1991): *Macht und Ohnmacht der Zensur: Literatur, Theater und Film in Spanien (1933-1976)*, Stuttgart.
- O'Gorman, Edmundo (1986): *La supervivencia política novohispana*, México.
- Othón de Mendizábal, Miguel (1946): *Obras completas*, vol. 6, México.
- Palma, Edith (1968): «Prólogo», en: Palma, Ricardo: *Tradiciones peruanas completas*, ed. por Edith Palma, Madrid, pp. XVII-XL.
- Paz, Octavio (1982): *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, México.
- Paz, Octavio (1976): «Manierismo, barroquismo, criollismo», en: *Revista canadiense de estudios hispánicos* 1/1, pp. 3-15.
- Picón Salas, Mariano (1982 / <sup>1</sup>1944): *De la Conquista a la Independencia*, México.
- Rama, Ángel (1984): *La ciudad letrada*, Hanover.
- Redmond, Walter (1974): «Latin American colonial Philosophy: The Logic of Espinosa Medrano», en: *The Americas* 30/4, pp. 475-503.
- Reyes, Alfonso (1958): «Góngora y América», en: id. (1955-1989): *Obras Completas*, vol. 7, México, pp. 235-245.
- Riva Agüero, José de la (P. Pruvonena) (1858): *Memorias y documentos para la historia de la independencia del Perú y causas del mal éxito que ha tenido ésta*, Paris.
- Rodríguez Garrido, José A. (1994): «Espinosa Medrano: la recepción del sermón barroco», en: Moraña, Mabel (ed.): *Relecturas del Barroco de Indias*, Hanover, pp. 149-172.
- Roggiano, Alfredo (1978): «Juan de Espinosa Medrano: apertura hacia un espacio crítico en las letras de América Latina», en: Chang-Rodríguez, Raquel (ed.): *Prosa hispanoamericana virreinal*, Barcelona, pp. 101-111.
- Ross, Kathleen (1994): «Carlos de Sigüenza y Góngora y la cultura del Barroco hispanoamericano», en: Moraña, Mabel (ed.): *Relecturas del Barroco de Indias*, Hanover, pp. 223-244.
- Sabat de Rivers, Georgina (1992): *Estudios de literatura hispanoamericana*, Barcelona.
- Sánchez, Luis A. (1947 / <sup>1</sup>1921): *Los poetas de la colonia y de la revolución*, Lima.
- Sánchez, Luis A. (<sup>2</sup>1963): *Escritores representativos de América*, Madrid.
- Sánchez, Luis A. (1978): «Barroco, Renacentismo, Gongorismo, Culteranismo y su versión hispanoamericana: notas sobre 'El Lunarejo'», en: *XVIIº Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana: el Barroco en América; literatura his-*



- panoamericana; crítica histórico-literaria hispanoamericana* (1975), Madrid, pp. 281-288.
- Tamayo Rodríguez, J. Agustín (1971): *Estudios sobre Juan de Espinosa Medrano: 'El Lunarejo'*, Lima.
- Tamayo Vargas, Augusto (1982): «Lo barroco y 'El Lunarejo'», en: Espinosa Medrano, Juan de: *Apologético*, ed. por Augusto Tamayo Vargas, Caracas, pp. IX-LVIII.
- Uslar Pietri, Arturo (1959): «Lo criollo en la literatura», en: *Cuadernos Americanos* 1/49, pp. 266-278.
- Valcárcel, Luis E. (1939): *Teatro quechua colonial*, s.l.
- Vargas Llosa, Mario (1986): «'El Lunarejo' en Asturias», en: *ABC* el 23 de noviembre, pp. 66-69.
- Velasco, Juan de (1844): *Historia del Reino de Quito en la América Meridional* (escrita en 1789), vol. 1, Quito.
- Vidal, Hernán (1985): *Socio-historia de la Literatura Colonial Hispanoamericana: tres lecturas orgánicas*, Minneapolis.
- Yaranga Valderrama, Abdón (1979): «El papel de las comunidades indígenas en la guerra de la Independencia del Perú», en: Gil Novales, Alberto (ed.): *Homenaje a Noël Salomon: Ilustración Española e Independencia de América*, Barcelona, pp. 217-240.
- Yépez Miranda, Alfredo (1946): *Signos del Cuzco*, vol. 2: Espinosa Medrano, Juan de, fl. 1660, Lima.



LA VÍA DOMINICANA HACIA LA INDEPENDENCIA

TRES MOMENTOS DE UN PROCESO ITERATIVO: 1821 – 1844 – 1865

El esplendor y la decadencia de La Española o Santo Domingo, en otros tiempos «Primada de América» y «Atenas del Nuevo Mundo», es una historia suficientemente conocida. Menos conocido, sin embargo, es el desarrollo político y social del siglo XIX, que fue para Santo Domingo o la República Dominicana muy distinto del desarrollo del continente hispanoamericano y de las otras posesiones españolas del Caribe. Referirse (algo detalladamente) a este desarrollo parece imprescindible, si se quiere abordar, para el caso dominicano, la cuestión relacionada con el tema que nos ocupa, el papel de los intelectuales y de la literatura en el contexto de la Independencia y del proceso de formación nacional.

En el contexto de la coyuntura ideológica, política y social del siglo XIX sobresalen dos factores de la historia colonial que serán aquí brevemente nombrados. El primer factor es la penetración, desde la primera mitad del siglo XVII, de piratas y corsarios franceses, favorecida por las llamadas «devastaciones» de 1605/06: para impedir el floreciente pero ilegal comercio con armadores holandeses, ingleses y franceses en los puertos del norte, la Corona española decretó la destrucción de todas las colonias en el norte, oeste e incluso en el interior. La población fue trasladada hacia el sureste, y el territorio de asentamiento legal, cuyo abandono fue prohibido bajo pena de muerte, fue reducido aproximadamente a un tercio del territorio total. En el norte y oeste, que quedaron desprotegidos, iban infiltrándose cada vez más colonos franceses; para el año 1681, el cronista Charlevoix calculaba ya 7.848 franceses en La Española, de los cuales, como él precisaba, más de la mitad estaban armados.<sup>1</sup> En el Tratado de Rijswijk (1697) España cedió a Francia la parte de la isla poblada por los franceses; de este modo comenzaba el ascenso de Saint-Domingue como la colonia francesa más próspera, que más tarde, en 1804, como consecuencia de la

---

1 Charlevoix, Pierre-François-Xavier de (1731): *Histoire de l'Isle espagnole ou de S. Domingue*, vol. 2, Paris, p. 128.

Revolución Francesa y tras cambiantes alianzas y sangrientas luchas, sería la primera colonia latinoamericana en obtener la independencia, bajo el nombre de Haití.

La victoria militar sobre una potencia colonial europea, celebrada por los independentistas de las colonias españolas del continente, fue sólo *uno* de los aspectos de la Revolución Haitiana. Mucho más significativos fueron los logros jurídicos y sociales, garantizados constitucionalmente, para los antiguos esclavos, negros en su mayoría. De este modo fue la cuestión de la esclavitud, unida a la de los derechos ciudadanos y de la integración social de los negros libertos —y esto significaba también su acceso a cargos de la administración pública— el conflicto decisivo, que provocó, durante las primeras décadas tras el estallido de la revolución en Saint-Domingue, en la colonia española de Santo Domingo una división profunda y posturas diferentes con respecto al país vecino.

Desde 1520 —y con ello paso al segundo factor importante de la historia colonial— eran traídos anualmente a La Española varios miles de esclavos, destinados a la (en un principio) floreciente industria azucarera del sur.<sup>2</sup> Hacia la mitad del siglo XVI su número había ascendido a más de 15.000, frente a unos 5.000 españoles. Sin embargo, el contingente de esclavos se redujo considerablemente con la crisis azucarera sobrevenida en los años 80 del siglo XVI, y con la decadencia económica general que perduró hasta la mitad del siglo XVIII. Para asegurar su existencia tras el desmoronamiento de la economía de plantación, a la mayoría de los españoles no les quedaba otra solución que explotar pequeñas propiedades ganaderas en el interior de la isla, en unidades específicas de producción llamadas «hatos», en las que se disponía por regla general sólo de uno o dos esclavos.

Las relaciones sociales entre amo y esclavo, en la sociedad hatera, eran sin duda mucho menos conflictivas que en el vecino Saint-Domingue, originándose un amplio mestizaje y para muchos esclavos la oportunidad de ser liberados por razones de vínculo familiar o por un «acto de piedad». Sin embargo, a mitad del siglo XVIII, cuando Santo Domingo experimentó un considerable impulso económico a causa del fomento de la economía de plantación y el relajamiento del monopolio comercial español, aumentó

---

2 Sobre la evolución demográfica de la gente de color, compárense Moya Pons, Frank (1986): *El pasado dominicano*, Santo Domingo; Deive, Carlos E. (1980): *La esclavitud del Negro en Santo Domingo (1492-1844)*, 2 vols., Santo Domingo; así como Sagawe, Thorsten (1993): *Geografía, población e historia en R.D. al través de los siglos*, Santo Domingo.

también la demanda de esclavos, cuyo número creció hasta aproximadamente 30.000 en los años 90. Al mismo tiempo, la administración colonial inició una campaña contra la emancipación de esclavos, dispuesta por sus amos o bien lograda por sus propios medios, mediante la ganancia realizada de su alquiler como «ganador». Y, finalmente, se intentó también recortar los derechos a los libertos e impedir su ascenso social, ya que —y de este modo se indignaban los autores del *Código Negro Carolino* concebido en 1784 pero nunca puesto en práctica— podían aprender un oficio lucrativo o incluso abrir a sus hijos la «carrera de las ciencias», que equivalía al «ingreso a las dignidades y empleos de la república»<sup>3</sup>.

De este modo las relaciones sociales entre los blancos y la gente de color, esclavos y libertos, hacia el final del siglo XVIII no eran tan armónicas como lo sostiene la historiografía dominicana tradicional; y los conflictos debían de agudizarse a causa de un acontecimiento que nadie había previsto: la cesión de Santo Domingo a Francia, acordada en el Tratado de Basilea (1795), a cambio del territorio ocupado en España por las tropas napoleónicas. A juicio del primer ministro del rey, Manuel Godoy, la poco lucrativa y desde el punto de vista estratégico no particularmente valiosa colonia no era una gran pérdida y con certeza ninguna gran adquisición para Francia: «[...] tierra ya de maldición para blancos, y verdadero cáncer agarrado a las entrañas de cualquiera que sería su dueño en adelante.»<sup>4</sup> Para los colonos blancos, sin embargo, este acto significó una afrenta sumamente dolorosa y la máxima expresión del desprecio que la Madre Patria había demostrado a la Primada de América durante más de dos siglos.

Se inició una oleada de emigración. Un historiador dominicano moderno calcula que entre un 35 y un 50% de la población blanca abandonó Santo Domingo para establecerse en otras partes de Hispanoamérica:<sup>5</sup> junto a los funcionarios coloniales, en particular todos aquellos que poseían esclavos —acaudalados hacendados así como también miembros de la pequeña clase media urbana que, a través del arrendamiento de uno o dos esclavos, disponía de una renta moderada—, ya que debían de temer la pérdida de sus esclavos tras la abolición de la esclavitud en Saint-Domingue, en 1793/94. Según el punto de vista español estaba permitido embarcar esclavos como

3 Malagón Barceló, Javier (ed.) (1974): *Código Negro Carolino (1784)*, Santo Domingo, p. 185.

4 Manuel Godoy: *Memorias*, citadas según Rodríguez Demorizi, Emilio (1955): *La Era de Francia en Santo Domingo: contribución a su estudio*, Ciudad Trujillo [Santo Domingo], p. 13, nota.

5 Moya Pons, *El pasado dominicano*, p. 38.

parte de los bienes muebles, idea opuesta al concepto de Toussaint L'Ouverture, quien como gobernador general de Saint-Domingue efectuó la anexión a Francia en 1801 con su entrada en Santo Domingo, para impedir ulteriores deportaciones de esclavos.

Los acontecimientos posteriores hasta la primera declaración de independencia en 1821 serán referidos sólo brevemente: mientras en el oeste de la isla fracasaban los esfuerzos de Napoleón por restaurar para las colonias el *Ancien Régime*, pudo implantarse en la parte sur del este de la isla la administración colonial francesa, tras el restablecimiento de la esclavitud, con el apoyo de latifundistas y dueños de esclavos, hasta que en 1809 el acomodado hatero Juan Sánchez Ramírez consiguió la «Reconquista» para España, con la ayuda de Inglaterra y Haití y tras la ocupación transitoria de Santo Domingo por tropas inglesas. Pero la nueva soberanía española, llamada despectivamente por los dominicanos «La España boba», condujo a un descontento que afectó a todas las capas de la población, debido al incapaz y corrupto aparato administrativo, al escaso fomento económico por parte de la metrópoli y al mantenimiento de la esclavitud, hasta que finalmente, en 1821 —coetáneo a los movimientos independentistas en el continente, pero bajo otras premisas ideológicas y sociales—, José Núñez de Cáceres proclamó la (primera) Independencia.

Para comprender el contexto ideológico —y el fracaso— de esta independencia de sólo pocas semanas de duración y llamada «Independencia efímera» en la historiografía dominicana, es imprescindible considerar brevemente el desarrollo cultural de la época colonial. Durante el siglo XVI La Española experimentó un destacado florecimiento cultural. Los centros de actividad literaria (en el más amplio sentido) eran los monasterios y la Universidad, fundada en 1538 por bula papal, la «Universidad Imperial y Pontificia de Santo Domingo», más tarde rebautizada por los dominicos que la gestionaban con el nombre de «Universidad de Santo Tomás de Aquino». La mayoría de los textos, que incluyen teatro y poesía, ha desaparecido; no obstante, numerosos nombres han sido transmitidos, y Menéndez y Pelayo elogiaba, aludiendo a Sor Leonor de Ovando, que la isla «tuvo desde luego la honra de que en su suelo floreciese la primera poetisa de que hay noticia en la historia literaria de América»<sup>6</sup>.

6 Menéndez y Pelayo, Marcelino (1911): *Historia de la poesía hispano-americana*, vol. 1, Madrid, p. 295.

La masiva emigración originada por las «devastaciones» de 1605/06 y la retirada de los depauperados vecinos, que habían permanecido en Santo Domingo, hacia el interior del país impidieron la continuidad de una tan prometedora tradición literaria. La cultura urbana hegemónica era representada durante el siglo XVII y XVIII exclusivamente por la Universidad de Santo Tomás que, hasta la fundación de las Universidades de Caracas y La Habana en 1725 y 1728, respectivamente, fue el centro más importante de educación universitaria de la región, así como por dignatarios eclesiásticos y (ocasionalmente) funcionarios de la administración colonial. Redactaban en cantidad considerable sermones y tratados teológicos, memoriales, misivas y alguna que otra relación o historia acerca de acontecimientos notables de la colonia. Hasta que en 1801 fuera cerrada la Universidad, la enseñanza seguía la tradición escolástica; el acceso a las ideas de la Ilustración era por regla general solamente posible a través de una estancia en Europa, y particularmente en España: como fue el caso de Antonio Sánchez Valverde, el único ensayista destacado del siglo XVIII, quien con su obra *Idea del valor de la Ysla Española y utilidades que de ella puede sacar su monarquía*, publicada en Madrid en 1785, trataba de ofrecer un inventario científicamente exacto de la realidad de Santo Domingo, propagando –en nombre del progreso– una reestructuración fundamental de la economía, orientada en la vecina Saint-Domingue.

La masiva emigración tras la cesión de Santo Domingo a Francia y, particularmente, tras la toma de posesión por Toussaint, comprendía también a un sinnúmero de intelectuales, de manera que puede hablarse de un vacío para la cultura hegemónica española durante la primera década del siglo XIX. Sólo después de la «Reconquista», cuando muchos emigrantes volvieron, era posible reanudar la tradición cultural. Lo escasamente interesada que estaba la metrópoli aún en 1810 en adaptar contenidos y métodos de la enseñanza a una conciencia ilustrada, lo muestra el hecho que sólo fuera admitida la instalación de un «Seminario Conciliar» subordinado al arzobispo, cuya misión era «formar clérigos virtuosos e instruidos que sean verdaderos pastores de sus pueblos y les enseñen las obligaciones de hombres y de vasallos cristianos»<sup>7</sup>. Sólo en 1814/15 fue reabierta la Universidad, bajo tutela del estado; y en vista de la situación política en

---

7 Citado según Vicioso, Abelardo (1983): *El freno hatero en la literatura dominicana*, Santo Domingo, p. 79.

España –Fernando VII había derogado la Constitución liberal de 1812, y tanto la censura como la Inquisición habían sido reimplantadas– hay que suponer que hasta 1820, cuando el rey prestó finalmente juramento a la constitución tras el pronunciamiento de Riego, ni dentro ni fuera de la Universidad podían circular libremente ideas liberales.

No se puede constatar que las ideas ilustradas, que fomentaron las aspiraciones reformistas e independentistas del continente hispanoamericano, fueran recibidas ampliamente por la élite coetánea en Santo Domingo. Su españolismo conservador, impregnado de un fuerte sentimiento religioso e incrementado por el episodio de la dominación francesa, había impedido, a pesar de la decepción por el «abandono» de la Madre Patria, que las convulsiones políticas en la metrópoli fueran aprovechadas, como aconteció en el continente, para conseguir una liberalización política y económica en la colonia. De este modo, la proclamación del «Estado Independiente del Haití Español», el 1º de diciembre de 1821 –con la adhesión a la República de Gran Colombia, fundada poco antes– no fue la expresión genuina de una clase política decididamente independentista y consciente de su «dominicanidad»; se trataba más bien de una acción francamente inoportuna que no correspondía ni a la conciencia de la élite ni a las aspiraciones de la mayoría de la población (que, además, apenas estaba informada sobre la existencia de la República de Gran Colombia), y que procedía únicamente de la voluntad política de un hombre, que encarnaba como intelectual destacado las contradicciones de su tiempo.

Núñez de Cáceres se había exiliado en Cuba tras la cesión de Santo Domingo a Francia, regresando después de la «Reconquista» para servir a España como miembro dirigente de la élite administrativa; como poeta ocasional celebraba –en una canción vendida como folleto aún en 1820– a los «campeones» de la «Reconquista» como «heroicos vencedores, / que de extranjero yugo redimieron / la patria, y dulce libertad le dieron»<sup>8</sup>. La declaración de independencia por él redactada se presentaba esencialmente como memorial de agravios contra la «desdeñosa Metrópoli»: un género que gozaba de una larga tradición en las relaciones entre ésta y la colonia. Que Núñez de Cáceres efectuara, a través de la unión a la República de Gran Colombia, la ruptura con la metrópoli, alabada antes como «patria» –

---

8 Núñez de Cáceres, José: «A los vencedores de Palo Hincado», en: Rueda, Manuel (ed.) (1996): *Dos siglos de literatura dominicana (s. XIX-XX): Poesía*, vol. 1, Santo Domingo, p. 49.



hecho apostrofado por un crítico moderno como «inspiración divina, sueño excelso o extravío mental»<sup>9</sup>—, se explica por la existencia de un fuerte movimiento contrario, que tenía su centro en Santiago, en la región del Cibao, pero que también incluía a círculos de Santo Domingo.

El Cibao había experimentado en la segunda mitad del siglo XVIII un auge económico significativo, que se basaba principalmente en el cultivo de tabaco en pequeñas y medianas unidades familiares. A diferencia de los latifundistas del sur, los cibaeños no colaboraron con la administración colonial francesa y establecieron un gobierno local. Después de la «Reconquista» no estaban dispuestos a sacrificar la autonomía conseguida bajo el dictado centralista de la capital y, reanudando las excelentes relaciones comerciales con el oeste mantenidas en el pasado, persiguieron un mayor acercamiento a Haití y hasta la integración al estado vecino. Para poner freno a estas tendencias prohaitianas que, promovidas hábilmente por agentes haitianos, habían desembocado en un amplio movimiento político, Núñez de Cáceres declaró la Independencia; pero fracasó en su empeño. Después de que ya en noviembre de 1821 poblaciones de las regiones fronterizas del norte se hubieran adherido a Haití, siguieron en enero de 1822 numerosos municipios de otras regiones, entre ellos Santiago y Puerto Plata. La agitación ganó terreno incluso en Santo Domingo, tanto entre la gente de color, a quienes la Constitución haitiana, pero no la de Cádiz, garantizaba los derechos ciudadanos, como entre la burguesía, que esperaba beneficiarse de las (todavía en aquel momento) florecientes relaciones comerciales de Haití con el exterior. En tales circunstancias, Núñez de Cáceres —antes de que el presidente haitiano Jean-Pierre Boyer se dirigiera a Santo Domingo con un ejército de 12.000 hombres— proclamó la adhesión de su efímera república a la República de Haití: un acto que fue consumado solemnemente el 9 de febrero de 1822 en medio del júbilo popular, y que en ningún caso equivalía a una «Ocupación», como ha decretado la historiografía dominicana tradicional, sino a una voluntad política mayoritaria.<sup>10</sup>

---

9 Contin Aybar, Nestor (1982): *Historia de la literatura dominicana*, vol. 1, San Pedro de Macorís, p. 287.

10 Compárense, desde la perspectiva dominicana, Moya Pons, Frank (\*1984): *Manual de historia dominicana*, Santo Domingo, cap. XVII, y recientemente también del mismo autor (1995): *The Dominican Republic: A National History*, New Rochelle, NY, cap. 6, así como del mismo Moya Pons, Frank (31978): *La dominación haitiana: 1822-1844*, Santo Domingo; y desde la perspectiva haitiana, Price-Mars, Jean (1953): *La République d'Haiti et la République Dominicaine: les aspects divers d'un*

Para el gobierno haitiano la anexión del militarmente poco asegurado Este a la república constituía un objetivo existencial –conforme al postulado constitucional de la «île une et indivisible»–, de especial urgencia en aquel momento, en el que circulaban continuos rumores acerca de una inminente invasión por tropas francesas, ya que Francia se negaba tenazmente a reconocer la nueva república y especularía con el apoyo eventual de España, después de que ambos países hubieran pactado, en 1820, una alianza (transitoria). Las primeras medidas de Boyer fueron encaminadas a satisfacer las grandes expectativas de los nuevos súbditos y ganarse las simpatías también de quienes se habían mostrado escépticos o incluso habían rechazado la unificación: igualdad jurídica y política del Este y del Oeste; junto a la abolición de la esclavitud (mantenida por Núñez de Cáceres) y el reconocimiento de los derechos ciudadanos para toda la gente de color, una política decidida de reparto de tierras a los campesinos; y, por último, el fomento de la agricultura y del comercio exterior, experimentando el Este un considerable impulso económico. Pero muy pronto se presentaron problemas graves: el prometido reparto de tierras a los campesinos, y particularmente a los antiguos esclavos, era demorado a causa de las diferencias existentes en las estructuras y en los derechos de propiedad; con la intensificación de la agricultura, los campesinos no propietarios fueron obligados a trabajar en plantaciones, como lo estipulaba ya el *Code Rural* en el Oeste, y después de que Francia, en 1825, reconociera finalmente a Haití, a cambio de una suma compensatoria exorbitante, también el Este fue cargado con impuestos que minaron en gran parte el auge económico antes alcanzado.

Un especial potencial de conflicto se presentó con la intencionada asimilación cultural del Este. Según Boyer, «el interés de la República» exigía «que el pueblo de la parte oriental cambie a la brevedad posible de hábitos y costumbres para adoptar los de la República, a fin de que la unión sea perfecta y que la antigua diferencia... desaparezca sin más».<sup>11</sup> Para lograr este objetivo, la Universidad, de todos modos abandonada a causa del servicio militar obligatorio, fue cerrada en 1823, la lengua francesa fue impuesta para todos los documentos oficiales, y se trató de acabar con la om-

---

*problème d'histoire, de géographie et d'ethnologie*, 2 vols., Port-au-Prince (con reproducciones de documentos de la época).

11 Citado según Moya Pons, *La dominación haitiana*, p. 87.

nipotente posición de la Iglesia a través de expropiaciones y represalias, lo cual, sin embargo, había de revelarse contraproducente, ya que los párrocos, que seguían teniendo una gran influencia sobre todo en las regiones rurales, podían transmitir a los feligreses sin mayores estorbos su odio contra la administración «sin Dios». De este modo debía cumplirse lo que Núñez de Cáceres había predicho a Boyer con motivo de la entrega de Santo Domingo: que la «transmutación de diferentes pueblos en uno solo»<sup>12</sup> únicamente podía materializarse si las diferentes tradiciones culturales eran respetadas. El hecho de que la adhesión de Santo Domingo a Haití fuera acogida con entusiasmo (al menos al principio) por los antiguos esclavos lo prueban numerosos versos de la poesía popular de la época, como la siguiente copla: «Dios se lo pague / a papá Boyé, / que nos dió gratis / la libertad.»<sup>13</sup> Pero los intelectuales, de los cuales, por cierto, algunos colaboraron con el nuevo régimen, emigraron, en su mayoría, a Cuba o Puerto Rico, o bien se consagraron a actividades culturales que le parecían inofensivas a la censura y que podían poseer, no obstante, un carácter subversivo, como aquel grupo de jóvenes que habían de promover la segunda declaración de independencia, en 1844.

El dirigente político y guía espiritual de este grupo era Juan Pablo Duarte, que procedía (como muchos de sus compañeros de lucha) de la burguesía comerciante de la capital. Su familia —el padre, nacido en España, se había establecido en el país poco antes del final del dominio español y había emigrado temporalmente a Puerto Rico con la entrada de Toussaint en Santo Domingo en 1801— estaba fuertemente marcada por tradiciones españolas y por una religiosidad practicada austeramente. Para preparar al joven Duarte al ingreso en la casa comercial paterna, fue enviado hacia 1827/28 a un viaje de estudios, que le llevó con apenas quince años a Nueva York, Londres, París y Barcelona. Con este viaje de unos cinco años de duración, Duarte bien pudo perfeccionar su formación profesional; pero decisivo para su desarrollo intelectual y emocional fue el clima acalorado de las disputas ideológicas, políticas y literarias de la época —Liberalismo, Nacionalismo, Romanticismo—, que presenció sobre todo en París y Barcelona.

---

12 En: Rodríguez Demorizi, Emilio (1971): *Santo Domingo y la Gran Colombia: Bolívar y Núñez de Cáceres*, Santo Domingo, p. 95.

13 En: Rodríguez Demorizi, Emilio (ed.) (1973): *Poesía popular dominicana*, Santo Domingo, p. 53.

Tras su regreso a Santo Domingo en 1832, con la aureola del intelectual conocedor de Europa, Duarte empezó, junto a sus ocupaciones en el negocio paterno y su servicio en la Guardia Nacional, a transmitir las nuevas corrientes que agitaban a Europa a un creciente círculo de seguidores, que le escuchaban ávidamente. En 1838, en medio de la crisis económica que también afectaba a la burguesía comerciante, y convencido ya de que la separación de Haití era inevitable, Duarte, junto a ocho de sus amigos y discípulos más íntimos, fundó la sociedad secreta *La Trinitaria*, cuyos miembros, «en nombre de la Santísima, Augustísima e Indivisible Trinidad», debían jurar solemnemente «[a] cooperar [...] a la separación definitiva del gobierno haitiano y a implantar una república libre, soberana e independiente de toda dominación extranjera»<sup>14</sup>.

Este grupo de jóvenes, entre quienes casi ninguno disponía de un prestigio cultural en la sociedad de la capital, apegada a pautas tradicionales, fue, en un comienzo, ignorado o, cuando más, tildado de soñadores ingenuos. Un factor no irrelevante para esta apreciación era seguramente el hecho de que los trinitarios, bajo la influencia de Duarte, quien fuera fascinado por el Romanticismo francés y español, se entregaran a un (entonces incomprendido) sentimiento romántico de la vida, que ya se había manifestado a través de toda clase de rituales misteriosos en la fundación de la *Trinitaria*, posiblemente inspirados por la sociedad secreta de los *Numantinos*, creada por Espronceda en 1823: pacto de sangre, adopción de seudónimos poéticos y mantenimiento de un riguroso incógnito, acuerdo de contraseñas y utilización de una escritura secreta para documentos importantes. No obstante, los jóvenes, tachados de inexpertos y excéntricos, crearon foros para una propaganda efectiva: la asociación cultural de la *Filantropía*, en la que eran celebradas lecturas y debates aparentemente inofensivos, y la *Sociedad Dramática*, en la que eran representadas piezas de teatro de autores europeos (escenificadas principalmente por los mismos trinitarios), que no le parecían sospechosas a la censura pero que, establecida la analogía con la propia situación, transmitían al público impulsos emancipadores. Entre la mayoritaria gente de color, muchos veían este movimiento con recelo o incluso lo rechazaban, ya que era apoyado casi exclusivamente por miembros de la clase media blanca, enraizada profundamente en la tradición española y sospechosa de racismo. Pero el esfuerzo

14 Citado según Lebrón Saviñón, Mariano (1988): *La Trinitaria*, Santo Domingo, p. 18.

incansable de los trinitarios y sus adeptos, cuyo número iba en aumento principalmente entre los jóvenes, consiguió ganar en todas las regiones cada vez más simpatías a su proyecto de la independencia «pura y simple».

Estos éxitos se vieron favorecidos por la crisis política interior que desde hacía tiempo erosionaba a la parte occidental, y que provocó la caída de Boyer en 1843. Pero antes de que los trinitarios pudieran aprovecharse del momento propicio, su movimiento fue desbaratado por una intervención militar del Oeste, y Juan Pablo Duarte fue exilado junto a muchos de sus seguidores. A los pocos trinitarios que escaparon de la persecución sólo les quedaba pactar con las fuerzas conservadoras de la oligarquía, que aspiraban igualmente a la separación, inclinados, sin embargo, a la anexión a una potencia europea. Esta alianza de fuerzas opositoras declaró, el 27 de febrero de 1844, por segunda vez la independencia, ahora como República Dominicana: una victoria de la reacción, como debería hacerse evidente, ya que tampoco la vuelta de Duarte y su proclamación, por las masas populares del Cibao, como presidente de la República, pudieron impedir que finalmente Pedro Santana, un acomodado hatero del sur y victorioso general en las campañas contra los intentos haitianos de reconquista, asumiera la presidencia para, tan sólo 17 años después, el 18 de marzo de 1861, —supuestamente a causa de una inminente invasión de tropas haitianas— renunciar a la soberanía de la joven república y colocarla, ante la indiferencia de la mayoría de la población, nuevamente bajo dominio español.

El legado político de Juan Pablo Duarte, quien fue exilado por Santana, permaneció, durante las décadas siguientes, sin resonancia; y los próceres de la «Guerra de la Restauración», quienes finalmente, en 1865, expulsaron a los españoles y consiguieron la tercera y definitiva independencia de la República Dominicana, lo desautorizaron a él, quien se había apurado en volver del exilio para prestar su ayuda, ya que no les parecía apto ni siquiera como símbolo de resistencia, siendo enviado, para una oscura misión diplomática, a Venezuela, donde murió en 1876 casi olvidado e indigente, hasta que encontrara póstumamente un tardío homenaje como «Padre de la Patria» tras el traslado de sus restos mortales en 1884, que supuso, eso sí, una verdadera apoteosis. Duarte encontró, en cambio, una resonancia inmediata y de gran alcance en los círculos literarios, a través de la propagación del Romanticismo europeo, al que él mismo se consagraba con poemas ocasionales (aunque no publicados en vida), y que marca el

comienzo de la literatura dominicana como expresión de una nacionalidad específica.

Aún hacia 1803/1804 había dominado una manifiesta confusión, particularmente entre la población rural, acerca de su nacionalidad, como documentan los siguientes versos populares de un sacerdote de Santiago: «Ayer español nací, / a la tarde fui francés, / a la noche etíope fui, / hoy dicen que soy inglés: / no sé que será de mí.»<sup>15</sup> E incluso después de la constitución de la República Dominicana como estado independiente, Félix María del Monte, el más destacado poeta y dramaturgo del Romanticismo dominicano y autor del primer himno nacional (no oficial), compuesto en la misma noche de la declaración de la independencia, se mostraba poco decidido a la hora de denominar a los nuevos ciudadanos; el estribillo dice así: «¡Al arma, españoles! / ¡Volad a la lid! / ¡Tomad por divisa / ‘Vencer o morir’!»<sup>16</sup> La autoidentificación como «español» podía no presentar problemas para del Monte, quien pertenecía a la clase media urbana blanca identificada con su herencia española. Pero por consideración a los soldados, que defendían la nueva patria —con su himno en los labios— contra las numerosas invasiones haitianas y que en su mayoría era gente de color, cambió «españoles» por «patriotas».

Junto a la poesía patriótica y numerosas proclamas y manifiestos escritos por todas las fracciones políticas, contribuyó desde 1844 el costumbrismo o criollismo de manera considerable a la propagación de una conciencia nacional o patriótica; esto a través de cuadros de costumbres, anécdotas y leyendas que, con su predilección por sucesos inusitados y hasta escandalosos y por tipos sociales pintorescos y hasta criminales, tan sólo proporcionaban una imagen superficial y distorsionada de la realidad, pero en cuyo entorno surgió también la primera contribución al costumbrismo dominicano con aspiraciones a un reflejo auténtico de la realidad: la novela *El montero*, publicada en 1856 por Pedro Francisco Bonó. De gran utilidad para la difusión de estos textos, concebidos como literatura «nacional», eran los órganos de prensa que, desde 1844, hicieron irrupción masiva, aunque fueran a menudo de duración efímera, innumerables panfletos y cantaletas, publicados como folletos, así como las sociedades culturales o

15 En: Rodríguez Demorizi (ed.), *Poesía popular dominicana*, p. 17. «Etiope» quiere decir «africano» = «haitiano».

16 En: Llorens, Vicente (ed.) (1984): *Antología de la poesía dominicana 1844-1944*, Santo Domingo, p. 45.

literarias, los *Amantes de las Letras*, las sociedades de *Amigos del País* o la *Sociedad Progresista*: foros de debates tanto políticos como literarios que llegaron a agudizar la conciencia «nacional» de una (limitada) opinión pública.

El período de 1844 a 1861, año de la nueva anexión a España, dio lugar a una primera, tan sólo modesta producción literaria «nacional», debido a las encarnizadas luchas de poder entre los diversos caudillos así como entre independentistas y anexionistas. La «Guerra de la Restauración», iniciada en 1863, absorbió las energías de los intelectuales, quienes participaron en su mayoría en los enfrentamientos bélicos, pero produjo también una consolidación de las ideas «nacionales», que a partir de este momento fueron –por vez primera– vinculadas a un programa decididamente liberal-democrático.

Centro y motor de la resistencia armada contra la anexión era el Cibao, que se oponía nuevamente al sur y a la capital, con su tradición antiautoritaria y liberal, establecida desde hacía años y seguramente dictada también por intereses regionales. En septiembre de 1863 fue instaurado en Santiago un gobierno provisional que declaró de inmediato la secesión de España en un «Acta de Independencia» distribuida en todo el país. El éxito militar, que llevó a España a anular la anexión el 3 de marzo de 1865 –después de que la Corona española hubiera perdido el interés en esta campaña militar sangrienta y degenerada en una guerra de conquista–, era ciertamente atribuible en parte a las capacidades estratégicas de los generales insurrectos. Pero el factor decisivo para la victoria fue que el pueblo –por primera vez en la historia dominicana– hiciera de la independencia un objetivo propio, ya que los generales y soldados (blancos) enviados por la metrópoli desde Cuba y Puerto Rico, donde la esclavitud aún no había sido abolida y donde la discriminación racial era practicada de una forma mucho más virulenta que en Santo Domingo, discriminaban también a la gente de color dominicana, quienes constituían en ambos lados el grueso de las tropas. De este modo lucharon no sólo ya como seguidores de un caudillo, sino *motu proprio* en nombre de una causa percibida como justa, desarrollando los primeros rasgos de una conciencia nacional, como atestigua la última copla de un himno muy popular compuesto por un autor desconocido durante la

«Guerra de la Restauración»: «¡Que viva siempre la unión / que reina entre los hermanos! / No nos cause admiración / el ser ya dominicanos.»<sup>17</sup>

Los próceres de la «Guerra de la Restauración» que llevó a la tercera y definitiva independencia del país, nuevamente como República Dominicana, formaban un grupo que, por su origen social y por sus ambiciones políticas, era realmente heterogéneo. No obstante, más allá de la reclamación de la independencia «pura y simple», estaban en condiciones de presentar un elaborado programa político, el cual —y con ello salgo obligadamente del marco histórico aquí establecido— fue plasmado desde 1865 en numerosas constituciones ejemplares y divulgado en gran número de textos programáticos, con el fin de llevar a la práctica su proyecto de un estado nacional moderno y progresista.

Los representantes más destacados de esta generación de liberales de la segunda mitad del siglo fueron Gregorio Luperón y Pedro Francisco Bonó, quienes promovieron el proceso de formación nacional con el mismo empeño de propaganda incansable, pero quienes eran divergentes en sus ambiciones políticas. Luperón, esencialmente autodidacta y «hombre de acción», que había ascendido muy rápidamente a general durante la «Guerra de la Restauración», participó como jefe indiscutible del Partido Liberal en casi todas las insurrecciones o «revoluciones» contra las fuerzas conservadoras, las cuales dominaban también los primeros lustros de la «Segunda República», y quienes no vacilaron en cambiar —como fue el caso del caudillo Buenaventura Báez, en el poder tras la muerte de Pedro Santana— la independencia, tan arduamente conquistada, por una anexión a los Estados Unidos, sólo impedida por una acción del Congreso norteamericano, que negó su aprobación al tratado ya negociado, como oposición a su corrupto presidente Ulyses Grant. Bonó, abogado, médico y periodista, que había sido ministro del gobierno provisional de 1863, se alejó en cambio de la vida política cotidiana y llegó incluso a rechazar la oferta de candidatura (segura) a la presidencia para dedicarse, lejos de las luchas políticas de partido, aunque simpatizante de los liberales, a sus estudios económicos y sociológicos, dirigidos a una mejora concreta de las condiciones de vida sobre todo de los campesinos.

Gregorio Luperón y Pedro Francisco Bonó fueron en el ámbito del ensayo hasta el final del siglo XIX los representantes más destacados de

---

17 En: Rodríguez Demorizi (ed.), *Poesía popular dominicana*, p. 90.



aquella generación de intelectuales que trataban de fomentar la integración y el progreso de la nación a través de la propagación de un orden democrático y de una política económica liberal. La literatura de ficción vivió un cierto florecimiento tan sólo después de la creación del «Movimiento Unionista» en 1873, en el que se aliaron expartidarios de Báez con los liberales de Luperón, provocando poco después el derrocamiento del primero. Sin embargo, fue tan sólo a partir de 1879 que los liberales, tras la superación de luchas partidistas y la neutralización de las ambiciones personales, lograron ocupar la presidencia durante varias legislaturas y crear un clima que favoreciera la producción literaria a través de la garantía de los derechos ciudadanos así como el desarrollo de una infraestructura cultural.

La poesía patriótica siguió siendo cultivada, así como el costumbrismo, que ganó, con la novela *Baní o Engracia y Antoñita* (1892), de Francisco Gregorio Billini, un destacado estadista liberal y presidente de la República durante un corto período de tiempo, una dimensión de testimonio político comprometido: crítica al personalismo y a la ambición política de los poderosos así como proyección de una utopía dirigida hacia el progreso de la nación —un aspecto que fue también tematizado esporádicamente en la poesía, como es el caso, por ejemplo, de Salomé Ureña de Henríquez (en su poema «La gloria del progreso», entre otros). Los impulsos decisivos para la construcción de una continuidad de la historia nacional, según Luperón instrumento propicio «para levantar el espíritu nacional, y reclutar el patriotismo»<sup>18</sup>, fueron proporcionados por el «indigenismo» (o «indianismo»): en las *Fantasías indígenas* (1877), de José Joaquín Pérez, y en el poema «Anacaona» (1880), de Salomé Ureña de Henríquez, en el que se ensalza al indio, por su resistencia a los conquistadores españoles, como primer patriota dominicano.<sup>19</sup> Manuel de Jesús Galván, el único intelectual destacado de la época que abogaba por la anexión a España y que había abandonado el país (temporalmente) en 1865, ofreció, por el contrario, con su novela *Enriquillo* (1879/82) —a pesar de las críticas a atrocidades come-

---

18 Luperón, Gral. Gregorio (21939): *Notas autobiográficas y apuntes históricos*, vol. 1, Santiago, p. 101.

19 Compárese también la primera obra historiográfica dominicana relevante, el *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, de José Gabriel García, publicado en 1867 y reelaborado para una tercera edición aparecida entre 1893 y 1900, donde se ensalza a los indios «patriotas» por su «heroica guerra de independencia» contra los invasores españoles. Véase la quinta edición, Santo Domingo 1982, vol. 1, p. 32.

tidas por los conquistadores— una rehabilitación de España fundamentada ante todo en la «conquista espiritual», una apreciación que estaba en perfecta consonancia con el clima intelectual de entonces.<sup>20</sup>

La antigua *rancune* contra la «desdeñosa Metrópoli» había sido sustituida desde hacía mucho tiempo por un agresivo antihaitianismo, ya que el haitiano era considerado como «bárbaro africano», inferior tanto étnica como culturalmente al dominicano, quien gracias a su «españolidad» pertenecía al mundo «civilizado». La discriminación implícita de la propia población, mayoritariamente de color, se esquivaba «liberándola» en cierto modo del estigma de su origen africano con la denominación (corriente aún hoy) de «blancos de la tierra» o «indios». La discrepancia entre la realidad y la ficción de la identidad nacional fue expresada acertadamente, de modo irónico y distanciado, a comienzos del siglo XX por Francisco Eugenio Moscoso Puello en sus (ficticias) *Cartas a Evelina*:

[...] los habitantes de la República Dominicana, somos en su mayoría mulatos, mulatos tropicales, que es un tipo singular de la especie humana. [...] Pero debo advertirle, señora, que los dominicanos somos constitucionalmente blancos, porque ha sido a título de tales que hemos establecido esta República, que usted no debe confundir con la de Haity, donde los hombres comen gente [...].<sup>21</sup>

## Bibliografía

### Textos

- Charlevoix, Pierre-François-Xavier de (1731): *Histoire de l'Isle espagnole ou de S. Domingue*, vol. 2, Paris.
- García, José G. (<sup>5</sup>1982 / <sup>3</sup>1893-1900 / <sup>1</sup>1867): *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, vol. 1, Santo Domingo.
- Llorens, Vicente (ed.) (<sup>2</sup>1984): *Antología de la poesía dominicana 1844-1944*, Santo Domingo.
- Luperón, Gral. Gregorio (<sup>2</sup>1939): *Notas autobiográficas y apuntes históricos*, vol. 1, Santiago.
- Malagón Barceló, Javier (ed.) (1974): *Código Negro Carolino (1784)*, Santo Domingo.

20 Para un análisis detallado de los textos tanto ensayísticos como de ficción en el contexto general de la formación del estado y de la identidad nacionales, remito a mi estudio (1996): *Der Wille zur Nation: Nationsbildung und Entwurfe nationaler Identität in der Dominikanischen Republik*, Frankfurt am Main, cap. 2.

21 Moscoso Puello, Francisco E. (s.a.): *Cartas a Evelina*, Santo Domingo, pp. 9-10.

- Moscoso Puello, Francisco E. (s.a.): *Cartas a Evelina*, Santo Domingo.
- Rodríguez Demorizi, Emilio (ed.) (<sup>2</sup>1973): *Poesía popular dominicana*, Santo Domingo.
- Rueda, Manuel (ed.) (1996): *Dos siglos de literatura dominicana (s. XIX-XX): Poesía*, vol. 1, Santo Domingo.

### Estudios

- Contín Aybar, Nestor (1982): *Historia de la literatura dominicana*, vol. 1, San Pedro de Macorís.
- Deive, Carlos Esteban (1980): *La esclavitud del Negro en Santo Domingo (1492-1844)*, 2 vols., Santo Domingo.
- Gewecke, Frauke (1996): *Der Wille zur Nation: Nationsbildung und Entwürfe nationaler Identität in der Dominikanischen Republik*, Frankfurt am Main.
- Lebrón Saviñón, Mariano (1988): *La Trinitaria*, Santo Domingo.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino (1911): *Historia de la poesía hispano-americana*, vol. 1, Madrid.
- Moya Pons, Frank (<sup>3</sup>1978): *La dominación haitiana: 1822-1844*, Santo Domingo.
- Moya Pons, Frank (<sup>8</sup>1984): *Manual de historia dominicana*, Santo Domingo.
- Moya Pons, Frank (1986): *El pasado dominicano*, Santo Domingo.
- Moya Pons, Frank (1995): *The Dominican Republic: A National History*, New Rochelle, NY.
- Price-Mars, Jean (1953): *La République d'Haïti et la République Dominicaine: les aspects divers d'un problème d'histoire, de géographie et d'ethnologie*, 2 vols., Port-au-Prince.
- Rodríguez Demorizi, Emilio (1955): *La Era de Francia en Santo Domingo: contribución a su estudio*, Ciudad Trujillo [Santo Domingo].
- Rodríguez Demorizi, Emilio (1971): *Santo Domingo y la Gran Colombia: Bolívar y Núñez de Cáceres*, Santo Domingo.
- Sagawe, Thorsten (1993): *Geografía, población e historia en R.D. al través de los siglos*, Santo Domingo.
- Vicioso, Abelardo (1983): *El freno hatero en la literatura dominicana*, Santo Domingo.



DESDE LA LITERATURA HASTA LAS BELLAS LETRAS

LOS PRINCIPIOS DE UNA LITERATURA NACIONAL EN NUEVA GRANADA  
(COLOMBIA) AL FINAL DE LA ÉPOCA COLONIAL Y EN EL PRIMER PERÍODO DE  
LA INDEPENDENCIA, REFLEJADOS EN LOS PERIÓDICOS (1791-1859)\*

I

Es cierto que el destacado papel que el periódico como nuevo medio desempeñó en la emancipación política y cultural del imperio colonial americano de España y en la formación de los nuevos estados hispano-americanos, está generalmente reconocido, pero no está todavía suficientemente investigado.<sup>1</sup> Esta afirmación se aplica plenamente al Virreinato de Nueva Granada recién creado en el año 1718, cuya capital Santa Fé de Bogotá presenció al final del siglo la corte de varios virreyes dispuestos a fomentar la adaptación económica y científica del país a las medidas reformadoras ilustradas de España.<sup>2</sup> Al respecto parece significativo que Gabriel García Márquez, en la que de momento es su última novela, *Del amor y otros demonios*, ha dotado a un personaje ficticio, el virrey don Rodrigo de Buen Lozano, de esta nueva actitud. De su conversación con el obispo se dice:

Habló de sus planes ilusorios para incrementar el comercio con las Antillas inglesas una vez restañadas las heridas de la guerra, de los méritos de la intervención oficial en la educación, de estímulos a las artes y las letras para poner estos suburbios coloniales a tono con el mundo. «Los tiempos son de renovación», dijo.<sup>3</sup>

---

\* La traducción de este artículo fue realizada por la Dra. Dolores Palacios (Universidad de Mainz) en colaboración con el autor.

1 El acceso directo a los periódicos colombianos del siglo XIX mencionados seguidamente y muchos más, me fue facilitado por la amable acogida en la Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá. Los muy ricos fondos de periódicos están archivados en la Hemeroteca Luis López de Mesa de forma impecable.

2 En 1988, Hans-Joachim König ha resaltado numerosas relaciones entre el proceso político y la actitud emancipadora de los primeros periódicos en su libro: *Auf dem Wege zur Nation: Nationalismus im Prozeß der Staats- und Nationbildung Neu-Granadas 1750 bis 1856*, Wiesbaden (edición española de 1994). Véanse —en la edición alemana— especialmente las páginas 50-52, 60-61.

3 García Márquez, Gabriel (1994): *Del amor y otros demonios*, Barcelona, p. 132.

Volviendo a la realidad histórica, el virrey Conde de Ezpeleta, quien había llegado a Nueva Granada de Cuba, había tomado una decisión de gran alcance al traer desde allí a Bogotá a Manuel del Socorro Rodríguez, erudito y autodidacta consumado, y confiarle a él la dirección de la Real Biblioteca pública, ella también de creación reciente. Además le concedió al poco tiempo el permiso de editar un periódico que ya desde el 9 de febrero de 1791 empezó a circular con el título *El Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, de aparición semanal, y que tuvo 265 ediciones hasta el último número en el año 1797.<sup>4</sup> Pero también después del cierre de este primer periódico importante por causas políticas, surgieron en cortos períodos de tiempo otros cuatro ambiciosos proyectos de periódicos, aunque de éxito muy desigual. Todos aparecieron en la primera década del siglo XIX, es decir, antes del 20 de julio de 1810, o, con otras palabras, todavía bajo las condiciones del sistema colonial. Dos de los periódicos se deben, de nuevo, a la admirable energía del editor Manuel del Socorro Rodríguez, mientras el tercero fue editado por influyentes patricios ilustrados, el último por el científico Francisco José de Caldas. Se trata de las siguientes publicaciones:

- *Correo curioso, erudito, económico, y mercantil* (17 de febrero de 1801 - 29 de diciembre de 1801, aparición semanal, 46 números), editores: Don Jorge Tadeo Lozano y Padre José Luis de Azuola y Lozano;
- *El Redactor Americano* (1806-1809, aparición quincenal), editor: Manuel del Socorro Rodríguez;
- *El Alternativo del Redactor Americano* (1807-1809, aparición mensual), editor: Manuel del Socorro Rodríguez;
- *Semanario del Nuevo Reyno de Granada* (1808-1810), editor: Francisco José de Caldas.

---

4 De este primer periódico se imprimió una edición facsímil en 1978 gracias a la iniciativa de Pilar Moreno de Ángel, antigua directora de la Biblioteca Nacional colombiana: *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, edición conmemorativa del segundo centenario de la Biblioteca Nacional patrocinada por el Banco de la República, 7 vols., Bogotá. –En cuanto al entorno intelectual en el que se creó *El Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, véase la siguiente publicación: Antolínez Camargo, Rafael (1991): *El Papel Periódico de Santafé de Bogotá (1791-1797): vehículo de las luces y la contrarrevolución*, Bogotá. –El actual director de la Biblioteca Nacional colombiana, Carlos José Reyes Posada, ha anunciado la continuación de las reediciones de antiguos periódicos. El primer resultado de esta nueva etapa es la edición facsímil del *Correo curioso, erudito, económico, y mercantil*, Bogotá 1993.

En el transcurso del proceso de Independencia (1810-1815), de la reconquista de Nueva Granada por los españoles (1816-1819), de la definitiva expulsión de los españoles y del restablecimiento de la República (1819-1821), los periódicos, que no eran muchos, desempeñaron papeles cambiantes en la lucha por el poder y fueron, sobre todo, órganos de comunicados oficiales. Un solo periódico constituye una excepción en la Primera República después de 1810, cuando el peligro de la contraofensiva española todavía no era una amenaza inminente. Este periódico fue editado por el patriota Don Amador José Nariño Álvarez, más conocido por haber sido el traductor de los «Derechos del hombre» revolucionarios:

– *La Bagatela* (1811-12, 38 números).

Desde el año 1823 salió un creciente número de periódicos, panfletos políticos de corta vida, así como de revistas de más altos vuelos. De hecho, muy pocas publicaciones sobrepasaron el primer año de su aparición y sólo algún que otro proyecto llegó hasta el segundo y tercer año. Son una excepción algunos boletines oficiales que alcanzaron una duración de más años. Ya desde 1810 es sintomático para la situación política y cultural de Colombia que Bogotá no es el único centro editorial de periódicos, sino que publicaciones de opinión –de muy diferentes tendencias– aparecieron en las ciudades de Cartagena, Tunja, Popayán, Rosario de Cúcuta, Santa Marta y Medellín. Para facilitar por lo menos una idea aproximada del gran número de periódicos aparecidos en el lapso de tiempo comprendido entre 1823 y 1859, véase una lista recientemente publicada, que para toda Colombia recoge 440 títulos. Esta lista muy detallada es calificada de «Selección», quizás para prevenir objeciones críticas por omisiones demostrables.<sup>5</sup> En lo que se refiere a Bogotá como centro editorial, que con distancia es el más importante, son enumerados por año entre cinco y diez títulos de periódicos, siendo excepción el número de publicaciones que lograron

---

5 Me refiero al «Catálogo de Prensa del Siglo XIX: selección de títulos de la Hemeroteca ‘Manuel del Socorro Rodríguez’», en: *Senderos: Publicación Semestral de la Biblioteca Nacional de Colombia*, 7/29 y 30 (1994), pp. 1010-1037. –Por ejemplo, no se menciona *La Estrella Nacional* (1835) quizás porque no pertenece a los fondos de la Biblioteca Nacional. –El citado volumen doble de *Senderos* es una de las mejores documentaciones de la prensa de Colombia en el siglo XIX, en la que ha colaborado también entre otros el más importante investigador periodístico de Colombia Antonio Cacua Prado. Véase especialmente id. (2<sup>a</sup>1984 / 1<sup>a</sup>1968): *Historia del periodismo colombiano*, Bogotá.

existir más de un año gracias a las circunstancias económicas y al favor del público.

En lo que sigue se hará la reseña de algunos de aquellos periódicos cuyos autores manifiestan interés especial por la *literatura*; ésta concluirá con la siguiente publicación:

- *Biblioteca de Señoritas* (Bogotá, desde el 3 de enero de 1858; después de una interrupción de tres meses continúa el 8 de enero de 1859; a pesar de este intento el periódico sobrevivió sólo hasta mayo).

Aun hacia la mitad del siglo las circunstancias en Colombia y en su capital todavía no fueron favorables para que un escritor de periódicos o un autor pudiera vivir de su trabajo. Este motivo para el fracaso de muchas iniciativas esperanzadoras marcó también el destino de la *Biblioteca de Señoritas*. El novelista Eugenio Díaz escribió resignado en mayo de 1859:

Todos los que escriben en este país tienen que abrazar otra profesión que les de para comer. I esto es, en nuestro concepto, lo peor del caso; pues no pueden dedicar a escribir sino mui contados instantes, con lo cual sí está ciertamente comprometida la dignidad de las letras. [...] <sup>6</sup>

Bajo estos indicios han de verse los esfuerzos aislados de muchas personas de contribuir a la creación de una literatura para la naciente sociedad nacional que diera a sus miembros cultos la sensación de pertenecer a una cultura propia y les permitiera recibir y disfrutar con placer estético las obras literarias y artísticas de Europa, especialmente de Francia, Italia e Inglaterra. Se tuvo que recorrer un largo camino desde la situación intelectual de la época colonial tardía hasta llegar a tal punto. Los rasgos esenciales de este desarrollo así como las reflexiones y discusiones que lo acompañaban, están reflejados por los objetivos de los periódicos que se leen en sus *prospectos* programáticos publicados previamente así como en declaraciones de principios.

## II

El cambio brusco de la sociedad colonial a la República (1810), originado por los acontecimientos políticos de España, correspondió con la voluntad

---

6 *Biblioteca de Señoritas* (1859), núm. 57, sábado 21 de mayo.



política del sector ilustrado de los patricios criollos. Sus representantes más importantes eran hombres cultos que habían superado su formación escolar y universitaria todavía impregnada de escolasticismo, por la inmersión en el pensamiento y la ciencia ilustrados. Ellos consideraban necesarios de ser reformados todos los campos de la vida económica, social y cultural. Una condición básica del cambio de la situación era la elevación del nivel de enseñanza de la capa dominante de la sociedad, es decir, su encauzamiento hacia el nuevo saber fundamentado por el método científico. Esta formación, que abarca todos los campos del saber, se llamó *literatura*.<sup>7</sup> Difundirla y darle un sentido nacional fue la meta ambiciosa expresada explícitamente por los primeros periódicos que ya habían empezado a aparecer en la época colonial. *Ilustración y Monarquía* no le parecieron incompatibles al editor del *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, sobre todo en los primeros años de su actividad.

Para el ilustrado Manuel del Socorro Rodríguez, quien anteponía la utilidad social a todo, la poesía no fue un asunto privilegiado hasta que un día recibió una carta que le obligó a tomar postura. Un visitante de la capital de Nueva Granada, posiblemente un español quien había permanecido largo tiempo en las colonias españolas, se presentó como amante de las «buenas letras, o ya sea Bella Literatura». Criticó que en comparación con las «Cortes del Perú y de México», en Nueva Granada y su capital no había ninguna poesía (tampoco «Eloquencia») y tampoco un público culto. Este grave reproche llevó a una respuesta contundente y particularizada del editor del periódico que inició su artículo repitiendo los argumentos del crítico. Esta respuesta se convirtió en un pequeño tratado que fue impreso por entregas en varios números del periódico. Llevó el título siguiente:

«Satisfacción á un juicio poco exácto sobre la literatura y buen gusto, antiguo y actual, de los naturales de la Ciudad de Santafé de Bogotá.»<sup>8</sup>

Hay que tener en cuenta que la defensa pública del honor de Nueva Granada, en aquellas circunstancias, recayó en un cubano que vivía en Bogotá desde hacía poco tiempo, y que éste emprendió su tarea con el orgullo herido de un patriota. El que el crítico extranjero midiera Bogotá en las Cortes

---

7 En cuanto a la extensión semántica de las nociones *literatura* y *literato* en el siglo XVIII en España, véase Álvarez de Miranda, Pedro (1992): *Palabras e ideas: el léxico de la ilustración temprana en España (1680-1760)*, Madrid, pp. 435-445.

8 *Papel Periódico* (1792), núm. 59, viernes 30 de marzo.

de México y del Perú hoy no nos parece justo si se recuerda que la ciudad de Bogotá había sido elevada al rango de capital de Virreinato más de 180 años después de aquellas. No obstante Manuel del Socorro se enfrentó con el reproche y para descartarlo enumeró sólo aquellos autores que habían vivido en Nueva Granada y allí habían creado sus obras. Desde el punto de vista actual, los argumentos, nombres y obras aducidos por Manuel del Socorro no parecen muy convincentes. Como base de su refutación le sirvió el *Catálogo de sugetos insignes de este Nuevo Reyno* de Don Juan Flórez de Ocariz, y más concretamente el apartado que lleva el subtítulo: *Escritores en varios ramos de literatura*.<sup>9</sup> Aquí aparece aquella vasta noción de *literatura* que ya en el siglo XVII comprendía además de los géneros poéticos, los escritos históricos y la elocuencia sagrada y profana, y que en el siglo XVIII fue ampliada por el ámbito de la filosofía y los tratados científicos. Manuel del Socorro, en su respuesta, no se acogió al concepto de *bella literatura* sino que se refirió sencillamente a la *literatura*. Bajo este concepto general presentó entonces numerosos autores del catálogo de Flórez de Ocariz, aunque destacaba a los que fueron poetas en el sentido estricto. La mayor alabanza le merecía la obra épica sobre el fundador de la orden jesuita que había aparecido en forma póstuma en Madrid en 1666. El *Poema de San Ignacio de Loyola* procedía de la pluma de D. Hernando Domínguez Camargo, a quien ensalzaba enfáticamente:

¡O el mayor de los ingenios Americanos! Tu fuiste el primero que en este Nuevo mundo supo imitar con elevación y maestría el armonioso Idioma de los Homeros y Vergilios! [...] Yo no sé si en la Corte de Felipe IV habría un poeta superior á nuestro celebre Santafereno.

Sin embargo, Manuel del Socorro tiene que admitir que de esa obra, cuyo autor ya había muerto en 1656, sólo quedaban en Bogotá cuatro ejemplares. En general lamentó «la desgracia de las letras de America»: «Falta de imprentas: dificultad de establecerlas con la formalidad que corresponde: riesgo en la remesa de manuscritos á Europa, excesivos costos en la impresión, y traida de exemplares.» Bajo estas circunstancias muchas obras

---

9 Este *catálogo*, como último elemento de varios catálogos de este tipo, constituye el final del *Preludio*, que es un resumen de la historia del Nuevo Reino de Granada. Este prelude abre el *Libro primero de las Genealogías del Nuevo Reyno de Granada*, Madrid 1674, y *Libro segundo* [...], Madrid 1676. Respecto al autor, véase el esbozo biográfico de Otero D'Costa, Enrique (1939): «Homenaje a Flórez de Ocariz», en: *Boletín de Historia y Antigüedades* 26, Bogotá, pp. 636-651.

poéticas se perdieron, y los conocidos y a la vez desconocidos poetas de América merecerían, según él, un juicio más positivo:

¿Qué celebridad podrá adquirir aun el merito mas sobresaliente, si le falta la feliz casualidad de darse á conocer entre los que pueden propagar su estimación?<sup>10</sup>

Manuel del Socorro menciona además a Juan de Castellanos, muerto en 1607, cuyas obras ni siquiera tenía completas en sus manos, para defender finalmente el prestigio de la literatura americana con la creatividad asombrosa de Sor Juana Inés de la Cruz. Por justificada que sea la admiración por su obra, mencionarla en aquel contexto parece recurso supremo. Lo mismo ocurre finalmente con sus escasas indicaciones sobre la *literatura amena* de su tiempo, noción que él introduce para el campo de la poesía. Aparte de las fábulas de algunos seguidores de Tomás Iriarte, sólo remite a la educación estética de muchos habitantes de ese nuevo reino que han leído detenidamente las *Poéticas* de Aristóteles y Horacio, lo que no es mucho.

Por insatisfactoria e incompleta que parezca esta retrospectiva de Manuel del Socorro sobre la *literatura colonial* de Nueva Granada, como hoy diríamos, demuestra rasgos sintomáticos. Ahí se ve el esfuerzo de crear una tradición propia –aunque modesta– de literatura en el sentido más amplio. También es sintomático el carácter apologético de sus afirmaciones que fueron motivadas desde fuera por aquel *espectador* superficial. Lo que llama la atención al respecto son los paralelismos con el origen de la *Bibliotheca Mexicana* de Don Juan José de Eguiara y Eguren, quien había sido herido gravemente en su orgullo por un pasaje de las *Epístolas* del canónigo de Alicante, Manuel Martí, hecho que lo llevó a recopilar con incansable esfuerzo de todas las fuentes alcanzables los elementos para su monumental historia de las letras mexicanas.<sup>11</sup> Su empresa fue continuada, décadas más tarde, por el realista José Mariano Beristáin de Souza con parecido desdén por «los ignorantes y mal aconsejados y descontentos hijos de su madre España», al publicar en 1816 su *Biblioteca Hispano-americana septentrional*.<sup>12</sup>

10 *Papel Periódico* (1792), núm. 60, viernes 6 de abril.

11 Véase Millares Carlo, Agustín (1957): *Don Juan José de Eguiara y Eguren (1695-1763) y su Bibliotheca Mexicana*, México, pp. 33-37.

12 Beristáin y Souza, José M. de (1816-1821): *Biblioteca Hispano-americana Septentrional o catálogo y noticia de los literatos, que nacidos o educados, o florecientes en la América Septentrional espa-*

Desde el punto de vista actual, la pobre retrospectiva de Manuel del Socorro sobre los logros poéticos que, en el pasado y en el presente, se pueden adjudicar al Reino de Nueva Granada sólo puede desembocar en el juicio de que el país entonces no disponía aún ni de una tradición literaria viva ni de una producción literaria contemporánea que constituyera la base firme de la cultura y de la conciencia social de la élite del país. Respecto a esto todo estaba por hacer.<sup>13</sup>

### III

Los editores del *Correo curioso, erudito, económico y mercantil* desarrollaron un amplio programa de ilustración para cuya difusión eficaz los periódicos les parecieron el medio más adecuado. Afirmaron que siguiendo el modelo de Francia también España había progresado en el camino hacia una *nación sabia*. Ahora el periódico, como nuevo medio, debería brindar sus efectos favorables también en el continente americano:

Nada impide que nosotros los de este continente gozemos del mismo beneficio, y se trabaje con amor, y perpetuidad al fin laudable de nuestra total ilustración.<sup>14</sup>

Los editores evitan oponerse críticamente a España, que de hecho les había impedido hasta la fecha una evolución propia en muchos campos, manifestando la intención de emular a la madre patria. Su hábil estrategia consiste en delimitar el propio espacio americano frente a España subordinándose al mismo tiempo a su soberanía y a su mando. Para ello, los editores se sirven de la prosopopeya en la forma de una *Exhortación de la Patria*. Ésta se dirige a sus hijos («¡hijos míos!») conjurando, en primer lugar, como principios generales de la firmeza de la sociedad «la santa Religión Católica» y la tutela paternal del soberano quien encarna el «Imperio Español».<sup>15</sup> En lo que es su verdadero mensaje, la exhortación tiende a explicar lo que es una *sociedad* y lo que es capaz de lograr en el plano económico,

---

*ñola, han dado a luz algún escrito, o lo han dejado preparado para la prensa*, 3 vols., México: Oficina de D. Alejandro Valdés. —La breve cita pertenece al homenaje a Fernando VII.

13 Desde la perspectiva de hoy sorprende que Manuel del Socorro no conociera varias obras importantes de la época colonial que la crítica literaria ha resaltado en las últimas décadas: Juan Rodríguez Freyle, *El Carnero*, y Pedro de Solís y Valenzuela, *El desierto prodigioso*.

14 Véase el *Prospecto* del *Correo curioso* (1801), núm. 1, martes 17 de febrero.

15 Referido a la *metáfora familiar* con sentido político en el contexto colombiano, véase König, *Auf dem Wege zur Nation*, pp. 123-139.

cultural e intelectual mediante la colaboración de los ciudadanos. Aquí se exponen ya numerosos argumentos que, años después, José Joaquín Fernández de Lizardi habría de desarrollar vigorosamente como *Pensador Mexicano* ante su público. Al lado del concepto de *Patria* aparece el de *Nación*, pero no como término de derecho público sino sólo con un sentido moral y patriótico.

Os [scil. hijos míos] miro a vosotros como á una obra nueva proyectada baxo las líneas del mas excelente plan, que se puede formar, para engrandecer una nacion, si corresponde la aplicación de vuestra parte, con los cimientos primeros, que voy à poner, como origen de nuestra comun gloria.<sup>16</sup>

En consonancia con la perspectiva cultural amplia, tal como se la conoce de los enciclopedistas franceses, la *Patria* exige también el perfeccionamiento de las artes, que en el futuro necesitarán unas reglas más sutiles. Un país y una nación se caracterizan por el nivel de desarrollo de las artes, la poesía y la elocuencia. En la Época Ilustrada el *Arte* —en su sentido más amplio—, se convirtió en una de las preocupaciones más altas y nobles de la sociedad entera, a diferencia de su función anterior en las cortes renacentistas y durante el absolutismo donde había sido cultivado como forma de autorrepresentación del poder. Sólo los progresos de la sociedad posibilitan la excelencia de las artes que a su vez la favorecen. La idea de la utilidad mutua de los esfuerzos desplegados en los más distintos campos de la actividad humana, especialmente en la agricultura, es la idea rectora de la larga exposición. La *Exhortación* llena dos números completos del periódico. Ella contiene muchos conceptos programáticos de lo que, luego, el propio Jorge Tadeo Lozano, como representante más alto de la Primera República elegido por el *Cabildo*, intentó realizar después de 1810, hasta que fue sustituido por Nariño, líder del grupo opositor.

La importancia que los dos editores atribuían al arte, a las ciencias y a la literatura está expresada, por lo que se refiere al título del periódico, en el atributo *erudito*. De hecho, las discusiones sobre temas literarios así como la publicación de textos versificados —por algo usamos esta expresión cautelosa— forman una parte esencial de los artículos del *Correo*.

El punto de partida para una controversia de crítica literaria, que permite sacar conclusiones sobre las posturas estéticas de los editores, es una

---

16 *Correo curioso* (1801), núm. 2, martes 24 de febrero.

fábula en prosa en el cuarto número del periódico que no deja de ser bastante divertida para el lector actual. Tiene la forma de una conversación entre los dos picos montañosos, Monserrate y Guadalupe, que dominan la ciudad de Bogotá, y que se enfrentan y tratan como dos *viejos venerables*. Después de una disputa sazónada de bromas ingeniosas sobre cuál de los dos aparenta más edad, la conversación se dirige a los cambios profundos que ha vivido la ciudad en la época reciente. Monserrate los aprueba deseando que crezca mucho la población urbana —¡hasta cien mil habitantes!— a base de un auge de la *industria*. Contrario a los temores de Guadalupe, Monserrate confía en que en la población engrandecida las fuerzas morales vayan a imponerse finalmente sobre los vicios evidentes. La conversación, que está pensada para tener continuaciones, termina sorpresivamente con la despedida de los dos interlocutores. La idiosincrasia del texto corresponde fundamentalmente al género de la sátira; sólo las montañas personificadas recuerdan la tradición de la fábula.

En los números trece y catorce los editores publican, de entre las numerosas reacciones al *apólogo*, la toma de postura de un tal Polifilo. Éste critica que el autor de la fábula ha infringido las reglas del género y demuestra los fallos punto por punto. Sin referirse a ninguna autoridad determinada, Polifilo defiende la concepción clasicista de la fábula condenando, sobre todo, la aproximación del lenguaje poético al lenguaje coloquial, a la *familiaridad popular*.

Gran parte de los números siguientes del periódico consisten en la publicación de comunicados cuyos autores se esconden detrás de seudónimos. No está claro hasta qué punto los editores mismos han colaborado en estos artículos o los han incitado ellos mismos. En lo que concierne al papel que corresponde a las *bellas letras* en el Estado, hay que destacar la opinión de Severo Cortés sobre el siguiente tema de carácter general: *Lo que falta, y sobra en el Nuevo Reino*.<sup>17</sup> Considera el desarrollo de las *bellas letras* como criterio decisivo para definir el nivel de civilización de un estado:

---

17 Este título está inspirado en Feijóo, véase: «Lo que sobra y falta en la Física», en: Feijóo, Benito J. (1986): *Teatro crítico universal o Discursos varios en todo género de materias, para desengaño de errores comunes*, edición, introducción y notas de Giovanni Stifoni, Madrid: Castalia, pp. 407-434 (t. 7: *Discurso XIII*).

Así como el estado de las nobles artes da á conocer el grado de opulencia, y riquezas de un pais, así tambien el de las bellas letras manifiesta claramente la civilidad, finura, y policia de un Reyno.<sup>18</sup>

Esta afirmación desemboca en una reivindicación concreta, a saber la instauración de cátedras de poética y retórica en los Colegios ya que a las *humanidades* se debe el refinamiento de las costumbres de un pueblo. En este contexto los editores, en una nota al artículo citado, se apresuran a señalar que quieren utilizar su periódico para entregar a sus lectores los conocimientos básicos correspondientes.

*Nota de los Editores.* Para remediar en lo posible esta falta, que es bien sensible, insertaremos de en quando en quando en nuestro Correo, los preceptos relativos á los diversos generos de Poësia, y Oratoria; y para lograr el acierto, nos valdremos del excelente curso de bellas artes que escribió en frances el Abate Batteux. Estas pequeñas instrucciones, quando no forman oradores y Poëtas consumados, á lo menos despertarán la curiosidad de los jobenes para aplicarse á tan agradable estudio; y serviran de gobierno, para poder graduar el merito de los autores, que se lean.

Las aportaciones anunciadas se buscarán en vano en los siguientes números del periódico cuya vida fue muy limitada –¡ni siquiera duró un año entero! No obstante, las opiniones manifestadas por los editores son de gran valor. Según ellos, la dedicación a la *literatura* (la *bella* literatura) debía de formar parte de la educación general. La referencia al tratado racionalista de Batteux, que data del año 1746, pone en evidencia que en Nueva Granada, como en los demás territorios americanos de la Corona española, el clasicismo literario no fue difundido hasta muy finales del siglo.<sup>19</sup> Desde el punto de vista de los editores, por su carácter normativo, este tratado es la guía apropiada para la formación del juicio estético. En consecuencia los poemas publicados en el periódico dan fe de esta nueva orientación. Dos odas son imitaciones de los *carmina* correspondientes de Horacio, otra con el título *Del arte de escribir* es más independiente temáticamente, pero también está escrita en estilo clasicista. Además hay dos piezas que según el género y el estilo revelan su descendencia de la poesía española del Siglo de Oro: *décimas* irónicas y un satírico *Retrato de estos tiempos en redondillas*. Las odas mencionadas son creaciones prolijas y poco inspira-

---

18 *Correo curioso* (1801), núm. 18, martes 16 de junio.

19 La obra de Batteux, a la que se refieren los editores, lleva el título: *Les beaux arts réduits à un même principe* (1746).

das que resultan de la confianza en que es posible aprender el arte de la lengua y de la poesía. Contrariamente a ello, en la carta de un lector publicada en el último número del periódico se considera imprescindible el talento natural para el poeta y también para su genuino crítico:

Una imaginación viva y brillante, un espíritu de combinación filosófica, un corazón sensible è inflamado, un fino y delicado gusto, un juicio exácto y despreocupado, un fondo de erudición nada comun, he aquí las qualidades que debe poseér *naturalmente* todo el que emprende el árduo asunto de criticar sobre algun ramo de literatura. Mas ay! ¡qué ráros son estos grandes Genios en el mundo!

Como este autor sabe apreciar la invención poética singular, se hace defensor de la fábula, según él injustamente criticada.

Con el permiso y el consentimiento del nuevo virrey Amar y Borbón, Manuel del Socorro Rodríguez consiguió fundar un nuevo periódico a fines de 1806. *El Redactor Americano: Periódico del Nuevo Reyno de Granada* había de ser un mero órgano informativo únicamente dedicado a noticias americanas. Al lado de esta publicación, ya a principios de 1807, el editor sacó una revista mensual con el título *El Alternativo del Redactor Americano*. Le dio lugar para ensayos más largos con temas cívicos, por ejemplo sobre el *patriotismo* verdadero y las reglas fundamentales de la *sociedad civil*. En nuestro contexto, interesan especialmente algunos números en los que se trata del *talento de escribir*. Manuel del Socorro deseaba editar una antología de los mejores discursos pronunciados desde 1790; quedó en intención. No obstante, en otros ensayos que se pueden leer, su publicación vuelve al tema de la facultad de escribir y de su perfeccionamiento. A diferencia de la poesía, cree que la prosa supone una capacidad que se puede adquirir conscientemente. Aunque sabe que la cultura y literatura francesas de momento son el modelo dominante, defiende con espíritu combativo el cultivo de la lengua española.

El único periódico de la Primera República digno de atención, sobre todo en lo que se refiere a la literatura, es *La Bagatela*, dirigida por Nariño.<sup>20</sup> De aparición semanal, acompaña este periódico la época desde una perspectiva llena de esperanza y a veces con tonos ceñudos. Parece que Nariño presiente los conflictos graves del país con España y también las disen-

---

20 Una descripción minuciosa del periódico con citas significativas la dio Antonio Cacia Prada en 1994, bajo el título: «Con la 'Bagatela' inició Antonio Nariño el Periodismo Político», en: *Senderos* 7, pp. 876-905.



siones interiores. Elige, para su primer artículo, pero también en otras ocasiones, la forma epistolar —dirigiéndose a una *Dama* o a un *Amigo*— para hablar de los problemas que le conmueven. ¿Había llegado la Independencia demasiado pronto?:

[...] ¿qué habríamos adelantado con vivir otros ciento ó doscientos años mas en la esclavitud? Embrutecemos mas, acavarnos de persuadir que el Americano, y el Africano han nacido para servir á un puñado de Europeos, por que aprendieron á matar y á engañar antes que nosotros; [...] ¡Que el cielo nos preserve, mi bella amiga, de volver à caer en manos de nuestros antiguos amos! [...] Las tertulias se animan, y se oyen cosas que antes era prohibido pensar.<sup>21</sup>

Para él los periódicos basados en la *libertad de la Imprenta* son instrumentos indispensables para fomentar la opinión pública:

Tu sabes que es imposible propagar la instrucción y fixar la opinión pública sin papeles periódicos, que siendo cortos y comenzando à rodar sobre las mesas, obligan en cierto modo à que se lean. [...] <sup>22</sup>

#### IV

Los conflictos políticos que llevaron, primero a la fundación de la *República de Colombia*, es decir la Gran Colombia (incluyendo Ecuador y Venezuela) y en el año 1831 a la *República de la Nueva Granada* en sus nuevas fronteras no fueron propicios a la reflexión sobre las bases y las posibilidades de desarrollo de una cultura literaria nacional. A su vez, los periódicos estaban dominados en aquellos años por los temas políticos y la disputa entre los partidos.

Sólo desde los años treinta aparecieron poco a poco algunas publicaciones periódicas cuyos autores se preocupaban por la educación literaria en la capital e intentaron contribuir a su extensión y a su profundización. Una señal visible de ello es la publicación creciente de poemas, de prosas y finalmente de novelas por entregas. Al respecto, los periódicos siguientes son los más significativos:

- *El Cachaco* de Bogotá (1833-1834);
- *La Estrella Nacional* (1835);

---

21 *La Bagatela* (1811), núm. 1, 14 de junio.

22 *Ibid.*, núm. 4, 4 de agosto.

- *El Granadino: Periódico Político i Literario* (1840-1841);
- *El Albor Literario: Periódico científico, literario i noticioso* (1846);
- *El Duende: Periódico político, moral, literario, mercantil, artístico y noticioso* (1846);
- *El Trovador: Periódico de Literatura i Costumbres* (1850);
- *Biblioteca de Señoritas* (1858-1859).

El *Cachaco* era un dominical. Quizás esto explica el que en ese periódico, al lado de la política, también se encuentran textos literarios, entre ellos no pocos poemas satíricos con alusiones políticas. Llama la atención un ensayo en el que se explica el origen del nombre «cachaco» –convertido desde 1830 en apodo para los liberales.<sup>23</sup>

El *Prospecto* de la *Estrella Nacional* despertó grandes expectativas:

Bajo el título de La Estrella Nacional, seis amantes de la literatura anuncian al público un nuevo periódico, destinado a difundir por la Nueva Granada el amor a las bellas-letras, el conocimiento de los deberes morales, las esperanzas de un mundo mejor.

A la literatura le incumbe, según ellos, darle a una nación una voz característica e inconfundible. Antes de que los editores, que en un apartado del periódico se presentan como promotores de la moral y de la educación así como desinteresados en las vicisitudes políticas, pudieran difundir ampliamente sus ideas, ya se anunció la suspensión del periódico. No obstante, las observaciones y recomendaciones detalladas sobre las lecturas de las damas de Bogotá son de gran interés para la historia y la sociología de la literatura. Dado que, fuera de los libros de devoción, son las novelas la lectura predilecta de las *señoritas bogotanas*, se lleva a cabo una revisión crítica de los autores más cotizados aplicándose el criterio moral y el de valor educativo. A pesar del éxito de las obras de Madame Cotin y de la Comtesse de Genlis, se da la preferencia, por razones literarias y artísticas, a *Atala*, *René*, *Pablo y Virginia*, pero también al *Werther*. Una especial recomendación les merecen las novelas de Sir Walter Scott porque contienen mucha *erudición*. El ámbito de las lecturas, en el que el autor del artículo parece moverse como conocedor, es amplio. Se remonta incluso a Ri-

---

23 El texto ha sido reimpresso en la sección *Antología* del número de la revista *Senderos* 7, p. 965, citado anteriormente.

chardson pero también menciona a la contemporánea Madame de Staël. Parece muy a tono con la convicción católica de las personas cultas de Bogotá el que se hace una valorización de la Biblia bajo aspectos literarios y estéticos. Se la considera un compendio de todos los estilos y efectos estéticos y se la juzga llena de *bellezas*. De la intención originaria de publicar poesías de autores nacionales («poesía siempre inédita») no quedó mucho. En el número doce se publicó por lo menos un poema, *La Gloria* de J.J.O. (José Joaquín Ortiz, editor del periódico).

Como numerosos periódicos de aquellos años también *El Granadino* lamenta el desmembramiento político del país y las cargas que tiene que llevar:

Grandes i dolorosas son las llagas que en su seno se han abierto á la patria: la guerra civil, una guerra sorda, tenebrosa, cuyo término no se descubre; la deuda extranjera, una deuda inmensa, siniestra, aterradora, cuya amortización no se ve.

En este periódico aparecen varios poemas, en los que se expresa el anhelo de la felicidad privada, tranquila y protegida. El número doce del periódico incluye la siguiente poesía del editor José Eusebio Caro:

Estar contigo  
Oh! de orgullo ya estoi cansado,  
Ya estoi cansado de razon;  
Déjame que hable á tu lado  
En el habla del corazon!  
No te hablaré de grandes cosas;  
Quiero solo verte i callar,  
No contar las horas odiosas,  
I reír oyéndote hablar! [...]

Al círculo de editores y colaboradores del *Albor Literario* pertenece una serie de nombres que de hecho forman la primera generación de escritores del país independiente. Entre ellos cabe citar a José Caicedo Rojas, Lorenzo María Lleras, Domingo A. Maldonado, Ulpiano Gonzales, Manuel María Madieto. Les anima la voluntad de afirmar sus propias aspiraciones culturales, que manifiestan en estas palabras:

[...] no nos hemos quedado tan atrás en la carrera de la civilización sudamericana: queremos probar que hemos dirigido una mirada al mundo intelectual.  
[...]

Aunque no es más que un principio modesto, se anuncia aquí una diferenciación funcional de los órganos de la prensa. Los editores proclaman: «Nuestro periódico será puramente literario.» Coincide con ello la fundación de la *Sociedad literaria de Bogotá* ampliamente documentada en el mismo periódico. Al respecto, reproduce el discurso de M.R.P.F. Juniper Tafur quien resalta con elevados términos la novedad y la importancia del propósito:

Os habeis reunido decís, honorables hermanos míos, con el único objeto de establecer el gusto nacional por las bellas letras y fundar la Literatura granadina modelada exclusivamente por la literatura española. [...]

Recuerda los tempranos esfuerzos solitarios de Don Manuel del Socorro Rodríguez que no encontró ni público ni asentimiento alguno. Entre las publicaciones literarias del periódico se muestra por primera vez una tendencia hacia temas patrióticos en forma de poemas y cuentos.

El periódico *El Duende* adopta el papel de comentarista burlón y crítico siguiendo en esto el modelo de otros periódicos con el mismo nombre publicados en España, Chile y Argentina. Incluso esta intención se declara públicamente a partir del número catorce con un nuevo subtítulo: *Periódico de buen humor, dedicado a los cachacos de ambos sexos*.<sup>24</sup> Ya en otro número anterior los editores habían definido el lugar de su periódico en el marco de una amplia tipología de publicaciones:

Para prevenir la pregunta que algun lector curioso pudiera hacer acerca del nombre de este pobre aventurero, diremos que los periódicos se han dividido y se dividen en varias clases, segun sus nombres, y estos indican ordinariamente el carácter del papel (á lo menos el que sus editores creen que tiene): sus conjugaciones principales son las siguientes: á la primera pertenecen Las Banderas, Pendones, Pabellones, y demas de esta familia que indican un partido que se levanta: esta es una clase exaltada, por lo regular incendiaria. A la segunda pertenecen los Observadores y todos los acabados en o: Pensadores, Investigadores &c.: estos la echan de filosóficos, imparciales, juiciosos. A la

24 Una pequeña nota al periódico y a su editor se encuentra en un artículo de la revista *Senderos*, ya mencionada: Santos Molano, Enrique (1994): «Los grandes periódicos y los grandes periodistas colombianos del siglo XIX», *ibid.*, pp. 871-872. —Como es conocido, de la aparición de duendes y su calidad ontológica ya se había ocupado críticamente Feijóo. Véase su artículo «Duendes y espíritus familiares», en: *id.* (1941): *Teatro crítico universal*, vol. 2, Madrid (Clásicos Castellanos), pp. 7-25 (t. 3: *Discurso IV*). —En el siglo XVIII habían aparecido en Madrid los periódicos ilustrados *El Duende Especulativo sobre la Vida Civil*, *El Duende de Madrid* y *El Duende crítico*. En el siglo XIX, próximo temporalmente al *Duende* colombiano, está el primer proyecto periodístico del joven Larra, de 1828: *El Duende Satírico del Día*. Véase Sánchez Aranda, José J. / Barrera, Carlos (1992): *Historia del periodismo español, desde sus orígenes hasta 1975*, Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra.

tercera los Correos, Postas, Mercurios, Vapores, Heraldos y además afanosos y noticieros. A la cuarta los Iris, Esperanzas, Auroras, Olivas, Coronas, Ecos, Miscelaneas &c. &c.: esta es la especie romántica y sentimental, que en todo lo ha de haber. A la quinta los Republicanos, Patriotas, Imparciales, Nacionales &c. A la sexta las Gacetas, que es un género especial. A la séptima pertenecen los Globos, Condores, Aguilas, Foros, Atalayas, Vijas, Soles, Cometas, y todos los que se remontan para observar desde una rejion elevada lo que pasa en el suelo. Finalmente en la octava se colocan los Siglos, Epocas, Tiempos, Dias, Noches, Tardes, y demas de este jaez.

Luego el autor indica el lugar que ocupa el *Duende*. Se afilia en el grupo séptimo entre los volátiles e independientes. Entre las columnas fijas del *Duende* se encuentra la *Carta á mi tía la Bruja*. Se buscarán en vano en el periódico artículos de mayor interés sobre asuntos literarios. Sólo se podría mencionar una sátira en verso con el título *El espíritu de extranjerismo*.<sup>25</sup>

*El Trovador*, por su lado, aboga una vez más por la ampliación del abanico de temas de los periódicos que, a pesar de las promesas reiteradas, casi sólo tratan asuntos políticos. Tal como el subtítulo del periódico señala, *El Trovador* intenta impulsar el desarrollo de la literatura costumbrista. Para ello, los escritores deberían fijarse en los distintos tipos femeninos y masculinos, partiendo de la *dama bogotana*, de la *limpia calentana*, etc. Otra recomendación apunta a la creación de una literatura descriptiva. Su objeto privilegiado podría ser la gran variedad de naturaleza salvaje e intacta.

Después de todas estas iniciativas fracasadas es a finales de los años cincuenta cuando los editores de la *Biblioteca de Señoritas* osan crear un nuevo proyecto. Su meta ambiciosa es el «adelanto de nuestra literatura propia». Esperan un apoyo decisivo por parte de las damas, «las más interesadas en el progreso moral de la sociedad». En cuanto al concepto de *literatura* aplican un criterio más severo que en el pasado:

[...] i hoi se abren paso al templo de la fama, los que han comprendido que la literatura, mas que un pasatiempo de desocupados, es una ciencia hermosa y dificil, cuyo cultivo exige mas conocimientos i mas consagracion, que los esfuerzos baladies de nuestros líricos de oficio.<sup>26</sup>

El periódico publica en sus páginas numerosas aportaciones al nuevo campo de la literatura costumbrista, por ejemplo *Los domingos en Bogotá*. Especial atención se da a las cuestiones de lengua y estilo. La lengua espa-

25 *El Duende* (1847), núm. 23, 20 de septiembre.

26 *Biblioteca de Señoritas* (1858), núm. 1, 3 de enero, p. 1.

ñola, «la hermosa lengua de Cervantes», es considerada además de la fe cristiana, la única herencia valiosa del pasado español. En repetidas ocasiones, la discusión se centra en los temas y géneros literarios que merecerían una renovación creadora, por ejemplo el *romance*.

En el número siete del periódico se lee un artículo programático sobre el tema *Literatura Suramericana*. La mirada abarca primero los países de Sudamérica en su totalidad, para centrarse luego en la situación específica de la literatura en Colombia. El autor argumenta desde la defensiva:

Es opinion jeneral, espresada con mayor o menor modestia siempre que se trata de esta materia, que los paises suramericanos todavia no tienen literatura que propiamente pueda llamarse suya, i que las obras de sus hombres de letras apenas deben considerarse como meros ensayos, como mas o menos felices imitaciones de los trabajos de autores de otros pueblos o de otros tiempos.<sup>27</sup>

Sin embargo, cada pueblo, aunque todavía no tenga una literatura desarrollada, lleva el germen de ella en sí: ¡una idea *romántica*!

La misma cosmogonía, la misma fábula consignada en cánticos, libros o tradiciones, si no es la literatura del pueblo respectivo, sí es, por lo ménos, el jérmen de ella.

Por el uso de la lengua española, la literatura colombiana parece un esqueje de la literatura española. Para conferirle una idiosincrasia y características inconfundibles no basta insistir en las particularidades étnicas de la población o en la configuración peculiar de la *naturaleza física*. ¡Aquí asoma un criterio de literariedad bastante moderno!

La literatura, la poesía, la ciencia no están, racionalmente hablando, en los objetos ni en los fenómenos por extraordinarios que unos i otros sean o aparezcan a el alma entusiasmada en su contemplación.

Según el autor, la tarea consistiría en crear nuevos géneros. Esta idea muy interesante desgraciadamente no da lugar a propuestas más concretas. En cuanto a la relación que existe entre los escritores y poetas de Sudamérica con los de España se define el papel de los primeros como de «verdadera i relativamente dignos i fecundos colaboradores».<sup>28</sup> En la lista de los poetas

---

27 Ibid. (1858), núm. 7, 13 de febrero, p. 52.

28 Antes se dice: «[N]o somos los suramericanos meros consumidores o usufructuarios, si así nos podemos espresar [...]»

destacados de Sudamérica que el autor del artículo establece, el «sabio Bello», el «tierno Madrid» y el «divino Caro» representan a Colombia.<sup>29</sup>

El hecho de que los poetas de Sudamérica sean todavía poco conocidos, es su destino no merecido. La culpa la tienen ante todo los lectores del propio país, que no aprecian el mérito de sus autores rigiéndose demasiado por las normas del gusto extranjero. El autor del artículo eleva su voz de protesta:

Pero en no pocos ramos de amena literatura poseemos bellezas de primer orden, a que no falta sino el prestigio de un nombre de autor extranjero para que obtengan el escatimado aplauso de nosotros mismos.

Ésta es una queja que durante más de cien años se ha ido repitiendo casi con las mismas palabras. En última instancia, el bajo nivel de desarrollo de la literatura nacional debe atribuirse a la lamentable y errónea evolución de la sociedad, que no hace nada por sus *jenios* y que sólo persigue las riquezas mundanas. Lo que a los poetas les falta es el *apoyo social*, ¡una queja premodernista!

En varios artículos se pone de manifiesto el papel destacado de la novela como género literario moderno. Frente a los novelistas europeos, los representantes de la novela americana son poco numerosos y en gran parte desconocidos, otra prueba de la *incomunicación literaria* existente. Una novedad de la *Biblioteca de Señoritas* es el esfuerzo de facilitar el contacto de sus lectores con las literaturas y los movimientos artísticos europeos. Así, en una edición del periódico, se presentan *muestras de literatura alemana* (entre otras Uhland). Además se comunica el funcionamiento de un nuevo servicio informativo asegurado por corresponsales permanentes desde París, con reseñas sobre arte, música y ballet. Pero, a pesar de todos los esfuerzos desplegados por sus editores, no lograron asegurar una mayor duración a la *Biblioteca de Señoritas* y cumplir el papel de iniciadores de la cultura literaria nacional.

Un hecho que anuncia el desarrollo amplio de la literatura nacional en los años sesenta es la publicación por entregas de la novela *Manuela* de

---

29 Con el «tierno Madrid» se hace referencia al poeta hoy casi olvidado José Fernández Madrid que, en su tiempo, se había granjeado la estima de Andrés Bello. El artículo que Bello publicó en 1829 sobre Fernández Madrid ha sido recogido en la siguiente edición de sus obras: Bello, Andrés (1979): *Obra literaria*, Caracas: (Biblioteca Ayacucho; 50), pp. 306-312. En cambio, José Eusebio Caro (1817-1853) ha entrado en el canon de la historia de la literatura. Representa el paso del clasicismo al Ro-

Eugenio Díaz, en la revista *El Mosaico* (desde el número 3, 8 de enero de 1859). J.M. Vergara i Vergara la anuncia orgulloso: «[...] poseemos ya la novela nacional.»

## Bibliografía

### Textos\*

- Bello, Andrés (1979): *Obra literaria*, Caracas: (Biblioteca de Ayacucho; 50).
- Feijóo, Benito J. (1941): «Duendes y espíritus familiares», en: id.: *Teatro crítico universal*, vol. 2, Madrid (Clásicos Castellanos), pp. 7-25 (t. 3: *Discurso IV*).
- Feijóo, Benito J. (1986): *Teatro crítico universal o Discursos varios en todo género de materias, para desengaño de errores comunes*, edición, introducción y notas de Giovanni Stifoni, Madrid: Castalia.
- García Márquez, Gabriel (1994): *Del amor y otros demonios*, Barcelona.
- Reyes Posada, Carlos J. (ed.) (1993): *Correo curioso, erudito, económico y mercantil*, Bogotá.

### Estudios

- Álvarez de Miranda, Pedro (1992): *Palabras e ideas: el léxico de la ilustración temprana en España (1680-1760)*, Madrid.
- Antolínez Camargo, Rafael (1991): *El Papel Periódico de Santafé de Bogotá, 1791-1797: vehículo de las luces y la contrarrevolución*, Bogotá.
- Beristáin y Souza, José M. de (1816-1821): *Biblioteca Hispano-americana Septentrional o catálogo y noticia de los literatos, que nacidos o educados, o florecientes en la América Septentrional española, han dado a luz algún escrito, o lo han dejado preparado para la prensa*, 3 vols., México: Oficina de D. Alejandro Valdés.
- Cacua Prado, Antonio (<sup>2</sup>1984 / <sup>1</sup>1968): *Historia del periodismo colombiano*, Bogotá.
- Cacua Prado, Antonio (1994): «Con la 'Bagatela' inició Antonio Nariño el Periodismo Político», en: *Senderos: Publicación Semestral de la Biblioteca Nacional de Colombia* 7, pp. 876-905.
- «Catálogo de Prensa del Siglo XIX: selección de títulos de la Hemeroteca 'Manual del Socorro Rodríguez' (1994)», en: *Senderos: Publicación Semestral de la Biblioteca Nacional de Colombia* 7.
- Flórez de Ocariz, Juan (1674): *Libro primero de las Genealogías del Nuevo Reyno de Granada*, Madrid.
- Flórez de Ocariz, Juan (1676): *Libro segundo de las Genealogías del Nuevo Reyno de Granada*, Madrid.

---

manticismo colombiano. Su nombre está ligado sobre todo al periódico *El Granadino*, pero también a la *Estrella Nacional*.

\* En esta sección de la bibliografía no se repiten los títulos de las revistas citadas y consultadas.



- Janik, Dieter (1995): *Die Anfänge einer nationalen literarischen Kultur in Argentinien und Chile: Eine kontrastive Studie auf der Grundlage der frühen Periodika (1800-1830)*, Tübingen.
- König, Hans-Joachim (1988): *Auf dem Wege zur Nation: Nationalismus im Prozeß der Staats- und Nationbildung Neu-Granadas 1750 bis 1856*, Wiesbaden (edición española de 1994).
- Millares Carlo, Agustín (1957): *Don Juan José de Eguíara y Eguren (1695-1763) y su Bibliotheca Mexicana*, México.
- Otero D'Costa, Enrique (1939): «Homenaje a Flórez de Ocariz», en: *Boletín de Historia y Antigüedades* 26, pp. 636-651.
- Reyes Posada, Carlos J. (ed.) (1993): *Correo curioso, erudito, económico y mercantil*, Bogotá.
- Sánchez Aranda, José J. / Barrera, Carlos (1992): *Historia del periodismo español, desde sus orígenes hasta 1975*, Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra.
- Santos Molano, Enrique (1994): «Los grandes periódicos y los grandes periodistas colombianos del siglo XIX», en: *Senderos: Publicación Semestral de la Biblioteca Nacional de Colombia* 7, pp. 854-875.
- Senderos: Publicación Semestral de la Biblioteca Nacional de Colombia* (1994), vol. 7.



JOSÉ JOAQUÍN DE OLMEDO:  
«LA VICTORIA DE JUNÍN. CANTO A BOLÍVAR» (1825)

LEGITIMACIÓN POLÍTICA Y LEGITIMIDAD POÉTICA

En una carta fechada el 31 de enero de 1825 José Joaquín de Olmedo contesta a Simón Bolívar:

Siento que usted me recomiende cantar nuestros últimos triunfos. Mucho tiempo ha, mucho tiempo ha que revuelvo en la mente este pensamiento. –Vino Junín, y empecé mi canto. Digo mal; empecé a formar planes y jardines; pero nada adelanté en un mes. [...] Vino Ayacucho, y desperté *lanzando un trueno*.<sup>1</sup>

La lectura del carteo entre el político y poeta ecuatoriano José Joaquín de Olmedo (1780-1847) y el caudillo de la emancipación americana Simón Bolívar (1783-1830), así como lo reproduce Clemente Ballén en su edición de la obra lírica de Olmedo,<sup>2</sup> permite «presenciar» el nacimiento del poema que le ha deparado un lugar preeminente a su autor en la historia de las letras hispanoamericanas. Según las fuentes mencionadas, Olmedo comenzó la redacción de «La Victoria de Junín. Canto a Bolívar», en la segunda mitad del año 1824. La primera edición del poema, de 824 versos, fue publicada el año siguiente en Guayaquil (M.I. Murillo), la ciudad natal del poeta.<sup>3</sup> En 1826 salió en París una reimpresión parcial del «Canto» en el tomo primero de *La flor colombiana. Biblioteca escogida de los patriotas americanos o colección de los trozos más selectos en prosa y verso* (Bossange / Imprenta de C. Farcy).<sup>4</sup> En el mismo año Olmedo hizo imprimir una segunda versión aumentada, de 909 versos y 36 notas, en París (Paul Re-

1 Olmedo, José Joaquín de (s.f. / <sup>1</sup>1896): *Poesías*, edición corregida conforme a los manuscritos o primeras ediciones con notas, documentos y apuntes biográficos por Clemente Ballén, París, p. 246.

2 Ibid., pp. 243-267.

3 Según informa Espinosa Pólit, Aurelio (1960): «Introducción», en: Olmedo, José J.: *Poesía – Prosa*, Puebla: Cajica, p. 92, la Biblioteca Ecuatoriana del Instituto Superior de Humanidades Clásicas de la Universidad Católica del Ecuador posee un ejemplar de la *editio princeps*. En las *Poesías completas de José Joaquín de Olmedo*, publicadas en 1947, Espinosa Pólit reproduce íntegramente (pp. 256-277) esta edición, valiéndose de Piñeyro (1905). Para la historia de las ediciones del «Canto», véase Espinosa Pólit (1947), en las *Poesías completas de José J. de Olmedo*, pp. 249-277, e id., «Introducción», pp. 90-100.

nouard),<sup>5</sup> en Londres (R. Ackermann / Imprenta Española de M. Calero)<sup>6</sup> y poco después otra vez en París (Lith. de Sohier / Impr. por A Bobée e Hingray).<sup>7</sup> Antes de la última refundición del poema, se reeditó en 1826 en Caracas (Imprenta George Corser)<sup>8</sup> con las notas del autor al pie de las páginas correspondientes en vez de al final. La versión definitiva salió a luz editada por el crítico argentino Juan María Gutiérrez en su *América poética*, publicada primero por entregas entre febrero de 1846 y junio de 1847 y después en un volumen intitulado *Obras poéticas de D. José Joaquín Olmedo. Única Colección completa. Revista y corregida por el autor, ordenada por J.M.G.* (Valparaíso: Imprenta Europea 1848). Por carta (fecha da el 31 de diciembre de 1846) Olmedo le había comunicado a Gutiérrez dos cambios del poema que redujeron el «Canto» a 906 versos.<sup>9</sup> En lo siguiente se manejará la tercera reedición del poema en su versión definitiva con 42 notas del autor, preparada por Ballén en 1896 para la editorial parisiense Garnier.<sup>10</sup>

Pueden organizarse los 906 versos endecasílabos y heptasílabos que abarca el poema en dos bloques temáticamente distintos. Como ya deja entrever Olmedo en el fragmento de carta citado, son las dos batallas célebres y decisivas para el proceso de la Independencia americana que forman el núcleo temático del poema: los triunfos de Bolívar en Junín (6 de agosto de 1824) y del General Antonio José de Sucre en Ayacucho (9 de diciembre de 1825) sobre los españoles y sus partidarios criollos. A los estruendos de los combates y las subsiguientes celebraciones de la victoria el poeta dedica largos y detallados pasajes descriptivos repartidos a 260 y 407 versos, respectivamente.<sup>11</sup> La juntura de las dos unidades está técnicamente realizada por el recurso de un *Deus ex machina* en forma del Inca Huayna-

4 Véase Espinosa Pólit, «Introducción», p. 92.

5 Un ejemplar de esta primera edición parisiense se halla en los fondos de la Biblioteca Linga en Hamburg, Staats- und Universitätsbibliothek.

6 El editor le envió a Bolívar un ejemplar de esta edición. La respuesta de este último la reproduce Espinosa Pólit, «Introducción», p. 96.

7 Según Espinosa Pólit (1947), en: Olmedo, *Poesías completas*, p. 254, la Biblioteca de la Universidad de Harvard posee un ejemplar de esta edición.

8 Un ejemplar de esta edición se halla en la Biblioteca Nacional de Bogotá. Véase Espinosa Pólit (1947), en: Olmedo, *Poesías completas*, p. 256.

9 Estos cambios los reproduce Espinosa Pólit (1947), en: Olmedo, *Poesías completas*, p. 256.

10 Espinosa Pólit, en Olmedo 1947 y 1960, también se basa en la versión definitiva del «Canto» (1848), pero sus reproducciones sólo contienen 36 notas.

11 Los versos 92 hasta 352 se dedican a la batalla de Junín, los versos 467 a 874 tematizan la de Ayacucho.

Cápac que de repente se anuncia con voz terrible (vv. 353ss.), dirigiéndose a los combatientes embriagados por la victoria en Junín. Se trata del último Inca que gobernó íntegro el imperio. En su discurso vuelve atrás la mirada sobre 300 años de «maldición, de sangre y servidumbre» (vv. 383ss.): habla de la muerte de su hijo Atahualpa por manos de Francisco Pizarro y el Padre Valverde ávidos de las riquezas de oro, la pérdida de otro hijo, Huáscar, provocada por la intervención de los españoles en las diferencias de los dos hermanos, imperadores en Quito y en Cuzco, respectivamente; destaca la devastación del imperio incaico y los crímenes cometidos en nombre de la religión cristiana exceptuando de la inculpación a Fray Bartolomé de las Casas «mártir del amor americano, de paz, de caridad» y «apóstol santo» (vv. 430-431). La «reconquista» del suelo americano es atribuida como mérito a Bolívar, el «predilecto / Hijo y Amigo y Vengador del Inca» (v. 445). Será concluida con la batalla de Ayacucho cuyo relato sigue en forma de una profecía del Inca: «Que en otros campos de inmortal memoria / La Patria os pide, y el Destino os manda / otro afán, nueva lid, mayor victoria» (vv. 464-466). Termina su discurso con observaciones acerca de la organización político-social de los pueblos libertados. Apenas concluye el Inca, empieza a oírse el coro de las vestales del sol. Entonan las alabanzas del Sol y piden por la prosperidad del imperio así como la salud y la gloria del Libertador. Con la descripción de la entrada triunfal del Libertador en Lima, precedido por los jefes vencidos de las diferentes provincias españolas, termina su canto y las vestales así como el Inca desaparecen tras una nube dorada. Quedan enmarcadas las dos partes por referencias metapoéticas, al comienzo (vv. 49-91) y al final del poema (vv. 880-906). En ellas el yo lírico se articula con respecto a la inspiración que se apropia de su ser poético, forzándole a abandonar el canto de la vida campestre para, al ejemplo del poeta griego Píndaro, dedicarse a referir los acontecimientos bélicos.

La inserción del discurso del Inca, el cual se revela como emperador, sacerdote y profeta al mismo tiempo, perseguía un claro fin pragmático. Quería confirmarle al Libertador su legitimación política con medios poéticos. Éste, sin embargo, no se mostró enteramente convencido. Censuró estéticamente algunos aspectos del poema como se demuestra claramente en dos de sus cartas enviadas al autor el 27 de junio así como el 12 de julio

de 1825. Aparte de que, según Bolívar, el Inca monopoliza el argumento poético («él es el genio, él la sabiduría, él es el héroe en fin»), no le

[...] parece propio que alabe indirectamente á la religión que le destruyó; y menos parece propio aún que no quiera el restablecimiento de su trono, para dar preferencia á extranjeros intrusos, que aunque vengadores de su sangre, siempre son descendientes de los que aniquilaron su imperio [...] La naturaleza debe presidir á todas las reglas, y ésto no está en la naturaleza.<sup>12</sup>

Por boca del Inca el autor expone su visión ideológica respecto a la reorganización de los pueblos americanos después de haber logrado la Independencia. Pronostica un panamericanismo no basado en la restauración del imperio inca, sino bajo el control patriarcal del Libertador Bolívar. Al contrario de la dictadura cesárea, fracasada en su día, el modelo estatal profetizado por el Inca está señalado por la libertad, es decir, la independencia del pueblo o de los pueblos dentro del estado así como del pueblo o de los pueblos como estado frente a intervenciones extranjeras (soberanía nacional):<sup>13</sup>

La rara y ardua ciencia  
De merecer la paz y vivir libre  
Con voz y ejemplo y con poder le enseñas.  
Yo con riendas de seda regí el pueblo,  
Y cual padre le amé; mas no quisiera  
Que el cetro de los Incas renaciera:  
(vv. 637-642)

Formar, mas no regir, debe un imperio.  
«Por no trillada senda, de la gloria  
Al templo vuelas, ínclito Bolívar.  
Que ese poder tremendo te fía  
De los padres el íntegro senado,  
Si otro tiempo perder á Roma pudo,  
En tu potente mano  
Es á la Libertad del Pueblo escudo.  
(vv. 649-656)

Será perpetua, oh pueblos, esta gloria  
y vuestra libertad incontestable  
Contra el poder y liga detestable  
De todos los tiranos conjurados

12 En: Olmedo, José Joaquín de (s.f. / 1896): *Poesías*, edición [...] por Clemente Ballén, París, p. 264.

13 En el aspecto de la libertad de los integrantes del estado se traslucen alusiones al concepto del «contrato social» rousseauniano. Véase Rousseau, Jean-Jacques (1972 / 1762): *Du Contrat Social ou Principes du Droit Politique*, texte présenté et commenté par Jean-Marie Fataud et Marie-Claude Bartholdy, París/Bruxelles/Montréal.

Si en lazo federal de polo á polo  
En la guerra y la paz vivís unidos.  
(vv. 706-711)

Así concebida, la nación regida por Bolívar cumplirá una función ejemplar para una serie de estados europeos, una idea que ya fue articulada, por ejemplo, en la famosa «Alocución a la poesía» (1823) de Andrés Bello. El Inca de Olmedo con su vaticinio nombra los ejemplos de Cartago, destruida completamente en la tercera Guerra Púnica (149-146 a. de J.C.) o de la Grecia que en aquel entonces se encontraba todavía bajo dominación turca, o de Roma, la cual, después de la ocupación por las tropas de la Francia revolucionaria, recayó en las antiguas condiciones del poder pontificio seglar: «Animarás las ruinas de Cartago, / Relevarás en Grecia el Areopago, / Y en la humillada Roma el Capitolio» (vv. 679-681). Esta comunidad solidaria especial de los países americanos deja atrás incluso a la Suiza republicana del siglo XVIII o la que en 1803 logró la Confederación de 19 cantones soberanos, a pesar de todas las diferencias lingüísticas, religiosas y étnicas, y se consideraba como modelo en aquellos tiempos:<sup>14</sup> «Aquí la libertad buscó un asilo, [...] Aquí, olvidada de su cara Helvecia» (vv. 775-780).

La cuestión acerca del modelo de reorganización estatal después de lograda la Independencia, en particular, la restauración del imperio inca o el establecimiento de una nación moderna cuyo idioma oficial habría de ser el español y no el quechua, ya antes ocupaba a los ánimos. Así, por ejemplo, el general venezolano Francisco de Miranda (1750-1816) soñaba con la idea de la «Magna Colombia», es decir, la América española desde las fuentes del Mississippi hasta el Cabo de Hornos.<sup>15</sup> Esta nación debería ser gobernada por un monarca constitucional llamado «Inca», y se elegiría entre los descendientes de los antiguos gobernantes del Perú. De hecho, Miranda abogaba por la revitalización y adaptación de las antiguas institu-

---

14 Véase Spell, Jefferson R. (1938): *Rousseau in the Spanish World Before 1833: A Study in Franco-Spanish Literary Relations*, Austin, pp. 132, 182-183, 253 y 261. Rousseau mismo, por ejemplo, en sus escritos alude frecuentemente a su ciudadanía ginebrina.

15 Véase Ardao, Arturo (1978): *La idea de la Magna Colombia de Miranda a Hostos*, México. Para información más detallada acerca del proyecto gubernamental de Miranda, véase Robertson, William S. (1929): *The Life of Miranda*, vol. 1, Chapel Hill, pp. 227ss. El nombre de «Gran Colombia» iba a ser aplicado a las actuales Repúblicas de Venezuela, Ecuador, Colombia y Panamá a partir de 1819 hasta 1830. Hasta entonces, la actual Colombia (junto con Venezuela y Ecuador) formaba parte del Virreinato de Nueva Granada.

ciones indígenas dentro del marco de las posibilidades modernas.<sup>16</sup> Asimismo, el general argentino Manuel Belgrano (1770-1820) junto con sus partidarios del norte del Virreinato (Perú), acarició un proyecto influenciado por la Revolución Francesa; sobre la base del Contrato Social y el modelo económico de los fisiócratas soñaba con una monarquía incaica, feudal y teocrática, inspirada en la filosofía medieval.<sup>17</sup> Mucho se ha especulado –dicho sea de paso– sobre las razones de tal programa; algunos creían en motivos militares, es decir, que la idea de la monarquía incaica junto con la promesa de la libertad personal de los indios, muchos de los cuales permanecían aún bajo una esclavitud legalmente disimulada, debía funcionar como cebo para los indios, tan requeridos en la lucha contra los españoles. Otros estaban convencidos de que Europa nunca iba a consentir a la formación de nuevas repúblicas en América, de modo que el establecimiento de una monarquía fantasmagórica podía servir para ocultar el gobierno que se creía conveniente.<sup>18</sup> Además, la ocupación con el pasado indígena constituía una práctica política corriente en el contexto de la formación de estados y naciones en Hispanoamérica.<sup>19</sup> Así, la introducción del Inca en el «Canto» de Olmedo, aparte de cumplir funciones técnico-compositorias, pretende fortalecer la legitimación política de Bolívar y contribuir, al igual que la referencia repetida a la belleza natural del paisaje,<sup>20</sup> a la constitución de una identidad propia, genuinamente americana frente a la cultura europea. Una intención que también persigue Andrés Bello en su «Alocución a la poesía» (1823) y más tarde en la silva a «La Agricultura de la Zona Tórrida» (1826) al recurrir a esta temática.

16 Véase Henríquez Ureña, Pedro (1949): *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, p. 100.

17 Véase Ingenieros, José (1961): *La evolución de las ideas argentinas*, vol. 1, Buenos Aires, pp. 166 y 172ss. En el Congreso de Tucumán convocado después de 1815 se discutieron dos ideologías: la «logista» (Buenos Aires-Cuyo) representada por José de San Martín y la «cuica» (Norte-Altoperú) que respondía a Belgrano. Explica Ingenieros, p.166: «Los *cuicos* subordinaban la declaración de la independencia a cuatro condiciones: 1º adopción del régimen monárquico; 2º capitalización del Cuzco; 3º dinastía incásica; 4º desistimiento de toda cuestión religiosa. San Martín y Belgrano –solamente concordes en cuanto a declarar la independencia– pusieron en juego todas sus influencias, el uno contra el otro.»

18 Véase Ingenieros, *La evolución de las ideas*, p. 172-173.

19 Véase König, Hans-Joachim (1992): «La mitificación de la 'Conquista' y del 'Indio' en el inicio de la formación de estados y naciones en Hispanoamérica», en: Kohut, Karl (ed.): *De conquistadores y conquistados: realidad, justificación, representación*, Frankfurt am Main (Americana eystettensia; Serie A: Kongreßakten; 7a).

20 Los eternos Andes «heraldos» «[d]e Libertad y de Victoria» compiten con las «soberbias pirámides» del Occidente, las cuales, erigidas/construidas por «esclavas manos», resultan ser monumentos fugaces, vv. 14-48.



Bolívar discutió el problema de la identidad americana en su famosa *Carta de Jamaica* a un caballero inglés (fecha el 6 de septiembre de 1815). Allí expresa sus dudas con respecto a la idea de una sola nación americana fundamentada sobre el común origen, lengua, costumbres y religión indígenas: «No es posible porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen a la América.»<sup>21</sup> La identidad y, con ello la unidad, proyectadas por Bolívar hay que construir las, más bien, aceptando que ni lo indígena, ni tampoco la herencia española pueden servir de punto de partida:

[...] mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar a éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores [...].<sup>22</sup>

En vista de estas realidades por él esbozadas, el pronóstico político que se atreve a formular Bolívar no considera la posibilidad de la consolidación del concepto de una gran república que requiere, ante todo, de un largo proceso de socialización dentro del sistema democrático. En cambio, las provincias del territorio americano, después de lograda la emancipación de la metrópoli, intentarán establecer diferentes modelos estatales:

[...] algunas se constituirán de un modo regular en repúblicas federales y centrales; se fundarán monarquías casi inevitablemente en las grandes secciones, y algunas serán tan infelices que devorarán sus elementos ya en la actual, ya en las futuras revoluciones, que una gran monarquía no será fácil consolidar, una gran república imposible.<sup>23</sup>

En los tiempos del carteo entre Olmedo y Bolívar y la redacción de las partes correspondientes del «Canto», el Libertador —así lo testimonian una serie de cartas escritas entre diciembre de 1824 y mayo de 1826<sup>24</sup>— abrigaba todavía la esperanza de ver realizado su proyecto de una confederación de todos los estados hispanoamericanos sobre la base de una legislación común que rige las relaciones exteriores. Después del fracaso de estos planes (a mediados de 1826), Bolívar intenta llevar adelante una liga de los países Colombia, Perú y Bolivia, la cual, igualmente, iba a fracasar.

21 Véase Bolívar, Simón (1965): *Carta de Jamaica*, Caracas, p. 39.

22 Ibid., pp. 22-23.

23 Ibid., pp. 38-39.

El juicio estético de Bolívar acerca del poema de Olmedo, finalmente, converge en un cuidadoso reproche de inverosimilitud que arranca del tono patético del poema señalando la sublimación y transfiguración no sólo de los hechos históricos, sino también de sus protagonistas. En efecto, entre todos los guerreros mencionados destaca el culto a la personalidad de Bolívar al cual el yo lírico iguala a Júpiter («su mirada un rayo») y le agracia con atributos como «árbitro de la paz y de la guerra», «águila caudal», «hijo de Colombia y Marte», «Capitán valiente», «Blasón ilustre», etc. Escribió Bolívar en la carta del 27 de junio de 1825:

Usted dispara ... donde no se ha disparado un tiro: usted abrasa la tierra con las ascuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles que no rodó jamás en Junín: usted se hace dueño de todos los personajes: de mí forma un Júpiter; de Sucre un Marte; de Lamar un Agamenón y un Menelao; de Córdoba un Aquiles; de Necochea un Patroclo y un Ajax; de Miller un Diomedes y de Lara un Ulises.<sup>25</sup>

Este procedimiento, así el juicio bolivariano, implicaría el riesgo de ser malinterpretado como «parodia de la Iliada con los héroes de nuestra pobre farsa. [...] Un americano leerá el poema de usted como un canto de Homero; y un español lo leerá como un canto de facistol de Boileau.»<sup>26</sup>

Andrés Bello, cuyas relaciones amistosas con Olmedo se trabaron cuando este último estaba cumpliendo sus misiones diplomáticas por orden de Bolívar en Londres (1825-1828), comenta la edición del «Canto» hecha en la capital inglesa (1826) en *El Repertorio Americano*.<sup>27</sup> Conforme a su ideario estético neoclásico elogia la inserción de la profecía del Inca por su función de enlace en cuanto a los dos sucesos tratados, la victoria de Junín y de Ayacucho. Éstos, según exigen «con más o menos rigor todas las producciones poéticas»,<sup>28</sup> deben formar una «unidad de sujeto». <sup>29</sup> Siguiendo los preceptos aristotélicos, se conserva esta unidad debido a que «[t]odo pasa en Junín, todo está enlazado con esta primera función, todo forma en realidad parte de ella». <sup>30</sup> Al Inca se introduce como incidente, y es producto de la «inspiración instantánea del poeta». El efecto de lo casual y

24 Véase König (ed.), *Bolívar*, pp. 71-72, 81-82, 85, 87-89.

25 En: Olmedo, José J. de (1896): *Poesías*, edición [...] por Clemente Ballén, París, p. 261.

26 Ibid.

27 Londres, octubre de 1826, pp. 54-61. Aquí se utiliza la edición venezolana de sus *Obras completas* (1956), vol. 9: *Temas de crítica literaria*, Caracas, pp. 227-232.

28 Ibid., p. 228.

29 Ibid.

30 Ibid.

fortuito inherente a esta composición poética de Olmedo, según Bello, es característico de la poesía lírica, la cual «no debe caminar directamente a su objeto».<sup>31</sup> Bello concluye que no hay nada reprehensible en el plan del «Canto a Bolívar» con la excepción de que no se sabe «si hubiera sido conveniente reducir las dimensiones de este bello edificio a menor escala, porque no es natural a los movimientos vehementes del alma, que sólo autorizan las libertades de la oda, el durar largo tiempo».<sup>32</sup>

Según Espinosa Pólit,<sup>33</sup> las defensas de Bolívar y Bello con respecto a la introducción del Inca, deben leerse como defensas de amigos, los cuales, en realidad, no quieren articular lo evidente, es decir, el intento de amoldar a todo trance el material poético al principio clásico de la unidad:

No creo, en efecto, que haya razón alguna valedera que pueda justificar los 379 versos de la profecía del Inca, si es que se quiere mantener como intangible el precepto horaciano *Denique sit quodvis simplex dumtaxat et unum*.<sup>34</sup>

Tal era ya la opinión de Miguel Antonio Caro, quien en un largo artículo de 1879 había censurado por su inverosimilitud el vaticinio del Inca:

Lo que predice el Inca en larguísima arenga pudo haberse presentado como un sueño o visión de Bolívar mismo, rendido a la fatiga del combate, con las ventajas de que un sueño sobre ser menos inverosímil, más misterioso y poético que una aparición tan inconveniente como la del Inca, cuadraba bien con el alma profética del Libertador. Pudo suponerse, a pesar de lo largo de la relación, que la visión fuese de breves instantes, porque durante el sueño el pensamiento es infinitamente más rápido que en la vigilia, y pudo despertar el héroe vidente a los vivas del campamento, o al ruido de El ronco parche y el clarín sonoro.

Si este y cualquiera otro medio que se imagine ofrecen también inconvenientes, debemos deducir que no era hacedero reducir las dos batallas a la unidad del lugar.<sup>35</sup>

También compartía esta crítica Marcelino Menéndez y Pelayo en su famosa *Antología de poetas hispano-americanos*.<sup>36</sup> Pero, al revisarse los argumentos de los ilustres críticos, se echa de ver que lo que se censuraba no

---

31 Ibid.

32 Ibid.

33 En: Olmedo, *Poesía – Prosa*, p. 69.

34 Ibid., p. 67.

35 Caro, Miguel A. (1921): «Olmedo» (1879), en: id.: *Obras completas*, vol. 3: *Estudios literarios: Segunda serie*, Bogotá, p. 25.

36 Menéndez y Pelayo, Marcelino (1894): «Introducción», en: id.: *Antología de poetas hispano-americanos*, vol. 3: *Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia*, Madrid, pp. CXXXIIss., e id. (1948): *Historia de la poesía hispanoamericana*, vol. 2, Santander, pp. 47ss.

era tanto el recurso del *Deus ex machina*, por «frío y pueril» que pareciese,<sup>37</sup> sino lo que este *Deus* profería. En efecto, de las –según el juicio de Menéndez y Pelayo<sup>38</sup>– «mil cosas absurdas y contradictorias que el Inca revuelve en su prolija arenga», las cuales pretendían contribuir, como ya se advirtió, a la legitimación política de Bolívar y el forjamiento de una identidad americana, lo que más chocaba a los espíritus tradicionalistas, a Caro más, a Menéndez y Pelayo menos, era que el Inca exclamaba:

¡Guerra al usurpador! –¿Qué le debemos?  
 ¿Luces, costumbres, religión ó leyes?...  
 ¡Si ellos fueron estúpidos, viciosos,  
 Feroces, y por fin supersticiosos!  
 ¿Qué religión? ¿la de Jesús?... ¡Blasfemos!  
 Sangre, plomo veloz, cadenas fueron  
 los sacramentos santos que trajeron.  
 ¡Oh religión! ¡oh fuente pura y santa  
 De amor y de consuelo para el hombre!  
 ¡Cuántos males se hicieron en tu nombre!  
 ¿Y qué lazos de amor?... Por los oficios  
 De la hospitalidad más generosa  
 Hierros nos dan: por gratitud, suplicios.  
 Todos, sí, todos: menos uno solo;  
 El mártir del amor americano:  
 De paz, de caridad apóstol santo;  
 Divino Casas, de otra patria digno.  
 Nos amó hasta morir. –Por tanto ahora  
 En el empíreo entre los Incas mora.  
 (vv. 416-434)

A Caro le indignaban tanto los versos de Olmedo que llegó a decir:

Tratar a «todos, sí, todos» de «estúpidos, viciosos y feroces»; decir que los sacramentos que trajeron eran «sangre, plomo y cadenas», hacer solamente una excepción en favor del nombre de las Casas, condenando a olvido o a ignominia la multitud de varones apostólicos que evangelizaron la tierra americana, muchos de los cuales sellaron la fe con su sangre, muriendo a manos de salvajes, es un rasgo de flagrante injusticia e ingratitud, una blasfemia y sacrilego insulto a la verdad histórica. No vale cubrirse con el fuero de la licencia poética. En esos casos la Musa abandona al poeta y le deja hablar sólo el lenguaje de la canalla.<sup>39</sup>

Como se vio, ya Bolívar había criticado las incongruencias en las profecías del Inca. Pero su crítica no iba contra la condenación *ex coelo* de «tres cen-

37 Menéndez y Pelayo, «Introducción», p. CXXXIII.

38 Ibid., p. CXXXIV.

39 Caro, «Olmedo», p. 29.

turias / De maldición, de sangre y servidumbre» (vv. 382-383), sino, al contrario, visaba la demasiada deferencia del Inca con la religión y la herencia españolas.

La legitimación política de la gesta de la Independencia y su prócer, el Libertador, por el medio del discurso literario, se reclamaba de una legitimidad poética que, a pesar de la condena del conquistador y el subsiguiente reino de «las Furias» (v. 384) era de la más pura raigambre europea. Olmedo concibe su poema según los preceptos de la poética neoclásica, la cual exigía para los asuntos de magna trascendencia una expresión igualmente elevada. No era raro que esta expresión formara parte del enunciado del poema. Es así como Olmedo hace exclamar la voz del hablante lírico:

¿Quién me dará templar el voraz fuego  
En que ardo todo yo? Trémula, incierta,  
Torpe la mano va sobre la lira  
Dando disorde són. ¿Quién me liberta  
Del Dios que me fatiga...?  
(vv. 49-53)

En estos versos como en los siguientes la expresión poética remite a la tradición del *furor poeticus* y el *genus sublime* que la Antigüedad greco-latina había transmitido a la poesía del Renacimiento.<sup>40</sup> Con el movimiento neoclásico europeo del siglo XVIII esta tradición se había renovado y servía de índice para un discurso poético solemne que trataba, seguro de su legitimidad, los grandes temas filosófico-cívicos de la época. En España este discurso, después de haber sido reivindicado por Feijóo,<sup>41</sup> era el dominio de Manuel José Quintana cuyas *Poesías* se habían publicado en 1813, cuando Olmedo asistía a las reuniones de las Cortes.<sup>42</sup> Es de suponer que el poeta ecuatoriano estaba familiarizado con la obra de Quintana, tanto más cuanto éste contaba entre las víctimas más prominentes de la restauración del absolutismo en España en 1814.

Menéndez y Pelayo,<sup>43</sup> como muchos antes y después de él,<sup>44</sup> llama a Olmedo el «Quintana americano» y lo vincula con la imagen que del ver-

40 Fuhrmann, Manfred (1973): *Einführung in die antike Dichtungstheorie*, Darmstadt, p. 206.

41 Krömer, Wolfram (1968): *Zur Weltanschauung, Ästhetik und Poetik des Neoklassizismus und der Romantik in Spanien*, Münster, pp. 135ss.

42 Quintana, Manuel J. (1969 / 1813): *Poesías completas*, Madrid, p. 40.

43 Menéndez y Pelayo, «Introducción», p. CXI.

dadero poeta presenta Horacio. Éste, en la sátira I, 4, 43-44, sólo había conferido el honor de llamarse «poeta» a quien dispusiera de «ingenium», «mens divini» y «os magna sonaturum». El prototipo de este poeta era desde la Antigüedad el griego Píndaro, de cuya tradición Olmedo no vacila en reclamarse:

Tal en los siglos de virtud y gloria,  
Cuando el guerrero sólo y el poeta  
Eran dignos de honor y de memoria,  
La musa audaz de Píndaro divino,  
Cual intrépido atleta,  
En inmortal porfía  
Al griego estadio concurrir solía.  
(vv. 71-77)

Había, además de la conformidad acerca de la expresión poética de temas de gran transcendencia, una semejanza de contenido entre Olmedo y los epinicios de Píndaro. Al igual que en estos últimos se celebraban a los vencedores de los juegos panhelénicos, cantando sus triunfos y su personalidad, en la «Victoria de Junín» se cantan el triunfo y la personalidad de Bolívar. Es así como, a imitación de la «musa audaz de Píndaro», la musa olmediana desciende de los montes:

Al campo de Junín: y ardiendo en ira  
Los numerosos escuadrones mira  
Que el odiado pendón de España arbolan:  
Y un cristiado morrión y peto armada,  
Cual amazona fiera,  
Se mezcla entre las filas la primera  
De todos los guerreros,  
Y á combatir con ellos se adelanta,  
Triunfa con ellos y sus triunfos canta.  
(vv. 62-70)

Este canto de la musa audaz de Olmedo se articula en una silva compuesta de endecasílabos y heptasílabos, sin esquema enlazados y sólo a veces rimados. La irregularidad del enlazamiento y de la rima buscaba conferir al poema el carácter de una espontaneidad que, según la regla del *aptum*, pretendía ser el modo de expresión natural de quien, como poeta, decía encontrarse bajo la influencia de la inspiración divina. Ya Bello advirtió en su reseña del «Canto a Bolívar» que en la poesía lírica «el poeta obedece a

---

44 Torres Riosco, Arturo (1957): «La huella de Quintana en la literatura hispanoamericana», en: *Re-*

los impulsos del númen»,<sup>45</sup> abandonando una senda y tomando otra, «llamado de objetos que arrastran irresistiblemente su atención».<sup>46</sup> Sebold ha hecho observar con respecto a las odas de Quintana que su supuesto prosaísmo, fruto de esta situación de enunciación, se debía a

[...] una nueva interpretación de las silvas, que había sido influida por el concepto de lo sublime y el corolario de éste, de que quien llega en el raudal vuelo de su entusiasmo a tocar las cumbres más altas no podrá siempre mantenerse a tales alturas, sino que tendrá a la fuerza que bajar, alguna vez casi caer, para poder de nuevo enlazar el vuelo (porque en el género sublime, por lo mismo que hay mayores perfecciones, siempre se han permitido también más licencias y aun tropiezos).<sup>47</sup>

Está claro que Quintana no fue el inventor de esta concepción de lo sublime, la cual ya se encontraba entre los preceptos del *Art poétique* de Boileau<sup>48</sup> y se había comentado a menudo en los tratados poéticos de la Ilustración. Pero su ejemplo casi coetáneo podía dar a Olmedo la pauta para una expresión que estuviera a la altura de la magnitud de los sucesos que el poeta quería «cantar».

Con todo, el entusiasmo genérico de la situación de enunciación del hablante lírico de «La Victoria de Junín» no significaba un abandono de los principios de la razón. Todo al contrario, en la medida en que los aspectos diversos y a menudo contradictorios de la naturaleza se basaban en un orden racional de origen divino, también la obra de arte, por inspirada que fuera, debería transparentar un orden más profundo. Es así como en «La Victoria de Junín» la irregularidad deliberada de la silva está equilibrada por un uso bien estudiado de los medios lingüísticos y de composición por parte del autor. Los primeros cuatro versos muestran como el arrebató del «trueno horrendo» (v. 1) que «al Dios anuncia que en el cielo impera» (v. 4) se expresa en un lenguaje cuidadosamente calculado. El uso onomatopéyico de los fonemas /r/ y /rr/ (vv. 1-2) quiere representar el sonido del trueno cuya irrupción ensordecedora se resuelve en la armonía de la rima pareada (esfera : impera) de los versos 3 y 4. En los versos siguientes, la metáfora «rayo» (v. 5) recoge la afirmación anterior acerca de la función

---

vista Iberoamericana 22, pp. 261-272.

45 Bello, *Obras completas*, vol. 9, p. 228.

46 Ibid.

47 Sebold, Russell P. (1989): «Siempre formas en grande modeladas»: sobre la visión poética de Quintana (1966), en: id.: *El rapto de la mente: poética y poesía dieciochescas*, Madrid, p. 300.

indicadora del «trueno» (v. 1), estableciendo así un paralelo entre el Dios «que en el cielo impera» (v. 4) y Bolívar «en la tierra / Árbitro de la paz y de la guerra» (vv. 12-13). Esta estructuración dualista domina todo el poema. Las «soberbias pirámides» (v. 14) se ven confrontadas con «los sublimes montes» (v. 27) de «los Andes» (v. 31), «el rencor y horrible saña» (v. 177) «del León de España» (v. 175) con «los ordenados escuadrones / Que del iris reflejan los colores / Ó la imagen del sol en sus pendones» (vv. 133-135), y «las tres centurias / De maldición, de sangre y servidumbre» (vv. 382-383) con «El mártir del amor americano: / De paz, de caridad apóstol santo; / Divino Casas, de otra patria digno» (vv. 430-432).

No siempre esta dualidad se manifiesta por violentos contrastes. También puede expresarse complementariamente como en el caso de Sucre, Vencedor de Ayacucho, cuya gloria brilla tal como «se ve Héspero arder en su carrera, / Y del nocturno cielo / Suyo el imperio sin la luna fuera» (vv. 620-622). La luna, naturalmente es Bolívar, quien por la acción de Sucre se confirma una vez más como Libertador (v. 627). Al final del «Canto» la estructuración dualista del contenido se resuelve en la apoteosis de la invocación del sol hecha por las vírgenes que rodean al Inca:

¡Oh Padre, oh claro sol! no desampares  
Este suelo jamás, ni estos altares.  
Tu vivífico ardor todos los seres  
Anima y reproduce: por ti viven,  
Y acción, salud, placer, beldad reciben.  
Tú al labrador despiertas,  
Y á las aves canoras  
En tus primeras horas:  
Y son tuyos sus cantos matinales.  
Por ti siente el guerrero  
En Amor patrio enardecida el alma,  
Y al pie de tu ara rinde placentero  
Su laurel y su palma:  
Y tuyos son sus cánticos marciales.  
(vv. 786-799)

Imperceptiblemente la invocación del sol pasa a la visión de la glorificación de Bolívar, quien en «carro esplendoroso» (v. 830) entra en la «opulenta Lima» (v. 822) como «noble triunfador» (v. 824), «aclamado / Ángel

48 Sebold, Russell P. (1995): «Neoclasicismo y Romanticismo dieciochescos», en: Carnero, Guillermo (ed.): *Historia de la literatura española: siglo XVIII*, vol. 1, Madrid, p. 195.



de la esperanza, / Y genio de la paz y de la gloria» (vv. 825-827). Los versos finales del coro de las vírgenes dicen:

El sol suspenso en la mitad del cielo  
Aplaudirá esta pompa. —¡Oh Sol, oh Padre,  
Tu luz rompa y disipe  
Las sombras del antiguo cautiverio;  
Tu luz nos dé el imperio;  
Tu luz la libertad nos restituya;  
Tuya es la tierra, y la victoria es tuya!  
(vv. 868-874)

A esta altura, el hablante lírico del poema reprende a su musa el tono poético exaltado y se propone volver a su «flauta conocida» (v. 888), es decir, un estilo más humilde. La intención de «colgar esta lira» (v. 897) significa el desfallecimiento del entusiasmo pindárico cuya presencia en «La Victoria de Junín» le confiere a la legitimación política de Bolívar la expresión sublime de una voz, segura de su legitimidad poética. Y aunque los detalles de muchos versos del poema de Olmedo revelan además el influjo de Horacio, como también, en cuanto al vaticinio de Huayna-Cápac, una inspiración en poetas españoles como Gallego, Martínez de la Rosa, y naturalmente Quintana,<sup>49</sup> es el espíritu de Píndaro que preside a «La Victoria de Junín».<sup>50</sup> Observa Menéndez y Pelayo que el poema forma parte de este género de pindarismo, redivivo al filo del siglo XIX, que tomaba de Píndaro no sólo lo material y exterior, las divagaciones y el plan aparentemente descosido o la división en estrofas, antiestrofas y epodos, «sino el alma lírica, la solemne y religiosa elevación del pensamiento, [...] la devoción patriótica y doméstica que en sus metros lo ennoblece y transfigura todo».<sup>51</sup> Del gran erudito santanderino es también el juicio más generoso sobre el poema de Olmedo, pronunciado por alguien que, por muchas razones, difícilmente podía ver en el poeta de Guayaquil un espíritu afín a su visión del mundo:

[...] el «Canto», además de su valor intrínseco y de presentar reunidas en un solo alarde todas las fuerzas del poeta, participa de la celebridad histórica del gran acontecimiento que conmemora, y vivirá cuanto viva en los fastos de América el nombre de Simón Bolívar, del cual fué la más espléndida corona. Infinitos versos produjo el patriotismo americano de aquella era, pero apenas

49 Menéndez y Pelayo, «Introducción», pp. CXXXVss.

50 Ibid., p. CXVI.

51 Ibid., p. CXIV.

merecen vivir otros que los de este canto, y son los únicos también que la madre España puede perdonar, porque se escribieron en su tradicional y magnífica lengua poética, aunque no se escribiesen con su espíritu.<sup>52</sup>

## Bibliografía

### Textos

- Olmedo, José J. de (s.f. / 1896): *Poesías*, edición corregida conforme a los manuscritos o primeras ediciones con notas, documentos y apuntes biográficos por Clemente Ballén. París.
- Olmedo, José J. de (1947): *Poesías completas de José Joaquín de Olmedo*, texto establecido, prólogo y notas de Aurelio Espinosa Pólit, México/Buenos Aires (Biblioteca Americana – Serie de Literatura Moderna – Poesía).
- Olmedo, José J. de (1960): «Discurso en las Cortes de Cádiz sobre la abolición de las mitas», en: id.: *Poesía – Prosa*, Puebla: Cajica (Biblioteca Ecuatoriana Mínima; La Colonia y la República), pp. 375-386.
- Olmedo, José J. de (1960): «Segundo discurso sobre la abolición de las mitas», en: id.: *Poesía – Prosa*, Puebla: Cajica (Biblioteca Ecuatoriana Mínima; La Colonia y la República), pp. 421-428.
- Olmedo, José J. de (1960): *Poesía – Prosa*, Puebla: Cajica (Biblioteca Ecuatoriana Mínima; La Colonia y la República).
- Quintana, Manuel J. (1969 / 1813): *Poesías completas*, Madrid.
- Rousseau, Jean-Jacques (1972): *Du Contrat Social ou Principes du Droit Politique*, texte présenté et commenté par Jean-Marie Fataud et Marie-Claude Bartholdy, Paris/Bruxelles/Montréal.

### Estudios

- Ardao, Arturo (1978): *La idea de la Magna Colombia de Miranda a Hostos*, México (Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana; 2).
- Bello, Andrés (1956): *Obras completas*, vol. 9: *Temas de crítica literaria*, Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación.
- Bolívar, Simón (1965): *Carta de Jamaica*, Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación.
- Bolívar, Simón (1984): *Reden und Schriften zu Politik, Wirtschaft und Gesellschaft*, ed. por Hans-Joachim König, prologado por Belisario Betancur, Hamburg: Institut für Iberoamerika-Kunde.
- Caro, Miguel A. (1921): «Olmedo (1879)», en: id.: *Obras completas*, vol. 3: *Estudios literarios: Segunda serie*, Bogotá, pp. 3-42.
- Derozier, Albert (1969): «Introducción», en: Quintana, Manuel J.: *Poesías completas*, Madrid, pp. 7-42.

---

52 Ibid., p. CXXX.

- Espinosa Pólit, Aurelio (1960): «Introducción», en: Olmedo, José J. de: *Poesía – Prosa*, Puebla: Cajica (Biblioteca Ecuatoriana Mínima; La Colonia y la República), pp. 19-100.
- Fuhrmann, Manfred (1973): *Einführung in die antike Dichtungstheorie*, Darmstadt.
- Henríquez Ureña, Pedro (1949): *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México.
- Ingenieros, José (1961): *La evolución de las ideas argentinas*, vol. 1, Buenos Aires.
- König, Hans-Joachim (ed.) (1984): *Simón Bolívar: Reden und Schriften zu Politik, Wirtschaft und Gesellschaft*, prologado por Belisario Betancur, Hamburg: Institut für Iberoamerika-Kunde.
- König, Hans-Joachim (1992): «La mitificación de la ‘Conquista’ y del ‘Indio’ en el inicio de la formación de estados y naciones en Hispanoamérica», en: Kohut, Karl (ed.): *De conquistadores y conquistados: realidad, justificación, representación*, Frankfurt am Main (Americana eystettensia; Serie A: Kongreßakten; 7a), pp. 343-357.
- Krömer, Wolfram (1968): *Zur Weltanschauung, Ästhetik und Poetik des Neoklassizismus und der Romantik in Spanien*, Münster.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino (1894): «Introducción», en: id.: *Antología de poetas hispano-americanos*, vol. 3: *Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia*, Madrid, pp. II-CCXCIX.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino (1948): *Historia de la poesía hispanoamericana*, vol. 2, Santander.
- Piñeyro, Enrique (1905): «José Joaquín Olmedo: poesías inéditas; el ‘Canto a Bolívar’; notas bibliográficas», en: *Bulletin Hispanique* 7/3, pp. 274-292.
- Robertson, William S. (1929): *The Life of Miranda*, vol. 1, Chapel Hill.
- Sebold, Russell P. (1989): «‘Siempre formas en grande modeladas’: sobre la visión poética de Quintana (1966)», en: id.: *El rapto de la mente: poética y poesía dieciochescas*, Madrid, pp. 292-302.
- Sebold, Russell P. (1995): «Neoclasicismo y Romanticismo dieciochescos», en: Carnero, Guillermo (ed.): *Historia de la literatura española: siglo XVIII*, 2 vols., Madrid, vol. 1, pp. 137-207.
- Spell, Jefferson R. (1938): *Rousseau in the Spanish World Before 1833: A Study in Franco-Spanish Literary Relations*, Austin.
- Torres Rioseco, Arturo (1957): «La huella de Quintana en la literatura hispanoamericana», en: *Revista Iberoamericana* 22, pp. 261-272.



«...NUESTRO MAL DISCURSO...»: JOSÉ VICTORINO LASTARRIA Y SU  
«DISCURSO DE INCORPORACIÓN A LA 'SOCIEDAD LITERARIA'»  
(3 DE MAYO DE 1842)

I

INTRODUCCIÓN

A menudo le había acontecido, en su larga carrera de publicista, que un libro suyo encontrase la debida atención en el extranjero sin suscitar empero la más leve mención en la prensa chilena. Una sola vez, sin embargo, le había sorprendido y herido el hecho de que un discurso programático causara un silencio perplejo entre los amigos y, entre los adversarios, la sospecha de que se tratara de un plagio. Así lo comenta José Victorino Lastarria en sus *Recuerdos*, refiriéndose al «Discurso de Incorporación a la 'Sociedad literaria'» que había pronunciado en Santiago de Chile el día 3 de mayo de 1842.<sup>1</sup> Dicho discurso aparece regularmente en las Historias de la Literatura calificado como «una de las primeras señales de la eclosión de lo que se denominaría movimiento intelectual de 1842».<sup>2</sup> Sin embargo, la clasificación definitiva significa también escasez de análisis detallados y concienzudos. Hace pocos años solamente se redescubrió el hecho de que el «Discurso» lastarriano había sido, supuestamente, «la primera aplicación del pensamiento del argentino Esteban Echeverría en su *Dogma socialista* (1837)».<sup>3</sup> Basándome en esta última observación y en algunos pocos jui-

---

1 Lastarria, José V. (1885): *Recuerdos literarios: datos para la historia literaria de la América española i del progreso intelectual en Chile, segunda edición, revisada i adornada con retratos de los principales literatos nacionales i extranjeros*, Santiago de Chile: Librería de M. Servat, p. 177. Para el texto del discurso, véase id., *Recuerdos*, pp. 96-116.

2 Véase a título de ejemplo más actual: <http://www.uchile.cl/historia/mil1842.html>.

3 Vidal, Hernán (1994): *Crítica literaria como defensa de los derechos humanos: cuestión teórica*, Newark/Delaware, p. 19. Vidal reconoce que el «Discurso» constituye una «negación dialéctica del pasado», ibid., p. 20, y estima que la actitud de Lastarria, a diferencia de la de otros románticos, es relativamente moderada: «Lastarria no cayó en el rechazo radical del legado hispánico que caracterizó a otros románticos. Ese radicalismo los había llevado a un injerto cultural indiscriminado y a la imitación servil de lo inglés y lo francés», ibid. Aunque fuese correcto, este juicio me parece de-

cios anteriores,<sup>4</sup> trataré a continuación de resumir detenidamente el argumento del «Discurso» para llegar después a situarlo en el contexto de su origen histórico y de sus intenciones más profundas de propaganda cultural. Será definitiva, para su evaluación, una situación de competencia institucional, personal y cultural —una situación que explica ciertas actitudes idiosincráticas así como el tono ambivalente de algunos párrafos. Dicho en pocas palabras: sostengo que el discurso de Lastarria es sólo *un* argumento, y un argumento *en contra*, en el marco de una competencia discursiva más amplia. El hito de la competencia era la cuestión de los valores nacionales, entre los que la literatura nacional jugaba un papel importante pero no exclusivo.

A título de preliminares, cabe tener en cuenta los siguientes datos personales e históricos: al asumir el cargo de Presidente de la *Sociedad literaria*, Lastarria tenía tan sólo 25 años. Su situación económica y social había sido difícil durante los primeros años de actividad profesional. Desempeñaba un cargo de profesor en el Instituto Nacional y daba clases en dos colegios privados. En la retrospectiva, describe al grupo al que pertenecía, víctima constante de una celosa vigilancia por parte de las autoridades de la oligarquía burguesa, como el de

[...] los pocos jóvenes educados, que, mas por relaciones que por convicciones, se daban por liberales. Estos habían estado siempre bajo el ojo de la policía, i la aristocracia gobernante los tenía por peligrosos.<sup>5</sup>

Bajo estas condiciones, ellos no pudieron menos que experimentar los acontecimientos del año 1841 como «un verdadero despertar».<sup>6</sup> En enero, los jóvenes liberales se habían entusiasmado ante la llegada de Sarmiento y la experiencia de conocer personalmente al adversario prófugo del dictador Rosas. Después de las elecciones chilenas y la instauración del gobierno de Búlnes, ellos experimentan un alivio en la situación política y cultural. Se permite ahora la publicación de folletos de carácter histórico-social y lite-

---

masiado lacónico. Quedan por explicar los detalles de la posición lastarriana y, sobre todo, las condiciones contemporáneas de las que resultan. Para el contexto de la argumentación de Vidal, véase mi reseña, en: *Notas* 7 (1996), pp. 98-100.

4 Véase Subercaseaux, Bernardo (1987): «José Victorino Lastarria: publicista y literato liberal (1817-1888)», en: Íñigo Madrigal, Luis (coord.): *Historia de la literatura hispanoamericana*, vol. 2: *Del Neoclasicismo al Modernismo*, Madrid, pp. 447-453. Anteriormente del mismo autor (1979): «José Victorino Lastarria: intento de fundación de una literatura nacional», en: *Cuadernos Hispanoamericanos* 1, pp. 175-186.

5 Lastarria, *Recuerdos*, p. 64. Respeto la ortografía del texto lastarriano.

6 *Ibid.*, p. 79.

rario. En este clima, nace la idea de fundar una *Sociedad literaria*, «con el objeto de escribir i traducir, de estudiar y conferenciar, para preparar la publicación de un periódico literario».<sup>7</sup> Los pocos datos aclaran lo que significa el título de Presidente de la *Sociedad literaria*. Lastarria no llegó a ser el dignatario de una institución solemne, sino que se hizo portavoz de un grupo de fervorosos jóvenes liberales que buscaban posibilidades de comunicación y de publicación.

## II

### ARGUMENTOS PRINCIPALES DEL «DISCURSO»

El resumen de los argumentos principales del «Discurso» se divide en seis puntos de vista: el rechazo del trabajo literario concreto, la negación de una noción materialista del progreso, la sugerencia de un punto cero de la Historia, el rechazo de la imitación de modelos literarios, la evaluación de la literatura francesa, la exhortación a la originalidad. Llama la atención el hecho de que prevalece, en el conjunto del «Discurso», un gesto de negación y de refutación, y que, por otra parte, los valores positivos resultan pálidos e indecisos. Probablemente, este rasgo de prudencia o de cohibición le reste al discurso gran parte de su poder de atracción para el lector actual. Sin embargo, es precisamente esta doble actitud de rechazo y de prudencia la que ganará un papel decisivo en el análisis histórico-social del texto.

### II. 1

#### EL RECHAZO DEL TRABAJO LITERARIO CONCRETO

Me llamais para que os ayude en vuestras tareas literarias, pero yo quisiera convidaros ántes a discurrir acerca de lo que es entre nosotros la literatura, acerca de los modelos que hemos de proponernos para cultivarla, i tambien sobre el rumbo que debemos hacerle seguir para que sea provechosa al pueblo.<sup>8</sup>

Un motivo para la reacción poco entusiasta por parte del auditorio puede haber sido la decepción frente al hecho que el portavoz de la *Sociedad*, en el momento mismo de la inauguración, se haya negado a apoyar la creación

---

7 Ibid., p. 85.

8 Ibid., p. 99.

literaria tal cual, y que haya preferido comentar las condiciones generales para un florecimiento literario, así como los pasos necesarios para su desarrollo. Rechaza toda forma de egoísmo literario y reclama actividades en beneficio de la comunidad:

[...] quédese el egoísmo para esos hombres menguados que todo lo sacrifican a sus pasiones i preocupaciones: nosotros debemos pensar en sacrificarnos por la utilidad de la patria.<sup>9</sup>

Incluyéndose a sí mismo, atesta a su público tan sólo una «mediana ilustración»<sup>10</sup> y proclama la necesidad de largos trabajos de enseñanza y aprendizaje, sin prometer el más mínimo provecho individual. Al contrario: «[...] será para otros la utilidad i para vosotros la gloria.»<sup>11</sup> De este modo y desde el principio, dirige a su auditorio hacia deliberaciones más generales cuyo contenido son las condiciones sociales indispensables para la creación de una futura literatura nacional. En cuanto al detalle de estas condiciones, no es muy explícito.<sup>12</sup> Pero el rechazo del trabajo literario concreto y la denuncia del mismo como egoísta le abren la posibilidad de disertar sobre la historia chilena en general y sobre la idea del progreso, la cual sería provechosa para el desarrollo nacional.

## II. 2

### LA NEGACIÓN DE UNA NOCIÓN MATERIALISTA DEL PROGRESO

Lastarria insiste varias veces en la necesidad de concebir la noción de progreso social y cultural de la nación sin recurrir a un concepto materialista del mismo.<sup>13</sup> Refiriéndose a las florecientes asociaciones comerciales, las compañías mineras y las organizaciones rurales, califica de peligrosa la exclusividad del afán de riqueza. Si se basara únicamente en tal florecimiento material, el Estado «se [vería] reducido a apoyarse por un lado en

---

9 Ibid.

10 Ibid.

11 Ibid., p. 104.

12 Cuando dice que falta «un sistema de educación», *ibid.*, p. 103, se refiere a ciertos proyectos propios al respecto.

13 Esta idea se encuentra sólo implícitamente en el *Dogma socialista* de Echeverría; Lastarria da un perfil más agudo a la diferencia entre el progreso material y el intelectual, véase Echeverría, Esteban (1948): *Dogma socialista y otras páginas políticas*, prólogo de S. M. Dana Montaña, Buenos Aires, pp. 115-117.



bayonetas, por el otro en montones de oro».<sup>14</sup> Para contrarrestar este dinamismo desastroso, Lastarria reclama el cultivo de las libertades individuales, el fomento de la *Ilustración* y, como fundamento indispensable para ambas actividades, la implantación de un sistema educativo.

## II. 3

### LA SUGERENCIA DE UN PUNTO CERO DE LA HISTORIA

Los movimientos liberales y democráticos, nacidos «en las demas repúblicas hermanas»,<sup>15</sup> han caído en «un campo inculto»<sup>16</sup> en Chile —en un campo mal preparado por razones históricas, políticas y sociales. Lastarria empieza su breve panorama histórico con una retrospectiva hacia la época colonial y la represión española. Este ataque pertenece a la retórica estándar de la Independencia y se presta hábilmente a crear el consentimiento unánime de su público: «Durante la colonia no rayó jamás la luz de la civilización en nuestro suelo.»<sup>17</sup> Sigue una filípica contra los soberanos españoles:

Los Felipes, tan funestos a la humanidad como a la civilización, por su brutal i absurdo despotismo; Cárlos II, con su imbecilidad i acendrado fanatismo, los Fernandos i Cárlos que le sucedieron, tan obstinados defensores de su poder discrecional i de la autoridad espantosa del monstruo de la inquisición que los sostenia, al mismo tiempo que los amadrentaba; tales fueron los monarcas, bayo cuyo ominoso cetro recorrió tres siglos Chile, siempre ignorante, siempre oprimido y vejado.<sup>18</sup>

De esta visión de la Historia —visiblemente destinada, por su tono agresivo, a asegurarle la simpatía de sus amigos demócratas—, Lastarria deduce dos consecuencias para la historia de la literatura. La primera es que la situación literaria de la época colonial correspondió a la situación política: «[...] nuestra nulidad literaria es tan completa en aquellos tiempos, como lo fué la de nuestra existencia política.»<sup>19</sup> Y en un segundo paso pretende demostrar que la situación literaria no ha mejorado desde la Declaración de la Independencia en 1818. Por cierto, no puede menos que elogiar a Camilo

---

14 Lastarria, *Recuerdos*, p. 98.

15 Ibid., p. 97.

16 Ibid., p. 98.

17 Ibid., p. 101.

18 Ibid.

19 Ibid.

Henríquez (1769-1825) —«cuyas bellas producciones manifiestan un talento despejado i un corazon noble, entusiasta y jeneroso»<sup>20</sup>—, mencionar la existencia de algunas obras didácticas —«entre los cuales hai algunos dignos de mayor elojio»<sup>21</sup>— y señalar «una que otra produccion importante»<sup>22</sup> de la prensa. Sin embargo, la intención básica de su corta incursión en la historia literaria es la de demostrar que la misma sigue anclada en un punto cero: «[...] mui poco hemos hecho todavía por las letras; me atrevo a deciros que apenas principiarnos a cultivarlas.»<sup>23</sup> Por consiguiente, la tarea consiste en «llenar el vacío que dejaron nuestros padres».<sup>24</sup> De este modo, Lastarria sugiere a su público que todos se encuentran en un «punto de partida»,<sup>25</sup> y que el desarrollo futuro depende enteramente de ellos mismos, de su capacidad para dar un rumbo a la educación literaria y a la cultura en general. Antes de explicar el interés especial que tenía Lastarria en sugerir a su público una escisión tan honda y definitiva entre el pasado literario y el desarrollo en el futuro (escisión sin duda existente de alguna manera, pero que aquí aparece con dimensiones exageradas y algo dogmáticas), cabe echar una rápida mirada sobre los argumentos históricos que alega en favor de sus tesis.

## II. 4

### EL RECHAZO DE LA IMITACIÓN DE MODELOS LITERARIOS

Entre las mil posibilidades de fomentar el desarrollo literario, la imitación de modelos literarios es, sin duda, la más antigua y la más evidente. Según Lastarria, esta técnica venerable no da para el caso. Recomienda, por el contrario, evitarla en interés de la nación:

[...] llamease arrogancia o lo que se quiera, debo deciros que mui poco tenemos que imitar; nuestra literatura debe sernos exclusivamente propia, debe ser enteramente nacional.<sup>26</sup>

---

20 Ibid.

21 Ibid.

22 Ibid.

23 Ibid., p. 103.

24 Ibid., p. 98.

25 Ibid., p. 103.

26 Ibid., p. 105.

Para demostrar los riesgos de la imitación, Lastarria utiliza el mismo esquema sugestivo que ya le sirviera para establecer el punto cero de la historia en general. Se empeña en desprestigiar la herencia española:

Hai una literatura que nos legó la España con su relijion divina, con sus pesadas e indijestas leyes, con sus funestas i antisociales preocupaciones. Pero esa literatura no debe ser la nuestra.<sup>27</sup>

Son sobre todo la ciencia, la historiografía, la teología mística y el teatro de estirpe española los que no se prestan a ser modelos imitables. Aunque rechace, en un principio, casi la totalidad de la literatura española («casi siempre la hallareis retrógrada, sin filosofía i muchas veces sin criterio fijo»<sup>28</sup>), Lastarria le concede algunos pocos méritos prácticamente secretos e imperceptibles para el inexperto en la materia: «[...] frutos escondidos que no es posible descubrir, sino desbastando el ramaje del árbol que los contiene.»<sup>29</sup> Muy parecido es su juicio sobre la lírica castellana, a la que atesta escasez de talentos y de productos aceptables: «[...] necesitais de trabajo i tino para hallarlos i para sacar de ellos provecho.»<sup>30</sup> En el caso del idioma castellano, sin embargo, Lastarria concede una excepción al rechazo de la imitación. En cuestiones de lingüística, luce de purista y de apologeta de la lengua castellana. Declara ser enemigo de galicismos y anglicismos, y así encuentra una (una única) posibilidad de recomendar el estudio de las letras españolas: limitando el canon de modelos a la antigua literatura castellana hasta Cervantes, recomienda el estudio lingüístico. Si hay cualidades dignas de imitación en la literatura castellana más moderna, éstas se limitan al hecho de conservar la pureza del idioma: «[...] hallareis [...] el antiguo romance castellano hecho ya el idioma de la nacion culta.»<sup>31</sup> En su apología del idioma y en su afán de recomendar el estudio del mismo, Lastarria no se da cuenta de que el calificativo de *nación culta* está en desacuerdo con el anterior anatema contra la política, la filosofía y las letras españolas.

---

27 Ibid.

28 Ibid., p. 106.

29 Ibid.

30 Ibid.

31 Ibid., p. 108.

II. 5

EVALUACIÓN DE LA LITERATURA FRANCESA

En su «Discurso», Lastarria propone los elementos de un currículo literario. El elemento básico de éste sería el estudio exclusivamente lingüístico y estilístico de la antigua literatura castellana (hasta Cervantes e incluyendo a este último). El segundo elemento ya lo constituiría la literatura francesa. Pero también a este objeto de imitación se acerca Lastarria con cuidado y no sin restricciones. Entre las tres grandes épocas de la literatura francesa (la época clásica del siglo XVII, la literatura ilustrada del siglo XVIII y la literatura contemporánea), recomienda las dos primeras sólo por motivos de información histórica, porque en ningún caso serían dignas de imitación:

Como quiera, Señores, creo yo que ambas escuelas no merecen nuestro estudio, sino en cuanto son dignas de la curiosidad del literato, porque pertenecen a la historia de los progresos del entendimiento humano; pero nada considero ménos adecuado a nuestras circunstancias que la literatura de esos tiempos, i de consiguiente nada tampoco ménos digno de nuestra imitación.<sup>32</sup>

El rasgo común a las dos épocas literarias incriminadas es que tienen su origen en sociedades monárquico-aristocráticas y que están marcadas por las reglas correspondientes. Lastarria no encuentra en ellas más que «afectación empalagosa», «gusto disciplinado», «conveniencias, usos i espíritu de cuerpo».<sup>33</sup> Lamenta que todos los grandes espíritus de ambos siglos hayan padecido bajo esta influencia y le hayan rendido un «ciego homenaje».<sup>34</sup> La identificación de la literatura francesa de los siglos XVII y XVIII con el sistema político del antiguo régimen es tan fuerte para Lastarria, que llega hasta a reprocharle a Montesquieu, al que admira por ser el autor de *De l'Esprit des lois*, el hecho de que haya escrito también las *Lettres persanes*.

Frente al rechazo tan sumario (y algo grosero) de épocas enteras de la literatura francesa se espera una toma de posición tanto más clara en cuanto a las partes recomendables de la misma. Sin embargo, las alabanzas que hace Lastarria de la literatura francesa contemporánea, son muy generales.

---

32 Ibid.

33 Ibid.

34 Ibid.

Llevar las señas de un patetismo entusiasta, sin ser –a pesar de ello– muy concretos:

La Francia ha levantado la enseña de la rebelión literaria, ella ha emancipado su literatura de las rigurosas [sic] i mezquinas reglas [...]; le ha dado por divisa la *verdad* i le ha señalado a la *naturaleza humana* como el oráculo que debe consultar para sus decisiones: en esto merece nuestra imitación.<sup>35</sup>

Los conocimientos que tenía el joven Lastarria de la literatura romántica europea eran muy restringidos. De paso, suele citar a Mariano José de Larra. Poseía dos novelas de Walter Scott y algunos libros de poesía, entre ellos las *Paroles d'un croyant* de Lammenais. No se sabe si ha tenido acceso directo a la obra de Victor Hugo.<sup>36</sup> Su descripción de la literatura francesa de su época se basa en breves informaciones tomadas de Villemain<sup>37</sup> y en un párrafo de Artaud,<sup>38</sup> al que se refiere parafraseándolo. Parece que para justificar su elogio, se contenta con los dos principios antes citados: el respeto a la *verdad* y a la *naturaleza humana*. Además, Lastarria se apresura a pronunciar dos restricciones. La primera es altamente significativa, porque parece dementir todo lo anteriormente expuesto:

Así, cuando os digo que nuestra literatura debe fundarse en la independencia del jénio, no es mi ánimo inspirar aversión por las reglas del buen gusto, por aquellos preceptos que pueden considerarse como la expresión misma de la naturaleza, de los cuales no es posible desviarse, sin obrar contra la razón, contra la moral i contra todo lo que puede haber de útil i progresivo en la literatura de un pueblo.<sup>39</sup>

Tomada al pie de la letra, esta frase debe entenderse como un dementi completo de la anterior alabanza del Romanticismo, puesto que Lastarria se sirve aquí del vocabulario crítico y dogmático del Neoclasicismo. Evidentemente, al querer prevenir contra los excesos de la revolución estética, no dispone de otras nociones que las de la tradición normativa. La segunda restricción concierne al contenido de la imitación. A los franceses modernos no se los debe imitar en el sentido de copiar sus temas o con la intención de trasladar su literatura al continente americano. Lastarria recomien-

---

35 Ibid., p. 112.

36 Véase Subercaseaux, «José Victorino Lastarria», p. 448, con la nota 3.

37 Véase Villemain, Abel-François (1828): *Cours de littérature française*, Paris (con varias ediciones aumentadas hasta 1875; contiene varios *Tableaux*).

38 Artaud, Nicolas-Louis-Marie (1825): «Essai littéraire sur le génie poétique du XIX<sup>e</sup> siècle». Se trata de un panfleto de 20 páginas, originariamente publicado en: *Revue encyclopédique* 2 (série 2), marzo de 1825.

39 Lastarria, *Recuerdos*, p. 112.

da el ejemplo de los franceses únicamente «para que os empapeis en ese colorido filosófico [...], para que podáis seguir la nueva senda i retrateis al vivo la naturaleza».<sup>40</sup> Ir más lejos significaría encomendar la futura literatura chilena a «una existencia prestada, pendiente siempre de lo exótico».<sup>41</sup>

## II. 6

### LA EXHORTACIÓN A LA ORIGINALIDAD

Tras excluir o por lo menos reducir las posibilidades de una imitación de modelos nacionales e internacionales, Lastarria se sirve de los principios muy generales de *verdad* y de *naturaleza humana* para exigir una literatura que sea «la expresión auténtica de nuestra nacionalidad».<sup>42</sup>

Es preciso que la literatura no sea el exclusivo patrimonio de una clase privilegiada, que no se encierre en un círculo estrecho [...]. Al contrario debe haber todos los sentimientos de la naturaleza humana i reflejar todas las afecciones de la multitud, que en definitiva, es el mejor juez, no de los procedimientos del arte, pero sí de sus efectos.<sup>43</sup>

Llama la atención que el optimismo de Lastarria («[...] fuerza es que seamos oriundos; tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos para serlo»<sup>44</sup>) no vaya acompañado por ningún consejo concreto. No propone asuntos, ni temas, ni siquiera motivos literarios que se pudieran utilizar para llegar a la originalidad deseada. De este modo, el «Discurso» en su totalidad despliega un movimiento de argumentación heterónomo: fuerte rechazo de tradiciones y modelos, y, al mismo tiempo, ausencia de nociones concretas acerca de lo que pudiera llegar a ser una literatura genuinamente nacional.

## III

### CONTEXTO HISTÓRICO-SOCIAL E INTENCIONALIDAD DEL «DISCURSO»

Para dilucidar la intención específica del «Discurso» y explicar la funcionalidad de sus argumentos, tenemos que echar una mirada sobre la situa-

---

40 Ibid.

41 Ibid.

42 Ibid., p. 113.

43 Ibid.

44 Ibid.

ción histórico-social y, especialmente, sobre la posición que el autor revestía dentro de este contexto.

Las instituciones educativas en el Santiago de Chile de los años 20 y 30 del siglo XIX consistían, además de unos pocos colegios privados, sobre todo en el Instituto Nacional (fundado en 1823), la Academia Chilena, el Colegio de Santiago (fundado en 1830, con el director Andrés Bello), y el Liceo de Chile (1828-1830, fundado por José Joaquín de Mora). Hay que apuntar que en la capital, de poco más de cien mil habitantes, sólo un número restringido de privilegiados tenía acceso a los estudios. En la oligarquía ciudadana, el hecho de seguir una de las pocas carreras, solía ser una actividad de interés público y social: en las aulas, los alumnos estaban agrupados según el supuesto rango social de sus familias; cada trimestre, el periódico publicaba los avances de los candidatos, resultados de exámenes, etc.<sup>45</sup> No es difícil tasar el número aproximado de estudiantes: un curso importante contaba con aproximadamente sesenta estudiantes. Si se estima que esta cifra representaba el máximo, es lícito deducir que la regla era una asistencia bastante inferior y que el mínimo lo constituía el curso privado en casa del profesor. Lastarria declara haber sido uno de tan sólo tres alumnos de su promoción que estudiaban el inglés.<sup>46</sup> Aparte de excepciones como ésta, las materias de enseñanza se limitaban a Derecho y Geografía. Los estudios literarios pertenecían a los cursos propedéuticos y, sirviendo de preparación para los Estudios Legales, se limitaban a gramática latina, filosofía antigua y poética normativa:

Las clases se resentían siempre de ese perfume escolástico de la edad media, cuyo método de enseñanza estaba sobrecargado de cuestiones ociosas i a veces ridículas.<sup>47</sup>

El joven Lastarria, oriundo de Rancagua e hijo de un militar retirado al que un incendio había dejado sin negocio, no disponía de grandes recursos materiales. A pesar de ello, tuvo la posibilidad de seguir algunos de los cursos típicos que le ofrecía el sistema educativo. La historiografía estándar suele referirse a él como alumno de Andrés Bello y de José Joaquín de Mora, lo que, si bien es correcto bajo un punto de vista positivista,<sup>48</sup> no deja de ser

---

45 Véase Subercaseaux, «José Victorino Lastarria», p. 448.

46 Lastarria, *Recuerdos*, p.26.

47 *Ibid.*, p. 9.

48 Véase por ejemplo Earle, Peter G. / Mead, Robert G. jr. (1973): *Historia del ensayo hispanoamericano*, México, p. 34.

una calificación demasiado superficial. La actitud de Lastarria frente a ambos profesores era diferenciada —escéptica y hasta hostil en el caso de Bello, benévola en el caso de Mora. En los *Recuerdos literarios* no disimula su aversión contra los compañeros de estudios pertenecientes a la oligarquía burguesa, a los que apoda de «esa juventud selecta» y de «aquella juventud elegante». <sup>49</sup> Todos ellos eran alumnos de Andrés Bello, al que Lastarria llama tan sólo «el señor Bello», calificándolo de «corifeo de la contrarrevolución intelectual». <sup>50</sup> A Bello, Lastarria lo consideraba «el servidor, el filósofo, el *consueta* [...] de aquella dictadura». <sup>51</sup> El pobre extranjero que había sido Bello a su llegada a Chile, se había empeñado en arreglarse con las autoridades y había concebido su quehacer académico de tal modo que no despertara sospechas por parte del gobierno. Por tal motivo, los contenidos de su enseñanza estaban esmeradamente adaptados a los lindes del dogmatismo y el Neoclasicismo:

[Bello] dió la preferencia [...] en literatura a don José Gómez de Hermosilla, i concluyó por inspirar aquel furor con que todos se consagraron del estudio de los clásicos españoles, i al de otros que estaban mui lejos de favorecer el desarrollo democrático i la emancipación de la intelijencia. <sup>52</sup>

El tratado *Arte de hablar en prosa y en verso* de Gómez de Hermosilla, un manual de difusión generalizada en España, era de hecho el último gran ejemplo de poética normativa neoclasicista. Su catálogo de criterios prescriptivos, restrictivos y censurantes (y de hecho utilizados por la censura <sup>53</sup>) se extendía al conjunto de los fenómenos literarios, desde la estructura de los argumentos hasta las locuciones, imágenes o palabras aisladas. El «hermosillismo» <sup>54</sup> de Andrés Bello no constituía, para Lastarria, un mero problema intraestético, porque el maestro solía también hacer uso político del manual. Bello utilizaba los criterios prescriptivos «contra cada frase i cada vocablo de los escritores arjentinos», <sup>55</sup> o sea contra los liberales que habían emigrado de la dictadura de Rosas. Cuando surgía, en 1841, la idea de fundar una *Sociedad literaria*, Bello no se negaba a ayudar a sus alum-

---

49 Lastarria, *Recuerdos*, p. 49.

50 Ibid., p. 16.

51 Ibid., p. 125.

52 Ibid., p. 19.

53 Recuérdese que entre 1831 y 1843, Bello era miembro de la Comisión de Censura. Véase Goic, Cedomil (1991): *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*, vol. 2, Barcelona, p. 101.

54 Lastarria, *Recuerdos*, p. 141.

55 Ibid.



nos rebeldes, porque «en su honor debemos decirlo [...], su espíritu por entonces tomaba nuevos rumbos»,<sup>56</sup> pero insistía en que la *Sociedad* se limitara a formar buenos escritores sin incurrir en cuestiones políticas.

En la persona de Bello, y en el papel público que jugaba entonces, podemos ver el primer motivo que explica la actitud impregnada de negaciones y rechazos que caracteriza el «Discurso» de Lastarria. Se trata de un ataque —implícito— contra la enseñanza del maestro y contra la influencia que éste ejercía en el sistema educativo. Lastarria se dirige contra el discurso cultural reinante —discurso eurocéntrico, hispanizante y clasicista—, y no puede hacerlo sin criticar al protagonista de este discurso, es decir al maestro y tutor de todos los socios presentes en la inauguración de la *Sociedad literaria*.

Un segundo motivo para la actitud tan rechazante del orador es aún menos evidente. Lo encontramos en los contactos que Lastarria había experimentado con José Joaquín de Mora y con Simón Rodríguez. Mora, el primer maestro de Lastarria, había convertido del Neoclasicismo al Romanticismo, era el traductor de las dos novelas de Walter Scott (*Talismán* y *Ivanhoe*) que Lastarria tenía en su biblioteca, y había importado en Chile dos frutos más de sus estudios en Inglaterra: integraba el utilitarismo de Jeremy Bentham en los estudios legales, y trataba de emancipar los estudios literarios de su modesto papel de mera propedéutica. En 1828 trazaba el *Plan de estudios del Liceo de Chile*, en el que designaba a Humanidades como una carrera quinquenal independiente:

Las lecciones de elocuencia i de literatura, las de gramática i geografía, así como las de derecho, se hacían por testos escritos espresamente por el señor Mora, quien, habiendo completado sus estudios en Inglaterra, introduce por primera vez en América las doctrinas de Bentham en el derecho, i dejaba muy atrás todas las reminiscencias españolas en la enseñanza literaria.<sup>57</sup>

Sin embargo, la influencia de Mora disminuía por completo con el éxito de Bello. El Liceo de Chile se cierra tras apenas dos años de existencia. Si Lastarria, en su «Discurso», lamenta la ausencia de un sistema educativo y reclama un plan de estudios, está sin duda pensando en el currículo reprimido de Mora. Además, es muy probable que aluda a un programa que había propuesto Simón Rodríguez, el maestro de Simón Bolívar, que vivía en

---

<sup>56</sup> Ibid., p. 74.

<sup>57</sup> Ibid., pp. 17ss.

Concepción y más tarde en Valparaíso. Entre los jóvenes liberales chilenos, Rodríguez tenía fama de «hombre raro, que estaba en nuestra sociedad fuera de su centro, i que pasaba por ser un estravagante, como un grotesco». <sup>58</sup> Sus ideas, sin embargo, y su práctica educativa, llamaron la atención por ser inspiradas por los presocialistas franceses y por el pedagogo británico Robert Owen. También en el programa de Rodríguez (*Medios que se deben emplear en la reforma*, 1834), Lastarria había encontrado un plan de educación popular que comprendía cinco años de estudios de Humanidades. Es cierto que Lastarria está en desacuerdo con los aspectos materialistas del programa:

Grande es sin duda el poder de la educación; pero jamás le valdrá a un pueblo el ser educado en la aspiración a la propiedad [...], si las instituciones políticas no facilitan el desarrollo de estos elementos de poder [...], asegurando [...] la independencia del hombre i de la sociedad. <sup>59</sup>

Pero si Rodríguez proclama que los chilenos tendrían que abstenerse de toda imitación de Europa y de Norteamérica, y volcarse en pro de su independencia cultural y social, Lastarria lo consiente aún —otra vez implícitamente— en su «Discurso» de 1842. Por último, Lastarria ciertamente no podía menos que pensar en sus propios intentos de reforma. Desde el año 1837, en un curso que daba en un colegio privado, había empezado a poner en práctica lo que le enseñaban los proyectos de reforma formulados, respectivamente, por Mora y por Rodríguez. Bajo las condiciones de un estado de sitio permanente, de consejos de guerra reiterados y finalmente del levantamiento militar «comenzábamos nuestra peligrosa tarea de enseñar a conocer la sociedad». <sup>60</sup> En 1839, toma posesión de un cargo de «Profesor de Lejislación i de Derecho de jentes» del Instituto Nacional. Después de las elecciones de 1840, se le presenta por primera vez la perspectiva de dar cuerpo a las reformas que antes habían fracasado o que simplemente habían sido sofocadas por los éxitos del muy clasicista y muy acomodaticio señor Bello. Ésta parece ser la explicación fundamental para el tono tan negativo, por una parte, y por otra parte tan poco concreto de su «Discurso»: Lastarria no podía estar seguro de su público, no sabía hasta qué punto éste lo seguiría en una posición que significaba, a la vez, un homenaje secreto a

---

58 Ibid., p. 44.

59 Ibid., p. 47.

60 Ibid., pp. 52ss.

sus verdaderos maestros intelectuales, un parricidio simbólico al maestro de todos los demás, y, como si ello fuera poco, la puesta en juego de su propio cargo de profesor.

A título de resumen: Lastarria conservará su cátedra durante nueve años, hasta que el Gobierno lo despidan en 1851. El que quiera informarse acerca del destino de las ideas que pronunciara en el «Discurso», puede consultar cualquier Historia de la Literatura Chilena: una literatura romántica y nacional surge aproximadamente un decenio después del «Discurso». En cuanto a su resultado inmediato, hay que añadir que el intento de parricidio fracasó: en 1843, Andrés Bello pronunció su «Discurso de Inauguración de la Universidad de Chile», «i se trató de restablecer el imperio de la vieja literatura de que nosotros queríamos emanciparnos».<sup>61</sup> En la retrospectiva de sus *Recuerdos literarios*, Lastarria reconoce la victoria de la contrarrevolución, pero insiste también en que «nuestro mal discurso»<sup>62</sup> tiene su valor como documento histórico.

## Bibliografía

### Textos

Lastarria, José V. (1885): *Recuerdos literarios: datos para la historia literaria de la América española i del progreso intelectual en Chile, segunda edición, revisada i adornada con retratos de los principales literatos nacionales i extranjeros*, Santiago de Chile.

### Estudios

- Artaud, Nicolas-Louis-Marie (1825): «Essai littéraire sur le génie poétique du XIX<sup>e</sup> siècle», en: *Revue encyclopédique* 2 (série 2).
- Earle, Peter G. / Mead, Robert G. jr. (1973): *Historia del ensayo hispanoamericano*, México.
- Echeverría, Esteban (1948): *Dogma socialista y otras páginas políticas*, prólogo de S.M. Dana Montañó, Buenos Aires.
- Goic, Cedomil (1991): *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*, vol. 2, Barcelona.
- Íñigo Madrigal, Luis (coord.) (1987): *Historia de la literatura hispanoamericana*, vol. 2: *Del Neoclasicismo al Modernismo*, Madrid.

---

61 Ibid., p. 95. De hecho, sería interesante comparar el retoricismo europeizante de Bello con las ideas de Lastarria.

62 Ibid., p. 94.

- Subercaseaux, Bernardo (1979): «José Victorino Lastarria: intento de fundación de una literatura nacional», en: *Cuadernos Hispanoamericanos* 1, pp. 175-186.
- Subercaseaux, Bernardo (1987): «José Victorino Lastarria: publicista y literato liberal (1817-1888)», en: Íñigo Madrigal, Luis (coord.): *Historia de la literatura hispano-americana*, vol. 2: *Del Neoclasicismo al Modernismo*, Madrid, pp. 447-453.
- Vidal, Hernán (1994): *Crítica literaria como defensa de los derechos humanos: cuestión teórica*, Newark/Delaware.
- Villemain, Abel-François (1828): *Cours de littérature française*, Paris.

CONCEPCIONES DE JUAN MARÍA GUTIÉRREZ Y JUAN BAUTISTA  
ALBERDI PARA LA FORMACIÓN DE UNA IDENTIDAD LITERARIA  
ARGENTINA

Al lado de José Esteban Echeverría se puede considerar a Juan María Gutiérrez y Juan Bautista Alberdi como los miembros más destacados de la *Generación del 37* y de la *Asociación de Mayo*. Sin embargo, mientras que la teoría literaria echeverriana ha sido objeto de numerosas investigaciones, las reflexiones de Gutiérrez y Alberdi sobre la formación de una identidad literaria argentina han pasado prácticamente desapercibidas. ¿Cómo valoraban estos dos intelectuales la peculiaridad del Neoclasicismo y del Romanticismo argentinos? ¿Cuáles son las funciones que atribuían a la literatura en el proceso constitutivo de la nueva nación? Éstas son las cuestiones a las que intentaré responder en las siguientes páginas. Mediante la confrontación de las posiciones de ambos escritores se pondrá de manifiesto que los miembros más sobresalientes de la llamada generación romántica tenían una idea muy diferente acerca de cómo debería cimentarse una literatura nacional emancipada.

El bonaerense Juan María Gutiérrez (1809-1878) emigró a Montevideo, como también lo hicieron Alberdi y la mayor parte de los miembros del *Salón literario de Marcos Sastre*, en 1838. Tras su viaje a Europa, ambos intelectuales pasaron los siguientes años de su exilio en Chile. Entre las obras críticas e históricas más importantes de Gutiérrez destacan *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires* (1868) y *Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino D. Juan de la Cruz Varela* (1871). En 1846 publicó la primera antología de poesía hispanoamericana con el título *América poética*. Además, fue el editor de las *Obras completas* de José Esteban Echeverría, Florencio Balcarce, José Joaquín Olmedo y Pedro de Oña. Los siguientes comentarios sobre su obra se basan en el discurso de Gutiérrez

pronunciado con motivo de la apertura del *Salón literario*,<sup>1</sup> así como en dos ensayos del escritor: «Descripciones de la naturaleza de la América Española»,<sup>2</sup> publicado por primera vez en 1828 en el diario *El Tiempo*, y «La literatura de Mayo»,<sup>3</sup> artículo aparecido por primera vez en la *Revista del Río de Plata*.<sup>4</sup>

Su ensayo «La literatura de Mayo» muestra con claridad que Gutiérrez valora la literatura argentina postrevolucionaria muy positivamente. En ella cree el autor vislumbrar el origen de una literatura nacional autóctona, que, en su opinión, habría que fomentar:

Bien recompensado será quien se acerque curioso a los orígenes de nuestra literatura nacional y contemple el hilo de agua que surge de la pequeña fuente, convirtiéndose en río caudaloso a medida que la sociedad se organiza bajo formas libres y que la multitud se transforma en pueblo. Esta armonía fraternal entre el sentimiento de la belleza y de la libertad, esta santa conspiración del poeta y del ciudadano para conseguir la integridad de la patria inteligente y fuerte, es un espectáculo que consuela, que entusiasma y enseña cómo la nación aun en épocas de decadencia tiene dentro de su propio organismo principios conservadores de sus virtudes y capacidad para volver a ser grande.<sup>5</sup>

La sociedad postrevolucionaria en Argentina ofrecía posibilidades ilimitadas para el brote de una literatura nacional. Así lo comprendió Gutiérrez y no cesó de abogar en sus escritos para que, en ese escenario ideal, poetas y ciudadanos hiciesen convergir sus fines éticos y estéticos. Según él, la revolución de la Independencia era el primer gran acontecimiento que unía tanto a las diferentes capas sociales como a las diferentes tendencias literarias. La poesía ya no era expresión de una pequeña élite intelectual, sino portavoz de las esperanzas de la población entera. De esta forma se intentaba acercar la literatura al pueblo:

Todo se ennoblece. La literatura comienza a manifestarse bajo formas vivas y a circular como sangre de todo el cuerpo social habiendo permanecido estancada hasta entonces en la región estrecha de los placeres intelectuales, íntimos

- 
- 1 Gutiérrez, Juan M. (1958): «Fisionomía del saber español: cuál deba ser entre nosotros (1837)», en: Weinberg, Felix: *El salón literario*, Buenos Aires, pp. 147-157.
  - 2 Gutiérrez, Juan M. (1928): «Descripciones de la naturaleza de la América española (1828)», en: id.: *Críticas y narraciones*, prólogo de Juan B. Terán, Buenos Aires (Grandes Escritores Argentinos; 22), pp. 46-57.
  - 3 Gutiérrez, Juan M. (1941): «La literatura de Mayo», en: *Los poetas de la revolución*, Buenos Aires (Biblioteca de Clásicos Argentinos; 1), pp. 1-26.
  - 4 Esta revista fue fundada en 1871 por Juan María Gutiérrez, Andrés Lamas y Vicente Fidel López. El artículo de Gutiérrez apareció en el número 8 del año 1871.
  - 5 Gutiérrez, «La literatura de Mayo», p. 3.

y aislados. La lengua castellana adquiere en la colonia emancipada una valentía desconocida, una elegancia franca y enérgica, inspiradas a la pluma de Moreno por el genio de la libertad.<sup>6</sup>

Los poetas alentaban al pueblo a que contribuyera en la construcción de la Nación Argentina y, al mismo tiempo, daban voz a los sentimientos de su gente. Por medio de una literatura profética e idealista contribuían a mantener la fe en los valores de la revolución y estimulaban la formación de una conciencia nacional:

Nuestros poetas han sido los sacerdotes de la creencia de Mayo, y los que han mantenido siempre vivo en el altar de la patria el fuego de sus primeras centellas. Unos a otros se han transmitido [...] la llama sagrada del entusiasmo por la libertad cuyo resplandor es tan poderoso que todavía puede guiarnos en el camino del ideal por en medio de las sombras del positivismo egoísta que arrastra las naciones a la tumba.<sup>7</sup>

La literatura no podía ser, según Gutiérrez, sólo un espejo de la sociedad, porque ésta estaba todavía por construir. Los autores eran «actores [...]: no eran intérpretes sino colaboradores del *destino* [sic] que la sociedad misma se preparaba para lo futuro. [...] Sus cantos eran acción.»<sup>8</sup> Gutiérrez asigna a la literatura postrevolucionaria neoclásica una función social y política en el proceso de construcción de la nueva sociedad. No la considera como la continuación de la tradición colonial española, sino —es necesario hacer hincapié en ello— como precedente de una literatura genuinamente argentina. Conocida ya la valoración positiva del Neoclasicismo, cabe plantearse ahora dos preguntas: en primer lugar interesa saber qué papel destina el escritor bonaerense a la literatura contemporánea, es decir, la literatura que sigue a la primera fase de la Independencia. En segundo lugar hay que especificar qué características debería tener, a juicio del autor, el movimiento literario llamado a llevar a cabo la exigente tarea encomendada.

En opinión de Gutiérrez, la literatura debería «represent[ar] nuestras costumbres y nuestra naturaleza, así como nuestros lagos y anchos ríos sólo reflejan en sus aguas las estrellas de nuestro hemisferio».<sup>9</sup> La manifestación en la literatura de las costumbres y de la naturaleza argentinas exige, sin embargo, la existencia de un sentir nacional como condición previa:

---

6 Ibid., p. 5.

7 Ibid., pp. 4-5.

8 Ibid., p. 7.

9 Gutiérrez, «Fisionomía», p. 154.

«[L]a literatura requiere almas apasionadas, pródidas, sensibles a lo bello, y eminentemente poseídas de espíritu nacional.»<sup>10</sup> Pero, ¿cuáles son los medios para llegar a adquirir esta conciencia nacional y, a partir de ella, poder establecer una literatura propia? Gutiérrez echará mano de un paradjico eclecticismo para dar solución a esta interrogante. En su propuesta literaria mezcla dos tradiciones del pensamiento europeo radicalmente distintas y, en no pocas ocasiones, también enfrentadas.

En el *Salón literario* se pone de manifiesto su visión romántica de la fuerza creativa del genio que radica en el pueblo y que tiene que cumplir una misión divina:

Sobre la realidad de las cosas, en la atmósfera más pura de la región social, mueve sus alas un genio que nunca desampara a los pueblos; que mostrando al hombre la nada de sus obras, le impele siempre hacia adelante, y señalándole a lo lejos bellas utopías, repúblicas imaginarias, dichas y felicidades venideras, infúndele en el pecho el valor necesario para encaminarse a ellas, y la esperanza de alcanzarlas. Este genio es la poesía. [...] la misión del verdadero poeta es tan sagrada como la del sacerdocio.<sup>11</sup>

Gutiérrez reivindica una literatura idealista e imaginativa que asuma una función civilizadora. De acuerdo con su análisis de la literatura neoclásica escribe:

[L]a poesía [...] es una planta que nace espontáneamente en el seno de las sociedades que empiezan a formarse. Ley es del desarrollo humano, que el joven más se guíe por los impulsos del instinto, que por los consejos de la razón.<sup>12</sup>

El espíritu de estas palabras coloca a Gutiérrez en la tradición del Romanticismo europeo, que enfatiza los sentimientos en detrimento de la razón y que defiende la libertad absoluta de los poetas, a los que eleva a la categoría de genios.

Sin embargo, el autor advierte al mismo tiempo contra esta actitud romántica, tan propia de la juventud y de una nación joven, recomendando «que esta tendencia de nuestro espíritu no se extravié y que cuando *con el transcurso de los tiempos, llegue a formar un caudal abundante, conserve su color propio al entrar en el océano de la poesía universal*».<sup>13</sup> Esta exhortación a la sobriedad de cara al porvenir anuncia ya la posición más ra-

---

10 Ibid., p. 155.

11 Ibid., pp. 155-156.

12 Ibid., p. 156.



cionalista del último Gutiérrez. Aunque considera los sentimientos, sobre todo el amor a la patria, como base para las creaciones literarias, el camino que recomienda seguir es otro.

En el prefacio de su libro sobre la geografía argentina sentencia «[que n]o se quiere lo que no se conoce».<sup>14</sup> El estudio de la propia naturaleza y de la propia cultura son, pues, la condición previa para el nacimiento de una conciencia nacional.<sup>15</sup> Gutiérrez nos muestra también el camino a seguir en este empeño:

Para describir la naturaleza con colorido apropiado [...] es indispensable comprenderla, y para comprenderla estudiarla con voluptuosa aplicación de todas nuestras facultades. [...] A medida que las ciencias de observación han progresado cautivando la atención del hombre, se ha sentido éste más conmovido delante de las cosas creadas, y ha pedido a la imaginación y al lenguaje los medios adecuados para expresar lo que veía con los ojos y sentía con el espíritu.<sup>16</sup>

Gutiérrez cree que las ciencias provocan en el hombre un sentimiento de admiración frente a las leyes de la naturaleza y que esta admiración estimula la imaginación para que exprese lo observado en forma poética. Así, el saber científico sirve de impulso a la creación artística y proporciona, además, un valioso material para el trabajo de los literatos. La formación cultural y los conocimientos científicos están considerados en el proyecto del autor como la base de la literatura de ficción. El estancamiento de las ciencias españolas y, por lo tanto, de las ciencias argentinas en la época colonial, trajo como consecuencia la falta de descripciones de la naturaleza que fueran dignas de atención. En el futuro, el conocimiento de la naturaleza argentina deberá fortalecer la conciencia nacional y ayudar indirectamente a crear una cultura y una literatura propias.

Para llegar a instituir una literatura nacional a través de la representación literaria de las costumbres argentinas —aquí se percibe la inclinación de Gutiérrez por el historicismo— los argentinos deben primero tomar conciencia de su propia identidad. Para ello es necesario que examinen su propio pasado, que lo entiendan y establezcan un vínculo emocional con él.

---

13 Ibid.

14 Citado en Chiozza, Elena M. (1959): «Juan María Gutiérrez: divulgador del conocimiento del país», en: *Revista de la Universidad de Buenos Aires* (Quinta Época) IV/4, p. 579.

15 Sólo en este contexto se puede entender el combate constante de este escritor argentino contra la ignorancia y su lucha por el desarrollo del sistema educativo y la prensa nacional.

16 Gutiérrez, «Descripciones», p. 49.

Gutiérrez no cesa nunca de incitar a sus compatriotas para que acepten este reto:

Madre de toda enseñanza, universal como el cristianismo que la emancipó y la dotó de alas, la historia es en nuestros días la musa que consuela a los fuertes ingenios náufragos en las olas turbulentas de los negocios públicos, y la que disciplina a los soldados conscriptos para las batallas de la tribuna o de la prensa. Feliz el que bosqueja en todo o en parte la gran figura de la patria, si puede decir de su pluma lo que el pintor Greuze de su pincel: Lo he mojado en mi corazón.<sup>17</sup>

La preocupación por la historia nacional, en especial por la historia de la literatura nacional, fomentará un amor a la patria que, a su vez, —así se lo imagina el bonaerense— estimulará la creatividad de los poetas. En su literatura, ellos darán expresión a la sociedad que han llegado a comprender y a amar:

El arte está en todas las edades y en todos los pueblos estrechamente enlazado con la sociedad que representa y de la cual emana. Los siglos en que imperó el mal gusto en España lo fueron también allí de lamentables miserias sociales, de fanatismo religioso, de relajación de costumbres, de lujo, de pereza, de sed de oro entre los nobles y cortesanos.<sup>18</sup>

La teoría estética literaria que considera la literatura como expresión de una sociedad estaba muy difundida a comienzos del siglo XIX. Era ésta una idea básica del Romanticismo europeo, inventada por el Vizconde de Bonald<sup>19</sup> y difundida sobre todo a través de los escritos de Mme de Staël.

Como resumen basta constatar que Gutiérrez mezcla ideas provenientes tanto de la Ilustración como del Romanticismo. Acentúa con la misma intensidad los fines éticos y sociales de la literatura. Sin embargo, sus producciones literarias y muchas de sus declaraciones teóricas muestran que sus propias convicciones estaban más cerca del concepto ilustrado y didáctico, según el cual la ciencia es el estímulo y la base de la creación artística, que del concepto romántico de la misión divina del genio.

La teoría literaria defendida por el tucumano Juan Bautista Alberdi (1810-1884) se separa por completo de las ideas y proyectos de Gutiérrez. Pero es menester, antes de comenzar su análisis, recordar algunos hechos

---

17 Citado en Jitrik, Noé (1959): «Juan María Gutiérrez», en: *Revista de la Universidad de Buenos Aires* (Quinta Época) IV/4, p. 538.

18 Citado en Morales, Ernesto (1937): *Don Juan María Gutiérrez: el hombre de Mayo*, Buenos Aires, pp. 124-125.

importantes de la vida del autor. Su obra principal *Bases y puntos de partida para una organización de la República Argentina*, que apareció en 1852, influyó notablemente en la Constitución argentina elaborada en 1853. Anteriormente, Alberdi había sido redactor de la revista *La Moda* que apareció en los años 1837 y 1838, y había colaborado también en la redacción de otras revistas. Su gran veneración por Mariano José de Larra le llevó a publicar sus artículos bajo el seudónimo de *Figarillo*. Después del *Certamen poético* celebrado en Montevideo en 1841, Alberdi recibió el encargo de editar el informe de la comisión sobre el certamen junto con los ocho mejores poemas.<sup>20</sup> El autor del informe, Juan Cruz Varela, escribió:

La comisión se había inclinado por las composiciones que han mirado la Revolución de Mayo por el lado de su intención moral, política y civilizadora, sobre las que no han tenido sino en vista la parte de sus glorias militares, y luego por las que representaban la perfección en aquellas condiciones del arte que pudieran llamarse mecánicas y que no por eso ceden a ninguna otra importancia.<sup>21</sup>

Alberdi cumplió el compromiso de publicar el informe, pero mostró su disconformidad con los postulados estéticos de la comisión en un prefacio crítico, en el que esboza él mismo una teoría literaria propia. Este prefacio forma, junto con otros muchos artículos que el escritor publicó en *La Moda* y en *El Iniciador*,<sup>22</sup> la base para las siguientes consideraciones.

Al contrario de Juan María Gutiérrez y otros escritores fieles al Neoclasicismo, como por ejemplo Juan Cruz Varela, Alberdi juzga la literatura neoclásica de manera muy negativa. Por lo que respecta al contenido, le reprocha sobre todo una visión estrecha e incompleta de la realidad argentina: «La guerra presentaba diferentes fases: la poesía sólo expresaba una. Se combatían ideas, las instituciones, los intereses y las lanzas: se luchaba en los Congresos, en la Prensa, en la sociedad, en los campos de batalla, y

---

19 Véase Lüddecke, Rainer-Michael (1995): *Literatur als Ausdruck der Gesellschaft: Die Literaturtheorie des Vicomte de Bonald*, Frankfurt am Main.

20 Véase Alberdi, Juan B. (1920): «Certamen poético, Montevideo – 25 de Mayo 1841», en: id.: *Obras selectas*, nueva edición ordenada, revisada y precedida de una introducción por el Dr. Joaquín V. González, t. 1: *Páginas literarias*, vol. 1, Buenos Aires, pp. 115-138.

21 Mayer, Jorge M. (1963): *Alberdi y su tiempo*, Buenos Aires, p. 254. De los once poemas presentados, cuatro fueron elegidos. De estos, dos obtuvieron un premio y los dos restantes recibieron elogiosas críticas. El primer premio lo obtuvo Juan María Gutiérrez; el segundo, Luis Domínguez; el tercero, José Mármol y el cuarto, Francisco A. de Figueroa.

22 Estos artículos están recopilados en Alberdi, Juan B. (*Figarillo*) (1986): *Escritos satíricos y de crítica literaria*, prólogo y notas de José A. Oría, Buenos Aires.

la poesía sólo cantaba estos últimos combates; [...]»<sup>23</sup> Según Alberdi, la poesía postrevolucionaria sólo cantaba el presente olvidándose del pasado y del porvenir, ensalzando a los héroes individuales en vez de a la nación entera, y adoraba a multitud de Dioses paganos en lugar de al único Dios cristiano. También critica su afán por imitar modelos extranjeros y, lo que es peor, la obstinación en seguir orientándose hacia la tradición española: «[L]a libertad era la palabra de orden en todo, menos en las formas del idioma y del arte: la democracia en las leyes, la aristocracia en las letras; independientes en política, colonos en literatura.»<sup>24</sup> Considera la literatura neoclásica «incompleta en el fondo y absurda en la forma»<sup>25</sup> y concluye: «No queremos esa literatura reducida a las galas del decir, al son de la rima, a entonar sonetos y odas de circunstancias, que concede todo a la expresión y nada a la idea.»<sup>26</sup>

Pero Alberdi difiere no solamente de la concepción neoclásica de Gutiérrez, sino también del Romanticismo literario, que fue introducido por Echeverría, y al que considera también como una literatura reaccionaria, parcial, vacía y egoísta.<sup>27</sup> El autor asocia este movimiento literario con la devoción por el período medieval, la idealización caballeresca y una fe recalcitrante, valores todos ellos que para él representan el lado más oscuro de la barbarie y el feudalismo:

Ni somos ni queremos ser románticos. Ni es gloria para Schlegel ni para nadie el ser romántico; porque el romanticismo, de origen feudal, de instinto insocial, de sentido absurdo, lunático, misántropo, excéntrico, [...] aparecido en Alemania en una época triste, en Francia en época peor, por ningún título es acreedor a las simpatías de los que quieren un arte verdadero [...].<sup>28</sup>

El único mérito que atribuye a esta corriente literaria es el hecho de haber impulsado la revolución cultural, aunque ella misma no respondiera a las exigencias revolucionarias:

Buscábamos [...] una bandera bajo que colocarnos; y la voz de Hugo sonaba, venerable, infalible. Hoy quedamos delante de las más bellas páginas del poeta mudos de entusiasmo y de amor [...]. El divorcio entre la musa de Hugo y la sociedad que lo rodea está consumado; [...]. La poesía de Hugo, aunque be-

23 Alberdi, «Certamen», p. 121.

24 Ibid., p. 122.

25 Ibid., pp. 122-123.

26 Ibid., p. 128.

27 Véase Alberdi, *Escritos*, pp. 245-246.

28 Ibid., p. 245.

lla en accesorios, en imágenes, en expresión, en fin, en todo lo que constituye la forma poética, es vieja en el fondo.<sup>29</sup>

Se ve entonces que en la Argentina la estética literaria del Romanticismo tenía que tener una vida muy breve. Ya en 1840, la mayoría intelectual estaba convencida de que esta corriente literaria había quedado superada, que ya no correspondía al espíritu de la población y que la nueva literatura debía llamarse «literatura socialista».<sup>30</sup> Alberdi fue el motor de esta evolución. Ya desde 1838 propagaba sus novedades estéticas en *La Moda*. A través de la labor editorial que desempeñó en esta revista, el escritor tucumano perfila su teoría literaria, determina las funciones que debe cumplir la «literatura socialista» y sugiere cuál debería ser la actitud del literato para que el modelo literario y social alcance el éxito.

Alberdi aplica la estética literaria resumida en la frase del Vizconde de Bonald: «La literatura es la expresión de la sociedad»<sup>31</sup> a la realidad socio-cultural de la Argentina. Con mayor decisión que lo hicieran Gutiérrez y Echeverría, establece un nexo causal inmediato entre la revolución política y la revolución cultural:

Este carácter del movimiento actual de la literatura, entre nosotros, no importa otra cosa, en su mayor parte, que la extensión de los principios de nuestra revolución democrática, al dominio de la literatura y de la lengua; un paso más, una faz nueva, digámoslo así, del cambio de 1810: es la revolución, que se hace en la expresión [la literatura], después de haberse hecho en la idea [la sociedad] que esa expresión representa.<sup>32</sup>

Alberdi reivindica una literatura que esté en consonancia con la juventud de la Nación Argentina y que, desvinculada de cualquier precepto estético anterior, goce de la libertad necesaria para poder manifestarse y progresar.

En el artículo «Teoremas fundamentales del arte moderno», aparecido en *La Moda*, el mismo Alberdi menciona sus modelos: «Los nombres de Fortoul, de Leroux, de Béranger, de Quinet, de Mazzini, significan el arte moderno y el progreso del mundo.»<sup>33</sup> Los dos autores que cita en primer

---

29 Ibid., pp. 319-320.

30 Véase Carilla, Emilio (1960): «Alberdi, un arte social: Romanticismo y literatura social», en: *Universidad* 44, p. 147.

31 Alberdi, *Escritos*, p. 292.

32 Alberdi, «Certamen», p. 128.

33 Alberdi, *Escritos*, p. 215.

lugar tuvieron sin duda el mayor influjo sobre el escritor argentino.<sup>34</sup> En su obra se pueden encontrar con frecuencia las definiciones programáticas de Fortoul: «El arte es la expresión de la vida humanitaria»<sup>35</sup> y de Leroux: «La poesía es la expresión de la vida infinita»,<sup>36</sup> dos teoremas —así los denomina el autor— que exigen una explicación detallada.

Alberdi hace suya la concepción orgánica de la sociedad, propuesta por Leroux. La vida humana, en opinión de ambos, consta de tres elementos: el individuo, la nación y la humanidad. Estos tres elementos se condicionan y soportan entre sí. La sociedad es considerada como un cuerpo homogéneo, aunque inestable, que sólo puede mantenerse unido por el lazo de la solidaridad.

Conforme a este espíritu solidario —Alberdi habla de «asociación»<sup>37</sup>, una palabra que encontramos también en el nombre de la *Asociación de Mayo*— el tucumano condena el individualismo exacerbado como actitud personal ante la sociedad y su correlato literario: la subjetividad llevada a su extremo. Sin embargo, lo que quizás puede resultar paradójico, también abomina de un predominio tiránico ejercido por la comunidad y desapruueba la objetividad absoluta como único fin estético. En opinión de Alberdi, la vida humana del hombre alcanza su plenitud cuando encuentra el equilibrio justo entre individualidad y solidaridad, libertad y dependencia, es decir, cuando se consigue la armonía y la comunicación productiva entre sus tres elementos constitutivos. Aislamiento, egoísmo y libertad absoluta destruyen esta armonía; por eso, piensa el autor que el deber de la «literatura socialista» es

afear al individuo que se aísla, a la nación que se aísla, idealizar tipos perfectos de individuos, de pueblos, virtudes, felicidades humanitarias, hacer resaltar en relieves divinos las relaciones de armonía y dependencia que unen las diversas partes de la creación humanitaria, en una vida única y múltiple, sintética y analítica a la vez [...].<sup>38</sup>

---

34 En cuanto a la biografía de Fortoul y sus actividades como publicista, véase Furman, Nelly (1975): *La Revue des Deux Mondes et le romantisme (1831-1848)*, Genève, pp. 83-84, y Bénichou, Paul (1977): *Le temps des prophètes: doctrines de l'âge romantique*, Paris, pp. 340-342. En cuanto a Leroux, véase Bénichou, pp. 330-358.

35 Alberdi, *Escritos*, pp. 214, 256 y 304.

36 Ibid.

37 Ibid., p. 257.

38 Ibid., pp. 257-258.

La función del arte consiste en impulsar la comunión místico-ideal de todos los miembros de la sociedad y, por extensión, de la humanidad entera. Ésta sería la última meta del arte en general y de la literatura en particular: reforzar los lazos invisibles que unen lo individual y particular con lo general y universal.

Estos planteamientos éticos y estéticos tienen que ser entendidos en el contexto sociocultural de la Argentina postrevolucionaria. La joven nación, en su política interior, se encontraba dividida por la lucha de los dos partidos dominantes, que combatían entre sí de manera feroz. Por lo que respecta a la política exterior, todo parecía arrastrar al país a un aislamiento desolador, sin apenas perspectivas de futuro. La literatura, según Alberdi, puede contribuir a remediar esta lamentable situación. Por lo tanto anima al poeta a que anticipe en su literatura el estado de armonía al que aspira la sociedad, así como a promover con su obra un acuerdo entre los individuos, la nación y la humanidad. El escritor tucumano aspiraba a atraerse la confianza del pueblo que en su mayoría apoyaba a Rosas, y a unificar el país. Con esta finalidad predicó una literatura democrática, que satisficiera las esperanzas y los deseos del pueblo y fuera accesible a todas las capas de la sociedad: «[Q]ueremos [...] una literatura hija de la experiencia y de la historia, y faro, por tanto, del porvenir; estudiosa, analítica, filosófica, profunda, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aún.»<sup>39</sup>

Con frecuencia, el espíritu de Larra asoma en la prosa de Alberdi: «Escribimos siempre para las ideas, no para el arte: anhelamos a tener razón, no a tener gracia. Cuando hemos sido comprendidos, hemos alcanzado todo lo que queríamos. Si pudiésemos *hacer* lo que escribimos, no escribiríamos nunca. La palabra no es para nosotros más que un medio de acción.»<sup>40</sup> Para Alberdi, la literatura debería ser un elemento activo y constitutivo en el seno de una sociedad en proceso de formación, un elemento cuya única legitimación es precisamente su función social. Cualquier finalidad puramente estética que pudiera atribuirse a la literatura ocupa, en su opinión, un lugar muy secundario.

---

39 Alberdi, «Certamen», pp. 128-129.

40 Alberdi, Juan B. (1920): «Nota [a] 'La Revolución de Mayo'», en: id.: *Obras selectas*, nueva edición ordenada, revisada y precedida de una introducción por el Dr. Joaquín V. González, t. 1: *Páginas literarias*, vol. 1, Buenos Aires, p. 111.

Alberdi considera la literatura como una forma particular de actuación política identificada con asumir una función social y pragmática: la formación de una conciencia popular. La literatura tiene que ponerse al servicio del programa sociopolítico de la *Generación del 37*. Los fines tanto del «Dogma socialista» como de la literatura socialista predicada por Alberdi consisten en el combate contra el régimen del dictador Rosas, en la unificación ideológica del pueblo y la formación de un sentir nacional. Estas son las bases sobre las que podría empezar a construirse una sociedad moderna, inspirada en el liderazgo cultural europeo, una sociedad que fuera capaz de marchar al paso que imagina y desea el pensador tucumano.

## Bibliografía

### Textos

- Alberdi, Juan B. (1920): «Certamen poético, Montevideo – 25 de Mayo 1841», en: id.: *Obras selectas*, nueva edición ordenada, revisada y precedida de una introducción por el Dr. Joaquín V. González, t. 1: *Páginas literarias*, vol. 1, Buenos Aires, pp. 115-138.
- Alberdi, Juan B. (*Figarillo*) (1986): *Escritos satíricos y de crítica literaria*, prólogo y notas de José A. Oría, Buenos Aires.
- Alberdi, Juan B. (1920): «Nota [a] ‘La Revolución de Mayo’», en: id.: *Obras selectas*, nueva edición ordenada, revisada y precedida de una introducción por el Dr. Joaquín V. González, t. 1: *Páginas literarias*, vol. 1, Buenos Aires, pp. 107-113.
- Alberdi, Juan B. (1920): *Obras selectas*, nueva edición ordenada, revisada y precedida de una introducción por el Dr. Joaquín V. González, t. 1: *Páginas literarias*, vol. 1, Buenos Aires.
- Gutiérrez, Juan M. (1928): «Descripciones de la naturaleza de la América española (1828)», en: id.: *Críticas y narraciones*, prólogo de Juan B. Terán, Buenos Aires (Grandes Escritores Argentinos; 22), pp. 46-57.
- Gutiérrez, Juan M. (1958): «Fisionomía del saber español: cuál deba ser entre nosotros (1837)», en: Weinberg, Felix: *El salón literario*, Buenos Aires, pp. 147-157.
- Gutiérrez, Juan M. (1941): «La literatura de Mayo», en: *Los poetas de la revolución*, Buenos Aires (Biblioteca de Clásicos Argentinos; 1), pp. 1-26.

### Estudios

- Bénichou, Paul (1977): *Le temps des prophètes: doctrines de l'âge romantique*, Paris.
- Cano, Víctor (1980): «Larra y Alberdi: paralelos y divergencias», en: *Kanina: Revista de Artes y Letras de la Universidad de Costa Rica* 4, pp. 41-47.
- Carilla, Emilio (1960): «Alberdi, un arte social: Romanticismo y literatura social», en: *Universidad* 44, pp. 147-156.



- Chiozza, Elena. M. (1959): «Juan María Gutiérrez: divulgador del conocimiento del país», en: *Revista de la Universidad de Buenos Aires* (Quinta Época) IV/4, pp. 571-579.
- Furman, Nelly (1975): *La Revue des Deux Mondes et le romantisme (1831-1848)*, Genève.
- Jitrik, Noé (1959): «Juan María Gutiérrez», en: *Revista de la Universidad de Buenos Aires* (Quinta Época) IV/4, pp. 534-542.
- Lüddecke, Rainer-Michael (1995): *Literatur als Ausdruck der Gesellschaft: Die Literaturtheorie des Vicomte de Bonald*, Frankfurt am Main.
- Marichal, Juan (1966): «Alberdi y Leroux: la originalidad de la generación argentina de 1837», en: *Sur* 301, pp. 25-31.
- Mayer, Jorge M. (1963): *Alberdi y su tiempo*, Buenos Aires.
- Morales, Ernesto (1937): *Don Juan María Gutiérrez: el hombre de Mayo*, Buenos Aires.
- Pagés Larraya, Antonio (1959): «Juan María Gutiérrez: fundador de los estudios sobre literatura argentina», en: *Revista de la Universidad de Buenos Aires* (Quinta Época) IV/4, pp. 497-533.
- Weinberg, Felix (1958): *El salón literario*, Buenos Aires.



## COLABORADORES

**Bolk, Christine**

Johannes Gutenberg-Universität, Fachbereich 15 – Romanisches Seminar,  
D-55099 Mainz

**Borsò, Vittoria, Prof. Dr.**

Heinrich Heine-Universität, Romanisches Seminar, Universitätsstrasse 1,  
D-40225 Düsseldorf

**Ette, Ottmar, Prof. Dr.**

Universität Potsdam, Institut für Romanistik, Romanische Literaturwissen-  
schaft, Postfach 601553, D-14415 Potsdam

**Gewecke, Frauke, Prof. Dr.**

Universität Heidelberg, Romanisches Seminar, Seminarstrasse 3, Postfach,  
D-69117 Heidelberg

**Gunia, Inke, Dr.**

Universität Hamburg, Ibero-amerikanisches Forschungsinstitut, Von-  
Melle-Park 6 VI, D-20146 Hamburg

**Hölz, Karl, Prof. Dr.**

Universität Trier, Fachbereich 2 – Romanistik, Postfach 3825, D-54286  
Trier

**Janik, Dieter, Prof. Dr. Dr. h.c.**

Johannes Gutenberg-Universität, Fachbereich 15 – Romanisches Seminar,  
D-55099 Mainz

**König, Hans-Joachim, Prof. Dr.**

Katholische Universität Eichstätt, Geschichts- und Gesellschaftswissen-  
schaftliche Fakultät, Universitätsallee 1, D-85072 Eichstätt

**Leinen, Frank, Dr.**

Universität Trier, Fachbereich 2 – Romanistik, Postfach 3825, D-54286  
Trier

**Meyer-Minnemann, Klaus**, Prof. Dr.

Universität Hamburg, Ibero-amerikanisches Forschungsinstitut, Von-Melle-Park 6 VI, D-20146 Hamburg

**Scheerer, Thomas M.**, Prof. Dr.

Universität Augsburg, Philosophische Fakultät 2 – Romanische Literaturwissenschaft unter besonderer Berücksichtigung Spaniens und Lateinamerikas, Universitätsstrasse 10, D-86159 Augsburg

**Strosetzki, Christoph**, Prof. Dr.

Westfälische Wilhelms-Universität, Romanisches Seminar, Spanisch-Portugiesisch-Lateinamerikanische Abteilung, Bispinghof 3 A, D-48143 Münster



---

*El presente volumen reúne las ponencias del Simposio "La literatura en la formación de los Estados hispanoamericanos (1800-1860)", celebrado en la Universidad Johannes Gutenberg de Mainz (Maguncia) en octubre de 1996. Los doce colaboradores del libro son hispanoamericanistas alemanes que enfocan el nacimiento de literaturas nacionales en la América antes española desde las perspectivas individual e institucional y con un criterio espacial amplio (desde México hasta Argentina). En el punto de mira está la literatura como proyecto cultural de dimensión nacional.*